

Conquista y pérdida de Yucatán:

la arqueología estadounidense
en el “Área Maya” y el
Estado nacional mexicano,
1875-1940

Guillermo Palacios

CONQUISTA Y PÉRDIDA DE YUCATÁN:
*la arqueología estadounidense
en el "Área Maya"
y el Estado nacional mexicano,
1875-1940*

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

CONQUISTA Y PÉRDIDA DE YUCATÁN:
*la arqueología estadounidense
en el “Área Maya”
y el Estado nacional mexicano,
1875-1940*

Guillermo Palacios



EL COLEGIO DE MÉXICO

364.16097265
P1535c

Palacios, Guillermo

Conquista y pérdida de Yucatán : la arqueología estadounidense en el "Área Maya" y el Estado nacional mexicano, 1875-1940 / Guillermo Palacios. – 1a ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios de Históricos, 2021.

322 p. : il. ; 22 cm.

La traducción de las cartas de Edward H. Thompson, realizada por G. Palacios, trató de mantener una equivalencia aproximada con la sintaxis del original en inglés.

ISBN 978-607-564-293-2

1. Mayas – Antigüedades – Destrucción y saqueo. 2. Cenote del Sacrificio (Yucatán : Sitio arqueológico) – Destrucción y saqueo. 3. Arqueólogos estadounidenses. 4. Thompson, Edward Herbert, 1860-1935. 5. Excavaciones arqueológicas -- Yucatán (Estado) – Historia – Siglo XIX. 6. Excavaciones arqueológicas -- Yucatán (Estado) – Historia – Siglo XX. I. t.

Primera edición, agosto de 2021

DR © El Colegio de México, A.C.
Carretera Picacho Ajusco No. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
C.P. 14110
Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN: 978-607-564-293-2

Impreso en México

*Para Raquel, Martín y Juliano,
como siempre.*

*In memoriam Stanley J. Stein,
que no tiene nada que ver con este trabajo,
pero tiene todo que ver con él.*

*In memoriam José Miranda, español del exilio,
profesor de El Colegio de México,
quien me dedicó uno de sus libros
con las siguientes, visionarias palabras:
“para el errático Palacios”.*

El autor agradece inmensamente el apoyo de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas en la negociación de las imágenes que componen la “Galería fotográfica”, particularmente de su directora, maestra Micaela Chávez Villa, y de la maestra Claudia Escobar Vallarta, coordinadora de Gestión de Colecciones. En el otro extremo del cable, mis agradecimientos a Cynthia Mackey, de la Office of Rights and Reproductions, del Museo Peabody de Arqueología y Etnología, Universidad de Harvard. Debo agradecer también, como de hábito, el apoyo incondicional de mi colaboradora, la maestra Laura Rojas Hernández. Por último, mi reconocimiento a la Dirección de Publicaciones y a Claudia Priani Saisó, coordinadora de Producción, por su inagotable paciencia.

ÍNDICE

<i>Preámbulo</i>	11
I. Los <i>Bostonians</i> y los primeros rumbos de la arqueología americanista estadounidense, c. 1875-1894.	21
La orfandad de la arqueología estadounidense y la construcción del “Área Maya”	21
Los <i>Bostonians</i>	24
Los cimientos del “Área Maya”	29
Los <i>Bostonians</i> en acción: el consulado, el museo y la “americanización” del “Área Maya”	38
El primer consulado de Thompson	44
El debut del “Área Maya”: los <i>Bostonians</i> y la exposición de Chicago	54
De la resaca de Chicago al sueño de Stephens: la pérdida del consulado y la compra de Chichén Itzá.	63
II. El cónsul Thompson, 1893-1904.	73
La fiebre “maya”	73
El retorno de Thompson	80
La expedición Armour-Holmes y la recuperación del consulado	86
Las leyes de protección del patrimonio arqueológico y los primeros fisgoneos del Estado en Chichén Itzá.	94
El latifundio Chichén: ¿una “estación científica” autosuficiente?	105
Llega Adela Breton	116
La fuerza de la impaciencia y las virtudes del descuido: cobranzas y esquemas de financiamiento	121
El joven Tozzer	130

Las indiscreciones de Thompson, los <i>imbroglios</i> de Bolio y la sombra de Maler	136
Las despedidas de Tozzer	150
III. El dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, 1904-c. 1914.	159
El contexto del dragado	159
1904: el año del cenote o <i>Are we all of us</i> <i>not very wicked?</i>	161
La draga (y otras cosas) al descubierto: el Cenote Sagrado rinde.	171
La muerte de Salisbury y la visita de Justo Sierra a Chichén	183
El cenote se seca y los <i>Bostonians</i> se van	190
La crisis de 1907: un consulado apetitoso.	196
El cónsul “des-consulado”: la dimisión de Thompson . . .	204
El jaque de Maler y el disturbio revolucionario	211
IV. La Carnegie y los “pecados de los antecesores”: inicio y fin del Proyecto Chichén, 1914-1940	221
La Carnegie (y Thompson) en búsqueda de un proyecto	221
Morley y el “Proyecto Chichén”	223
Thompson de regreso a Yucatán: Chichén en venta	236
Alma Reed y la Carnegie entran al campo	246
La diplomacia arqueológica y sus enemigos	256
El fracaso de la compra de la hacienda Chichén	263
La bomba Willard: Chichén confiscada.	274
Las esquirlas de la bomba: de la pérdida de Chichén a la interdicción del Gran Cenote.	293
Pérdida y disolución: la modernidad llega a Chichén para el funeral de Thompson.	300
<i>Archivos y bibliografía.</i>	<i>309</i>
Archivos consultados.	309
Bibliografía	311
<i>Galería fotográfica</i>	<i>323</i>

PREÁMBULO

Este trabajo pretende hacer un recuento de algunas de las expediciones arqueológicas a la península de Yucatán financiadas por fondos estadounidenses a mediados de los años ochenta del siglo XIX y hasta 1940, en particular de aquellas oriundas del área Cambridge-Boston, luego continuadas por fundaciones e institutos oficiales de Washington, D.C. El periodo abre con los inicios de la aventura arqueológica de un grupo de bostonianos en la península y cierra con la clausura del Proyecto Chichén, un ambicioso experimento multidisciplinario desarrollado por la Carnegie Institution de Washington, sobre las huellas de los antecesores, centrado en la ciudad sagrada de Chichén Itzá. El estudio compone —con ayuda de una copiosa revisión de fuentes primarias y una amplia recuperación de bibliografía especializada— un mosaico del conocimiento existente sobre el tema, también formado por investigaciones de otros colegas. Hay que advertir que la historia de Yucatán *per se* no está presente en el estudio, más allá de importantes irrupciones coyunturales sociales y políticas en la narrativa de las expediciones arqueológicas. En la segunda mitad del libro, el impacto de esas convergencias se refleja con mayor intensidad conforme el Estado nacional mexicano —obligado de mala gana por la propia realidad que se dibuja en las zonas arqueológicas peninsulares— asume cada vez más, pero en escala mínima, las funciones de vigilante del patrimonio arqueológico de la región.

Uno de los objetivos centrales de la investigación era recomponer el proceso desde el punto de vista de la participación de los actores mexicanos involucrados en la aventura arqueológica estadounidense en Yucatán; algo que no se ha hecho con la misma atención con la que se ha estudiado el papel de los arqueólogos y protoarqueólogos del país vecino y de sus patrocinadores. En efecto, tenemos una narrativa más o menos completa de la llegada, instalación y actividades de actores individuales y corporativos de Estados Unidos (y nacionales de varios países europeos) en

Yucatán, pero muy escasos estudios en profundidad sobre la participación de las autoridades, de los círculos científicos o de la “opinión pública” mexicana representada por la prensa de la época, en esos proyectos. Por esa razón, este trabajo buscó, con resultados variopintos, amalgamar los fragmentos referentes a la versión “del otro lado” —es decir, de *este lado*—, tanto bibliográficos como archivísticos. Ésta parecía ser una tarea imprescindible para comenzar con base firme la investigación sobre México.

La idea de este proyecto nació de la ingenua intención de revisar la historia del “saqueo” del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, sin medir las consecuencias que vendrían de la propuesta. No se hizo, por ejemplo, una comparación preventiva entre la perfecta ignorancia del autor en cuestiones de historia arqueológica y la colosal y abrumadora bibliografía mayista existente —sus contextos internacionales incluidos—, lo cual dio por resultado, además de meses de remordimiento intelectual, el tener que realizar intensas zambullidas en un “cenote” historiográfico prácticamente sin fondo. Comencé por familiarizarme con la bibliografía pertinente a la década de 1920, pues fue en su primera mitad (1923-1926) cuando estalló el escándalo en torno de las exploraciones en Chichén Itzá (particularmente, en su famoso Cenote Sagrado) del cónsul de Estados Unidos en Mérida (1885-1893) y en Progreso (1897-1907), Edward H. Thompson. La historia es conocida: el tumulto se fijó en las extracciones que Thompson habría hecho de objetos del fondo del cenote con ayuda de una primitiva draga, y de su envío clandestino a depósitos estadounidenses, en primer lugar, al Museo Peabody de la Universidad de Harvard. El estallido de la “bomba” se debió a dos espectaculares revelaciones. La primera fue obra de una joven periodista de *The New York Times*, Alma Reed, enviada por el diario en una de sus primeras misiones profesionales para reportar sobre los avances de los trabajos arqueológicos que realizaban los especialistas de la Carnegie Institution de Washington, comandados por Sylvanus G. Morley, recién instalados en la hacienda Chichén, propiedad de Thompson desde 1894. En la inteligencia manifiesta de que nada de lo dicho sería publicado el excónsul le concedió una larga entrevista a la reportera del diario neoyorquino, en la cual narraba todas sus aventuras en las selvas de la península y hacía alarde de sus hazañas de arqueólogo autodidacta, refiriéndose prominentemente a lo

que había encontrado en el fondo del cenote y enviado a Cambridge. Como era previsible, el texto de Reed sobre la entrevista de Thompson fue inmediatamente publicado con un llamativo título que aludía a los “Human Sacrifices”. El artículo abría así:

A lo largo del año, el Museo Peabody de la Universidad de Harvard anunciará oficialmente el hallazgo del tesoro maya en el fondo del Cenote Sagrado de Chichén-Itza. / El descubrimiento, aunque reconocido como el más importante en la historia de la arqueología estadounidense, ha sido un secreto cuidadosamente guardado durante más de una década.¹

Pero el verdadero pandemónium se desató tres años después, en 1926, con la aparición del libro *The City of the Sacred Well*, de T. A. Willard, amigo y confidente de Thompson, que contenía una biografía del excónsul centrada en sus años de residencia en Yucatán y describía con lujo de detalles, mucho más comprometedores que los expuestos por Reed, los trabajos del dragado del cenote y los objetos supuestamente encontrados, acompañados de fotografías que mostraban piezas de oro y plata, varios discos de cobre con representaciones de dioses, cerámicas y textiles de diversas calidades y formatos, etc.² Importantes políticos del Porfiriato tardío, como el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, habían estado al tanto de lo que acontecía en Chichén Itzá y sólo habían interferido mínimamente en las acciones del cónsul y de su equipo.³ Sin embargo, el gobierno de Calles, al cual le cayó la bomba en el regazo, se vio obligado a proceder,

¹ Alma Reed, “The Well of the Maya’s”. El 2 de marzo, como un adelanto, el mismo diario había publicado una breve nota en la que decía que entre los objetos rescatados había “invaluables máscaras de turquesa, tallas de jade, adornos de oro y muchos otros objetos que arrojan nueva luz sobre la antigua civilización maya. Los objetos, ahora propiedad del Museo Peabody de Boston, fueron encontrados en el Cenote Sagrado, cerca de las ruinas”. *The New York Times*, 2 de marzo de 1923.

² Willard, *The City of the Sacred Well*.

³ Desde 1885 se había nombrado un “Conservador de monumentos” en Yucatán, encargado de visitar las ruinas y reportar sobre su estado. Como veremos, en 1907 el mismísimo Justo Sierra, como ministro de Instrucción Pública, visitó el sitio, donde fue recibido por el todavía cónsul, y presenciado la operación de la draga, sin levantar cualquier objeción.

aprovechando la coyuntura de intenso enfrentamiento con Washington. En el segundo semestre de 1926 la Procuraduría General de la República acusó formalmente a Thompson y al Museo Peabody de exportación y recepción ilegal de tesoros arqueológicos y confiscó la hacienda, en la cual, sin embargo, por una de esas singularidades del sistema jurídico mexicano, la Carnegie Institution continuó trabajando hasta finales de la década de 1930.⁴

La Carnegie Institution (CIW, por sus siglas en inglés) había comenzado a negociar un contrato con el gobierno mexicano para explorar Chichén Itzá en 1913, pero el proyecto tuvo que interrumpirse por dos de los cataclismos de la década: la agitación revolucionaria que sacudió a México y la Primera Guerra Mundial.⁵ Sin embargo, en 1923 la CIW volvió a la carga y una misión encabezada por el propio presidente de la institución, John C. Merriam, consiguió que la propuesta fuera aprobada por las nuevas autoridades revolucionarias en tres instancias ascendentes: la Dirección de Antropología, encabezada por Manuel Gamio, la Subsecretaría de Educación, a cargo de Ramón de Negri y, finalmente, la presidencia de la República, en manos del general Álvaro Obregón.⁶ A mediados de esa década, los representantes de la Carnegie Institution comenzaron a referirse cada vez más insistentemente al conjunto de los sitios prehispánicos distribuidos entre Honduras, Belice, El Salvador, Guatemala, Quintana Roo, Chiapas, Yucatán y Campeche, como el “Área Maya”. Era evidentemente una extrapolación conceptual, puesto que “maya” era un denominador sólo usado por los grupos indígenas de la península de Yucatán, mientras que otras colectividades se identificaban con designaciones diferentes (lacandones, tzotziles, choles, tojolabales, etc.).⁷ Lo “maya”, en su versión extendida, siempre rodeado por tonalidades “misteriosas”,

⁴ “Mexico to Attach Ex-Consul Ranch. / E. H. Thompson is Accused of Illegally Exporting Relics Now in Museum Here. / Harvard ‘An Accomplice’”. *The New York Times*, 6 de septiembre de 1926.

⁵ Givens, “Sylvanus G. Morley”.

⁶ Secretaría de Educación Pública. Departamento de Antropología. *Concesión otorgada por el gobierno mexicano a la Carnegie Institution of Washington para exploraciones arqueológicas en Chichén Itza, Yucatán*, México, Dirección Editorial de la Secretaría de Educación Pública, 1925.

⁷ Como decía acertadamente el *New York Sunday Times* del 28 de abril de 1880: “la llamada raza maya, o familia de pueblos cuyos restos están dispersos por América Central y Yucatán”.

había sido popularizado en el país del norte desde el último cuarto del siglo XIX para efectos de su proyección periodística hacia el público estadounidense. Sin embargo, la Carnegie y sus especialistas inventaron un nuevo concepto generalizante y partieron, de allí, a mitologizar —entre otras cosas— a los pueblos que cabían dentro de esa denominación.⁸ Por eso en este texto el término “maya” va generalmente entrecomillado, si bien el foco principal del estudio sea, de hecho, Yucatán. De cualquier manera, el nacimiento del “Área Maya” no fue una genial y original maniobra de Morley y sus asociados, sino que era el resultado de un trabajo de “obra negra” que había precedido a la llegada de la denominada “arqueología científica” de la CIW; una obra que había consistido no sólo en dar a conocer lo “maya” al mundo occidental, sino en situarlo en el contexto del universo estético de las antigüedades, elevarlo al nivel de las más famosas ruinas descubiertas y trabajadas por las arqueologías de las potencias europeas, y con eso darle un valor de mercado que retribuyera —en efectivo o en prestigio e influencia— la inversión hecha en los fundamentos de la edificación. Edificación puesta al servicio de la conformación de la arqueología y la antropología profesionales en los museos y en las grandes universidades estadounidenses, realizadas por un grupo de anticuarios-filántropos-coleccionistas de buenas poses, a los que llamaré por economía los *Bostonians* (concepto tomado con las debidas reverencias y cambio de género del título utilizado por Henry James), integrantes del “Área Boston”, categoría compuesta por la ciudad del mismo nombre y también por Worcester y Cambridge, y más en la distancia y por un corto periodo, Salem; todas ciudades del estado de Massachusetts, tronco de la aristocracia y del buen pensar estadounidenses.

Así, a lo largo de la investigación y en los márgenes de la narrativa, se fue haciendo necesario investigar la construcción

⁸ La idea de la “invención” de lo “maya” ya fue explorada a mediados de los años noventa del siglo XX en Castañeda, *In the Museum*. Sin embargo, el autor orienta su idea hacia el impacto de la antropología en la creación de la industria del turismo por medio del invento de un “museo virtual” dedicado a una hipotética cultura “maya” en Chichén Itzá y no, como se pretende en este texto, a crear el marco institucional y empírico para el crecimiento de la “arqueopología” en Estados Unidos. Para el proceso de mitologización, véase Evans, *Romancing the Maya*.

imaginaria y conceptual del “Área Maya”, una denominación que comienza a insinuarse, aún carente de una definición precisa, en la década de 1870, se fortalece en el imaginario colectivo formado por la prensa del este de Estados Unidos durante las tres décadas siguientes y se concretiza, ya con ese imponente nombre, en el decenio de los 1920. El argumento de este trabajo postula que esa construcción conceptual —que no excluye la existencia física de una vasta zona de restos dispersos de diversas facetas y etapas de la llamada “civilización maya”—, iniciada por un grupo de anticuarios-coleccionistas, promotores científicos y empresarios académicos del área de Boston-Cambridge, fue fundamental para el desarrollo, consolidación y expansión de la arqueología (y la antropología) en Estados Unidos de América del Norte. A su sombra dio inicio la creación de secciones de arqueología en sus museos y universidades, y fue sólo con el arranque de su exploración que una institución como el Museo Peabody de la Universidad de Harvard consiguió al fin la base académica de respetabilidad para encontrar fuentes firmes de financiamiento e integrarse definitivamente al universo universitario.⁹ A partir de esa construcción se dio la formación de *lobbies* en Washington que pugnaron por recursos públicos y privados para esa actividad, gracias a la cual se sentaron bases importantísimas, si bien no únicas, para la formación de una vigorosa industria turística. También por ella surgieron rivalidades institucionales y enemistades personales que llenan los relatos anecdóticos de la historia de la arqueología estadounidense. Por último, pero de ninguna manera en último lugar, la construcción conceptual, la delimitación física y la exploración del “Área Maya” sirvieron para situar a los centros estadounidenses practicantes de esa nueva disciplina en niveles aproximados a los de los centros congéneres europeos, en particular los ingleses, los alemanes y, en menor medida, los franceses.¹⁰ Por eso, es posible definir

⁹ Hinsley, “From Shell-Heaps”, p. 71. Todavía en 1891 el Museo Peabody aparecía en la carátula del *Annual Report* como “en conexión con la Universidad de Harvard”. A partir de esa fecha la institución adquirió titularidad plena como “The Peabody Museum of Harvard University”. Véase Museo Peabody, *Annual Report of the Trustees [...] 1889-1890*. Énfasis añadido.

¹⁰ Para el atraso relativo de la arqueología francesa antes del último cuarto del siglo XIX, véase Riviale, “La Science en Marche”, p. 335; sobre la importancia de la arqueología para la construcción del imperio alemán véase Raina, “Intellectual

esta investigación, al menos en parte, como una averiguación en los meandros de un proceso de *state-building* en el campo de la ciencia y del prestigio internacional de la academia estadounidense —usando como base de apoyo la península de Yucatán—, que complementa el proceso de construcción del Estado que emerge de la Guerra de Secesión. Un proceso que se inserta en “las políticas del conocimiento”, esto es, la incorporación de varios tipos de saber al desarrollo del Estado nacional *post bellum*.¹¹

Este trabajo está dividido en cuatro partes. La primera abarca de 1874 a 1894, periodo que corresponde a las primeras exploraciones de los *Bostonians* en Yucatán y al establecimiento de una especie de enclave arqueológico, constituido por el Consulado de Estados Unidos de América en la ciudad de Mérida. La segunda va de 1894 a 1904, lapso que cubre el involucramiento más intenso del Museo Peabody en la península, particularmente en Chichén Itzá —incluyendo el inicio del financiamiento y funcionamiento de la draga que serviría para la recuperación de objetos del fondo y el entrenamiento subacuático de Thompson y sus ayudantes—. La tercera parte, 1904-1914, describe los mecanismos de extracciones clandestinas del Cenote Sagrado y el comienzo de las intervenciones —casi meramente formales— del Estado mexicano en la protección de los tesoros precolombinos situados en territorio nacional; y termina con la segunda y definitiva dimisión del cónsul del servicio exterior estadounidense, precisamente cuando la Carnegie Institution y otros grupos competidores (Boas y su Escuela Internacional) comenzaron a aparecer en el horizonte arqueológico nacional. Esta sección —que describe el auge y desvanecimiento de los *Bostonians* en Yucatán— cierra con la generalización de los conflictos subsumidos bajo el nombre de Revolución Mexicana que llevarán a la interrupción de las actividades exploratorias estadounidenses en Yucatán. La cuarta y última parte retoma el hilo de la historia en los últimos años de la Primera

Imperialism” y Penny y Bunzl, *Wordly Provincialism*. Hubo otras formas —exitosas y duraderas— de intentar un “nivelamiento” con las academias europeas, como se verá brevemente más adelante, por medio de la creación de centros estadounidenses de investigación en el Viejo Mundo por parte del Instituto Arqueológico de América, para demostrar que Estados Unidos “no debe ser dejado atrás”. Mark, *Four Anthropologist*, p. 28.

¹¹ Lagemann, *The Politics*, p. 4.

Guerra Mundial, discute la instalación de la Carnegie Institution y su arqueología científica en la hacienda Chichén, la demanda contra Thompson por el saqueo del Cenote Sagrado y las cambiantes relaciones de la *cw* con los gobiernos posrevolucionarios de Obregón y de Calles, en el último de los cuales da inicio el fin del Proyecto Chichén. Éste se concretiza en la segunda mitad de la década de 1930, cuando una nueva administración de la Carnegie reorienta sus objetivos hacia la “ciencia dura” y hacia la elaboración de proyectos para la producción de materiales bélicos, ya en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Con excepción de algunos pasajes de la primera parte, el texto es eminentemente descriptivo, pues se avoca a la reconstrucción del proceso exploratorio angloamericano en el “Área Maya” y las relaciones entre el frente arqueológico harvardiano (y, posteriormente, “carnegiano”) y las autoridades yucatecas y federales. En este caso, consideré que la narrativa constituía en sí el análisis de los hechos, de sus antecedentes y consecuencias, si bien la linealidad y continuidad de la exploración científica sean constantemente interrumpidas por inflexiones de la acción política.¹²

Es necesario hacer un comentario sobre la cuarta parte del texto. Las tres primeras están amalgamadas de manera natural por los *Bostonians* y, a partir de la segunda, por ellos y por Thompson, que se convierte en el ejecutor de los proyectos de sus patronos y de algunos otros de su propia cosecha. El “hilo de la historia” fluye sin mayores interrupciones. Los *Bostonians* se retiran al final de la tercera parte y son “sustituidos” por la Carnegie, que establece un puente de continuidad —algo accidentado, en lo que se refiere a las relaciones políticas que circundan el proyecto Chichén— al rentar la hacienda de Thompson. Pero si bien el excónsul Thompson pasa a un tercer plano en términos de las exploraciones en el “Área Maya”, su importancia se transfiere ahora al plano de lo judicial con las revelaciones de Willard (y, en menor medida, las de Alma Reed y las anteriores denuncias de Teoberto Maler, el archienemigo del cónsul) sobre la extracción y exportación a Harvard y a Chicago de objetos provenientes del Cenote Sagrado y otras posibles violaciones cometidas por el cónsul de Estados Unidos, par-

¹² Las tres primeras partes fueron publicadas, en versiones ligeramente diferentes, en *Historia Mexicana*, LXIII, 1, 2012 (pp. 105-193); LXV, 1, 2015 (pp. 167-288) y LXVII, 2, 2017 (pp. 659-740). Se publican aquí con permiso del editor.

ticularmente durante la década de 1900. Ese conjunto de revelaciones, transformadas en acusaciones penales (más pesadas aún por tratarse de un exrepresentante oficial del gobierno del país vecino, un “detalle” venenosamente machacado por la prensa callista), enturbiará seriamente las relaciones entre las misiones arqueológicas estadounidenses y el gobierno de México a partir del inicio del gobierno de Calles y de sus constantes enfrentamientos con Washington. El enrarecimiento del clima político es el que va a provocar, en última instancia, el término de la aventura bostoniana-carnegiana en Yucatán, ayudado por los cambios en la conducción de la Carnegie Institution, ya mencionados, que redireccionaron sus actividades científicas hacia el campo militar.

Es inevitable sentir la violencia del corte que la agitación revolucionaria desatada en México en 1912 y la conflagración europea ocasionan en las labores arqueológicas estadounidenses en Yucatán y en la propia narrativa. Y es inevitable sentir que la entrada de la Carnegie parece marcar el inicio de *otro* tema, quizá de otro estudio y de otro libro. De hecho, la salida de los *Bostonians* en los últimos años de la década de 1900 parecería un momento lógico y adecuado para cerrar el trabajo. Sin embargo, en la medida en que las acciones de ese grupo y su agente en Mérida y Progreso, el cónsul Thompson, se proyectan violentamente sobre las décadas de 1920 y 1930 y producen miradas retrospectivas a los periodos anteriores, me pareció imprescindible acompañar el “caso” hasta el final, esto es, hasta la clausura formal del Proyecto Chichén, en 1940.

Debo advertir también que el texto no aborda el proceso jurídico que se le siguió al excónsul a partir de 1926, por considerarlo un asunto —del cual ya se han ocupado otros autores—¹³ que, a pesar de estar estrechamente vinculado por sus causas y personajes involucrados, se aparta de los objetivos y de los espacios de reflexión de este estudio. También se juzgaron fuera de los límites temáticos de esta investigación —y por lo tanto no fueron aludidas— las negociaciones entabladas por las autoridades me-

¹³ Por ejemplo, Luis Ramírez Aznar, *El saqueo del cenote sagrado de Chichén Itzá*, México, Dante, 1990, y Pedro Castro, *El fabuloso saqueo del cenote sagrado de Chichén Itzá*, México, Tirant Humanidades/ UAM, 2016. Véase también Daniel Rubín de la Borbolla, *México: monumentos históricos y arqueológicos*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953.

xicanas con el Museo Peabody, a partir de la segunda mitad de la década de 1930, para la eventual devolución de las piezas extraídas del Cenote Sagrado. De la misma manera, se hizo caso omiso de los aspectos cuantitativos y de las descripciones puntuales y detalladas de las piezas retiradas de Chichén Itzá y exportadas a Cambridge por Thompson, cuya relación, en los archivos del Museo Peabody, ocupa 102 páginas y contiene la descripción de más de 3 000 especímenes, entre ellos textiles, cerámicas, jades, objetos de oro y cobre, madera, copal, piedras semipreciosas, vegetales y huesos.¹⁴

¹⁴ Objects wGeo / Object Package = sh: chichen arch with loc / October 25, 2011. Museo Peabody Archives. El inventario se ordena en cinco columnas: *Object number*, *Department*, *Display Title*, *Materials* y *Geo Tems*, este último llenado invariablemente con el nombre “Chichén Itzá”, lo que imposibilita saber su procedencia exacta dentro del sitio. Sin embargo, la naturaleza y descripción de los objetos permite suponer que, en su mayoría, provienen del Cenote Sagrado.

I. LOS *BOSTONIANS* Y LOS PRIMEROS
RUMBOS DE LA ARQUEOLOGÍA
AMERICANISTA ESTADOUNIDENSE,
c. 1875-1894

LA ORFANDAD DE LA ARQUEOLOGÍA ESTADOUNIDENSE
Y LA CONSTRUCCIÓN DEL “ÁREA MAYA”

Entre 1870 y 1885 diversas misiones institucionales europeas y angloamericanas, bien como intervenciones de viajeros-exploradores individuales, fueron conformando en la península de Yucatán y las áreas próximas de América Central un espacio geográfico y exploratorio que se convertiría, sobre todo de 1885 en adelante, en una especie de coto arqueológico exclusivo de los museos, fundaciones y universidades estadounidenses, en particular de la costa este del país, el famoso *eastern establishment* académico; con un importante agregado extrarregional, Chicago y su imparable ascensión a la categoría de centro urbano articulador de una riquísima región y por eso sede de grandes nuevas fortunas, de una flamante universidad financiada por la familia Rockefeller, y de un mastodóntico museo, nacido de la mayor feria mundial jamás montada en Estados Unidos, la World's Columbian Exposition (WCE) de 1893.¹ A su lado Harvard y su Museo Peabody, Washington y su Instituto Smithsonian, secundados por otros centros de índole académica, entre ellos las Universidades de Pensilvania y de Columbia, y el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Hay que señalar que durante toda la segunda mitad del siglo XIX y hasta los años inmediatos a la Primera Guerra Mundial, los practicantes estadounidenses de arqueología, casi todos ellos anticuarios autodidactas o viajeros-exploradores, estudiosos dotados tan sólo de un entrena-

¹ Sobre la fundación de la Universidad de Chicago y Rockefeller véase Storr, *Harper's University*, pp. 285-291 y Menand, *Metaphysical Club*, pp. 285-333.

miento informal,² solían llevar a cabo sus actividades en determinados nichos arqueológicos de Egipto, Grecia, Mesopotamia, y otras áreas del Medio Oriente que ya se habían “distribuido” informalmente como parte del botín colonial entre las principales potencias europeas y sus museos (lo que no quiere decir que en la arqueología colonialista reinara la paz, sino más bien todo lo contrario).³ También se habían establecido ya dos bases académicas firmes por parte de la comunidad arqueológica estadounidense, la American School of Classical Studies de Atenas y su similar de Roma, ambas sostenidas por el Instituto Arqueológico de América (AIA), fundado en 1879.⁴ Eran instituciones creadas a semejanza de las que habían sido fundadas décadas atrás por franceses e ingleses, y que representaban el predominio en la naciente arqueología angloamericana de la perspectiva “clasicista”, que buscaba primordialmente adquirir objetos procedentes de las tradiciones helénicas, egipcias, asirias, etc., para poder exponerlos en sus museos. La disputa entre los partidarios de esa opción y un pequeño —pero aguerrido— grupo de “americanistas” que pugnaban por orientar sus investigaciones hacia áreas desconocidas del continente —comenzando por el propio territorio de Estados Unidos— está en la raíz del nacimiento de la arqueología en ese país.⁵ Sin embargo, los “clasicistas” estadounidenses, que dominaban importantes instituciones recién fundadas, como el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania (1887),⁶ pertenecían en Europa a categorías diferentes de las que enmarcaban a los arqueólogos ingleses, franceses, alemanes o belgas. Había una cuestión de “organicidad” que convertía a los estadounidenses, venidos de tan lejos y tan ajenos a los contextos culturales de las explora-

² Mark, *Four Anthropologists*, p. 175.

³ *Ibid.*, pp. 27-28. Sobre las disputas arqueológicas entre los imperios coloniales consúltese Díaz-Andreu, *A World History*.

⁴ Browman, *The Peabody*, p. 512.

⁵ Marchand, para quien las escuelas eran muestras de un amplio proceso de “descosmopolitización del estudio de la Antigüedad” (Marchand, “Orientalism”, p. 307), sitúa su fundación por parte de las principales potencias europeas en los años setenta y ochenta del siglo XIX (las primeras francesas e inglesas), a diferencia de Mark (*Four Anthropologists*, p. 175) que encuentra una alemana en Atenas en 1829 y una francesa ya funcionando en 1848 y a los ingleses tratando de imitarlos en mediados del siglo.

⁶ Danien, “Robert James”, p. 25.

ciones europeas, en unos recién llegados cuya presencia era tolerada con simpatía y condescendencia, pero no recibida como parte de un esfuerzo común, término éste que sólo se entendía en el contexto de la colaboración y la competencia intereuropea.⁷ Los exploradores angloamericanos activos en las regiones “clásicas” euroasiáticas en las últimas décadas del siglo XIX eran unos *outsiders* que, además, pretendían equipararse a las iniciativas europeas en sus propios términos y territorios, como lo mostraba la fundación de las Schools of Classical Studies ya aludidas.⁸

Esa falta de pertenencia, ese contexto de “orfandad” de la arqueología estadounidense en las zonas controladas por las potencias hegemónicas europeas comenzó a difuminarse a partir de los primeros años de la década de 1870, con el hallazgo y la exploración cada vez más sistemática de las ruinas prehispánicas de América Central y de Yucatán, una región del propio continente donde la competencia europea era infinitesimal, y que fue rápidamente “conquistada” por las empresas exploradoras de la costa este de Estados Unidos. En ese sentido, la apropiación de la península de Yucatán y los espacios centroamericanos adyacentes por parte de asociaciones de anticuarios, museos, fundaciones y departamentos de arqueología y etnografía de algunas universidades del este de Estados Unidos (Chicago incluido, no geográfica, pero sí orgánicamente), en ese orden cronológico, también significó una especie de revancha de la indefensión arqueológica estadounidense en las zonas controladas por las potencias coloniales europeas. Al detectar lo que en unas décadas vendría a ser el “Área Maya” los exploradores de la costa este de los Estados Unidos y sus patrocinadores habían encontrado una región *privativa* en la que trabajar. No hay que olvidar que el modelo europeo de excavaciones arqueológicas, particularmente el francés, descansaba en pesadas estructuras institucionales ligadas al Estado, o como en el caso alemán, en complejas relaciones entre éste y sistemas priva-

⁷ Véase, por ejemplo, la actitud “tolerante” de los círculos arqueológicos y antropológicos franceses ante los esfuerzos estadounidenses por alcanzar niveles científicos semejantes a los europeos en “Nouvelles Archéologiques”. *Revue Archéologique*, julio-diciembre de 1884, p.120 y la misma sección del núm. de enero-junio de 1885, pp. 250-251.

⁸ Mark, *Four Anthropologists*, p. 28.

dos de patronato.⁹ Al lado de ellos, los *Bostonians* y sus aliados eran básicamente emprendedores individuales apoyados plenamente por corporaciones privadas, lo que les daba una flexibilidad y una movilidad mucho mayores, más adecuadas a la naturaleza semipredatoria de sus actividades en Yucatán. Por eso la facilidad con la que se apoderaron de la región; por eso, tal vez, la necesidad de elevar lo “maya” a la altura de las antigüedades del Viejo Mundo era más apremiante: era una necesidad que se proyectaba hacia el mercado interno de Nueva Inglaterra, sí, pero cuyos resultados era vital proyectar hacia los principales centros europeos de coleccionismo anticuario y arqueológico.

Los *BOSTONIANS*

Si los exploradores angloamericanos en las regiones bajo control de las potencias coloniales europeas podían calificarse como “forasteros consentidos”, el grupo congregado en torno a lo que apuntaba hacia una nueva rama del conocimiento, la arqueología, con sus fuertes raíces anticuarias, también sufría de una cierta condición marginal en el “Área Boston”. En esta cuna de la cultura, de la urbanidad y de la ciencia estadounidenses, los espacios científicos y sus bases financieras estaban dominados por otros grupos, sobre todo el encabezado por Louis Agassiz, el eminente naturalista suizo, fundador y director del Museo de Zoología Comparada de Boston, un decidido adversario de las teorías de Darwin que comenzaban a fascinar no sólo a sus rivales, sino también a algunos de sus más brillantes alumnos, como el “disidente” Frederick W. Putnam, personaje central de esta narrativa. La relativa marginalidad de “nuestros” *Bostonians* radicaba no sólo en el desafío al *establishment* y a las buenas costumbres que significaba la adopción de las ideas darwinistas, sino a un *Bostonianism* medio adoptado, no original, de nacimiento, puesto que algunos de los más prominentes miembros del grupo, como el ya mencionado F. W. Putnam, Stephen Salisbury Jr. o el propio “Gran Benefactor”, George W. Peabody, provenían de ciudades vecinas y no de la propia fuente originaria de la aristocracia neoinglesa. La cabeza política del

⁹ Véase Marchand, *Down from Olympus* y *German Orientalism*.

grupo, el senador George F. Hoar, había nacido en Concorde, Mass., de una antigua y prominente familia de neingleses. La única excepción, de entre los notables, era Charles P. Bowditch, un bostoniano de pura cepa.¹⁰ No por acaso la base original de operaciones del grupo no fue una de las rancias instituciones culturales de Boston (si bien se apoyaron intermitentemente en la Sociedad Histórica de Massachusetts, la primera de su tipo) sino la Sociedad Americana de Anticuarios (AAS por sus siglas en inglés) fundada en 1812 en Worcester, y un Museo Peabody incrustado un tanto artificialmente en la Universidad de Harvard durante los primeros 25 años de su existencia, esto es, hasta inicios de la década de 1890.¹¹

La actividad exploratoria, excavadora y coleccionista que dio origen al tronco mayor de la arqueología americanista estadounidense se originó en las iniciativas de la AAS y en los febriles proyectos de sus financieramente sólidos miembros, dirigidos de manera primordial hacia las áreas “mayas”. Desde luego, eran todos *Harvard men*, todos inmersos en actividades empresariales y, de una o de otra manera, en ejercicios culturales propios de eruditos de la época, principalmente en el coleccionismo de antigüedades. Todos miembros relativamente periféricos de la élite regional que buscaba por diversos medios —entre ellos sus proyectos en el seno de la AAS—, y en momentos de profundos cambios en la sociedad estadounidense, la ocupación (o el mantenimiento) de espacios de poder y posiciones de vanguardia en la definición de políticas científicas y culturales que redundaran en beneficio de estructuras

¹⁰ Sobre Agassiz, un verdadero mandarín de las ciencias naturales en la Nueva Inglaterra de mediados del siglo XIX, véase Lurie, *Louis Agassiz. A Life in Science*; y Menand, *Metaphysical Club*, pp. 97-148. Respecto de las pugnas al interior de la comunidad científica bostoniana de la época, dividida, como en tantos otros lugares, entre partidarios y detractores de Darwin, véase Hinsley, “From Shell-Heaps”.

¹¹ Sobre los orígenes y propuestas originales de la AAS, véase Evans, *Romancing*, pp. 46-47. Sobre Putnam consúltese Browman, *The Peabody*; Mark, *Four Anthropologists*; y Hinsley, “From Shell-Heaps”, pp. 49-52. Sobre Bowditch, hasta donde sabemos, sólo existe el obituario escrito por Alfred Tozzer y publicado en 1921 en *American Anthropologist*, vol. 23, núm. 3, julio-septiembre de 1921, pp. 353-359. Sobre Hoar se publicó un homenaje en *American Antiquarian Proceedings*, vol. 17, 1907, pp. 159-166, escrito por Edward E. Hale, pero que no contiene ninguna información sobre sus intereses anticuarios. Sobre Salisbury sólo se han encontrado las notas constantes de Hinsley, “In Search of the New World”, pp. 115-118.

corporativas, museos, universidades, etc. A ellos se unirían después, en una dialéctica de alianzas y rivalidades, los *Chicago men*, en particular Allison V. Armour y William Holmes del Museo Field Columbian. Todos ellos estuvieron vinculados desde un principio con las actividades de George W. Peabody, el riquísimo empresario de Salem, padre de la filantropía estadounidense, y en particular con la entidad que había resultado de la donación de 150000 dólares concedida en 1866 al Harvard College para que fundara un museo de arqueología y etnología que llevara su nombre, el Museo Peabody.¹² Años más tarde, se “agregarían” —pues su llegada marca un cambio de rumbo radical— los *Washington men* (no por nacimiento sino por plataforma de actividad), entre los que sobresalen —Holmes otra vez— Sylvanus G. Morley y Alfred Kidder, los dos principales responsables del Proyecto Chichén Itzá de la Carnegie Institution de Washington, si bien ni de lejos equiparables a los anteriores en riqueza y pedigrí. Esta amalgama de científicos y capitalistas filántropos formó el equipo que, en mayor o menor medida, con más o menos intensidad y constancia —desde la dedicación casi exclusiva de Salisbury y Bowditch, para no hablar de Morley y Kidder, hasta el apoyo mundano de Armour, pasando por el imprescindible patronato político-científico de Hoar y del multiteareas Putnam (involucrado por esos años en proyectos mucho más ambiciosos que la exploración y el coleccionismo)— constituyó la empresa que llevó a la creación del “Área Maya”.¹³

Nuestros *Bostonians* eran, por lo general, poseedores de considerables fortunas derivadas de la expansión industrial estadounidense que siguió al término de la guerra civil. Habían amasado grandes capitales en empresas exportadoras de algodón y otros productos de la tierra, fabricación de textiles, ferrocarriles y diversos negocios conectados con el crecimiento agroindustrial que con-

¹² Sobre Peabody véase Parker, *George Peabody* y Hinsley, “From Shell-Heaps”, pp. 49-50. El acta de la sesión en la que Peabody hizo la donación a Harvard está publicada en *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, vol. 9 (1866-1867), pp. 359-367.

¹³ Hay que advertir que, a diferencia de la bibliografía focalizada en Yucatán y América Central, ninguno de los trabajos que se ocupan de Putnam y de su papel en el nacimiento de la antropología estadounidense le da mayor importancia al “Área Maya” dentro de las actividades que lo convirtieron en la figura dominante que fue.

fluía en Chicago y se desaguaba en los muelles de Boston.¹⁴ Se movían en un círculo que ya desarrollaba emprendimientos comerciales fuera de las propias fronteras, y en algún momento del inicio de la historia se puede decir que ambas empresas, la exploración anticuaria y la naciente multinacional en tierras extranjeras, fueron de la mano: es el caso de la mancuerna formada por los intereses henequeneros (vitales para el comercio internacional de granos) y coleccionistas de algunas ramas de la familia Peabody en Yucatán en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.¹⁵ También tenían excelentes conexiones políticas, tanto en el Senado estadounidense como en la Cámara de Representantes, y en varias ocasiones mostraron disfrutar de un fluido acceso a los altos niveles de gobierno, en particular dentro del Departamento de Estado y la propia Casa Blanca (lo que no significaba, sin embargo, éxito automático en las gestiones). Varios de los políticos más prominentes de las últimas décadas del siglo XIX eran miembros de sociedades anticuarias o históricas, en particular las de Boston, Nueva York y Washington. Por esos años era de buen tono pertenecer a ese tipo de asociaciones, daban un prestigio que disfraza un poco el tremendo enriquecimiento de sus miembros, un fenómeno incómodo en una sociedad en la que aún sobrevivían trazos de una vieja y rígida alma puritana.¹⁶ Se formó, entonces, un eje geopolítico y procientífico constituido por segmentos de las aristocráticas élites empresariales de Boston y las impetuosas nuevas fortunas de Chicago.

Aproximadamente a partir de 1870, este grupo comenzó a invertir recursos políticos, humanos y monetarios para conseguir el con-

¹⁴ Respecto a la pujanza económica, la expansión comercial y el auge financiero de Nueva Inglaterra —y en especial de Boston— al terminar la guerra civil, véase Temin, “The Industrialization” y Rosenbloom, “The Challenges”.

¹⁵ En efecto, las ambivalentes relaciones entre los grupos de Boston y Chicago interesados en la arqueología “maya” se espejaron, a principios del siglo XX, en la concurrencia entre casas exportadoras de henequén de ambas ciudades, como es el caso de la chicagoense International Harvester Co. (IHC) y la bostoniense Henry H. Peabody Co. Para una interesante discusión sobre patronato y arqueología véase Snead, “Science”. Para el caso particular de las empresas Peabody en Yucatán y sus relaciones de subordinación con la IHC, consúltese Joseph *Revolución*, pp. 80-88.

¹⁶ Aquilátense el peso de este tipo de consideraciones en gente como Andrew Carnegie, en Lagemann, *The Politics*, p. 13.

trol de una región que poco a poco fue siendo delimitada en función de la existencia de vestigios de culturas que fueron unificadas bajo el término “maya”. El objetivo final era contar con (y controlar) un espacio propiamente estadounidense, y en particular neoinglés, de exploraciones arqueológicas que pudiera competir al tú por tú con las zonas de exploración controladas por ingleses, franceses y alemanes en el Viejo Mundo. Pero para alcanzar ese objetivo era necesario llevar a cabo algunas tareas preliminares, todas ellas dirigidas a construir y dominar la región. Sin embargo, no parece haberse tratado de un plan preconcebido, crudamente imperialista, pues, por un lado, las acciones que llevaron a la delimitación y el control de la región fueron siendo realizadas sin programación previa; por el otro, hay que recordar que junto a los posibles fines mercantilistas y empresariales del coleccionismo y de la consolidación de instituciones privadas, como el Museo Peabody y la AAS, estaba también el propósito de cimentar firmemente las bases para el desarrollo de la arqueología (y de la antropología, como resultado del mismo empuje) en la costa este de Estados Unidos, y con ello propiciar el avance del conocimiento científico. También es necesario advertir que, si las acciones a las que me voy a referir a continuación no se realizaron obedeciendo a un esquema preconcebido, tampoco fueron consecutivas ni siguieron ningún tipo de linealidad. Sin embargo, sí significaron la apropiación científica y cultural de un territorio extranjero por parte de representantes de una potencia continental, con todas las violaciones a la soberanía nacional de México que eso implicaba, ayudadas por actitudes de indiferencia y apatía por parte de las autoridades mexicanas. Para entender esto último se podrían aludir varias cosas: la “extrañeza” que Yucatán representó para la federación mexicana a lo largo del siglo XIX, incluyendo la inveterada tendencia a la secesión de sus clases dominantes; su lejanía con relación al centro político y cultural del país y un relativo abandono por parte del gobierno central; las dificultades de emplear lo “maya” como elemento de unificación e identidad nacionales, como lo era la cultura azteca; e incluso cuestiones relativamente coyunturales, como los remanentes de la Guerra de Castas, que, aún vivos en las décadas de 1870-1890, sólo se cierran en los primeros años del siglo XX. Lo que sigue es una visión sintética de los fundamentos del “Área

Maya” conforme ellos fueron siendo construidos por el grupo de Boston.

LOS CIMIENTOS DEL “ÁREA MAYA”

Hay una vertiente de la historiografía arqueológica estadounidense que sostiene la existencia de motivaciones “nacionalistas” que estarían por detrás de las acciones tendientes a incorporar la región yucateca y centroamericana al conjunto de los objetos del deseo de coleccionistas, museólogos y especialistas universitarios estadounidenses. En varios de los estudios que pertenecen a esa tradición se invoca el espectro de la doctrina Monroe y, al mismo tiempo, me parece que se asume, sin decirlo, una proyección de los nacionalismo-imperialismos europeos y su expansionismo colonialista de la época al continente americano, en particular a la relación Nueva Inglaterra-Área Maya”. Esa versión encuentra un fuerte argumento en las arrogantes actitudes de John L. Stephens y sus pretensiones de comprar Copán, Uxmal, Palenque y Quiriguá, al tiempo en que luchaba por todos los medios para impedir que la competencia (francesa, principalmente, pero también de los británicos de Belice) lo hiciera. Stephens concebía como un derecho casi divino el “adquirir” sitios arqueológicos enteros y trasladarlos a Nueva York para instalarlos en el Central Park, mientras denunciaba la presencia de exploradores del Viejo Mundo como una “violación” del destino manifiesto estadounidense.¹⁷ Edward H. Thompson, en sus primeros años como cónsul de Estados Unidos en Mérida, fue más lejos y vio en el arqueólogo inglés, Alfred Maudslay, un agente de una nación extranjera, un hombre trabajando

¹⁷ Stephens, *Incidents of Travel*, vol. 2, pp. 115-116. Aparentemente, las intenciones “incorporacionistas” de Stephens calaron hondo en la imaginación imperial de la época, pues en 1854 el explorador austriaco Carl Scherzer fue contratado por el cónsul británico en Guatemala para estudiar la posibilidad de capturar algunas esculturas y enviarlas a Londres. El cónsul atendía a instrucciones de lord Palmerston, “quien había escuchado que se habían hecho intentos de comprar Copán y Palenque en nombre de los Estados Unidos, y le preocupaba que Gran Bretaña se quedara sin monumentos de calibre similar en sus colecciones. Pero Scherzer informó que los monumentos eran demasiado pesados para ser trasladados”. Graham, *Alfred Maudslay*, pp. 79-80.

“para una sociedad rival de una nación rival” en lo que era, para todos los efectos, un espacio de Monroe.¹⁸

Otro elemento que ha servido para sostener la tesis del “nacionalismo monroísta” (que más parece un imperialismo a secas) es una interpretación peculiar y, a mi juicio, un poco desorbitada, casi una sobreinterpretación, del arreglo de los materiales etnográficos, antropológicos y arqueológicos en la Exposición Mundial Colombina de Chicago de 1893; con él se buscaría mostrar una continuidad sin interrupción entre las culturas de las Grandes Planicies estadounidenses y las áreas mesoamericanas, invocando con esa idea una especie de derecho de origen a los depósitos arqueológicos “mayas”. Todo eso gracias a la intermediación de los toltecas, considerados por uno de los más famosos exploradores de la época, Désiré Charnay, como un grupo étnico emparentado con los habitantes del norte del globo. Por otro lado, el hecho de que esta tesis haya estado basada —además de Stephens, cuyo imperialismo parece innegable— en interpretaciones del autor citado sobre las actitudes supuestamente nacionalistas (hacia Estados Unidos) de Augustus Le Plongeon y Désiré Charnay, el primero inglés naturalizado estadounidense y el segundo francés hasta la médula, levanta más cuestiones de las que responde, entre otras la verdadera orientación de un “nacionalismo” pro-estadounidense expresado por un francés en los años inmediatos a la guerra Franco-Prusiana.¹⁹ A lo que sí parece que pueden abonar esas posturas es a la lucha contra el sentimiento de inferioridad científica que agobió a las comunidades académicas de la costa este de Estados Unidos —anticuarios incluidos— hasta los primeros años del siglo xx, al que me referiré más adelante, si bien los (ambiguos) postulados de la

¹⁸ Thompson a Bowditch, Mérida, 6 de julio de 1888. PMA, PMDR, FWP, X-File 91-8B, folder 2.

¹⁹ Evans, *Romancing*, pp. 104-115. Admitiendo, sin conceder, que haya habido condicionantes nacionalistas en la aventura anticuario-arqueológica de los *Bostonians* en Yucatán, éstas no surtieron, sin embargo, ningún efecto en términos del control efectivo de la región, que se alcanzó por métodos más bien empíricos. Por otro lado, me parece que se trata de un uso un poco inconsecuente del concepto: los nacionalismos buscan clásicamente servir de instrumentos para la cohesión y la identidad nacionales recurriendo a una historia ancestral, lengua común, tradiciones compartidas, etc., nada de lo cual existe en la ecuación *Bostonians*-“mayas”.

doctrina Monroe seguirán como comodines ideológicos justificativos de varias acciones bostonianas durante un par de décadas.

Uno de los factores clave —y que así se fue mostrando de manera paulatina— para el dominio del “Área Maya” consistió en ejercer el control sobre los exploradores que la habían venido ocupando —siempre esporádicamente— desde el momento en que se iniciara el interés de los *Bostonians*, en 1870, cuando el Museo Peabody, en esos años una institución naciente, frágil e insegura, otorgó su primer donativo para hacer excavaciones en Yucatán.²⁰ Eran personajes de distinta procedencia, pero todos ciudadanos de potencias europeas. La primera modalidad de control, muy flexible, consistió en comprometer a algunos de esos exploradores, que ya estaban en campo, mediante el financiamiento parcial de actividades que interesaban al grupo de Boston, y que resultaban en el envío clandestino de antigüedades destinadas al Museo Peabody y a la AAS —y en algunas ocasiones también al Smithsonian—. Ése fue el caso de Le Plongeon, Charnay, Alfred Maudslay y el austroalemán Teoberto Maler, por ejemplo. Algunos de ellos habían estado relacionados con la intervención francesa en México (Charnay y Maler, por lo menos), pero todos habían bebido de los resultados de la Comisión Científica Mexicana que acompañó a la fuerza invasora, mismos que los habían animado a explorar el “Área Maya” en los meses inmediatamente posteriores al fusilamiento de Maximiliano y a la recuperación de un relativo clima de paz en México.²¹ Sin embargo, eran relaciones inestables, como inestables eran los sujetos últimos de los contratos, todos (con la aparente excepción de Maudslay) tremendamente individualistas, arrogantes, con altas dosis de autoestima y con claras tendencias a actuar de acuerdo con sus propios intereses sin darle mucha atención a los de sus distantes patronos. Pero, sobre todo, eran “extraños” al grupo de Boston y “extranjeros” en el área —más “extranjeros” que los propios yucatecos y mexicanos—, y en el clima de agudísima compe-

²⁰ El agraciado fue Porter Bliss, secretario de la legación de Washington en México. Bliss había prometido que por \$1000 tendría el mayor placer “en asegurar cualquier tesoro que pueda para su Museo”, pero sólo recibió US\$500. Hinsley, “In Search of the New World”, p. 109. Salisbury, como veremos, había vivido en Yucatán durante el invierno de 1861-1862, ya con los franceses en las playas de Veracruz.

²¹ Sobre la Comisión véase Edison, “Conquest Unrequited”.

tencia imperial con fuertes raíces chauvinistas en Europa, sazoadas con las reverberaciones monroístas mencionadas, esos sujetos representaban apuestas riesgosas. Así, a partir de 1880 los exploradores europeos del “Área Maya” (con excepción de Maler, que seguirá en la nómina hasta la segunda mitad de la década de 1900 y quien, además, trabajaba por entonces en Tikal) vieron cortadas paulatinamente las conexiones con sus patrocinadores estadounidenses. Fueron los casos específicos de Le Plongeon, Charnay y el cónsul de Estados Unidos en Mérida, Louis Aymé (1880-1884). Mientras tanto, un número cada vez mayor —y cada vez más profesional— de exploradores y arqueólogos de Estados Unidos, ligados a Boston o a Chicago, ocupaba la plaza. Algo que Eric J. Thompson elaboraría más tarde, de manera crítica, como “la doctrina Monroe en antropología, o manos fuera de América; civilizaciones nativas americanas para los Americanos”.²² La solución vendría en 1885 con la “americanización” definitiva del “Área Maya” y el establecimiento de una estación permanente y segura, el consulado de Mérida.

El crecimiento de la arqueología *americanista* en las principales instituciones de investigación de la costa este de Estados Unidos dependía de un crecimiento semejante y paralelo del prestigio de las propias ruinas mayas, así como de su cotización en el naciente mercado estadounidense de antigüedades, en buena medida dominado por los *Bostonians* —lo que significaba, entre otras cosas, su conversión en objetos de “arte”, esto es, en su estetificación—;²³ para eso, hubo que enfrentar los fuertes prejuicios instalados en los círculos cultos de Boston acerca del dudoso valor que los productos de culturas “primitivas” podían representar frente a antigüedades que estuvieran de alguna manera ligadas a las épocas clásicas, como las de la cuenca del Mediterráneo.²⁴ En otras palabras, no sólo la arqueología anticuaria practicada en fundaciones,

²² Citado en Adamson, *The Ruins of Time*, p. 112. Maudslay continuó en México hasta los primeros años del nuevo siglo. A partir de 1898 se instaló en Oaxaca con la expectativa de explorar Monte Albán, mas debido a la quiebra de las empresas familiares en Inglaterra cambió hacia Washington sus vínculos profesionales, tratando, sin éxito, de obtener financiamiento de la Carnegie Institution. Véase Graham, *Alfred Maudslay*, p. 214.

²³ Pasztory, *Thinking with Things*, p. 191.

²⁴ Véase Hinsley, “From Shell-Heaps”, pp. 51, 53-54.

museos y universidades de la costa este buscaba ponerse en el mismo nivel de sus congéneres inglesa, francesa y alemana, sino que para hacerlo era necesario que la región “maya” fuera, ella misma, puesta en el mismo nivel científico, cultural y mercantil de Mesopotamia, del Valle del Nilo, de la península Helénica, y de otras zonas ya sacramentadas por la mirada arqueológica occidental.²⁵ Augustus Le Plongeon, en su batalla por lograr autorización para sacar su gran descubrimiento, el Chac Mool, de México, le habría escrito al presidente Lerdo de Tejada: “A partir de ahora los artistas americanos [es decir, los mayas] podrían competir con los asirios y los egipcios!”.²⁶ Pero la importancia que había que reconocer a las “antigüedades americanas” —término por el que debía

²⁵ El sentimiento de que Estados Unidos era una nación desprovista de historia y cultura, al contrario de Europa, fue un lugar común de la reflexión de los círculos ilustrados de Nueva Inglaterra durante buena parte del siglo XIX. La obra de Henry James, contemporáneo de nuestros *Bostonians*, está llena de alusiones al respecto. Véase en particular su *Hawthorne* (1879). Evans da una serie de ejemplos de tales manifestaciones, comenzando en la década de 1820. Evans, *Romancing*, pp. 46-47. Stephens consideraba prácticamente una cobardía que Francia e Inglaterra se rebajaran a negarle a un país tan pobre en esos atributos como Estados Unidos “su única posibilidad de contribuir a la causa de la ciencia”. Stephens, *Incident of Travel*, vol. 2, p. 474. Alice Dixon se refirió a la última obra de Le Plongeon, su marido, como un trabajo que daría a “America su verdadero lugar entre las naciones”. Alice Le Plongeon a Phoebe Hearst, s/f. Bancroft Library, Universidad de California en Berkeley, citado en Evans, *op. cit.*, p. 139. Inclusive en el terreno de la antropología ya profesionalizada, la reverencia de la academia estadounidense hacia Europa y la ciencia y los científicos europeos —por ejemplo, Boas— se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. Véase Mark, *Four Anthropologists*, pp. 174-175.

²⁶ Salisbury, “Dr. Le Plongeon in Yucatán”, en *American Antiquarian Society Proceedings*, 69 (1877), p. 86; Salisbury, *The Mayas*, p. 36. Le Plongeon descubrió el Chac Mool en 1875 y pidió autorización al presidente Lerdo de Tejada para llevar la estatua a Filadelfia y exhibirla en la exposición que conmemoraba el centenario de la independencia de Estados Unidos. La autorización fue negada con el argumento de que la pieza “era propiedad de la nación y no suya”. *Revisita de Mérida*, 15 de julio de 1880. Una crónica de la entrada del monolito en Mérida fue publicada por *El Monitor Republicano*, en su edición del 30 de marzo de 1877 y está reproducida en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. I, pp. 51-53. Después de una breve estancia en Mérida, la estatua fue trasladada al Museo Nacional por órdenes de don Porfirio Arzamendi a secretario de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública, Mérida, 24 de septiembre de 1880, en AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 146, exp. 22, ff. 115-116. El caso puede considerarse la primera toma de consciencia “oficial” acerca de la

entenderse ruinas mesoamericanas y andinas— no se debía sólo a su esplendor, capaz de compararse con las que llenaban los museos del Viejo Mundo, sino al hecho, absolutamente crucial, de estar “tan a la mano”²⁷ (*so close at hand*), esto es, en territorio *propio*, y, además, en gran medida libres de la feroz competencia en la que los europeos se encontraban enfrascados en las riberas del Nilo, del Tigris y del Éufrates.²⁸ La delimitación y apropiación de algo que estaba “tan a la mano” como un espacio privilegiado para la arqueología “americana”, también significaba el fin, o por lo menos la disminución, de las costosas empresas de exploración en el Viejo Mundo emprendidas por investigadores de este lado del océano. Para alemanes, ingleses y franceses lo que se encontraba “tan a la mano” era la arqueológicamente riquísima cuenca del Mediterráneo. El Atlántico se convertía así en una barrera formidable para la protección del “Área Maya” bostoniana, situada, además, en territorios cubiertos por la noción de la soberanía continental estadounidense. No por acaso la doctrina Monroe había creado el “hemisferio occidental”.

Junto al tema de la “inferioridad” sentida por las élites de Nueva Inglaterra frente a sus concurrentes europeas, hay que mencionar también otro tópico recurrente (y vinculado), el de la “indiferencia” del Viejo Mundo hacia América y sus consecuencias. Desde la época de Waldeck,²⁹ para mantenernos en los márgenes temporales de la nación independiente, había surgido en el discurso de los exploradores angloamericanos y europeos de las zonas arqueológicas mesoamericanas el tópico del ninguneo del continente americano por parte del Viejo Mundo, en contraste con el intenso interés despertado por África del Norte y el Medio Oriente. (Un tema que después, ya en el último cuarto de siglo, se trasladará al dis-

riqueza arqueológica de México y de la necesidad de protegerla en los años posteriores a la intervención francesa.

²⁷ The Editor, “Ruined Cities”, p. 89. La decisión por estudiar lo que estaba “a la mano” —esto es, las antigüedades de “las Américas”—, en lugar de insistir en el estudio de lo clásico, estuvo en el centro de las disputas al interior del Instituto Arqueológico de América, desde su fundación en 1879. Véase Mark, *Four Anthropologists*, pp. 27-28.

²⁸ Stiebing Jr., *Uncovering the Past*, pp. 106-107.

²⁹ El explorador francés, Frédéric de Waldeck, visitó Yucatán entre finales de 1834 y 1836, cuando tuvo serios problemas con el gobierno de Santa Anna. Véase su *Viaje pintoresco y arqueológico*.

curso nacionalista mexicano, curiosamente cuando la “indiferencia” europea dé señales de estar terminando con la renovación del interés francés por México.) La atracción que el entorno mediterráneo tenía para los arqueólogos y exploradores europeos aparecía como un fuerte obstáculo para que las academias, los gobiernos y los círculos empresariales del Viejo Mundo vinculados a emprendimientos culturales, se interesaran por la distante América. La gravitación de los arqueólogos europeos hacia la cuenca del Mediterráneo no escondía ningún misterio: tenía que ver, antes que nada, con el sentimiento de pertenencia ancestral a la región, allí incluida la boga del orientalismo de la segunda mitad del siglo XIX. Egipto, Grecia, Italia, Mesopotamia, Palestina, eran espacios donde se habían originado la cultura y la historia europeas, y la atracción que ejercían, además de los juegos imperialistas de la época, tenía un fuerte componente de nacionalismos étnicos que se alimentaban de orígenes históricos compartidos.³⁰ Por eso Yucatán y las áreas vecinas, esto es, la cuenca del mar Caribe, tenían que convertirse, metafóricamente, en una especie de “mediterráneo neoinglés”, si bien sólo para efectos pragmáticos de exploración y colecta, no para establecer improbables vínculos históricos y culturales —fuera de los proporcionados por las tendencias expansionistas estadounidenses—. Por eso, a lo largo del siglo XIX, diversos factores, entre otros la convicción de que no había habido grandes civilizaciones en América y, por lo mismo, relaciones entre ambos continentes —a pesar de las proposiciones “protodifusionistas” del barón de Waldeck, Le Plongeon, Charnay *et al.*— orientaron los ojos de las misiones científicas del Viejo Mundo, siempre puntas de lanza de la expansión imperial e instrumentos de la geopolítica europea, hacia el Medio Oriente, Asia y África del norte. Al hacerlo, y al monopolizar en la práctica la exploración de los sitios de las antiguas culturas de esas regiones, las políticas culturales de las potencias hegemónicas europeas produjeron dos factores: primero, dejaron las zonas americanas al “descubierto”; es decir, con su omisión y su indiferencia, que no ocultaban un cierto racismo, hicieron posible que se instalaran y se consolidaran en ellas los intereses científico-anticuarios estadounidenses —también impregnados, sin duda, de consideraciones raciales—;

³⁰ Riviale, *Los viajeros franceses*, pp. 106-107.

y, segundo, permitieron que esa novel arqueología anticuaría delimitara el “Área Maya” como su espacio particular y vitalmente exclusivo.

La “indiferencia” europea, que redundaba en escasez de recursos para las investigaciones andinas y mesoamericanas, tenía otro componente fundamental, que era la mínima valorización de las antigüedades americanas en los mercados anticuarios europeos y en las secciones de adquisición de los grandes museos. Por eso, el proceso de implantación de la arqueología anticuaría estadounidense en Yucatán también significó —y tal vez en una dimensión más importante de lo que aparece en la documentación— un esfuerzo por atribuir a las antigüedades “mayas” un valor de mercado comparable, o aproximado, al de las del Viejo Mundo. Hacia mediados del siglo XIX, las antigüedades prehispánicas no tenían un valor comercial propiamente dicho, e instituciones europeas pioneras en su resguardo, como el Museo de Sèvres, pagaban cantidades meramente simbólicas por colecciones —en este caso de cerámicas andinas—, más como reembolso por los gastos en los que los viajeros exploradores habían incurrido que como reflejo de una escala de valor material.³¹ Esa “indiferencia” estaba desde luego vinculada con una mirada estética —la europea— inmemorialmente habituada a los padrones clásicos de belleza, lo que convertía a las antigüedades mesoamericanas en objetos “grotescos”, “horripilantes” y, por lo general, violentamente antiestéticos. Por eso Waldeck se empeñó en “embellecer” sus reproducciones de piezas palenquianas, y declaró que ya era tiempo “de que la atención

³¹ *Ibid.*, p. 41. Lo que no significa que no hubiera por esos años del fin de siglo un vigoroso mercado estadounidense en el que se negociaban “reliquias” de las culturas indígenas del territorio de Arizona y Nuevo México, con apoyo de una red de periódicos como *The Antiquarian*, que tenían secciones de compra y venta de antigüedades. Véase Snead, “Science”, pp. 254, 261. El proceso de construcción del valor de las antigüedades mesoamericanas en el último cuarto del siglo XIX no parece haber sido aún documentado. Sin embargo, diversas notas periodísticas de la época hablan de “altos precios” pagados por viajeros extranjeros por pequeñas piezas, muchas de ellas falsas. En 1893 *El Monitor Republicano* citaba un diario estadounidense que decía que “en los grandes salones de Nueva York, como objeto de lujo, tienen la preferencia [...] los ídolos mexicanos que son encargados a México y pagados a subido precio”. “Ídolos mexicanos”. *El Monitor Republicano*, 23 de mayo de 1893, reproducido en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. I, p. 245.

de Europa se dirija sobre un mundo quizá igualmente rico en tesoros científicos y en atractivos recuerdos [que Egipto]”,³² por eso el asombro de la famosa valoración estética hecha por Durero de los objetos enviados por Hernán Cortés a la Corte de Madrid.³³ En 1880, en el contexto del lanzamiento de una ruidosa expedición franco-estadounidense a Yucatán,³⁴ el tema del desprecio que significaba la baja estima europea hacia el pasado americano saltó de los propios exploradores a algunos círculos cultos de Nueva Inglaterra. Fue el caso de los reunidos en torno a *The North American Review*, que comenzaron a cuestionar que las antiguas civilizaciones del Oriente, de África o de la península Helénica hubieran despertado tanto interés, mientras que las americanas habían sido tratadas con “relativa indiferencia”.³⁵ Pero, como se dijo, el desinterés europeo —no hablemos ya del mexicano— tuvo un gran mérito para los fines de este estudio: permitió la implantación incontestada de los intereses bostonianos en Yucatán y sus alrededores.

Por último, hay que señalar que la delimitación del “Área Maya” y la identificación de sus centros principales llevó naturalmente a privilegiar aquellos lugares que ofrecían mayores oportunidades de exhibiciones espectaculares y de obtención de piezas coleccionables de alto valor potencial, aunque también intervino, sin duda, el interés científico en ese juego contrastante entre el negocio y la ciencia, cada uno cubriendo al otro, y a veces uno cubriéndose con las apariencias del otro. En ese proceso, a partir de 1894, el grupo de Boston enfocará gran parte de sus recursos y atenciones

³² Waldeck, *Viaje pintoresco*, p. 45.

³³ Pasztory, *Thinking with Things*, p. 120; Pasztory, *Jean-Frédérick Waldeck*. Véase también Williams, “Art and Artifact”.

³⁴ Dirigida por Désiré Charnay, financiada por el millonario estadounidense de origen francés, Louis Lorillard, y patrocinada por el Servicio de Misiones Científicas del Ministerio de la Instrucción Pública del gobierno de la III República francesa. Charnay firmó un contrato con la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública de México que le permitía apropiarse de un porcentaje significativo de las piezas encontradas en sus excavaciones y enviarlas al Museo del Trocadéro en París, donde formarían la Colección Lorillard, y al Instituto Smithsonian de Washington. El contrato provocó un escándalo mayúsculo en el Congreso y al final fue derogado y los hallazgos de Charnay confiscados. El documento y sus borradores están en AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 146, exp. 22. También está reproducido en Díaz y de Ovando, *Memoria de un debate*.

³⁵ The Editor, “Ruined Cities”, p. 91.

en la exploración de Chichén Itzá, y crecientemente en su Cenote Sagrado, culminando una serie de visitas, más o menos superficiales, de Le Plongeon (1875), Charnay (1880), Maudslay (1889), Edward H. Thompson (1889), Maler (1891) y Holmes (1893), para sólo citar a los más conocidos.³⁶ Para muchos, este sitio y su exploración durante la primera década del siglo xx, así como los escándalos a que dio lugar el saqueo de las ruinas durante la década de los 1900, hechos públicos entre 1923-1926, están irrevocablemente ligados a un personaje de atributos claroscuros, sujeto de una leyenda perfectamente maniquea, y como tal conocida: Edward H. Thompson, el notorio cónsul de Estados Unidos en Mérida, entre 1885 y 1893, y en Progreso entre 1897 y 1907.

LOS *BOSTONIANS* EN ACCIÓN: EL CONSULADO,
EL MUSEO Y LA “AMERICANIZACIÓN” DEL “ÁREA MAYA”

Los anticuarios del eje Boston-Cambridge obtuvieron el control del poco codiciado consulado de Mérida desde 1883, aproximadamente, cuando reclutaron a Louis H. Aymé, cónsul desde 1880, y que se mantendría en el cargo hasta 1884. En el verano de 1883, Salisbury y Alex Agassiz, hijo del naturalista —exmentor y feroz opositor de Putnam— solicitaron, a través de la embajada de Estados Unidos en México, y “a nombre de ciertas sociedades de Massachusetts”, permiso para que Aymé pudiera realizar

[...] exploraciones arqueológicas en Yucatán y enviar a los Estados Unidos, debidamente sellados, moldes de papel, láminas fotográficas, cajas o barriles de tierra, objetos rotos de alfarería y otros materiales que puedan ser de interés para los estudiantes de antigüedades en este país y que no tengan valor intrínseco o siquiera valor posible si no es para los estudiantes científicos.³⁷

³⁶ Véase Ewing, *A History*, pp. 22-34; Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 8.

³⁷ Secretario de Relaciones Exteriores a Secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 22 de septiembre de 1883. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 147, exp. 4. La carta de Salisbury y Agassiz venía acompañada de otra del senador Hoar, que identificaba a los peticionarios como representantes de “scientific associations of the first ranks here”. Hoar a Frelinghuysen. Worcester. Mass., 25 de agosto de 1883. SRE, AHGE, leg. 15-1-63.

El exequatur de Aymé, concedido en abril de 1880, le autorizaba a “dedicarse a negocios mercantiles si así lo cree conveniente”, lo que, además de confirmar la modestia salarial del cargo, permitía extender las funciones del cónsul a las actividades arqueológicas.³⁸ Las “sociedades” interesadas en su colaboración eran el Museo Peabody de Arqueología de Cambridge, el Instituto Arqueológico de América de Boston y la Sociedad Americana de Anticuarios de Worcester, el triángulo-nido de los *Bostonians*. El pedido de autorización iba dirigido tanto a las autoridades mexicanas competentes como a los “dueños de las propiedades donde existan ruinas”. Salisbury y Agassiz solicitaban que las cajas, que debían ser enviadas por Aymé “de tiempo en tiempo”, debían pasar por la aduana “sin ser examinadas, toda vez que en su estado original las cajas no podrían abrirse sin que eso significara la destrucción de las placas”. En el cargado ambiente posCharnay, las intenciones eran las mejores y los cuidados los más depurados:

Los signatarios no intentan ni desean exportar tesoros artísticos o cualquier artículo de valor que contravenga las leyes mexicanas, ni autorizar a *su agente* Louis H. Aymé para que actúe en contra de las autoridades locales o gubernamentales; pero solicitan los buenos oficios del secretario de Estado para conseguir los permisos de exportación de aquel material que, una vez examinado por los funcionarios aduanales, se considere excluido de las prohibiciones de las leyes mexicanas.³⁹

³⁸ Eduardo M. Neitl [Neill?] a Miguel Ruelas, Ministro de Relaciones Exteriores. Legación de Estados Unidos en México, 22 de mayo de 1880; Ruelas a Phillip H. Morgan. México, 1º de mayo de 1880. SRE, AHGE, leg. 15-1-63. Hinsley afirma que Aymé fue nombrado cónsul a instancias de Salisbury, usando las influencias del senador Hoar. Hinsley, “In Search of the New World”, p. 110. Sin embargo, no hay evidencia de la formación de un grupo de presión para conseguir el cargo, como veremos en el caso de Thompson. Lo que sí está claro es que Aymé llegó a Mérida precedido por cartas de recomendación escritas por Salisbury a sus muchos amigos meridianos (Rodolfo Cantón a Salisbury. Mérida, 21 abril de 1880. AAS, Salisbury Papers, Box 52/Fol. 1: 1880-1882), y que él y Agassiz, con el apoyo de Hoar, contrataron a Aymé en 1883.

³⁹ Agassiz y Salisbury a Frederick T. Frelinghuysen, secretario de Estado. Cambridge, Mass., 25 de agosto de 1883. SRE, AHGE, leg. 15-1-63. Énfasis mío. Sin embargo, el *Diario del Hogar* veía el asunto con otros ojos: “El cónsul americano en Mérida, ha sido comisionado por los Sres. Stephen Salisbury Jr. y el profesor

El pedido fue turnado al Museo Nacional en octubre de 1883 y éste, aparentemente, estuvo de acuerdo en que se concediera el permiso solicitado por tan ilustres personajes, si bien hasta diciembre de 1884 no había habido ninguna resolución favorable de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública.⁴⁰ Sin embargo, en el ínterin un periódico de la Ciudad de México había traducido un segmento del Tercer Informe Anual del AIA, que se refería al contrato Salisbury-Aymé, y que, entre otras cosas, decía, en clara contradicción con los términos del pedido oficial: “La *mayor parte de las colecciones que haga Mr. Aymé*, con todas las demás hechas de antigüedades americanas, escogidas por los agentes del Instituto *serán depositadas en el museo Peabody*”. Para reforzar la peligrosidad del cónsul estadounidense, el diario informaba de pasadas acciones que mostraban los mecanismos empleados por Aymé:

Sabemos positivamente que por una goleta americana mandó al señor Stephen Salisbury Jr. de Worcester varias cajas de *curiosidades* que recogió en Oaxaca entre las ruinas de Metla [*sic*] y otras, cuando acompañó al señor Cornelio Porte Blip [*sic*] en julio y agosto del año pasado en su visita a este estado; y de las que recogió entre las ruinas de Yucatán, al acompañar a Mr. Charnay y que esto le ha valido ser nombrado miembro de la Sociedad de Anticuarios de Worcester y agente del Instituto Americano a petición de Mr. Salisbiery [*sic*] Jr. Sabemos también, que para evitar el efecto de la ley del 16 de noviembre de 1827, puso su sello oficial de cónsul de los Estados Unidos, sobre cajas de antigüedades que durante año y medio ha mandado al mismo señor Salisbury, para que no se revisase el contenido de dichas cajas en las aduanas.⁴¹

Agassiz, para que, a la sombra de su carácter oficial, les mande despojos con que adornar el Museo Peabody de la Universidad de Cambridge [...] adelantándole la suma de 1 500 pesos a cuenta de la de 5 000 con que piensan pagar los destrozos que haga este Señor en las ruinas de Yucatán”. *Diario del Hogar*, 18 de junio de 1882.

⁴⁰ Fernández a secretario de Gobernación. México, 27 de diciembre de 1884. SRE, AHGE, leg. 15-1-63. Sobre el Museo véase Florescano, “El Museo Nacional de Antropología”.

⁴¹ *Diario del Hogar*, 28 de junio de 1882. Las cursivas están en el original.

La denuncia llegó a oídos del gobierno federal y la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública alertó al gobierno de Yucatán, el cual declaró desconocer que “el ciudadano americano Sr. Aymé, esté comisionado en este estado para remitir al Museo de Peabody, de la Universidad de Cambridge, objetos de antigüedades mexicanas”, pero aseguró “que en el caso de que así sea no se permitirá la extracción de ellas como está prevenido por diferentes disposiciones del Gobierno de la Unión”.⁴² Dos años después, en abril de 1884, Aymé procedió a cumplir las instrucciones recibidas y a embarcar lo que estaba autorizado. Pero los inspectores de la aduana de Progreso, probablemente ya de sobre aviso respecto de los usos del cónsul, decidieron revisar las “cajas o barriles de tierra [...] que resultaron contener antigüedades mexicanas [...]”. El material fue confiscado y remitido a las bodegas de la Aduana Marítima de Progreso y la Secretaría de Hacienda lo puso a disposición de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, la cual a su vez ordenó que los objetos se depositaran en el Museo Nacional.⁴³ Pero el envío de Aymé involucraba otros intereses, además de los de Salisbury, Agassiz y los “estudiantes científicos” estadounidenses. En noviembre de ese mismo año la propietaria de una casa de comercio establecida en Mérida, Clemencia Ortega de Toledo, declaró haber sido la intermediaria del embarque, que iba destinado a su corresponsal en Nueva York, Guade & Huntington, quien ahora le estaba cobrando las cajas que no llegaban, con el consiguiente perjuicio para su negocio y reputación. Doña Clemencia, afirmando

⁴² Nota sin firma, “Sección 24”. México, 8 de julio de 1882; R. Arzamendi a oficial mayor encargado de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 24 de julio de 1882. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 147, exp. 4.

⁴³ Secretario de Hacienda a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 10 de junio de 1884. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c.147, exp. 4. El instrumento legal invocado, el único medio de defensa de las antigüedades mexicanas entre 1821 y 1896, era un modesto arancel aduanal de 1827, en cuyo Art. II, cap. IV, inciso 41, se leía: “Se prohíbe bajo la pena de comiso la exportación de [...] monumentos y antigüedades mexicanas [...]”. Varios autores citan el arancel como una “ley”, aparentemente sin haberlo leído. Pasztory se refiere a él como “[...] la primera ley nacionalista que prohíbe la remoción de antigüedades [...]”. Pasztory, *Thinking with Things*, p. 214. El texto del arancel puede ser consultado en: <http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1827_118/Arancel_para_las_aduanas_mar_timas_y_de_la_frontera_de_la_Rep_blica_mexicana.shtml>.

que lo asegurado —que seguía en Progreso— no tenía ningún valor, pedía entonces que se “mande practicar un reconocimiento pericial de los referidos objetos y ordenar que se me entreguen aquellos que a juicio de ellos no sean los determinados por el [...] Arancel vigente que prohíbe la exportación de antigüedades mexicanas”.⁴⁴

No olvidemos —y hay que reiterarlo una y otra vez— que se estaba aún bajo el impacto mediático y político del *affaire* Charnay, y todo cuidado era poco en lo que se refería a la súbita (aunque fugaz) sensibilidad del gobierno mexicano respecto de las antigüedades nacionales. En esas condiciones, la exposición del cónsul Aymé como un vulgar contrabandista de piezas arqueológicas, por muy débilmente fundada que pudiera estar la acusación, con certeza llamó la atención del grupo de Boston, su patrocinador, sobre la necesidad de obrar con más cautela y discreción.⁴⁵ En ese mismo periodo de 1884-1885 —cuando Aymé cayó en desgracia— terminó también, coincidentemente, el financiamiento que Salisbury, el presidente de la AAS, había concedido desde años atrás a otro participante “externo” y ocasional de la aventura —además de complicado y belicoso, Augustus Le Plongeon, quien había renunciado a la asociación de anticuarios desde 1882, por sentirse hecho a un lado por Aymé, entre otros—.⁴⁶ Esa doble ruptura de relaciones parece haber marcado un momento particular en la historia de la exploraciones bostonianas en Yucatán, un paso importante en la construcción de la empresa arqueológica “mayista”, pues a partir de 1885 los canales de comunicación y los esquemas de

⁴⁴ Clementina O. de Toledo a secretario de Justicia. Mérida, 5 de noviembre de 1884. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 147, exp. 4. El propio administrador de la Aduana de Progreso, Pedro Argüelles, pidió que las cajas fueran revisadas por el director del Museo Yucateco, Juan Peón Contreras, y que se le devolviera a la quejosa lo que no estuviera dentro de las especificaciones del arancel, algo que, aparentemente, no sucedió. Argüelles a J. Baranda. Progreso, 6 de noviembre de 1884. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 147, exp. 4.

⁴⁵ En una carta de 1894, el senador Hoar señalaría que Aymé había sido un explorador competente, pero “indiscreto” y además proclive al conflicto con sus colegas, todo lo cual era altamente inconveniente para las funciones que tenía que desempeñar. Hoar a Endicott. Worcester, 9 de octubre de 1894, en NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson.

⁴⁶ Desmond, “Augustus Le Plongeon”, p. 85.

trabajo estructurados entre el grupo de Boston y el frente exploratorio en Yucatán serían más orgánicos y menos improvisados: el reclutamiento de quien estaba disponible en las selvas “mayas” sería dejado a un lado para dar paso a una planificación más racional. En efecto, a partir de 1885, los *Bostonians* fueron abandonando paulatinamente sus patrocinios de alguna manera “foráneos” y centraron sus esfuerzos en un personaje mucho más próximo que Aymé o Le Plongeon, un nativo de la misma ciudad donde tenía su sede la AAS, y miembro de la Sociedad Americana de Anticuarios desde inicios de la década de 1880, Edward H. Thompson; un personaje sin ninguna calificación para las tareas que se le encomendaban, pero con una indiscutible pasión por la aventura. En ese sentido, a 10 años de haber empezado sus actividades en la región, los *Bostonians* habían decidido abrir mano de la relativa calidad y entrenamiento de sus antiguos colaboradores, rodeados siempre de un halo de fidelidad incierta, por la seguridad de un agente que les debía todo, y que confiaban que supliría su ignorancia sobre las culturas de la península de Yucatán con su entusiasmo y su fervorosa devoción hacia sus patronos.

Por esos años, y seguramente como resultado de la tormentosa aventura de Charnay, junto con los desagradables antecedentes del Chac Mool de Le Plongeon y el escándalo de Aymé, todo ello materia de comidillas en la prensa de oposición y en el Congreso, el gobierno de Porfirio Díaz comenzó a montar una estructura para vigilar lo que estaba sucediendo en las descontroladas áreas arqueológicas del país, en particular en el “Área Maya”. En octubre de 1885 se creó el cargo federal de inspector y conservador de monumentos arqueológicos, que recayó en Leopoldo Batres, quien había hecho estudios de arqueología y antropología en París a inicios de la década de 1870.⁴⁷ Batres de inmediato se dio a la tarea de nombrar delegados de su oficina en los estados que tenían los principales depósitos arqueológicos, una tarea sobre todo cosmética por la falta de recursos para cumplir adecuadamente las gigantescas labores que significaba la vigilancia y control de los sitios. De cualquier manera, se fundó la estructura, se otorgaron atribuciones debidas, y se procedió al nombramiento de “consejeros y vigilantes”,

⁴⁷ Sobre Batres, véase Bueno, *In Pursuit of Ruins*, que viene a ser, sobre todo, una biografía del inspector.

siendo que el puesto de Yucatán recayó en Juan Peón Contreras, miembro de una de las familias más prominentes del estado, director del Museo Yucateco desde mediados de la década de 1870, y quien se había cubierto de gloria con el “rescate” del Chac Mool de manos de Le Plongeon.⁴⁸

EL PRIMER CONSULADO DE THOMPSON

La operación que llevó al nombramiento de Thompson como cónsul de Estados Unidos en Mérida en sustitución de Louis J. Aymé fue toda ella urdida y ejecutada por los operadores políticos del grupo de Boston, encabezados por el poderoso senador George F. Hoar. El consulado era evidentemente un punto estratégico fundamental para los proyectos bostonianos, y lo había sido desde su apertura hacia 1873, cuando se había convertido básicamente en una especie de cobertura oficial para excavaciones no autorizadas por el gobierno mexicano.⁴⁹ Sólo la impertinencia de Aymé y sus malos manejos con sus colegas exploradores en la península

⁴⁸ *La Revista de Mérida*, 27 de septiembre de 1885. Peón Contreras tenía lepra. Martí lo llamó “un hombre enfermo que parece caballero empobrecido de las Edades Medias [...]”. José Martí, “Antigüedades mexicanas”. *La América* (Nueva York), citado en Bermúdez, “Chac Mol”. La relación de los “consejeros y vigilantes” nombrados está en “Informe que rinde el inspector y conservador de los monumentos arqueológicos de la República, de los trabajos llevados a cabo desde el 9 de octubre de 1885 al 30 de abril del presente año [1887], en *Memoria del secretario de Justicia e Instrucción Pública*, 1888 [?], pp. 377-379.

⁴⁹ Sobre la “tradición” de cónsules-arqueólogos y las facilidades otorgadas por el cargo, véase el inciso “Los diplomáticos”, del cap. 7, “Arqueólogos aficionados y viajeros” en Riviale, *Viajeros franceses*, pp. 268-272. Raina registra las actividades arqueológicas del propio ministro residente del imperio alemán en Lima y del cónsul en Arequipa, como indicador, además, de la importancia atribuida por el gobierno de la nación recién unificada a la arqueología. Raina, *Intellectual Imperialism*, p. 56. Véase también Hinsley, “In Search of the New World”, p. 109. En México, además de Aymé y Thompson, había el antecedente de Charles Russell, cónsul de Estados Unidos en Isla del Carmen, Campeche, quien en 1842 envió al “Instituto Nacional para la promoción de la ciencia” [*sic*], fragmentos de la Cruz de Palenque. Rau, “El Tablero del Palenque”, p. 135. Y, desde luego, Stephens, cónsul de Estados Unidos ante el escurridizo gobierno de la Confederación Centroamericana. De cierta manera, esos nombramientos eran una especie de “beca” gubernamental, cuando no existían aún esos mecanismos para financiar investigaciones científicas, pues proporcionaban recursos monetarios para que

(que varias veces fueron retribuidos) habían puesto en entredicho la funcionalidad arqueológica de la oficina consular. La versión “autorizada” de la llegada de Thompson al puesto de cónsul, constante de su biografía y de los autores que la usan como fuente, dice que Salisbury, en esa época vicepresidente de la AAS, atraído por un artículo que Thompson había publicado sobre el mito de la Atlántida y su relación con los “mayas”, le propuso en algún momento de 1885 que se trasladara a Yucatán como cónsul para retomar los trabajos anteriormente realizados por Le Plongeon y Aymé.⁵⁰ Es una versión simplificada que esconde un hecho capital: la intensa y silenciosa campaña llevada a cabo por los *Bostonians* y su *lobby* en Washington para conseguir que el Departamento de Estado concediera el nombramiento de Thompson, campaña durante la cual la importancia crucial de lo que después vendría a ser el “Área Maya” para los anticuarios del “Área Boston” y para la naciente arqueología estadounidense quedó absolutamente en evidencia.⁵¹ De hecho, lo que interesa no es tanto la forma en que Thompson accedió al cargo, sino el papel que el “Área Maya”, en particular, y el avance de la ciencia arqueológica, en general, tuvieron en el juego de influencias para lograr su nombramiento.

los “cónsules” pudieran sobrevivir y dedicarse a explorar ruinas arqueológicas, o a otras tareas menos nobles.

⁵⁰ Thompson, *People of the Serpent*, p. 18. La invitación habría tenido lugar durante una cena en casa de Salisbury a la que también asistieron Hoar y el Edward Everett Hale. En ella, el anfitrión habría declarado que “A solicitud del senador Hoar [...] el presidente de los Estados Unidos había acordado nombrarme cónsul estadounidense en Mexico, siendo mi puesto los estados de Yucatán y Campeche [...]”.

⁵¹ Brunhouse se refiere a la reunión en casa de Salisbury, sin indicar sus fuentes, y pone la gestión de Hoar en condicional: “Si Thompson aceptaba, el senador Hoar se encargaría de que el presidente de los Estados Unidos lo nombrara cónsul [...]”, lo que, además de situar el cóncave en 1884 —¿a raíz de la renuncia de Aymé?— abre espacio para la campaña silenciada. Brunhouse, *In Search of the Maya*, pp. 69-70. Hay otras informaciones sobre el nombramiento de Thompson, éstas sí contradictorias. Documentos del Departamento de Estado indican que el entonces cónsul estadounidense en Mérida, cuyo nombre no se revela (¿Aymé?), se habría interesado en las habilidades exploratorias de Thompson y lo habría contratado para que realizara excavaciones en las ruinas de la región. Es probable que se trate de un error burocrático. Véase *Despatches from US consuls in Merida*. MP/7157/M257, Roll 4, 1º de octubre de 1897 [sic] – 6 de agosto de 1906.

El consulado de Mérida, como se dijo, ocupaba un lugar muy marginal para los intereses comerciales estadounidenses —si bien la ciudad era sede de varias firmas de esa nacionalidad involucradas en la construcción de ferrocarriles y carreteras y, sobre todo, en la comercialización del henequén, siendo que dos de estas últimas llevaban el nombre “Peabody” en su razón social y tenían su sede en Boston—. La modestia de los ingresos que ofrecía y la insalubridad de la región lo hacían un lugar poco apetecible para quien buscara realizar una carrera lucrativa en el servicio consular de Estados Unidos. Es decir, era un desperdicio destacar allí a un diplomático de carrera. Esa característica fue una de las bases de la estrategia de los *Bostonians* para atacar el puesto. Como argumenté arriba, no hay pruebas fehacientes de que el nombramiento de Aymé haya resultado de la intervención del grupo de Boston, sino que aquél más bien parece haber sido reclutado cuando ya estaba ocupando el cargo. El caso de Thompson sería la primera —y única— vez en que los *Bostonians* empeñarían su prestigio e influencia para obtener, desde el inicio, el control del consulado y garantizar, con ello, una mayor libertad de acción para su nuevo enviado a Yucatán. La entrada del Museo Peabody en la aventura yucateca también marcaba un hito para esa institución, que por primera vez invertía en la búsqueda de objetos arqueológicos *americanos*, un notable viraje de su temprana práctica, orientada a la adquisición de colecciones de antigüedades europeas. Es más, la “descubierta” de Yucatán y de lo que sería en unos lustros el “Área Maya” significó la gran oportunidad de consolidación de una entidad que no había encontrado hasta esos años —finales de la década de 1880— líneas científicas de investigación suficientemente valiosas como para legitimar su existencia y darle el prestigio necesario para contender por fondos y reconocimiento dentro del competitivo y académicamente enrarecido ambiente de Harvard. El principal benefactor del museo, Bowditch, percibió claramente la importancia del “Área Maya” para la solidificación del Peabody durante su rápida visita a la región en 1888, para acompañar la primera expedición patrocinada por esa institución, y pasó a obrar en consecuencia.⁵²

⁵² Sobre el cambio de dirección en los objetivos del museo, de lo europeo a lo americano, y las dificultades encontradas durante sus primeras décadas de existencia, véase Hinsley, “From Sell-Heaps”. Los *Report to the Trustees* del Museo hasta 1890 están llenos de quejas sobre el ambiguo estatuto de la institución

El argumento central de la campaña bostoniana para obtener el control directo del consulado de Mérida a mediados de la década de 1880 proponía que la reducida importancia de la oficina en términos comerciales la hacía un puesto ideal para atribuirle actividades de otra naturaleza que se beneficiaran de la cobertura consular. Es decir, el valor mercantil del consulado era insignificante comparado con lo que representaba como instrumento de dominio de una área que podría convertirse en el cordón umbilical de la joven arqueología estadounidense.⁵³ Así, a mediados de 1884, el senador Hoar, como presidente de la AAS (1884-1887), envió una carta al secretario de Estado en la que le informaba que “algunos de nuestros estudiosos, interesados en investigaciones anticuarias, desean sugerir el nombre del Mr. Edward H. Thompson” para el puesto de cónsul en Mérida, argumentando sus cualidades, no como un individuo habilitado para el manejo de trámites burocráticos y mercantiles, sino por sus capacidades “para la realización de investigaciones arqueológicas”.⁵⁴ En toda la correspondencia enviada por los *Bostonians* y sus aliados al Departamento de Estado durante los meses en que se desarrolló la campaña (de julio de 1884 a enero de 1885), la importancia del nombramiento de Thompson estuvo siempre sustentada por la idea del progreso de la arqueología anticuaria de la nación. Al lado de ese argumento, una y otra vez se insistió en la necesidad de que el hombre de la AAS estuviera

dentro de Harvard. Sobre Bowditch en Yucatán, Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 10. La intercesión del senador Hoar para lograr el nombramiento del hombre de Worcester para el consulado de Mérida no era la primera participación del influyente congresista en aventuras arqueológicas en favor de sus amigos y colegas bostonianos. Algunos años antes, Hoar había tratado sin éxito de movilizar al Capitolio para que presionara al gobierno mexicano de manera a que éste permitiera que Le Plongeon pudiera, además de obtener la propiedad del Chac Mool, sacarlo de México para exhibirlo en la Exposición de Filadelfia de 1876. Desmond y Messenger, *A Dream of Maya*, pp. 50-51; *El Monitor Republicano*, 21 de mayo de 1878, en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. I, p. 60. Sobre Le Plongeon véase también Desmond, “Augustus Le Plongeon”.

⁵³ Sin embargo, por lo menos un autor afirma que la obtención del puesto les daba —tanto a Aymé como a Thompson— el “apoyo financiero” que les permitía dedicarse a sus actividades exploratorias, insinuando así que la pugna de Salisbury *et al.* por el consulado también era una manera de ahorrarse mayores dispendios de salarios. Desmond, “Augustus Le Plongeon”, p. 82.

⁵⁴ “Hoar to Frederick T. Frelinghuysen”. Worcester, Mss., 31 de julio de 1884, en NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson.

cubierto por un diploma gubernamental que le facilitara las labores que tendría a su cargo y le protegiera frente a las autoridades mexicanas. Es evidente que los problemas causados por Le Plongeon y Charnay (sin hablar de la “indiscreción” de Aymé) habían convencido a los *Bostonians* de la necesidad de emplear el mayor tacto posible en sus acciones. Thompson fue nombrado cónsul en Mérida en febrero de 1885, cuando el cargo llevaba ya varios meses vacante por la renuncia de su antecesor.⁵⁵

Una vez asegurado el puesto de Mérida,⁵⁶ las actividades arqueológicas en la zona, que hasta ese momento habían sido empresas más o menos individuales, debidas a iniciativas particulares variopintas de interesados de diversas nacionalidades, comenzaron a ser encuadradas en el marco de instituciones que crecerían al mismo ritmo en que crecían las exploraciones y los descubrimientos de sitios de interés arqueológico. Las intervenciones de investigadores individuales no desaparecieron, pero se vieron paulatinamente superpuestas por el ingreso de “equipos” organizados por instituciones estadounidenses, como el Museo Peabody, que empezó a publicar en 1888 monografías sobre la región y los dispersos restos de una “civilización” desconocida, gracias a un donativo de Charles P. Bowditch. Thompson, por su parte, desde

⁵⁵ Desmond, biógrafo de Le Plongeon, afirma que posiblemente la renuncia de Aymé se haya decidido cuando llegó a su conocimiento que la esposa de Le Plongeon, Alice Dixon, estaba por publicar un artículo en *The Scientific American* sobre los murales del Templo de los Jaguares en Chichén Itzá. En una de las más claras (y eficientes) maniobras de las guerras arqueológicas, el texto consignaba informaciones que le habían sido dadas al matrimonio Le Plongeon por soldados de su escolta, según las cuales “el cónsul estadounidense en Mérida, Louis Aymé, había desfigurado los murales intentando limpiarlos ‘rascando’ la suciedad con un machete”. Desmond, “Augustus Le Plongeon”, p. 85. La renuncia se habría producido en junio de 1884, esto es, dos meses después de la detención de los embarques de Aymé a Nueva York en la Aduana de Progreso; un incidente, por cierto, no mencionado por el biógrafo, y que parece más contundente como base para ese acto que la escaramuza editorial, ya que las intrigas y acusaciones mutuas entre los exploradores presentes en la región eran cosa de todos los días.

⁵⁶ La noticia del nombramiento está en Stephen Salisbury a Frederick T. Frelinghuysen, Worcester, 2 de noviembre de 1884, en NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson; la solicitud del exequatur y el trámite de su concesión, en SRE, AHGE, leg. 42-8-32.

finales de 1886 había iniciado la publicación de breves notas sobre Yucatán en el periódico de la AAS.⁵⁷

El Museo Peabody envió su primera expedición a la península de Yucatán en noviembre de 1888, destinada a realizar una exploración experimental de un único sitio: Labná.⁵⁸ La iniciativa se habría debido al entusiasmo de Bowditch, quien había visitado la región unos meses antes, y que, además, impresionado por la disponibilidad y atributos aventureros de Thompson, le había propuesto que extendiera su contrato con la AAS para incluir también al Museo de Harvard.⁵⁹ A partir de ese momento, el cónsul Thompson asumió la dirección de las exploraciones, que se realizaron en diciembre de 1888 y en el otoño de 1890. Esta última expedición despertó muchas suspicacias en la capital de Yucatán y al mismo tiempo favorables recomendaciones de la embajada de México en Washington para que las autoridades locales le ofrecieran todos los apoyos necesarios, una instrucción que fue transmitida a los jefes políticos de los distritos del estado. En ella llegó Marshall H. Saville, por entonces investigador del Museo Americano de Historia Natural (AMNH, por sus siglas en inglés) de Nueva York, y el cónsul Thompson inició entonces en la práctica sus relaciones con el Museo Peabody y sus formidables patrocinadores. Saville tenía aparentemente la tarea de orientar a Thompson en las excavaciones, y tal vez prepararlo para futuras misiones, dado que, en esos primeros años, la incompetencia arqueológica del enviado de los *Bostonians* había quedado patente en sus malos informes y reportes, muchos de ellos mantenidos inéditos o publi-

⁵⁷ Edward H. Thompson, U. S. A. Consul at Yucatan, "Archaeological Research in Yucatan", en *Proceedings of the American Antiquarian Society*, vol. 4 pt. 3, octubre de 1886, p. 8; "Explorations at Labna", en *Proceedings*, vol. 4, pt. 4, abril de 1887, p. 7; "Portal at Labna", en *Proceedings*, vol. 5, pt. 1, octubre de 1887, p. 4.

⁵⁸ La expedición, formalmente registrada como siendo del Museo Peabody, fue mayoritariamente financiada por Bowditch, quien probablemente levantó fondos de coleccionistas particulares. La documentación está en PMA, PMDR, FWP, X-File 91-8A y 91-8B. No era la primera incursión del Peabody en México: 10 años antes, en 1877, el presidente del museo, Robert C. Winthrop, había solicitado al Departamento de Estado que pidiera a la Embajada de México en Washington autorización y cartas de introducción para un grupo de científicos que se dirigían a México. José Fco. de Cuéllar a ministro de Relaciones Exteriores. Washington, 27 de noviembre de 1877. SRE, AHGE, AEMEU, leg. 79, exp.3.

⁵⁹ Coggins, "Dredging the Cenote", p. 10; Graham, *Alfred Maudslay*, pp. 25-26.

cados décadas después de haber sido producidos por el escaso interés que representaban.⁶⁰ En esos dos periodos (1888-1889 y 1890) Thompson y los enviados del Peabody exploraron los cenotes de Labná.⁶¹ La elección de este sitio, aparentemente a instancias del propio Thompson, se debía a que ofrecía condiciones de trabajo que no se encontraban en otros lugares.⁶² Al parecer, esa expedición fue la primera patrocinada por el Peabody que extrajo materiales arqueológicos de Yucatán. Saville salió con rumbo a Boston a finales de febrero de 1891, escoltado por Thompson hasta Progreso, y acompañado de un cargamento de piezas o especímenes.⁶³

Así, desde los primeros meses de 1891, mientras el Peabody conseguía firmar un ventajoso contrato de 10 años con el gobierno de Honduras para explorar Copán, con un equipo que tenía a Saville como su “Scientific Officer” (y que sería encabezado por Maudslay en 1894),⁶⁴ Thompson comenzó a realizar envíos de materiales arqueológicos a Cambridge (“piedra labrada y pedazos

⁶⁰ Inclusive Brunhouse, un autor con claras simpatías hacia Thompson, dice: “Las formas simbólicas, las estatuas y las fauces abiertas que agarraban una cabeza humana expresaban más que puro arte, estaba convencido, pero más allá de eso no podía decir nada [...] // Al informar sobre los sitios que encontró en el área alrededor de Labná, sólo era un explorador llamando la atención del público sobre esos lugares, pues carecía de los recursos para hacer una investigación exhaustiva o participar en una excavación extensa”. Brunhouse, *In Search of the Maya*, pp.172-173, 182.

⁶¹ Thirty-First Report of the PM of AAE. Harvard University, 1896-97. Cambridge, Mass., 1898, p. 5.

⁶² Ya por entonces, decía Thompson, “Las paredes de Chichén y Uxmal están simplemente cubiertas con nombres de turistas, poemas de más o menos demérito y similares. [...] Uxmal está prácticamente en la misma condición. Los pisos están pavimentados con fragmentos de botellas de cerveza y latas de sardinas”. Thompson a Bowditch. Mérida, 10 de abril de 1889. PMA, PMDR, FWP, X-File 91-8B, folder 2.

⁶³ Thompson a Putnam. Mérida, 22 de febrero de 1891. PMA, PMDR, FWP, caja 4, folder 1.

⁶⁴ Graham, *Alfred Maudslay*, p. 103. Se trata de la expedición comandada por John G. Owens, el primer arqueólogo graduado en Harvard, quien murió de fiebre en Copán, en febrero de 1893, poco más de tres meses después de iniciar su labor. “Obituary. John G. Owens”. *The New York Times*, 28 de febrero de 1893; Hinsley, “From Shell-Heaps”, p. 71. Owens fue sustituido por George Byron Gordon, que después sería el primer director del Museo de la Universidad de Pensilvania. Danien, “Robert James”, p. 26. Posteriormente, Maudslay fue contratado

de una figura de estuco”), destinados al museo, y, por lo menos desde agosto, a F. W. Putnam —otro de los impulsores, junto con Bowditch, del proyecto Copán—, quien ya había conseguido el cargo de director del Departamento de Arqueología y Etnología de la World’s Columbian Commission, preparatoria de la exposición que se celebraría en Chicago en 1893.⁶⁵ Las remesas no eran tareas fáciles de realizar, dada su naturaleza clandestina. El cónsul almacenaba en Mérida —durante meses— las piezas extraídas, a la espera de “transportes seguros” y “personas de confianza” con quien mandarlas ya fuera a Cambridge o a Chicago, precauciones que aparentemente le habían faltado a su antecesor.⁶⁶ Sin embargo, a diferencia del secretismo que rodeaba los tratos con el Museo Peabody, el envío de las piezas para la exposición de Chicago no se podía realizar de manera clandestina, pues había negociaciones oficiales en curso para el efecto y cualquier imprudencia podría dañar las tersas relaciones existentes en esos momentos entre los gobiernos de México y de Estados Unidos. Por esa razón, Thompson se vio obligado a solicitar permisos formales del gobierno mexicano para poder retirar algunas piezas del país, con el inconveniente de que la autorización, de ser otorgada, seguramente vendría acompañada de lineamientos restrictivos a la exportación de “tesoros arqueológicos” y condiciones que, siendo

por el Museo Peabody para continuar con los trabajos. Adamson, *The Ruins of Time*, p. 206; Weeks, *The Carnegie Maya*, p. 9.

⁶⁵ Thompson a Putnam. Mérida, 22 de febrero y 19 de agosto de 1891. PMA, PMDR, FWP, caja 4, folder 1. Para el nombramiento de Putnam en la WCE, véase Browman, *The Peabody*, pp. 513-514. Además de Saville, el equipo de la primera expedición a Copán, dirigida por Owens, contó con un “comité especial del Museo”, integrado por Putnam, Bowditch y F. C. Lowel, mientras que H. D. Price, quien había acompañado a Maudslay en sus expediciones a Palenque, figuraba como “oficial residente”. Museo Peabody of Archaeology and Ethnology, *Annual Report of the Trustees [...], 1890-1891*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1892, p. 8.

⁶⁶ Además del escandaloso caso de Aymé, en un libro publicado en inglés en 1887, Charnay había advertido que la extracción y exportación de piezas arqueológicas debían ser realizadas en silencio, sin relaciones con el gobierno mexicano. Charnay, *Ancient Cities*, p. 178. Es evidente que la obra fue leída con atención, si no por Thompson en Yucatán, sí por sus patronos en Boston, pues *The North American Review* (vol. 145, núm. 371, octubre de 1887, pp. 458-459) la reseñó con entusiasmo, y, de acuerdo con un autor, fue igualmente bien recibida por la AAS. Evans, *Romancing*, p. 125.

específicas para esa ocasión excepcional, bien podrían convertirse en base para sentar precedentes y promulgar una legislación protectora, como de hecho aconteció. En efecto, el director del Museo Nacional, Francisco del Paso y Troncoso, no puso ninguna objeción al ser consultado sobre el pedido de Thompson (encominado por el ministro de Estados Unidos en México a Mariscal) para que se le autorizara a sacar “moldes como los que desea el profesor Putnam”, pero sugirió dos condiciones:

Primero: que Mr. Thompson garantice que al sacar sus moldes no sufrirán el menor deterioro nuestras reliquias [...]. Segundo: que Mr. Thompson, en virtud de la gracia que se le otorga, contraiga el compromiso de ceder a la Nación, un vaciado de cada uno de los moldes que saque, requisitos que, en mi concepto, deben establecerse como regla general para la preservación, a fin de evitar las desventajas que dejo señaladas // en el informe que mandé el 15 de este mes a esa Superioridad con referencia a nuestros monumentos del Palenque.⁶⁷

En ese contexto, Thompson le advirtió a Putnam que no se sorprendiera si, de repente, le llegaban muchas cajas con especímenes. Era necesario retirar lo más posible antes de que los reglamentos federales prohibieran la salida de objetos extraídos de las ruinas de la península, pues se habían firmado convenios entre ambos países para permitir, bajo ciertas normas, la colaboración mexicana en la Exposición de Chicago, incluyendo el envío de materiales arqueológicos. Y durante la vigencia de esos contratos —que se extendían hasta después de finalizada la muestra—, decía Thompson, era preciso extremar las precauciones.⁶⁸ Hacia finales de 1891 Putnam había encontrado en Thompson a la persona idónea para su gran proyecto de “abrir” el “misterioso mundo

⁶⁷ Mariscal a secretario de Justicia. México, 17 de julio de 1891. Fco. del Paso y Troncoso a ministro de Justicia e Instrucción Pública. México, 17 de agosto de 1891. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 147, exp. 48.

⁶⁸ Thompson a Putnam. Mérida, 19 de agosto de 1891. PMA, PMDR, FWP, caja 4, folder 1. Porfirio Díaz autorizó la fabricación de los moldes y su salida del país, pero bajo las condiciones sugeridas por del Paso y Troncoso. [Ill.] a Relaciones. México, 9 de agosto de 1891. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 147, exp. 48.

de los mayas” al gran público estadounidense, uno de los principales objetivos del Departamento de Arqueología y Etnología de la Comisión Colombina que él presidía.

Por esos meses, el cónsul recibió instrucciones del Departamento de Estado para que se incorporara al equipo de Putnam, que estaba montando la Sección M (Antropología) de la exposición que celebraría los 400 años del “descubrimiento” de América. Desde octubre de 1892 hasta marzo de 1893 Thompson estuvo bajo la tutoría y dirección de Putnam, socio de la AAS y curador en jefe del Museo Peabody, esto es, cabeza de sus dos principales empleadores.⁶⁹ Más tarde, el cónsul se referiría a la exposición como “el acontecimiento arqueológico del siglo”, en una clara muestra de la competición que la comunidad anticuario-arqueológica de la costa este de Estados Unidos emprendía a escala mundial; y posiblemente también para situar, una vez más, la “civilización maya” en favorable comparación con la egipcia, que unos años atrás había sido galardonada con la instalación de una de las llamadas “Agujas de Cleopatra” en pleno Central Park por iniciativa del Museo Metropolitano de Arte (este acontecimiento, que culminaba el traslado cinematográfico de la pieza egipcia, había sido aclamado en la todavía provinciana Nueva York como “El mayor logro del siglo diecinueve”).⁷⁰ El propio Thompson abonaría “pruebas” del éxito de su colaboración con Putnam al citar en uno de sus trabajos un hipotético informe del Massachusetts Board of Regents de la Exposición de Chicago, en el cual se leía: “Todos los que visitaron la Exposición recordarán el extraño efecto provocado en la imaginación por estos antiguos monumentos de un pasado desconocido, dispuestos en fastuosa grandeza entre toda la magnificencia y

⁶⁹ Department of State. Consular Bureau. Nota. Octubre de 1893. NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson.

⁷⁰ D’Alton, Martina, “The New York Obelisk”. Debo esta referencia a Evans (si bien no encontré la cita textual reproducida), quien acertadamente sitúa el evento en el contexto de la fiebre masónica de la época —y de las fantasías de Le Plongeon sobre el origen maya de esa sociedad—. Evans, *Romancing*, p. 148. Sin embargo, lado a lado con la importante exposición de copias de edificios mayas y con las expresiones de autocongraciamiento de Thompson, la Exposición de Chicago parece haber tenido su mayor éxito, en términos arqueológicos, no tanto en la cuestión “maya” sino en la creación de un fuerte interés público e institucional por las antigüedades del sudoeste de Estados Unidos. Véase Snead, “Science”, p. 258.

belleza que el arte y la arquitectura de paisaje podría concebir”.⁷¹ El éxito no había sido sólo de la exposición, ni de Putnam; lo que era más importante era su impacto en la consolidación académica de la arqueología estadounidense, y principalmente del Departamento que Putnam dirigía.⁷² Mayores triunfos parece haber recaído la disciplina antropológica como un todo, al encontrar en Chicago su mayor y mejor escaparate público.

EL DEBUT DEL “ÁREA MAYA”:
LOS *BOSTONIANS* Y LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

El punto fundamental de inflexión de la aventura bostoniana en Yucatán —aunque con resultados contradictorios, como veremos más adelante— fue la Feria de Chicago de 1893, la magnífica Exposición Mundial Colombina, destinada a celebrar el IV Centenario de la llegada de los europeos a América. Era la muestra de que Estados Unidos alcanzaba la mayoría de edad como potencia industrial y en ella tuvo lugar la primera explosión de la arqueología “maya”, que colocó al grupo de Boston-Cambridge, temporalmente aliado al naciente núcleo de Chicago, como el pionero indiscutible en la materia. Allá se expusieron objetos cuyo “primitivismo” servía también para realzar la modernidad de Estados Unidos y su cultura, así como la superioridad de su *way of life* sobre los otros, fueran estos europeos o los detentores formales de los territorios arqueológicos científicamente conquistados, los “latinos” del sur.⁷³ En la Exposición de Chicago se mostraron réplicas

⁷¹ Citado en Thompson, *Children of the Cave*, pp. 41-42, reproducido en Hinsley, “In Search of the New World”, p. 110. Sin embargo, hay que señalar que (siguiendo el sentido de la nota anterior) las obras generales sobre la exposición de Chicago poco o nada mencionan de la muestra “maya”, lo que ciertamente reduce a sus debidas proporciones el lugar de lo que era sólo una parte del trabajo más amplio de Putnam (y de su principal asistente, Franz Boas), y un pequeño fragmento en el contexto de la enorme exposición. Véase, por ejemplo McVicker, “Buying a Curator”; y Rydell, *All the World's Fair*; y *World Fairs*.

⁷² Thompson a Putnam. Mérida, 7 de abril de 1894. PMA, PMDR, FWP, caja 4, folder 2.

⁷³ Véase Rydell, *All the World's Fair*, pp. 40, 63-65, para una discusión de las perspectivas raciales y evolucionistas de la WCE y en especial del Midway Plaisance, donde se exhibían pueblos evolutivamente “inferiores” a los “blancos”.

en yeso y de tamaño natural de piezas y monumentos obtenidos en algunos sitios arqueológicos de la península de Yucatán, en especial de Labná. Ahora bien, ¿qué hacían esas reproducciones de fachadas mayas en pleno Chicago, a la orilla del lago Michigan? Pues, nada: asistían, en calidad de testigos y de objetos centrales del evento, como representaciones contemporáneas copiadas de representaciones antiguas, al nacimiento público de un espacio recién construido —e inmediatamente reproducido por la gran prensa—, poblado por los misteriosos “mayas”, producto de una incautación cultural en beneficio del complejo fundaciones-academia de la costa este de Estados Unidos.⁷⁴

Así, para mejor dar a entender de qué se trataba, los “mayas” serían convertidos en los “griegos del Nuevo Mundo”,⁷⁵ y Yucatán en el “Egipto americano”. Una denominación, por cierto, que había aparecido inicialmente en boca de Justo Sierra y después en Francisco del Paso y Troncoso para “defender” las antigüedades mexicanas en la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892, pero con una ligera e importante variante: tanto Sierra como del Paso y Troncoso se habían referido a la región maya como el “Egipto mexicano”, pero un par de viajeros-aventureros, Channing Arnold y Frederick J. T. Frost, decidieron darle una denominación más amplia, menos “nacional”, en un libro publicado en 1909, con gran aceptación del público. Y así, el “Egipto mexicano”

⁷⁴ Evans insinúa que en realidad la iniciativa de Putnam de exponer los grandes moldes de monumentos mayas era una especie de ilustración de las utópicas ideas de Stephens y de Le Plongeon de “llevar” sitios arqueológicos enteros a Nueva York. Evans, *Romancing*, p. 148. Por otro lado, no fueron solamente los *Bostonians* quienes “presentaron” a los “mayas” en Chicago: el Ministerio de Instrucción Pública francés no se quedó atrás y envió igualmente las reproducciones realizadas anteriormente por Charnay. Bancroft, *The Book*, p. 636; en la p. 634 hay una descripción sumaria de lo enviado por el gobierno de México (“lanzas aztecas”, “hachas de guerra”, “escudos”, “ídolos”, etc.). Por su parte, el pabellón británico exhibía las placas de Guatemala, Honduras, Chiapas y Yucatán extraídas por Maudslay. Fane, “Reproducing the Pre-Columbian Past”, p. 60. Pero ninguno igualó la monumentalidad del espacio de Putnam.

⁷⁵ Morley los llama así, en una fecha posterior, pero lo hace en términos de ilustración para una audiencia popular. Weeks, *The Carnegie Maya*, p. 27. Sin embargo, algunos de sus antecesores, como Charnay, Le Plongeon y otros, especularon constantemente sobre esas relaciones, en las que los “mayas” eran con frecuencia puestos a competir con los toltecas para decidir quiénes eran más “griegos”.

se transformó en el “Egipto americano”, una especie de versión arqueológica consecuente con los principios de Monroe (y su reedición con el Corolario Roosevelt), doctrina que se aplicaría de manera más literal mediante el control bostoniano sobre el “Área Maya” en los años siguientes.⁷⁶ Es evidente que la comparación de Yucatán con Egipto estaba fundamentada en la similitud relativa de los monumentos de ambas regiones y en los niveles culturales que subyacían a los grupos humanos que los habían construido y empleado. Pero pienso que hay otra lectura posible, no tan evidente, aunque tal vez demasiado personal: a menos de 15 años del fin de la intervención francesa, México (del cual Yucatán era, a pesar de todo, una provincia), como Egipto, había sido objeto de una invasión de los ejércitos imperiales galos, y, como Egipto, había sido objeto de una “comisión científica” conformada y enviada para estudiar varios aspectos de su pasado y de su presente. El “Egipto mexicano” lo era por las pirámides, sin duda, pero también por las aventuras colonialistas de ambos “Napoleones” y sus pretensiosos proyectos académicos.⁷⁷ Y no eran sólo los medios y los exploradores extranjeros ni los políticos mexicanos quienes recurrían a tales similitudes para “elevar” la posición internacional del “Área Maya”. Un periódico de San Cristóbal de las Casas, refiriéndose a las exploraciones de Maudslay en Palenque en 1890, había

⁷⁶ Arnold y Frost divulgaban extravagantes ideas que situaban el origen de la civilización “maya” en inmigrantes budistas de Java e Indochina y dispensaban la más aceptada teoría de los antecedentes toltecas como un “grueso error”. Arnold y Frost, *The American Egypt*. La mención del “Egipto mexicano” de Sierra está reproducido en Díaz y de Ovando, *Memoria de un debate*, p. 81. *The New York Times* trazó diversas similitudes entre Yucatán y Egipto en un extenso artículo publicado en 1896, que llevaba por título “Mysteries of Yucatan”, *New York Times* (1º de marzo de 1896).

⁷⁷ En las fuentes francesas de la época esa relación es cristalina. Refiriéndose al fin de la expedición y a sus resultados científicos, los organizadores de la Exposición de París de 1867 hicieron la siguiente declaración impresa en uno de sus boletines: “Supongamos, sin embargo, que hay hombres en la Comisión Mexicana del mismo calibre que los ilustres eruditos que formaron la Comisión Egipcia, ¿qué sabremos?”. Citado en Gerber, F. C. Nicaise y F. Robichon, *Un aventurier du Second Empire. Léon Méhédin. 1828-1905*. Bibliothèque municipale de Rouen, 1992, p. 61, y reproducido en Riviale, “La Science en marche”, p. 331. Méhédin había participado tanto de la aventura egipcia del primer Napoleón como de la mexicana de su sobrino.

calificado a esas ruinas como la “Babilonia americana”, y había dado a los gobernantes de Palenque el título de “faraones”.⁷⁸

Por contraste con la iniciativa de los *Bostonians* en su incursión en la WCE de Chicago, y en una extraña renuncia a lo propio, el gobierno federal mexicano y la clase intelectual del país parecían haber hecho caso omiso —o casi— de las antigüedades prehispánicas como objetos merecedores de exhibición y aplauso. Al contrario de los *Bostonians*, el gobierno de Porfirio Díaz, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre sus propuestas de modernidad exterior, orientó a los gobiernos estatales y municipales a concentrarse en el envío de materias y productos alimenticios, sobre todo aquellos de origen tropical y subtropical que luchaban por conquistar espacios en los mercados consumidores estadounidenses: café, cacao, tabaco, y, además “pieles, lanas, miel, ceras, carey, plumas de ave, seda, granas” y otros productos “exóticos”.⁷⁹ Hubo también la extraña y frustrada iniciativa de “dar a conocer el estado actual de Civilización de la clase indígena” mediante el envío de

⁷⁸ *El Ferrocarril* (18 de marzo de 1891), recorte inserto en Batres a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 18 de marzo de 1891. PMA, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 165, exp. 76. Los lectores de Stephens saben que el excónsul estadounidense ante la Confederación Centroamericana comparó favorablemente Palenque con Constantinopla, emparentó Uxmal con Tebas y Copán con Atenas. Véase Evans, *Romancing*, p. 63. También es conocido que en 1880, Le Plongeon, en su delirante búsqueda de relaciones entre los “mayas” y los griegos, afirmaba en la prensa que la civilización que había ocupado la península de Yucatán y América Central era igual o “superior a las de Asiria, Caldea o Egipto”. Al respecto, y en descarga de Le Plongeon y compañía, hay que recordar que esos primeros exploradores —a diferencia de los arqueólogos del siglo xx— no tenían puntos de referencia ni antecedentes para entender lo que estaban viendo, por eso buscaban conexiones conocidas, o recurrían a leyendas y saberes locales que muchas veces podían ser conectados con el exterior. Véase Adamson, *The Ruins of Time*, p. 107.

⁷⁹ Secretario general de Gobierno a [?]- Oaxaca de Juárez, 15 de marzo de 1893. AGN, Fomento, Exposiciones Extranjeras, c. 81, exp. 11, ff. 55-58v; Norberto Domínguez a coronel Daniel Fraconis, gobernador. Mérida, 6 de octubre de 1892. AGEY, Poder Ejecutivo, Gobernación, 1892. Tampoco hubo en otras localidades mexicanas disposición a participar en la WCE. El caso del estado de Puebla es ejemplar: las convocatorias para hacer parte del certamen fueron recibidas con “demasiada frialdad” y nuevas circulares del gobierno local no consiguieron “despertar el entusiasmo ni el deseo de competencia”. Secretario de Gobierno a ministro de Fomento. Zaragoza, 8 de abril de 1893. AGN, Fomento, Exposiciones Extranjeras, c. 81, exp. 11, fls. 55-58v.

familias indígenas a Chicago, “con todos sus útiles de trabajo y moviliario [sic]”.⁸⁰ Y a diferencia de la Exposición Universal de París de 1889, donde había patrocinado la construcción de un edificio “neoazteca”, el gobierno mexicano se declaró sin posibilidades de construir un pabellón propio en Chicago, contentándose con mostrar sus productos en los Edificios Generales de la Exposición.⁸¹

Así, mientras el gobierno de Porfirio Díaz se deleitaba con la ilusión de la riqueza colonial de México, y el gobierno del estado de Yucatán se contentaba con el envío de productos de las riquísimas flora y fauna locales, además de algunas fotografías de las “ruinas de Yucatán”,⁸² los *Bostonians* hacían de la exhibición de réplicas arqueológicas “mayas” su tarjeta más fuerte de visita y uno de los puntos centrales y más vistosos de la exposición de Chicago. Ya en julio de 1891, *La Voz de México* decía, con un dejo inocultable de triste envidia: “Los organizadores de la Exposición de Chicago se proponen edificar en aquella ciudad reproducciones fieles de los antiguos monumentos de América. / [...] figurarán en primera línea: el Templo del Sol de Chichén Itza, Yucatán,

⁸⁰ Es posible que la idea de la “exhibición” de familias indígenas mexicanas haya estado de alguna manera relacionada con el proyecto de Franz Boas de exponer, por la primera vez en Estados Unidos, “grupos vivientes” (*life groups*), que sustituían a los modelos de cera usados desde décadas atrás en los museos europeos. Véase Jacknis, “Franz Boas and Exhibits”, p. 81. Otra fuente de inspiración para la construcción de “aldeas” etnográficas fue la “Ciudad colonial” de la Exposición de París de 1889, con sus centenas de “villas” asiáticas y africanas, que tanto habían impresionado a los delegados del Smithsonian. Rydell, *All the World's Fair*, p. 56.

⁸¹ Sobre la presencia de México en París véase Tenorio Trillo, *Artifugios de la nación*. Hay una detallada descripción del pabellón mexicano en Antonio Peñafiel, “Comisión para formar un proyecto de edificio para la Exposición Internacional de París”. *El Monitor Republicano*, 9 de junio de 1888, reproducido en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. I, pp. 148-153.

⁸² Daniel [Ill.] a secretario de Estado y del Despacho de Fomento. Mérida, 16 de noviembre de 1893. AGN, Fondo Fomento, Exposiciones Extranjeras, c. 81, exp. 11. El gobierno del estado de Yucatán envió 70 cajas con productos locales, tan sólo cuatro de las cuales contenían fotografías de ruinas prehispánicas, en un total de 26 impresiones. Algunos otros estados enviaron también álbumes fotográficos de sitios arqueológicos. AGN, Fomento, Exposiciones extranjeras, c. 82, exp. 2: “Lista de expositores mexicanos, premiados en la Exposición de Chicago”, 3 de marzo de 1893.

la Casa de las Monjas de Unmal [*sic*].⁸³ ¿Cómo explicar ese desencuentro? ¿Era una muestra de la falta de condiciones financieras del Estado mexicano, como parece mostrarlo la renuncia a erigir un pabellón propio? ¿Reflejaba por acaso la indiferencia del gobierno porfirista hacia los vestigios arqueológicos depositados en México, indiferencia que sólo se convertirá en interés frenético al aproximarse las Fiestas del Centenario? ¿Era una confirmación del estado general de “subdesarrollo” del país y de la pobreza intelectual de su clase política? ¿Se le podía atribuir a dificultades técnicas producto del muy incipiente desarrollo tecnológico y científico de México? ¿O era, acaso, resultado de un pacto no escrito entre los intereses científicos estadounidenses y el gobierno mexicano para dejar las exploraciones arqueológicas, por lo menos las yucatecas, en manos de Harvard y de Chicago? Es posible que haya sido un poco de todo, pero esta última hipótesis se fortalece respecto de Yucatán si recordamos que el gobierno de Porfirio Díaz envió diversas misiones exploradoras a sitios arqueológicos de todo el país en busca de piezas y monumentos que pudieran aumentar el acervo del Museo Nacional con vistas a la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892, pero se abstuvo de mandar cualquiera de ellas a la península. Lo más cerca que llegaron las excursiones porfiristas fue a Palenque.⁸⁴

Si aislamos el caso de Yucatán, también podríamos especular que la falta de interés de enviar muestras de sus antigüedades resultaba de un cierto resentimiento “nacionalista” del gobierno federal hacia el separatismo yucateco, que había proyectado durante el siglo XIX, en diversas ocasiones, sus simpatías por Estados Unidos, por encima a veces de las que sentía por México.⁸⁵

⁸³ Citado en “Yucatán en la Exposición de Chicago”, *El Monitor Republicano*, 7 de julio de 1891, reproducido en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. I, p. 214.

⁸⁴ Ramírez Losada, “La Exposición Histórico-Americana”, p. 281. A diferencia de Chicago, el gobierno mexicano envió una nutrida muestra de objetos originales prehispánicos a Madrid, pero de Yucatán sólo mandó fotografías de los principales monumentos de Chichén Itza, Uxmal, Kabah, Labná y Sabacché. El catálogo de la sección mexicana puede ser consultado en: <<http://www.archive.org/details/catbalogosecc01mexirich>>, para el vol. I, y: <<http://www.archive.org/details/catbalogosecc02mexirich>>, para el vol. II.

⁸⁵ Ese sentimiento podía ser traducido al discurso científico. En el documento referente al pabellón mexicano en París se dice: “No hemos querido traspasar

Washington, por su parte, no ayudaba a mejorar ese clima: en los meses preparatorios de la Exposición de Chicago (que coincidían con la de Madrid), el Departamento de Estado envió algunas misiones a visitar países latinoamericanos para estimular a sus gobiernos a participar en la WCE. En diciembre de 1890, el *Washington Post* anunció que la Secretaría de Guerra del gobierno de Estados Unidos había “nombrado algunos oficiales del ejército para visitar las repúblicas americanas”, y que un teniente Scriver había sido escogido “para ir con ese objeto a Guatemala y a Yucatán”, noticia que desde luego despertó la alarma tanto en la legación mexicana en Washington como en Relaciones Exteriores. La extraña misión fue finalmente cancelada, pero no antes de una serie de exigencias de explicaciones por parte de la cancillería mexicana.⁸⁶ Por último, también es posible especular, a la luz del esfuerzo hecho por el gobierno de México para hacer representar dignamente al país en la Exposición de París, que la respuesta de Porfirio Díaz al evento de Chicago pudiera haber escondido un cierto menosprecio, disfrazado de colapso expositivo, hacia una fiesta anglosajona que quería celebrar con una “exposición mundial” en la ciudad por antonomasia del dinero nuevo y del espectáculo frívolo una de las mayores y más serias efemérides de la cultura y de la historia hispánicas.⁸⁷ Esa hipótesis fue aludida de manera indirecta por el

los límites de la arqueología *mexicana*; podrían haberse tomado de la rica y más abundante de Uxmal y Palenque mejores materiales; pero si bien hoy Yucatán y Chiapas están en el mapa de México, no lo estuvo antes su originaria civilización, que se extendía desde Tabasco, Chiapas y Yucatán hasta los confines de la América Central, y tal vez sin haber tenido contacto con las razas de origen azteca”. Peñafiel, “Comisión para formar un proyecto...”, en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. I, p. 151. Cursiva mía.

⁸⁶ Romero visitó a quien había ordenado la misión de Scriver, William E. Curtis, jefe de la Oficina de las Repúblicas Americanas en el Departamento de Estado, para pedir explicaciones, y éste le dijo “que Scriver iba principalmente a Guatemala, pero que en Yucatán tenía que desempeñar una comisión de un profesor de la Universidad de Harvard”. Unos días después, la misión de Scriver ya incluía también otro sensible punto de la geografía nacional, Tehuantepec. Romero a Relaciones Exteriores. Washington, 22 de diciembre de 1890; Romero a Relaciones Exteriores. Washington, 25 de diciembre de 1890; Romero a Relaciones Exteriores. Washington, 29 de diciembre de 1890. SRE, AHGE, Informes Políticos Chicago 2, leg. 44-6-13.

⁸⁷ Sobre la pugna entre los encopetados y aristocráticos *Bostonians* y los *nouveau rich* de Chicago en torno a la WCE, véase Rydell, *All the World's Fair*.

Chicago Tribune, que encontró la sección mexicana “en un sentido mortificante y en otro de intenso y trágico interés. Es mortificante porque es inferior a la exposición mexicana de París y Madrid, supuestamente porque tantos de los invaluable tesoros históricos de México se perdieron en esas ciudades que el gobierno sólo autorizó el envío de reproducciones a Chicago”.⁸⁸

Pero, sin considerar ninguno de los elementos anteriores, los rumores y los intereses arqueológicos se acumulaban en vísperas de la WCE. En el contexto de los preparativos, el presidente de la Universidad de Pensilvania, una de las pioneras en la incorporación de departamentos de antropología (había fundado el suyo, efímeramente, en 1886, el mismo año que Harvard, pero en 1891 tenía ya un Museo y un Departamento de Arqueología y Paleontología),⁸⁹ se dirigió a Porfirio Díaz el 26 de junio de 1892 para confiarle que había llegado a su conocimiento que “en la Exposición Universal Colombina de Chicago que tendría lugar en 1893, el gobierno de México se proponía exhibir una gran colección arqueológica”. Así siendo, como presidente de una universidad que se decía empeñada en la formación de museos arqueológicos, esperaba “que una parte considerable de la colección que su gobierno exhiba en Chicago sea generosamente cedida a la misma Universidad”. La respuesta del gobierno de Díaz fue lacónica: había que esperar al término de la WCE para entonces considerar el pedido de la Universidad de Pensilvania, pero había, igualmente, que evitar asumir cualquier compromiso. No se encontraba en la respuesta, sin embargo, ningún indicio de que la cautela se debiera a consideraciones en torno al patrimonio nacional (llámese, con la época, “tesoros”, “intereses” o “soberanía”) que esa colección podría representar, sino al hecho de que “todavía no se sabía en que

⁸⁸ *Chicago Tribune*, 2 de julio de 1893, citado en Fane, “Reproducing the Pre-Columbian Past”, p. 160.

⁸⁹ Además, desde 1886 la universidad había nombrado al primer profesor de “American Archaeology and Linguistics” de la Unión Americana, cargo con el que fue honrado Daniel G. Brinton. Mark, *Four Anthropologists*, pp. 10, 31. Las fechas de la fundación del museo varían pues Danien data su inauguración en 1887. De cualquier manera, las expediciones del Museo Peabody a Copán parecen haber sido decisivas para que la Universidad de Pensilvania se aproximara del gobierno mexicano para tratar de obtener piezas para sus colecciones. Danien, “Robert James”, pp. 25-26.

consistiría la exhibición arqueológica de México”.⁹⁰ Como vimos, la tal exhibición no se realizó, y los únicos resultados de la participación mexicana pueden ser apreciados en la lista de “expositores mexicanos premiados” en Chicago ya referida.⁹¹ Habría que contrastar esta modestísima contribución con la abundante exhibición de réplicas y piezas mayas originales en el Edificio Antropológico (Anthropological Building) de la WCE, organizada por Putnam y asociados, a la que el programa de la exposición llamaba “la más completa colección de arqueología centroamericana puesta a disposición para el estudio de estas antiguas ruinas y de sus desconocidos constructores”.⁹²

Aparte de las causas más recónditas, el gobierno de México tuvo evidentes dificultades para participar en la WCE, y lo hizo casi a regañadientes, aparentemente en descalabro financiero por la “extraordinaria” participación que el país había tenido en la Exposición de París.⁹³ Problemas de liquidez y logística, además de falta de coordinación entre las diversas instancias de gobierno (que no habían sido obstáculos para las muestras de París y Madrid) semejan haber sido las responsables concretas por la débil presencia mexicana y, en particular, por la casi nula exhibición de piezas arqueológicas —lo que ya de por sí respondía, negativamente, a la solicitud de la Universidad de Pensilvania—.⁹⁴ Tal parece que lo más importante de la comparecencia mexicana fue la actuación

⁹⁰ Mariscal a secretario de Fomento, México, 22 de julio de 1892, en AGN, Fomento, Exposiciones Extranjeras, c. 81, exp. 3, fls. 24-26.

⁹¹ *Supra*, nota 82. AGN, Fomento, Exposiciones Extranjeras, c. 82, exp. 2; c. 83, exp. 9.

⁹² Trumbull White, *World's Columbian Exposition: A Complete History*, Filadelfia, P. W. Ziegler and Co., 1893, pp. 429-430, citado en Evans, *Romancing*, p. 156.

⁹³ “Acuerdo al margen de P. Ornelas a Srío. de Relaciones Exteriores”, San Antonio, Texas, 10 de diciembre de 1890. La nota, probablemente del propio Mariscal, ponía en duda inclusive la posibilidad de participar en la WCE, debido a las condiciones financieras del tesoro nacional. SRE, AHGE, Informes Políticos Chicago 2, leg. 44-6-13. 1ª parte. Véase también la referencia a los gastos extraordinarios realizados para la Exposición de París en Fernández Leal a secretario de Relaciones. México, 11 de febrero de 1892. SRE, AHGE, Informes Políticos Chicago 2, leg. 44-6-13. 2ª parte. La Exposición de Madrid de 1892 no aparece como justificativa del descalabro.

⁹⁴ Por ejemplo, la Junta del Estado de Yucatán nombrada para organizar la presencia del estado en Chicago se declaró sin recursos. N. Domínguez a guber-

de la Banda del 8° Regimiento de Caballería, al punto de que para asegurar su participación se cambió el día especial dedicado a México, del 15 de septiembre originalmente programado, al 4 de octubre; primero para que no impidiera la presencia del prestigiado y pintoresco conjunto en las fiestas por la independencia en la Ciudad de México, y segundo para dar tiempo a que se negociara con los ferrocarriles estadounidenses rebajas en los pasajes de los músicos. Su éxito fue tal que la dirección de la Exposición de Chicago pidió que permanecieran 15 días más de lo que inicialmente se había considerado.⁹⁵

DE LA RESACA DE CHICAGO AL SUEÑO DE STEPHENS:
LA PÉRDIDA DEL CONSULADO Y LA COMPRA DE CHICHÉN ITZÁ

Decíamos arriba que la Exposición de Chicago había sido un punto de inflexión en la aventura de los *Bostonians*, y lo fue en varios sentidos y niveles, no todos positivos. Por un lado, el enorme evento dejó a la naciente comunidad arqueológico-antropológica estadounidense irremediabilmente dividida entre el eje Cambridge-Nueva York, comandado por Putnam y su lugarteniente Boas, con su base en el Museo Peabody y en el Museo Americano de Historia Natural, y el eje Chicago-Washington, dominado durante los años de ruptura por William H. Holmes y apoyado en la criatura resultante de la WCE, el Museo Field Columbian (FCM, por sus siglas en inglés) de Chicago y el Instituto Smithsonian de Washington. Un eje mucho más robusto que el de Cambridge.⁹⁶ La WCE fue de hecho un punto de inflexión y significó, probablemente, el momento de mayor exposición pública de los logros de los *Bostonians*, pero también fue la caja de pandora de ambiciones, rivalidades y animadversiones. Las más notables fueron las que tuvieron como protagonistas centrales a Putnam y sus expectativas de con-

nador del Estado de Yucatán. Mérida, 18 de octubre de 1892. AGEY, Poder Ejecutivo/Sección 277/Gobernación/Año 1892.

⁹⁵ “Apuntes para la Memoria”. AGN, Fomento, Exposiciones Extranjeras, c. 83, exp. 10. Curiosamente, de los cinco jueces mexicanos que integraron el jurado internacional, ninguno fue adscrito a la sección de arqueología.

⁹⁶ Para una detallada narrativa de las relaciones y conflictos entre esos grupos, véase McVicker, “Buying a Curator” y Mark, *Four Anthropologists*.

vertirse en *Trustee* del nuevo museo y figura principal de la ciencia antropológica de Chicago. Al final, Putnam no fue considerado para el cargo y tampoco consiguió dejar a Boas como curador encargado de la Sección de Antropología del FCM. En lugar de la mancuerna Putnam-Boas llegaron dos desafectos, Frederick Starr y William H. Holmes. Putnam dejó Chicago y regresó a Cambridge en los primeros meses de 1894. Uno de sus varios asistentes en los trabajos de la WCE, el cónsul Edward H. Thompson, no esperó al inicio de la exposición en mayo de 1893, sino que terminó de montar sus productos y volvió a su puesto en Mérida en marzo de ese año, por lo que se perdió, entre otras cosas, los conflictos de su patrocinador con el grupo del FCM.

Pero las cosas se habían puesto difíciles para el grupo de Boston: Thompson fue recibido en Mérida con la noticia de que sería dimitido de su cargo. El sustituto era un protegido político de un senador por Arkansas, a quien el presidente Cleveland debía favores. La amenaza fue interpretada de dos maneras —ni excluyentes ni contradictorias— por miembros del grupo de Boston. La primera, favorecida por quienes hacían parte del gobierno, ponía el acento en los compromisos políticos de Cleveland y en el “sistema viciado” que reinaba en el Departamento de Estado.⁹⁷ La segunda versión, más académica, atribuía la intención presidencial a intrigas derivadas de “envidias arqueológicas” producidas por los éxitos del cónsul y sus vínculos con los *Bostonians*, que le habían creado enemigos dentro de la “fraternidad”.⁹⁸ Era una referencia directa a la guerra entre Chicago-Washington y Cambridge-Nueva York, pero también a la que se estaba trabando en Yucatán en torno a la apropiación de sus sitios prehispánicos entre exploradores de varias nacionalidades, enfrascados al mismo tiempo en una verdadera feria de las vanidades y en una sorda disputa por un lucrativo negocio. No sólo estaban en campo los exploradores ya mencionados, alemanes, franceses, ingleses y estadounidenses, sino que también arqueólogos y exploradores germa-

⁹⁷ *Spoil System*, práctica de distribución clientelista de cargos y puestos a patrocinadores importantes de la candidatura presidencial. Al respecto, véase Hoogenboom, *Outlawing the Spoils*.

⁹⁸ Salisbury a Hoar. Worcester, 20 de marzo de 1893. NARA, GRDS, ARC/Edward H. Thompson.

nos abundaban en las selvas de Belice, Guatemala y Honduras.⁹⁹ En ese saturado ambiente, la decisión de separar a Thompson de su cargo consular desató una intensa campaña del grupo promotor de la aventura yucateca, más intensa que la que había logrado su nombramiento ocho años atrás. Se enviaron decenas de cartas al Departamento de Estado que muestran la formación de un bloque que borraba diferencias anteriores y juntaba ahora a Boston, Cambridge, Washington y Chicago. Tanto Salisbury como Charles W. Eliot, presidente de la Universidad de Harvard, le escribieron directamente al presidente Cleveland, como también lo hizo Edward Atkinson, un prominente político liberal y abolicionista, director de la *Boston Insurance Company*, uno de los fundadores del Partido Democrático Nacional, ideado por Cleveland, y de la Liga Antiimperialista (de la cual también hacía parte Hoar).¹⁰⁰ Allison V. Armour, “adinerado patrocinador” del Museo Field Columbian, personaje muy interesado en el coleccionismo, la exploración de ruinas arqueológicas y los descubrimientos botánicos, mandó una carta al secretario de Estado en la que afirmaba que el nombramiento de Thompson se había debido exclusivamente a “razones científicas”, y que a lo largo de la primera administración de Cleveland “no se le había incomodado”. La indicación de otra persona para el consulado de Mérida perturbaba todo un esquema montado desde mediados de la década anterior:

La razón por la cual aquellos que están interesados en su trabajo desean que continúe como cónsul es por el prestigio que esa posi-

⁹⁹ Al punto de que un autor asegura que “[...] durante las dos últimas décadas del siglo XIX, el campo arqueológico en el área maya fue dominado por el valioso trabajo de Alfred P. Maudslay y las fotografías de Teobert Maler”. Esto es, un británico y un austriaco-alemán. Weeks, *The Carnegie Maya*, p. 5.

¹⁰⁰ Atkinson aprovechó el caso Thompson y las reclamaciones de los *Bostonians* para criticar ante Cleveland la política de designaciones consulares que había sido implantada por Josiah Quincy durante su gestión como secretario adjunto del Departamento de Estado, basada en el “botín”. La presión de los *Bostonians* en torno al consulado de Mérida se convertía así en un pronunciamiento de política exterior, para que el Departamento de Estado retomara los caminos del Civil Service Reform Act (1883), que proponía llenar esos cargos en función de méritos y no de recomendaciones basadas en servicios prestados a las campañas electorales (si bien habría que ver qué méritos consulares tenía Thompson). Sobre el Act véase Hoogenboom, *Outlawing the Spoils*.

ción oficial le otorga, lo que —junto con la admiración y respeto que cada nativo, desde el gobernador hasta el más humilde indígena, le profesan— hace posible que consiga mejores resultados de los que lograría como un ciudadano privado.¹⁰¹

En todas las misivas, entre las que se encontraba inclusive una del propio fundador y presidente de la Universidad de Chicago, William R. Harper, que advertía que mantener a Thompson significaría “que un amplio e influyente electorado quedará muy satisfecho”,¹⁰² se destacaba la importancia crucial de su permanencia en el cargo de cónsul en Mérida para el avance de la ciencia arqueológica estadounidense. Asimismo, se subrayaban abiertamente las ventajas que significaba para el grupo de Boston y sus recientes (y muy circunstanciales) aliados de Chicago contar con un agente en Yucatán con protección oficial, lo que le permitiría llevar a cabo acciones prohibidas —como decía Armour— a un ciudadano común. El sentido general de las cartas podría resumirse en una de las frases constantes de ellas: “él presta grandes servicios a los intereses arqueológicos de este país”.¹⁰³ Esta vez no hubo ninguna manifestación de Putnam, ocupado en sus propios problemas y en sus negociaciones con el AMNH de Nueva York, y, tal vez, un poco resentido por la proximidad de Thompson con el FCM y con Chicago en general, contra la cual le advertiría claramente en mayo de 1894: “En Chicago todo será movimiento apresurado y en gran medida efectos sensoriales. Es eso lo que están buscando ahora, y es natural en un lugar que ha crecido con grandes esperanzas y dinero en abundancia y con el sentimiento de que el dinero lo consigue todo [...]”.¹⁰⁴

¹⁰¹ Armour afirmaba que Thompson era el “el extranjero más respetado en esa comunidad”. Armour a Gersham. Chicago, 12 de diciembre de 1893. NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson.,

¹⁰² Harper a Greshman, Secretary of State. S/l, s/f. NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson.

¹⁰³ Frier(?) a Gersham. Chicago, 10 de noviembre de 1893. NARA/GRDS/ARC/Edward H. Thompson. Como veremos, la “alianza” de los *Bostonians* con Chicago, en este caso representado por Armour, estaba centralmente basada en el coempleo de Thompson como productor y exportador de piezas arqueológicas a ambos receptores.

¹⁰⁴ Citado en McVicker, “Buying a Curator”, p. 41.

Pero la batalla se perdió y con ella los *Bostonians* perdieron el espacio privilegiado del que habían disfrutado desde mediados de la década de 1870. El 10 de enero de 1894 un tal Marcelino [?] Davis, un completo extraño, asumió el cargo de cónsul en Mérida. Era posiblemente una muestra más del ocaso del poder de las viejas élites de Nueva Inglaterra, confundidas y con su tejido en trance de desintegración en una época, la llamada “época dorada”, en la cual los balances políticos tradicionales se veían completamente alterados.¹⁰⁵ Pero también es probable, en una perspectiva micro, que la retirada del apoyo oficial a la empresa yucateca por parte del gobierno de Estados Unidos, o al menos de algunas de sus instancias, haya sido al tiempo un reflejo de la relativamente baja importancia que la naciente arqueología tenía dentro del robusto conjunto de ciencias y disciplinas aplicadas que se encontraban en esos momentos en pleno desarrollo, luchando cada una de ellas para obtener los favores del poder con base en su importancia relativa para el crecimiento económico y la presencia internacional del país.¹⁰⁶ Además de eso, en la prensa de Mérida se informó que el desenlace se había debido a “los azares de la política”, esto es, a la llegada del Partido Demócrata al poder con la segunda elección de Cleveland, y que el ahora excónsul, después de haber rechazado “halagadoras propuestas de varios Colegios e Institutos científicos de su patria”, se había retirado a su “poética quinta *La Arcadia*”.¹⁰⁷

Sin cobertura oficial, sin el amparo de la sociedad política, los *Bostonians*, ahora ya con sus redes extendidas en varias direcciones, recurrieron entonces a la propiedad privada. En 1894, Armour y Salisbury, el sempiterno presidente de la AAS, le dieron al excónsul los recursos necesarios para dejar su finca y comprar la hacienda Chichén,¹⁰⁸ en cuyos límites se encontraba el magnífico centro ceremonial de los Itzaes (incluyendo su legendario Cenote Sagrado), que ya comenzaba a consolidarse en el imaginario bostoniano, junto con Copán, como la joya de la corona arqueológica “maya”

¹⁰⁵ Véase Hinsley, “From Shell-Heaps”, pp.56-57; Harris, “The Gilded Age Revisited”; Hoogenboom, *The Gilded Age*; y Persons, *The Decline*.

¹⁰⁶ Véase Lagemann, *The Politics*, p. 5.

¹⁰⁷ *La Revista de Mérida*, 16 de enero de 1894.

¹⁰⁸ Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 10. Más sobre eso y las distintas versiones de la compra en el segundo capítulo.

cuya exploración era preciso priorizar. Thompson comenzó a examinar el sitio, en particular la tumba del Gran Sacerdote y a enviar las piezas y ofrendas encontradas en el sepulcro al FCM de Chicago, contra las advertencias de Putnam, pero como muestra de su compromiso con Armour. La propiedad de la hacienda tenía no sólo la ventaja evidente de ofrecer condiciones únicas para los trabajos de exploración y explotación del sitio, sino que, conforme a las leyes mexicanas, le otorgaba al propietario legítimo, Thompson, el derecho legal de manejar a su antojo lo que se encontraba dentro de su propiedad, esto es, todo el sitio arqueológico; algo, decía el nuevo hacendado, que sólo el gobierno federal podía impedir.¹⁰⁹ Entre 1894 y 1897, los *Bostonians* y sus nuevos compinches llevaron a cabo sus exploraciones arqueológicas por medio de varias expediciones financiadas por los bolsillos particulares de aquéllos integrantes del grupo más comprometidos con el proyecto de Yucatán.¹¹⁰ Dichas exploraciones usaron la hacienda Chichén como base y estuvieron siempre acompañadas por el excónsul. Es probable que el relativo distanciamiento de Putnam y su retirada de la participación directa en las exploraciones haya “liberado” a Salisbury y sus colegas de las pendeencias del curador del Museo Peabody y les haya permitido estrechar relaciones con el grupo de Chicago, esto es, con el FCM y con la Universidad local. Así fue posible que, además del vínculo ya mencionado por ocasión de las primeras excavaciones en Chichén Itzá, en diciembre de 1894 Thompson, como veremos en detalle más adelante, se convirtiera en el *cicerone* de una expedición embarcada en uno de los elegantes yates de Armour, el *Ituna*, de la cual hacían parte nadie menos que William H. Holmes, el implacable adversario de Putnam, ya convertido en el hombre fuerte de la antropología en el FCM, el profesor Allan Marquand, fundador en 1890 y primer

¹⁰⁹ Thompson a Putnam. Mérida, 19 de agosto de 1894. PMA, PMDR, FWP, caja 4, folder 2, ff. 1, 4.

¹¹⁰ “El Sr. Stephen Salisbury, quien durante muchos años ha sido mecenas de la investigación arqueológica en Yucatán, ha contribuido generosamente en ayuda de las exploraciones en América Central y la publicación de las // Memorias. El Sr. Bowditch ha recibido personalmente y empleado el dinero proporcionado por amigos para estos fines; y ha tomado un interés tan profundo como para ser él mismo un contribuyente generoso y un colaborador sincero en el trabajo del Museo”. Thirty-First Report of the PM of AAE. Harvard University, 1896-97. Cambridge, Mass., 1898, pp. 8-9.

director del Museo de Arte de la Universidad de Princeton, y uno de los directores del *American Journal of Archaeology and Fine Arts*, publicado desde 1892 por la misma universidad,¹¹¹ y el doctor Charles F. Millspaugh, recién nombrado curador del Departamento de Botánica del FCM. Por cierto, de la expedición salió una muy leída obra de Holmes,¹¹² un pasaje de la cual, entre otras cosas, argumentaba contra la exploración del Cenote Sagrado de Chichén Itzá por considerarlo inviable e incapaz de compensar el esfuerzo requerido: “Es dudoso que los resultados prometidos justifiquen el esfuerzo necesario para llevar a cabo los trabajos de una manera completa”.¹¹³

* * * * *

Es indudable que las exploraciones y excavaciones realizadas por visitantes extranjeros durante el último cuarto del siglo XIX en las zonas arqueológicas de Yucatán —como en otras regiones del país, menos visadas—, se beneficiaron de las necesidades políticas del régimen porfirista por alcanzar y mantener niveles de legitimidad en el exterior que pudieran ser empleados como argumentos en pro de la estabilidad interna de México, y como instrumentos para debilitar a la oposición. La pregonada firmeza del régimen y la “pacificación” del país sirvieron, así, como navaja de dos filos, pues a la vez que favorecían la llegada de capitales y empresas extranjeras, amarraban las manos del Estado, comprometido, antes que nada, con el mantenimiento de una imagen de orden y tranquilidad. La prioridad que significaba cultivar y estrechar las relaciones con el gobierno de Estados Unidos propició un ambiente de tolerancia hacia actos que en circunstancias de menor debilidad del Estado habrían tenido consecuencias legales de consideración. Lo mismo sucedía con los súbditos de las potencias europeas. El restablecimiento de las relaciones con Fran-

¹¹¹ El informe de Marquand sobre el viaje a Yucatán se encuentra en Marquand, *Impressions of Yucatan [including comments on the architecture]*. Mss. Allan Marquand Papers, Subseries IC: Art, 1874-1926, Box 9, folder 8, Princeton University Library / Manuscript Division.

¹¹² Holmes, *Archaeological Studies*.

¹¹³ Citado en Reed, “The Well of the Mayas”, *New York Times*, 8 de abril de 1923.

cia en 1880 y la devoción porfirista por su cultura favorecieron las exploraciones de Désiré Charnay. De la misma manera, la delicada situación en la frontera con la Belice británica, una frontera de guerra hasta finales del siglo, y la indefinición de los límites internacionales con Guatemala, permitieron que Maudslay trabajara en una “tierra de nadie” y pudiera extraer y enviar a Londres dinteles enteros de Yaxchilán ante las propias barbas del inspector y conservador de monumentos, quien se decía inseguro de la extensión del suelo patrio.¹¹⁴ En algunos casos los límites de la tolerancia fueron tensados por las denuncias de la prensa y de los miembros de la oposición al régimen de Díaz y se aplicaron sanciones, que en cierta manera significaban la lenta construcción, casi forzada por las circunstancias, de un aparato de protección de las antigüedades mexicanas —incluyendo en ellas a las yucatecas, con un destaque derivado de la atracción que ejercían sobre los exploradores extranjeros—. De hecho, se puede hacer una genealogía de los “incidentes” arqueológicos que van dando poco a poco forma al preconcepto de “patrimonio nacional”, firmemente basado en la cultura material prehispánica y en el creciente acoso de investigadores foráneos a partir de 1880 (que coinciden, de una manera u otra, con el inicio de la consolidación del Porfiriato). Una genealogía que comienza, quizá, con los problemas enfrentados por el barón de Waldeck con el gobierno de Santa Anna, que lo despojó de los materiales que había reunido durante sus exploraciones en Yucatán, con base, decía el barón, en “que la ley mexicana prohibía la salida del país de toda especie de antigüedades”; un asunto muy anterior al incidente del Chac-Mool de Le Plongeon, que por su vez antecede al de Charnay (*affair* que se prolonga hasta 1899)¹¹⁵ y a los de los cónsules estadounidenses

¹¹⁴ Batres a secretario de Instrucción Pública. México, s/f., 1905. Archivo Leopoldo Batres. Subdirección de Documentación. Biblioteca del Museo Nacional de Antropología, B/311.1 (73-301). Bueno argumenta que Batres sabía muy bien que Yaxchilán estaba en territorio mexicano ya que había incluido el sitio en su “Carta arqueológica de la República Mexicana”, de 1886. Bueno, *In Pursuit of Ruins*, p. 118.

¹¹⁵ Charnay obtuvo un ventajoso contrato que le permitía hacer excavaciones en territorio mexicano y apropiarse de “duplicados”, pero el Congreso Nacional, que debía aprobar el contrato, lo vetó después de acalorados debates. A lo largo de las sesiones, se cristalizaron dos posiciones antagónicas respecto a las antigüedades mexicanas y su exploración por extranjeros, que se prolonga-

en Mérida, Louis Aymé y (bastante más tarde) Edward H. Thompson. La libertad con la que actuaron los *Bostonians* en las dos últimas décadas del siglo XIX también dice mucho sobre la situación de Yucatán dentro de la federación mexicana, y produce una sensación de extrañeza y alejamiento, de alienación, casi de extranjería, que sólo el estallido de la Revolución de 1910 vendría a aminsonar. Por su parte, los primeros años de la aventura bostoniana produjeron varios frutos. El principal de ellos, por lo menos el más tangible, fue el aumento de las colecciones de objetos arqueológicos obtenidos entre 1883 y 1894 y su valorización al convertirse en propiedad de museos. Tanto el Peabody como el Museo Field de Chicago y, en menor grado, el de la Universidad de Pensilvania, comenzaron a llenar sus depósitos con piezas de la “civilización maya”, una labor que se continuaría y acentuaría —además de diversificarse— en los años que mediaban entre 1894 y el inicio de la Revolución mexicana, como veremos en los siguientes capítulos. El Peabody, gracias a las piezas “mayas” remitidas por los agentes contratados por él y por la AAS, consiguió vencer la debilidad institucional que caracterizó sus primeros años, que casi lo llevó a una extinción temprana, y a partir de 1890 se convirtió en una institución modélica en el área de la arqueología y la antropología. Su conversión en una dependencia oficial de la Universidad de Harvard, dejando atrás su pasado de órgano “asociado”, significó también un caso ejemplar de la transición de las estructuras de conocimiento estadounidenses desde sus instituciones originales, las sociedades de sabios (*savant societies*), a las cada vez más pujantes y modernas estructuras universitarias, que a su vez serían “desafiadas” en los inicios del siglo XX por las grandes fundaciones filantrópicas, como la Carnegie Institution de Washington.¹¹⁶ En ese sentido, las actividades patrocinadas por los *Bostonians* y sus aliados/rivales de Chicago y Washington en Yucatán, sembraron en estas décadas la semilla de un extraordi-

rán hasta la década de 1930: nacionalistas radicales por un lado y cosmopolitas liberales— entre los que se encontraba el futuro secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra—, por el otro. Los abundantes materiales que Charnay había recogido fueron confiscados y depositados en el Museo Nacional. Véase Díaz y de Ovando, *Memoria de un debate*. Hay un tratamiento sucinto del *affair* en Bueno, *In Pursuit of Ruins*, pp. 48-55.

¹¹⁶ Sobre el tema véase Shils, *The Order of Learning*.

nario crecimiento de esas ciencias en Estados Unidos, y permitieron que miembros del grupo iniciático, como Putnam, Boas y algunos de sus discípulos, extendieran los resultados de esa aventura fuera del círculo original, a otros centros donde la arqueología y la antropología estadounidense tendrían un vigoroso crecimiento durante el periodo que va de 1894 a 1904, como veremos a continuación.

II. EL CÓNSUL THOMPSON, 1893-1904

LA FIEBRE “MAYA”

La década de 1890 había comenzado en México con un fuerte raudal de interés extranjero por las “antigüedades mexicanas”, en particular por las identificadas como pertenecientes a la “civilización maya”, y con llamaradas de preocupación de algunas instancias gubernamentales sobre los peligros que tanta atención de visitantes de otros países representaba para los sitios arqueológicos. Las alarmas habían sido activadas tanto por la renovada afluencia de exploradores y excavadores más o menos amateurs, como por la presencia de esa recién nacida manifestación de la modernidad, los turistas. Buena parte de esa “locura Maya” se debía al retumbante impacto que había tenido en los círculos de coleccionistas de antigüedades de la costa este de los Estados Unidos la firma del contrato entre el gobierno de Honduras y el Museo Peabody, para explorar y excavar las ruinas de Copán. Otro elemento central habría sido el “debut” de la “civilización maya”, llevada de la mano de los *Bostonians* a la Exposición de Chicago de 1893 y, al lado de ésta, una serie de exposiciones que abrieron el apetito del público estadounidense para las “antigüedades” prehispánicas.¹ Por último, no menos importante, el XI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en 1895 en la Ciudad de México, el primero a realizarse fuera de Europa, había difundido las “antigüedades mexicanas” entre científicos, coleccionistas y aficionados de todas las esquinas del orbe. Todo esto dio por resultado el inicio de grandes campañas publicitarias en los periódicos angloamericanos que estimulaban la curiosidad por las “civilizaciones perdidas”, y en particular por las que estaban siendo “descubiertas” —“tan a la mano”— por exploradores, protoarqueólogos y aventureros en México y América Central. La fiebre se habría de

¹ Véase Pillsbury y Doutriaux, “Incidents of Travel”, p. 3.

agudizar y extender al resto del “Área Maya” en los años 1900 —notablemente a la península de Yucatán— conforme el régimen porfirista intensificaba sus conexiones internacionales, en particular con firmas y empresas angloamericanas, y se establecía un marco legal aparentemente riguroso, pero en la práctica de gran flexibilidad y poca eficacia, para regular la participación extranjera en exploraciones arqueológicas en territorio nacional.² También sería crucial para esa nueva condición de la “política arqueológica” la firma de tratados con la Gran Bretaña y con Guatemala que ponían fin a la incertidumbre que había prevalecido hasta esos momentos en torno a los confines suroccidentales del país, y que delimitaban con más o menos claridad las áreas de ruinas prehispánicas bajo el control de las autoridades mexicanas en esas regiones.³

Con la fiebre anticuaría, que trajo sucesivas olas de viajeros y los primeros turistas, se expandió también una antigua industria de falsificaciones. Se consolidó asimismo una nueva categoría de agentes e intermediarios, los contrabandistas profesionales, mitad exploradores de mercados urbanos de antigüedades arqueológicas, mitad coleccionistas, en su mayoría angloamericanos, que con frecuencia se apoyaron en el “honor nacional” para contrabandear piezas hacia instituciones estadounidenses, evitando así que fueran a parar a Londres o París.⁴ Uno de estos personajes, Ward Batchelor, que fungió como proveedor del Instituto Smithsonian en la segunda mitad de la década de 1880, fue el autor de una verdadera propuesta de política de saqueo monroiano que el Smithsonian debía seguir respecto de las antigüedades mexicanas, aprovechándose de las debilidades del Estado mexicano:

Como usted sabe, la posición del gobierno mexicano es contraria al envío de antigüedades a países extranjeros, y prohíbe su exportación. Sin embargo, ellos no tienen ni los medios necesarios ni la disposición de preservar estos monumentos del pasado, que, o acaban en manos de coleccionistas privados, agentes de gobiernos europeos,

² Véase Palacios, *Maquinaciones neoyorquinas*.

³ Sobre el proceso de delimitación de la frontera sur, véase Castillo, Toussaint y Vázquez Olivera, *Espacios*.

⁴ Como afirmara Batchelor a William T. Hornaday. El Paso, Tex., 31 de mayo de 1887. SIA, “William Holmes Papers”, Record Unit 7084, serie 1, caja 1, fólder 9.

o permanecen tirados donde fueron hallados. Los más finos y mejor preservados son a veces comprados por el Museo Nacional, cuando éste tiene fondos. [...]. Ahora, si estos valiosos e históricamente importantes objetos caen en manos de coleccionistas que los embarcan a Europa, y así los retiran del continente cuya historia antigua ellos iluminan, ¿será que las instituciones estadounidenses de historia natural, en un tiempo futuro, cuando perciban la importancia de estos objetos [...] tomarán medidas para formar colecciones, con adquisiciones a bajo costo y crédito para ellas mismas como las depositarias naturales de los tesoros arqueológicos del continente americano? Yo soy estadounidense y me siento orgulloso de que mi país tenga una colección completa y científicamente valiosa de estos objetos, en vez de oír [...] de extranjeros que Estados Unidos es, entre todas las naciones, la menos interesada y el peor mercado para las antigüedades.⁵

Pero no sólo la competencia con los museos europeos sirvió para atizar el negocio. También la rivalidad entre los nacientes museos angloamericanos de arqueología, principalmente el Smithsonian, el Peabody, el Museo de la Universidad de Pensilvania y el joven Museo Field Columbian de Chicago dio un aliento definitivo a esta nueva clase de operadores, además de ser responsable de otros muchos fenómenos en el área de la divulgación científica. Por último, y muy importante para el proceso de “descubrimiento” de la arqueología mesoamericana, hay que notar que con todo eso se fue construyendo poco a poco un mercado que estipulaba los precios de los objetos de manera relativamente arbitraria, pero siempre de ojo en la demanda extranjera.⁶

En marzo de 1891, el inspector y conservador de las ruinas del gobierno federal, Leopoldo Batres, había recibido un recorte de periódico de San Cristóbal de las Casas con noticias que informaban que una “comisión inglesa” estaba explorando las ruinas de

⁵ Batchelor a Baird. México, 12 de junio de 1887. SIA, “William Holmes Papers”, Record Unit 7084, serie 1, caja 1, fólder 9.

⁶ Un informante aseguró, por ejemplo, saber de una estela preciosamente trabajada que había sido adquirida por un *dealer* por \$20 plata, y que ahora pedía \$100 oro para deshacerse de ella. Batchelor a Spencer F. Baird, secretario del Instituto Smithsonian. México, 12 de junio de 1887. SIA, “William H. Holmes Papers”, Record Unit 7084, serie 1, caja 1, fólder 9.

Palenque, equipada con todos los “instrumentos necesarios”. Batres avisó al secretario de Justicia quien telegrafió al gobernador de Chiapas con instrucciones para que se evitaran a toda costa daños a los monumentos y se impidiera la “sustracción [de] objetos arqueológicos”, aunque era también aconsejable seguir la recomendación de Relaciones Exteriores en el sentido de que se le prestaran a la “comisión” el apoyo y las informaciones necesarias. A su vez, el gobernador respondió que lo que estaban llamando “comisión inglesa provista de instrumentos no eran más que dos individuos con tienda [de] campaña y varios frasquitos con los cuales analizaban y coleccionaban yerbas [il.] y tierras [...]”, además de examinar las ruinas “sin hacer daño”. Pero, para tranquilizar a la Secretaría de Relaciones, informó que los excursionistas iban acompañados de dos empleados del gobierno del estado, “que a la vez espían los pasos de los dos individuos”.⁷ No obstante, informaciones de un testigo ocular de los trabajos de la “comisión inglesa”, C. Becerra Fabre, datadas en abril de 1891, o sea, un mes después de la alarma de Batres, y dirigidas directamente a la SJIP, hacen suponer que el sospechoso grupo era en realidad el comandado por el arqueólogo inglés Alfred Maudslay [desafecto del inspector y conservador de monumentos], integrado por su inseparable asistente H. W. Pierce, y por dos ayudantes guatemaltecos, los hermanos Gorgonio y José Domínguez López, todos dedicados a elaborar moldes de los bajorrelieves y jeroglíficos de Palenque para con ellos hacer copias de yeso —una labor en la que los hermanos Domínguez López tenían pocos rivales—.⁸ El testigo afirmaba que:

⁷ Batres a Baranda. México, 18 de marzo de 1891; Baranda a gobernador de Chiapas. México, 20 de marzo de 1891. M. Carrascosa a secretario de Justicia. San Cristóbal, 21 de marzo de 1891. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 165, exp.76. Se trata de los visitantes que habían llevado al diario chiapaneco *Ferrocarril* a llamar a Palenque “la Babilonia americana”, ya mencionados en el capítulo precedente (*supra*, p. 55). Pero la materia sembraba una nota de alarma: “La piqueta inglesa va a levantar la cubierta de los sepulcros de los Faraones palenanos [*sic*]; muchas riquezas arqueológicas deben guardar esas misteriosas ruinas [...]”.

⁸ Gorgonio Domínguez López, arqueólogo guatemalteco autodidacta, junto con su hijo y su hermano José, participaría en la primera expedición a Copán, dirigida por Owens y, a la muerte de éste en 1894, trabajaría en Quiriguá, bajo las órdenes de Maudslay. *Report of the Trustees 1890-1891*, p. 8.

esta comisión apartándose de la conducta de otras muchas que en aquel lugar o sitio se han dedicado a iguales estudios, lejos de destruir y practicar sus trabajos deteriorando los restos de los monumentos que las acciones del tiempo han respetado, lleva a cabo las tareas a que está dedicada, con la mayor escrupulosidad, y con todo esmero procura la conservación de los objetos que encuentra.⁹

A finales de 1892, Teoberto Maler, fotógrafo y arqueólogo austroalemán, había denunciado ante la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública el gravísimo deterioro que estaban sufriendo los edificios de Uxmal, a lo que el secretario, Joaquín Baranda, respondió en febrero de 1893 mandando investigar. El jefe político de Ticul, en obediencia de las órdenes del gobernador del estado, Daniel Tracónis, se apersonó en las ruinas y reportó que las denuncias de Maler estaban “enteramente ajustadas a la verdad”, y que el deterioro era general en todas las zonas arqueológicas próximas a la capital; eran áreas a las que se podía llegar por caminos relativamente transitables y que, en consecuencia “son visitadas constantemente por los hijos // del país, pero mucho más por los extranjeros que vienen a la península; y la circunstancia de estar

⁹ M. Fernández a secretario de Justicia. México, 22 de junio de 1891. El oficio transcribe las informaciones de Becerra. Gorgonio le había dicho a Becerra que Maudslay le cedería copias de los moldes, y que con ellos él podría hacer copias de las piezas y entregarlas al gobierno federal. Del Paso y Troncoso, consultado al respecto, elogió ampliamente a Maudslay y su trabajo y declaró que su opinión era que el inglés no tendría ningún inconveniente en ceder él mismo las copias al Museo Nacional. Pero en caso contrario, decía don Francisco: “La negativa del Señor Maudslay sería de todos modos provechosa para nosotros, porque de ella sacaríamos útil enseñanza y podría servirnos de norma para lo porvenir dándonos esta regla de conducta: que no se otorgarán nuevos permisos para visitar las ruinas del país y tomar de allá moldes, sino a las personas que previamente se comprometieran a ceder en beneficio de la Nación ejemplares de los vaciados que sacaran de los referidos moldes”. Francisco del Paso y Troncoso a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 15 de agosto de 1891. Las instrucciones de Baranda para que la “comisión” suspendiera sus trabajos fueron sobreesidas por la incorporación de la “regla de conducta” recomendada por Del Paso y Troncoso, que ya era de hecho un inicio de reglamentación de las exploraciones arqueológicas que se completaría con la legislación de 1895-1896. J. M. Gar[il.] a oficial mayor encargado del despacho de la Secretaría de Fomento. México, 19 de agosto de 1891. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 165, exp.76.

completamente abandonadas, ha hecho que las miren sin respeto alguno, considerándolas como propiedad del primero que llega”. Se hacía necesario destacar vigilantes en cada uno de los sitios (“una medida que reclama nuestro actual estado de civilización”), y apoyar la iniciativa de la Secretaría de Justicia en el sentido de montar estructuras más eficientes de protección de los vestigios arqueológicos, inclusive concediendo “a las autoridades políticas del Estado y de la jurisdicción en que se hallan las ruinas, el derecho de inspeccionarlas y dar cuenta de las faltas que noten en el servicio”.¹⁰ En febrero de 1893, el presidente del Duquesne College, de Pittsburgh, Penn., que comandaba una excursión comercial por México, preguntó a Porfirio Díaz si sería de su agrado que el gobierno de Estados Unidos o “alguna otra instancia responsable”, nombrara una comisión “para explorar e investigar sus antiguëdades”, con base en la curiosa premisa (que se adelantaba a Putnam y sus teorías, pero que parecía reproducir las de Charnay sobre el *continuum* praderas-“mayas”) de que “los habitantes originales de los Estados Unidos de América y los de su República son aliados muy próximos [...]”. La iniciativa fue aprobada por Baranda, “bajo el concepto de que se tomarán medidas eficaces para impedir la destrucción o deterioro de nuestros monumentos, y en la inteligencia de que nuestras leyes prohíben la exportación de objetos arqueológicos”.¹¹ En noviembre de ese mismo año (1893), el inspector y conservador de monumentos fue instruido para cuidar de una expedición de “turistas” de Chicago que visitarían en enero de 1894 las ruinas de Palenque, teniendo como guías a unos señores Read y Campbell. A finales de 1893, Batres volvió a advertir sobre trabajos no autorizados de exploradores extranjeros, al denunciar

¹⁰ Daniel Traconis a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 16 de mayo de 1893. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 166, exp. 2. Baranda pidió al gobernador de Yucatán atención al asunto, “a reserva de las providencias definitivas que se dictarán sobre el particular [...]”. Baranda a gobernador de Yucatán. México, 31 de mayo de 1893. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 166, exp. 2.

¹¹ E. M. Wood a Porfirio Díaz. City of Mexico, 15 de febrero de 1893; y Baranda a Wood. México, 6 de marzo de 1893. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 166, exp.14.

que una comisión extranjera se dirige en estos instantes a Tenosique, Yalchilan [*sic*] y un grupo de ruinas que bautizó Charnay con el nombre de “Ville de Lorillard” a fin de arrancar de aquellos muros las interesantísimas lápidas arqueológicas existentes aún ahí, y cuyo valor artístico no cede en nada al de las más famosas de la India [...] y consta que el inglés Alfred Maudslay extrajo hace 10 años los ejemplares preciosos que se hallan en el Museo Británico de Londres [...].

Batres pedía que, ante la amenaza que suponía la expedición (que sería la encabezada y financiada por Allison V. Armour, y que tendría como cicerone al excónsul Edward H. Thompson), se ordenara el traslado de las lápidas a la Ciudad de México, para evitar que fueran “usurpadas impunemente a la nación”. La misiva concluía con una vigorosa apelación a la honra nacional y a la salvaguarda de la fama de México como un país moderno:

Creo, Sr. Ministro, que [mi solicitud] se halla apoyada, no sólo por el deber de prestar auxilio al derecho que la nación tiene sobre sus monumentos, no sólo por el interés científico de conservarlos, sino hasta por el decoro nacional, pues sería lamentable para su reputación de país civilizado un descuido y abandono tal, que permite a excursionistas extranjeros, trasladar a sus colecciones los más preciosos ejemplares arqueológicos de la República.¹²

Para evitar los daños previstos, el inspector y conservador de monumentos propuso que se organizara una expedición nacional que acompañara a los extranjeros, les siguiera la pista y, aprovechando el itinerario, hiciera sus propias investigaciones arqueológicas. Proponía que la expedición tuviera “un carácter de positiva utilidad científica” para comenzar a revertir la vergonzosa situación que significaba —una especie de deuda epistemológica— que los “europeos estudien, sepan y publiquen más que nosotros respecto // de nuestros asuntos históricos, antropológicos, etnográficos, etc.”, no por falta de talentos nacionales, sino por la inexistencia de recursos para la investigación científica. Por causa de esa misma carencia de medios, la expedición de Batres estaría inte-

¹² Batres a ministro de Instrucción Pública. México, 25 de diciembre de 1893. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 166, exp. 26.

grada, no exactamente por especialistas en las áreas que serían estudiadas (flora y fauna, paleontología y etnología, etc.), sino por empleados del gobierno que se tendrían que contentar con el sueldo que ya devengaban en sus funciones diarias. Lo mismo sucedía con los instrumentos que debería llevar la expedición: serían únicamente aquellos que ya existían en los depósitos de las secretarías del gobierno federal. Al final, gracias a la excelencia del trabajo terminal del “historiógrafo de la expedición”, todo ello redundaría “en una honra más para la presente administración”.¹³ La única reacción del gobierno de Porfirio Díaz fue enviar una circular a los gobernadores de los estados que serían visitados por los excursionistas “para impedir que los exploradores y excursionistas extranjeros destruyan, mutilen o causan [*sic*] algún perjuicio a los Monumentos de que se trata, e principalmente para que no exporten en contravención de las leyes vigentes ejemplares arqueológicos de ninguna especie”.¹⁴

EL RETORNO DE THOMPSON

Como vimos, Edward H. Thompson —el principal agente del Museo Peabody de la Universidad de Harvard en el frente arqueológico yucateco— había regresado a Mérida en los primeros días de marzo de 1893, antes incluso de que fuera abierta la exposición de Chicago para la cual había sido cedido, sólo para encontrarse con la desagradable noticia de que estaba en marcha su relevo del puesto de cónsul de los Estados Unidos, que culminaría en enero de 1894. Pero al mes siguiente, el hombre de los *Bostonians* ya se había puesto a trabajar de nuevo, inmerso en excavaciones y en la concentración de piezas en sus escondrijos. De Labná había enviado, en convoyes de mulas, considerables cargamentos de especímenes a Ticul (30 o 40 cajas), para ser de allí enviados a Mérida y “esperar el transporte adecuado hacia Boston y el Museo”.

¹³ Batres a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 2 de enero de 1894. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 166, exp. 26.

¹⁴ Baranda a los gobernadores de Campeche, Tabasco, Chiapas y Veracruz. México, 24 de enero de 1894. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 166, exp. 26. No hay más informaciones sobre la expedición propuesta por Batres, lo que parece indicar que no se realizó.

Charles P. Bowditch, convertido ahora en uno de los financiadores privados de las operaciones arqueológicas del excónsul, había pedido especial atención sobre el posible hallazgo de piezas de oro, plata, o de “manuscritos”, nada de lo cual fue encontrado. Por esas mismas fechas Thompson informaba haber remitido un baúl a cargo de Mr. Percy Glenn, de Nueva Orleans, con un pequeño ídolo de piedra. Cargamentos más valiosos se remitían en manos de “personas de confianza”, una de las cuales era su propio padre, que vivía con él (como también la esposa y la pequeña hija) desde finales de la década de 1880.¹⁵

Poco después, el excónsul se ocupó en hacer excavaciones lejos de Chichén Itzá, en las orillas del lago Chichankanab, ya en el actual territorio de Quintana Roo. Pero esta vez, curiosamente, un hombre como él, tan experimentado en el contrabando de piezas sin duda valiosas, prefirió acogerse en noviembre de ese año (1894) a la norma establecida, posiblemente por sentirse desprotegido dada la pérdida de su estatus consular. En efecto, presentándose ahora simplemente como “Eduardo H. Thompson, ciudadano americano residente en esta Capital del Estado de Yucatán (República de México)”, y temeroso de que los imprevisibles inspectores de la Aduana de Progreso pudieran entender que algunos objetos que pretendía exportar entraban dentro de lo dispuesto por el vetusto y heroico art. 322 del Arancel de Aduanas Marítimas de 1827, Thompson solicitó el debido (e inédito en su caso) permiso de la Secretaría de Hacienda para “la exportación de 50 cajas conteniendo pedacería de obras de alfarería, pertenecientes a la antigua civilización maya y a la de los tiempos presentes de Yucatán, cuyos fragmentos carecen de todo mérito artístico”.¹⁶

La sección encargada de revisar el pedido dentro de la propia Secretaría de Hacienda, apoyada en el alegato de Thompson de que los fragmentos de cerámica estaban “verdaderamente deteriorados”, opinó que debería autorizarse la exportación. Pero Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública, se opuso de manera tajante “porque tratándose de objetos notoriamente arqueológi-

¹⁵ Thompson a Putnam. Mérida, 7 de abril de 1894. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 2 (5 fls.), fls. 1-2.

¹⁶ Eduardo H. Thompson a secretario de Hacienda. Mérida, 28 de noviembre de 1894. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 148, exp. 10. Sobre el Arancel de 1827 véase *supra*, p. 39, nota 43.

cos, deben reputarse comprendidos, cualquiera que sea el estado de deterioro en que se encuentren, con la prohibición general relativa de la ordenanza de Aduanas”.¹⁷ Casos como el de Thompson, además de los antecedentes que se venían acumulando desde la década de 1870, deben haber sido determinantes para que la administración porfirista se abocara en 1896-1897 a revisar la escuálida legislación de protección a las “antigüedades mexicanas”. Ante la evidencia de la importancia creciente que las zonas arqueológicas mesoamericanas comenzaban a tener en las últimas décadas del siglo XIX para instituciones científicas extranjeras, particularmente las del (entonces) consentido vecino estadounidense, era a todas luces necesario elaborar un cuerpo moderno de legislación sobre el asunto que evitara los saqueos más escandalosos pero que, al mismo tiempo, permitiera cierta flexibilidad en aras de las buenas relaciones académicas entre México y sus demandantes socios internacionales. Por otro lado, reveses como el relatado —que bien pudo haber sido un balón de ensayo—, debieron convencer tanto a Thompson como a sus patrocinadores *Bostonians* de que el contrabando era la única opción para aumentar sus colecciones.

Tal parece que durante su estancia en Chicago para ayudar a Putnam en el montaje de la sección de arqueología de la World's Columbian Exposition, en el segundo semestre de 1892, Thompson había tratado de alternar sus fuentes de ingreso y tal vez disminuir su dependencia del grupo de Boston, y había negociado con la Universidad de Chicago la realización de algunas excavaciones en Yucatán, a raíz de lo cual había conocido a Allison V. Armour. (El excónsul había hecho esos avances sin poder prever las tensiones que surgirían entre Putnam, su gran protector dentro de los *Bostonians* y curador del Museo Peabody, y el grupo de Chicago en torno a la dirección de los asuntos antropológicos en el Museo Field Columbian, de la cual, como vimos, Putnam y Boas al final serían excluidos).¹⁸ Sin embargo, en abril de 1894 la Universidad de Chicago había anunciado el aplazamiento de los proyectos

¹⁷ Limantour a Baranda. México, 25 de enero de 1895; Baranda a secretario de Hacienda. México, 21 de febrero de 1895. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 148, exp. 10.

¹⁸ Véase *supra*, p. 62; Browman, “The Peabody Museum”, p. 514; y McVicker, “Buying a curator”.

acordados con Thompson, decía éste, “Debido a ciertas razones, financieras y de otro tipo”. Se hablaba de que la Universidad prefería esperar momentos más “propicios”, pero habría que indagar hasta qué punto ese aplazamiento estaba relacionado con las peticiones de Putnam, mentor de Thompson, con el Museo Field Columbian, estrechamente vinculado con la Universidad. Sin empleo y sin las perspectivas de Chicago, Armour había llegado en auxilio del excónsul y le había proporcionado “determinados fondos, suficientes para desarrollar mi trabajo como yo quiera”, sin ninguna condición, pues el trato le permitía a Thompson presentar los resultados obtenidos a cualquier institución con la que por ventura viniera a conectarse, incluyendo, desde luego, la Universidad de Chicago. De esa manera, a casi 10 años de su llegada a Yucatán, el excónsul veía ante sí un cambio significativo en su trayectoria, y la posibilidad de una nueva independencia respecto a sus antiguos mentores:

He organizado el más perfecto sistema de trabajo que mis años de experiencia pueden sugerir y me propongo hacer con que cada momento de tiempo y dólar de dinero cuenten con su verdadero valor. / [...] Desde luego, echo de menos el ingreso del consulado pero tengo mi propio pequeño y bello lugar en los suburbios de Mérida adonde me retiré después de ser relevado en el consulado. Así, no tengo que pagar renta y no sólo eso sino que mi jardín que está bajo los cuidados de un viejo estadounidense ayudado por “mano de obra barata china” está comenzando a rendirme un pequeño ingreso sin ningún esfuerzo personal de mi parte [...] / por otro lado, no he perdido la esperanza de volver a ser cónsul una vez más. “Quién Sabe”.¹⁹

¹⁹ Thompson a Putnam. Mérida, 7 de abril de 1894. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 2 (5 fls.), fls. 3-5. El “Quién sabe” de Thompson estaba sustentado en una carta de su sustituto en Mérida, el cónsul Davis —quien disfrutaba de una licencia del consulado que vencía el 17 de junio de 1894—, en la que afirmaba que su candidato al gobierno del estado de Arkansas, James Paul Clark, le había prometido “un buen y suculento empleo” una vez que su elección, que ya era casi cierta, estuviera consumada. (No hay informaciones sobre cómo el contenido de la carta, dirigida a un D. Gilkey [?] llegó al conocimiento de Thompson.) De hecho, desde que tomó posesión de la oficina, Davis había estado casi todo el tiempo de licencia, y al parecer contaba con el suficiente respaldo político como para prolongar su ausencia y seguir recibiendo su sueldo de cónsul a la espera

Sin embargo, el periodo de desempleo parece haber sido corto. Un documento oficial del Museo Peabody de 1898, al hablar de las contribuciones de Salisbury a la arqueología americanista, y en particular a las excavaciones en Yucatán, entre las cuales destacaba el hecho de que “fue gracias a su influencia que Mr. Edward H. Thompson inició sus investigaciones arqueológicas en ese país”, elaboró la trayectoria del hombre de los *Bostonians* (“Mr. Thompson”, no “el cónsul estadounidense”), que habría seguido la siguiente secuencia: “Durante varios años el trabajo de Mr. Thompson estuvo consignado a este Museo; después se desempeñó como uno de los ayudantes del Departamento de Etnología de la Feria Mundial; y a continuación fue contratado por el Museo Field Columbian para realizar investigaciones especiales”.²⁰ De la misma manera, una revisión de los avances de este último datado en 1900, confirmó que el excónsul (“Mr. E. H. Thompson of Mérida”) había estado asociado al museo de la “Ciudad de los Vientos” por lo menos durante el trienio 1894-1896, lo cual puede significar que los proyectos chicagüenses de emplearlo en excavaciones en Yucatán fueron retomados después del impasse del primer semestre de 1894.²¹ En ese periodo, según el reporte, Thompson habría excavado en “Xkichmook y en Chichén Itzá, que en el año siguiente producirían importante material arqueológico”.²² No obstante, la asociación con Chicago no parece haber sido de larga duración, ni haberse distinguido por su carácter lucrativo, monetario o arqueológico, ni siquiera en términos de relaciones personales o profesionales.

Como vimos con anterioridad, en agosto de 1894 Thompson se convirtió en propietario de la hacienda Chichén, la cual adquirió de sus más recientes propietarios, “tres cultos y distinguidos

de la elección de Clark, quien efectivamente ejerció la gubernatura del estado entre 1895 y 1897. Thompson a Salisbury. Mérida, 7 de junio de 1894. AASA, Salisbury Papers, caja 52, fol. 3, 1888-1905.

²⁰ Museo Peabody, “Thirty-second Report”, p. 267.

²¹ Coggins da fe del vínculo con Chicago al afirmar que todos los objetos encontrados en los entierros descubiertos durante la excavación de la Tumba del Gran Sacerdote, excavada por Thompson en Chichén en esos años, fueron a parar al FCM, como resultado de las conexiones establecidas por él durante su trabajo para la World’s Columbian Exposition. Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 11.

²² Dorsey, “The Department of Anthropology”, p. 254.

yucatecos, Delio Moreno Cantón, Emilio García Fajardo y Leopoldo Cantón Frexas”, quienes a su vez la habían adquirido del historiador mayanista y arzobispo de Yucatán (1887-1897) Crescencio Carrillo y Ancona. De acuerdo con la fuente memorialista, los tres propietarios habían mantenido la posesión de la hacienda por puro amor al arte y a la cultura local, y, al detectar en el excónsul un amante de las antigüedades precolombinas, “le cedieron con gusto la hacienda recibiendo en pago la pequeña cantidad de trescientos pesos. Hay que tener en cuenta que el valor comercial de la finca era por aquel tiempo prácticamente nulo, ya que su ubicación dentro del territorio que en aquellos años dominaban todavía los indios rebeldes, hacía imposible su explotación”.²³ Sin embargo, la transacción debe haber involucrado una suma mucho mayor, pues Thompson tuvo que recurrir a los *Bostonians* para que lo apoyaran financieramente y pudiera al final hacerse de la hacienda, “En parte con mis propios recursos y en parte con la ayuda de amigos” si bien otras fuentes aseguran que el grueso del capital le fue proporcionado por Salisbury y por Armour.²⁴

A la evidente ventaja de la adquisición de la finca en la que se encontraban las ruinas de la antigua ciudad de los Itzaes, Thompson agregaba “los auspicios particularmente favorables que ahora existen”, en clara referencia a sus relaciones con el gobierno local, que le permitirían trabajar sin ser molestado una vez que sólo el gobierno federal podría interferir en las labores que llevara a cabo en su propiedad.²⁵ No era la menor de esas relaciones la constituida por los vínculos familiares de su administrador, que llevaba el conspicuo nombre de José Dolores Sierra O’Reilly. La adquisición de Chichén llenó a Thompson de proyectos, uno de los cuales era convertir la hacienda en una “estación científica” dotada de todos los instrumentos necesarios para la investigación arqueo-

²³ Mediz Bolio, *A la sombra*, p. 188. En su autobiografía, Thompson da una versión diferente: “A mi regreso a Mérida busqué a los herederos y me ofrecí a comprar el lugar por una suma razonable. Eran hombres jóvenes que evidentemente habían renunciado a la idea de restaurar la plantación. ‘Está demasiado cerca de los sublevados’, dijeron ingenuamente”. Thompson, *People of the Serpent*, p. 232.

²⁴ Brunhouse, *In Search of the Mayas*, p. 178; Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 10; Ewing, *A History of the Archaeological Activity*, p. 54

²⁵ Ese año iniciaba el gobierno de Carlos Peón Machado.

lógica;²⁶ otro, convencer a Putnam para que lo visitara y orientara respecto de los trabajos de exploración más importantes para la arqueología del momento, que continuaran lo que ya había hecho; buen trabajo con buenos resultados: “Tengo jades que harían que los hombres de Tiffani (*sic*) perdieran la cabeza al verlos”.²⁷ El relativamente ignorante explorador de la década anterior se veía transformado a sí mismo en lo que siempre había querido ser: un científico.

LA EXPEDICIÓN ARMOUR-HOLMES Y LA RECUPERACIÓN DEL CONSULADO

En enero de 1895, la expedición anunciada por Batres a finales de 1893 y que había llevado a la adopción de medidas “defensivas” frente a la amenaza que el inspector y conservador anunciaba, se materializó: Allison V. Armour llegó a Progreso en su poderoso yate de vapor, el *Ituna*, tan imponente que fue confundido por los sorprendidos guardias aduanales de Progreso con un barco de guerra. Con Armour, como ya se indicó,²⁸ venían Allan Marquand, del Princeton College, William Holmes y Charles F. Millspaugh, ambos del equipo del Museo Field Columbian de Chicago, siendo que Holmes se estrenaba como curador en jefe de la nueva institución, de la cual, como vimos, Putnam había sido prácticamente expulsado. El grupo, guiado por Thompson, cliente y deudor de Armour, se dedicó a visitar las islas y playas del este de la península (Kankum y su laguna, Isla Mujeres, Cozumel, Tulum), sin internarse en el continente ya que la región era plenamente dominio de los “indios rebeldes”, los *cruzob*.²⁹ Un viaje que más parece

²⁶ Esa metamorfosis del sitio sólo se realizaría en la década de 1920, con la apropiación de Chichén Itzá por la Carnegie Institution de Washington, pero fue un mérito indudable de Thompson el haber vislumbrado el potencial científico del lugar. En el cuarto capítulo de este trabajo se aborda esa proposición.

²⁷ Thompson a Putnam. Mérida, 19 de agosto de 1894. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 2, fls. 3-4.

²⁸ Véase *supra* p. 66.

²⁹ Remanentes de la Guerra de Castas, seguidores de Chan Santa Cruz, relegados desde la década de 1870 en lo que ahora es el sureste de Quintana Roo. En los informes de exploradores extranjeros que se aventuraron durante el último cuarto del siglo XIX y primeros años del XX en territorio yucateco, en particular en su parte oriental, la presencia de “indios rebeldes” o “sublevados”

haber sido de simple placer, durante el cual las transparentes aguas del mar Caribe dejaron estupefactos a los visitantes: Thompson decía que por las noches la línea divisoria entre el mar y el firmamento se diluía hasta casi desaparecer, dando la impresión de que las embarcaciones ancladas estaban flotando en el aire y Holmes, refiriéndose a las aguas del Caribe, escribió, guiado por sus ojos de acuarelista, “el fondo de arena blanca refleja la luz durante el día, e incluso la luna por la noche ilumina el fondo a 30 o 40 pies, de manera que hasta objetos pequeños pueden ser vistos con toda claridad”.³⁰ Explorada la costa este, la expedición volvió a Progreso, donde, entre otras cosas, se sirvió un banquete a bordo del *Ituna* al que asistieron algunos de los miembros de la red que Thompson había tejido sobre el diseño original de Salisbury: Rodolfo Cantón y Pedro Peón Contreras, hermano de Juan, director del Museo Yucateco y por esos años inspector de las ruinas del estado.³¹ El 12 de enero, los miembros de la expedición comenzaron

aparece como un obstáculo de primer grado a cualquier expedición en busca de “antigüedades mexicanas” —o del tipo que se quisiera—. Casi todos ellos, desde Le Plongeon hasta el propio Tozzer, ya entrado el siglo xx, pasando por Charnay, Maudslay, Maler y Thompson, para sólo mencionar a los más mentados, tuvieron que ser acompañados en sus aventuras por escoltas militares y en algún momento se vieron obligados a abandonar sus exploraciones por la presencia, real o imaginaria, de los rebeldes de Chan Santa Cruz. La sensación del peligro por el mero deo de los *cruzob* durante las décadas de 1880, 1890, y los primeros años de los 1900 en las zonas de ruinas —que no era raro que sirvieran como baluartes defensivos para los insurrectos— ocasionó con frecuencia la desertión de los trabajadores de las expediciones extranjeras y en varios casos la de los propios soldados encargados de proteger a los exploradores. Las escoltas que acompañaban a Thompson en algunas de sus excursiones se negaron varias veces a seguirlo más allá de cierto punto. Y no era sólo el miedo a los “indios rebeldes”, sino a lo desconocido que frecuentemente tomaba la apariencia de ciudades fantasmagóricas habitadas por espíritus malignos, o el terror psicológico de los nativos ante el poder sobrenatural de la Santa Cruz y de sus sacerdotes —lo que los *dzuls*, los extranjeros, invariablemente calificaron como supersticiones—. Véase, por ejemplo, Thompson a Putnam, Mérida, 19 de agosto de 1894. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 2 (4 fls.), fls. 1-3. Sobre el conflicto, véase el clásico de Reed, *La Guerra de Castas*.

³⁰ “Down the Coast of Yucatan - 1894-5. December 30th. Field notes of William H. Holmes”, en Holmes, *Random Records*, vol. VII. El fragmento contiene una lírica y bien escrita descripción del paisaje marítimo del litoral yucateco y observaciones etnológicas y geológicas del continente.

³¹ Además de lo dicho, Pedro Peón Contreras era una de las cabezas de la oligarquía peninsular, y dominaba, junto con otros Peón, la Compañía de Ferro-

a prepararse para un viaje de un mes al interior de la península, cuando visitaron Tikul, Uxmal (de pisa y corre por la insalubridad del lugar, infestado de mosquitos transmisores de fiebre amarilla), Izamal y Chichén Itzá. En este último sitio, “el más importante grupo de ruinas de Yucatán”, permanecieron una semana, amablemente atendidos por “nuestro socio, E. H. Thompson, propietario de la bella hacienda en cuyos terrenos se yergue la ciudad en ruinas”.³² En los tiempos muertos del viaje, Thompson conversó con Armour sobre su deseo de retomar el cargo de cónsul en Mérida y sobre la posibilidad de que el millonario chicagüense le ayudara en el Departamento de Estado. Pero nada efectivo salió de las pláticas, pues Armour cultivaba por esos tiempos una relación muy fría con Walter Q. Gresham, el secretario de Estado (que lo sería hasta finales de mayo de ese mismo año). El propio Thompson admitía que sus chances durante la administración del presidente Cleveland eran prácticamente nulas, lo que, entre otras cosas, parecía insinuar el declive de la influencia política de los *Bostonians* en ese final de siglo, dominado por nombramientos hechos bajo las directrices clientelares del ya referido “sistema viciado”.³³

Terminada la expedición de Armour, el enviado de los *Bostonians* volvió a su nueva rutina de latifundista semidesempleado, pero sin perder las esperanzas de recobrar el consulado y dar un mentís a sus competidores arqueológicos. Animado al respecto

carriles Sud Orientales, incorporada mediante la fusión de las tres líneas independientes que habían existido hasta 1902. La única línea que se mantuvo autónoma fue la de Mérida-Peto, propiedad de otro de los comensales: Rodolfo Cantón. Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 105. Véase también Canudas Sandoval, *Las venas de plata*, p. 1358. Sobre las redes sociales que cimentaron a la élite meridana en la segunda mitad del siglo XIX, véase Vázquez Pasos, “Élites e identidades”.

³² Holmes, *Random Records*, vol. VII.

³³ Thompson a Salisbury. Laguna de Términos, 11 de febrero de 1895. AASA, “Salisbury Papers”, caja 52, fólder 3: 1888-1905. De acuerdo con las confidencias de Armour, el desentendimiento con Gresham se situaba en el contexto de las crecientes tensiones entre el gobierno de Estados Unidos y la Corona española por la continuación del dominio colonial hispano sobre Cuba (y las ambiciones expansionistas de Washington). Durante la Exposición de 1893, el gobierno español había anunciado su intención de condecorar a Armour por “sus atenciones con la princesa Eulalia y el duque de Vergara”, y Gresham, sin consultar al agraciado, había instruido al ministro estadounidense en Madrid a rechazar una presea que ningún ciudadano estadounidense debía aceptar.

por Salisbury, Thompson declaró: “Independientemente del gran beneficio que significaría para mí ser consul otra vez, estoy tan obstinado en recuperarme que será un cierto placer el poder mostrar a los varios partidos que vamos a estar por encima otra vez”.³⁴ Mientras tanto, se dedicaba a preparar Chichén para cuando las condiciones permitieran retomar los trabajos exploratorios. Los generosos pero limitados recursos de Armour no eran suficientes para mucho más, menos aún en el ambiente de crisis comercial y financiera que vivía el país y, en particular, una región tan dependiente de las exportaciones de materias primas como era Yucatán respecto del henequén.³⁵ La crisis incluía severas carencias de mano de obra y había llevado, entre otras cosas, a la importación de trabajadores chinos, algunos de los cuales, como vimos, laboraban en las propiedades de Thompson. Éste, sin embargo, consideraba que dejaban mucho a desear (le parecían “deficientes”) y pensaba que la “raza indígena” —lejos de estar desapareciendo— había aumentado sus números. Pero el problema estaba a la vista:

Sin embargo, veo claramente que mientras perdure el actual sistema de hacienda los chinos jamás eliminarán la cuestión laboral como uno de los problemas del Yucatán peninsular. / Creo que el indio maya es la raza que mejor sirve al país y la única que puede vivir y prosperar y servir como trabajadores en esta provincia.³⁶

La mención al “sistema de hacienda” es llamativa, pues desde la compra de Chichén, Thompson había encarnado en un propietario de una *plantation* —sin duda un anhelo no muy secreto finalmente alcanzado— y siguió refiriéndose a su propiedad como si fuera una más de las unidades productivas del sur esclavista de Estados Unidos (otras figuras del lenguaje sureño aparecerían en

³⁴ Thompson a Salisbury. Mérida, 6 de abril de 1895. AASA, “Salisbury Papers”, caja 52, fólter 3: 1888-1905. Énfasis en el original.

³⁵ Entre 1896 y 1897 los precios del henequén se derrumbaron, al punto de inviabilizar las exportaciones de la fibra, de las cuales —como es sabido— dependía casi en su totalidad la economía regional. Joseph, *Revolución desde afuera*, p. 75.

³⁶ Thompson a Salisbury. Mérida, 6 de abril de 1895. AASA, “Salisbury Papers”, caja 5, fólter 3: 1888-1905.

ocasiones apropiadas, como veremos en su momento. Hay que admitir, sin embargo, que no existe un equivalente en inglés para el término “hacienda”).³⁷ De hecho, algo había cambiado con la transición de la función de cónsul a la de propietario rural, y ahora Thompson, señor de sus dominios, pensaba que el futuro le reservaba un lugar muy especial. Era sin duda el delirio producido por el “efecto Chichén Itzá” en la cabeza del excónsul, que se extasiaba con la vista al Castillo y al edificio de Las Monjas desde la alcoba de la casa de su plantación. Estaba en un “paraíso arqueológico del cual yo soy, para todos los efectos, señor y dueño. Las mismas paredes de mi ‘casa grande’ tienen incrustaciones de antiguas esculturas. Cabezas de serpientes de piedra talladas sonríen en las paredes de piedra de los corrales construidos allí hace medio siglo”. Dueño de tales riquezas y poseedor de perspectivas tan halagadoras, Thompson pensaba que su nueva condición de “señor de un solar” merecía una independencia acorde con la calidad adquirida por el hijo de un trabajador ferroviario.³⁸ Los proyectos que nacían en su imaginación buscaban disminuir el control que ejercían sobre él los *Bostonians* y aminorar el peso de los intereses de la “pandilla de Chicago”, con la cual la experiencia final de Thompson —como la del propio William H. Holmes y menos aún la de Putnam-Boas—, no había sido de las mejores. En efecto, años después, en octubre de 1897, al enterarse de que Holmes había asumido la posición de curador en el Smithsonian, Thompson lo felicitó y le auguró que “Washington debe ser mucho más amable para Mrs. Holmes y para usted de lo que Chicago jamás podría haber sido”, al tiempo que daba a entender que las gentes del

³⁷ El empleo del término *plantation* es sin duda una referencia a sistemas de cultivo que se caracterizan, entre otras cosas, por sistemas de trabajo colectivos, uso intensivo de la mano de obra —en muchos casos y en ciertos momentos, esclava— y, con frecuencia, por la monocultura. El término, de uso generalizado en la historiografía angloamericana para referirse a las grandes explotaciones de tabaco y algodón del sur de Estados Unidos, se aplica también por autores de ese origen para referirse a las “plantaciones” de henequén, pero no es una palabra que se haya empleado contemporáneamente por los propietarios de las haciendas henequeneras. Sobre las definiciones de ambos conceptos véase Florescano (ed.), *Haciendas*. En todo caso, la explotación del cónsul no incluía el henequén entre sus cultivos, lo que hubiera justificado técnicamente el uso del término. Por eso la hipótesis del empleo ideológico y no técnico del concepto.

³⁸ Fagan, *Precursores*, p. 275.

Museo Field Columbian habían traspapelado a propósito uno de sus trabajos.³⁹

Así, al parecer, la meta última del misterioso proyecto de Thompson era aflojar, por lo menos, los lazos vinculantes que lo ataban a “asociaciones y museos”. Todo indica que el ansia de libertad del dueño de la hacienda Chichén derivaba de una creciente —si bien pasajera, como veremos enseguida— rebeldía contra su condición de empleado y las exigencias que ella acarrearba. En efecto, tanto Salisbury (“asociaciones”) como Bowditch (“museos”) se quejaban continuamente de la falta de regularidad en los reportes que Thompson debía enviar mensualmente sobre el avance de trabajos como los de, por ejemplo, Labná. Un lugar que, como vimos con anterioridad, había sido escogido por las dos primeras expediciones del Peabody, en 1888-1889 y 1890, como un proyecto piloto para explorar *in extenso* un único sitio. Exigencias que al excónsul le parecían una pérdida de tiempo, pues lo distraían de lo que en realidad importaba, que eran las excavaciones: “Siento que el trabajo en curso es más importante ahora que los informes del trabajo ya realizado”.⁴⁰ Mientras tanto, en marzo de 1896, *The New York Times* publicaba, bajo el título de “Mysteries of Yucatan / Impressive Relics of a Race of Master Builders”, su primera gran entrega sobre el tema, particularmente sobre los resultados de la expedición del *Ituna*. El artículo, que daba una especie de “estado del arte” a respecto de lo que se conocía sobre los “mayas” a finales del siglo XIX, con un lenguaje puntuado con términos arquitectónicos, estaba basado en un folleto que William H. Holmes había escrito sobre la expedición, publicado por el Museo Field Columbian, y en el cual Thompson aparecía, equivocadamente, con el título de “Cónsul de Estados Unidos en Mérida”. El artículo trazaba el itinerario de la expedición y aseguraba que “se formaron grandes colecciones de especímenes que ilustraban el arte y la vida maya”. El texto de Holmes descartaba como descabellada la teoría de la Atlántida —razón original de la contratación de Thompson por los *Bostonians*— pero relacionaba a los “mayas” con los

³⁹ Thompson a Holmes. Mérida, 30 de octubre de 1897. SIA, William H. Holmes Papers, Record Unit 7084, caja 2, fólter 5.

⁴⁰ Thompson a [Putnam]. Mérida, 26 de noviembre de 1895. PMA, “C. P. Bowditch Papers, 1869-1918”, caja 11, fólter 132; Thompson a Salisbury. Mérida, 3 de mayo de 1894. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fólter 3: 1888-1905.

“piel rojas” (*red race*), si bien los ponía a la cabeza de todas las tribus americanas: “Su grandeza puede ser comparada a la de los griegos o egipcios antes del amanecer de la historia”.⁴¹ Es probable que la exposición de los “mayas” en la prensa neoyorquina, con tal relevancia, haya alarmado a los *Bostonians*, ya preocupados con el aumento de la competencia, ahora ya no por parte de exploradores individuales medio lunáticos, como había sido en la década de 1880, sino por poderosas instituciones de su propio país.

El “Quién sabe” que Thompson había proferido en abril de 1894 comenzó a responderse en los primeros días de 1896, cuando el nuevo cónsul estadounidense en Mérida, quien, como se dijo, había pasado casi toda su administración con licencias que lo mantenían fuera del consulado, renunció. Inmediatamente, los *Bostonians* y sus aliados iniciaron la batalla para recuperar el control de la representación de Mérida y reinstalar a Thompson en el puesto, enviando cartas al Departamento de Estado y —de nuevo— a la mismísima Casa Blanca, con argumentos idénticos a los que se habían empleado para conseguir, primero, el nombramiento de su agente en 1885 y, después, para tratar de revertir su remoción en 1893. Los signatarios fueron Salisbury, entonces miembro del Senado de Massachusetts y presidente de la AAS, cuyo equipo (tesorero y bibliotecario) acompañó el pedido; George E. Dean, de Farmouth, Mass.; Charles S. Randall, en esos años representante de Massachusetts en el Congreso Federal; Charles W. Eliot, presidente de la Universidad de Harvard, y el núcleo duro de los *Bostonians*: Frederic W. Putnam y Charles P. Bowditch, todos reforzados por el omnipresente senador George F. Hoar. El destinatario principal fue el propio presidente William McKinley, aunque también se enviaron misivas a su secretario de Estado, John Sherman. La campaña se extendió desde enero de 1896 hasta junio de 1897,

⁴¹ “Mysteries of Yucatan / Impressive Relics of a Race of Master Builders / Enigmas that Await Solution / Remnants of the Race Survive but They Remember Nothing About Their Former Glory”. *The New York Times*, 1º de marzo de 1896. Cuatro años después, ya en plena vigencia de las leyes de 1896-1897, el entonces curador del Museo Field Columbian, George A. Dorsey, afirmaría: “Gracias a la generosidad de Mr. A. V. Armour, el profesor Holmes, curador del Departamento, visitó varias de las ciudades en ruinas de Mexico y Yucatán donde obtuvo alrededor de 1000 piezas arqueológicas y reunió considerables datos que se incorporaron a las dos primeras publicaciones del Departamento”. Dorsey, “The Department of Anthropology”, p. 252.

cuando Thompson fue finalmente nombrado, por segunda vez, cónsul en Yucatán, con sede en el puerto de Progreso. En la carta a McKinley, escrita por el equipo de la AAS, los peticionarios afirmaban que era por estar “particularmente interesados en los servicios de Mr. Thompson a la ciencia, por lo que deseaban instar a su designación” y relacionaban los servicios que había prestado a la AAS, al Museo Peabody (PM) y al Departamento de Arqueología de la Exposición de Chicago. Desde luego, en ningún momento se hizo referencia al envío de piezas originales a los depósitos de las instituciones mencionadas, y sólo se habló de reproducciones de yeso y moldes de *papier maché* elaboradas por Thompson para beneficio de sus patrocinadores —y del público en general—. Y concluían:

Esperando su favorable consideración, recomendamos enfáticamente a Mr. Thompson, un hombre de carácter y un trabajador entusiasta del ramo de las antigüedades americanas. [...] Creemos que con el cumplimiento de sus deberes consulares en el pasado ha sido capaz de servir a su país de manera muy correcta, y promover el conocimiento de las antigüedades de Yucatán sin provocar críticas de las autoridades estatales o nacionales, y sin disminuir el respeto que le tienen los habitantes del estado.⁴²

La carta de los harvardianos, firmada en primer lugar por el presidente de la Universidad, además de resaltar el desempeño y los servicios de Thompson como cónsul y sus buenas relaciones con las autoridades gubernamentales y con los hombres de negocios, usaba como base principal de la recomendación:

La capacidad de Mr. Thompson de servir a la causa de la arqueología americana. [...] Su nombramiento como cónsul en estos momentos le permitirá continuar con sus servicios para la ciencia arqueológica, y estamos seguros de que sus trabajos científicos darán prestigio al Departamento de Estado y a la ciencia arqueológica estadounidense.⁴³

⁴² Salisbury *et al.* a William McKinley. Worcester, 2 de junio de 1897. NARA, “Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso”, Microcopy 287, rollo 4, vol. 6b, 1° de octubre de 1897-6 de agosto de 1906.

⁴³ Charles W. Eliot, F. W. Putnam, Charles P. Bowditch, Francie C. Lowell y Stephen Salisbury al presidente de los Estados Unidos, Cambridge, Mass.,

Curiosamente, a diferencia de las dos campañas anteriores, esta vez no se empleó el argumento de los mediocres ingresos consulares de la oficina de Mérida, lo que era sin duda indicativo de las nuevas fortunas del henequén. Thompson reasumió el consulado a fines de 1897, cuando el clima político en Mérida se encontraba en completa ebullición por la pugna electoral entre Francisco Cantón Rosado (medio hermano de Joaquín Baranda, el poderoso ministro de Justicia e Instrucción Pública de don Porfirio) y el gobernador Carlos Peón Machado (1894-1897) y por las noticias de las crecientes tensiones entre Washington y Madrid por la cuestión cubana, llevadas a su límite con el posicionamiento agresivo del acorazado *Maine* en Key West, Florida, en octubre de 1897. No es aventurado pensar que la decisión de nombrar un cónsul en Yucatán, después de prácticamente tres años de ausentismo del anterior, haya estado relacionada con el clima prebélico de esos meses y la conveniencia de mantener a Washington informado del panorama que se vislumbraba desde la ventana peninsular.⁴⁴

LAS LEYES DE PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO Y LOS PRIMEROS FISGONEOS DEL ESTADO EN CHICHÉN ITZÁ

En 1895 se celebró en la Ciudad de México una Sesión Especial del Congreso Internacional de Americanistas, la primera que se realizaba fuera de Europa, y que luego sería convertida en el XI Congreso. Marshall H. Saville participaba como delegado del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, institución de la cual Putnam era curador en jefe, como lo era también del Museo

10 de junio de 1897. NARA, "Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso", Microcopy 287, rollo 4, vol. 6b, 1° de octubre de 1897-6 de agosto de 1906.

⁴⁴ Los años 1896-1897 son también fechas en que, además de los conflictos electorales, las atenciones del gobierno federal en Yucatán y las del propio Ejecutivo yucateco estaban completamente tomados por los proyectos de creación del territorio de Quintana Roo, que permitiría enviar tropas federales para derrotar finalmente los remanentes de la Guerra de Castas y abrir camino a las inversiones nacionales y extranjeras en la región. Véase Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, pp. 44-49.

Peabody de Harvard. Pero Saville tenía una misión más importante que la de participar en la sesión de los americanistas. Su encargo principal era conseguir que las autoridades mexicanas otorgaran al AMNH una concesión semejante a la que el Peabody había conseguido del gobierno de Honduras en 1890, y que había convertido al entonces museo asociado de Harvard en amo y señor de Copán. La petición de Saville demandaba un acuerdo por 10 años, durante los cuales los enviados del museo neoyorquino podrían explorar y excavar donde, cuando y como quisieran, y apropiarse de la mitad de los hallazgos arqueológicos para exportarlos libremente a Nueva York y convertirlos en propiedad particular de su Museo de Historia Natural. La solicitud fue enviada al Congreso nacional y provocó, primero, un escándalo mayúsculo, seguido de un rechazo universal, y, después, la promulgación de una ley que, en respuesta a la iniciativa del AMNH, prohibía tajantemente la exportación de objetos arqueológicos, a no ser que se tratara de duplicados, y obligaba a los interesados en exploraciones arqueológicas a obtener autorización del Ejecutivo federal para cualquier actividad en ese campo, sujetando sus trabajos a los términos de un contrato que estipulaba deberes y obligaciones.⁴⁵ Mientras ese proyecto transitaba en el Senado mexicano, la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, dirigida por Joaquín Baranda, presentó y consiguió aprobar otra iniciativa de ley, de tanta o mayor trascendencia en lo que a legislación de protección arqueológica se refiere —aunque no en lo que atañe a su aplicación—, que declaraba lisa y llanamente a “los sitios arqueológicos como propiedad de la nación”.⁴⁶

Coincidiendo con su promulgación, el 3 de septiembre de 1897 la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública instruyó al gobernador interino de Yucatán, José María Iturralde, para que practicara una investigación tendiente a verificar una denuncia sin autor que afirmaba que las ruinas de Chichén Itzá estaban siendo “destruidas”. Era una acusación semejante a la que se había hecho en

⁴⁵ Decreto que faculta al Ejecutivo a autorizar a particulares a hacer exploraciones arqueológicas. 3 de junio de 1896, en Dublán, *Legislación mexicana*, vol. 26, pp. 221-222; Palacios, *Maquinaciones neoyorquinas*, pp. 15-53; Bueno, *In Pursuit of the Ruins*, pp. 80-87.

⁴⁶ Ley sobre Monumentos Arqueológicos de 11 de mayo de 1897, en Dublán, *Legislación mexicana*, 1898, t. 27, pp. 66-67.

1892 respecto de Uxmal, lo que permite suponer que el autor de esta nueva invectiva haya sido el mismo de la primera, Teoberto Maler. El Ejecutivo local pasó la delación al jefe político de Valladolid para que realizara las diligencias necesarias tendientes a descubrir qué estaba aconteciendo en lo que era, desde tres años atrás, propiedad de Thompson. Se instruyó una averiguación en un juzgado de primera instancia al que acudieron cinco testigos: todos negaron haber presenciado cualquier daño a los edificios de Chichén, y afirmaron no tener constancia de que algunos de sus elementos hubieran sido trasladados a otros sitios, o de que sus materiales hubieran sido empleados para otras construcciones. Los únicos daños verificables habían sido causados por factores naturales y, sobre todo, por el tiempo y los rigores del clima. Después del interrogatorio a los testigos, se formó una comisión para verificar *in situ* el estado de las ruinas, misma que firmó su declaración en la “Hacienda Chichén”, el 1° de septiembre de 1898. Antes, se practicaron nuevos interrogatorios, el primero de los cuales fue dirigido al ciudadano José Dolores Sierra O’Reilly, “encargado” de la hacienda, quien afirmó que administraba la propiedad desde hacía 11 meses (¿octubre de 1897, momentos de la recontratación de Thompson como cónsul?) y que en ese tiempo no supo de nadie que se hubiera “ocupado de la destrucción de los edificios ruinosos que existen a muy poca distancia de la casa principal y en diversas direcciones”. Otra media docena de testigos declaró lo mismo, lo que parece corresponder a un machote de respuestas preparado de antemano, en el que frases completas se repiten en boca de diferentes interrogados, o en el resumen del escribano. Pero lo más curioso de todo este asunto es que el propio dueño de Chichén, Edward H. Thompson —ya formalmente instalado como cónsul de Estados Unidos en Progreso— nunca fue llamado a declarar, ni su nombre fue mencionado una sola vez en todo el transcurrir de diligencias que ocuparon los meses de agosto y septiembre de 1897. Sin embargo, a pesar de haber sido dispensado de la investigación, el cónsul acusó el golpe y pensó en devolvérselo a quien juraba haber sido el autor de la denuncia: “Tengo la suficiente franqueza para reconocer que prefiero deleitarme ante la posibilidad de devolverle el golpe a Maler. Se ha propuesto injuriarme y detener mi trabajo

y estoy más que deseoso de ‘pincharle el balón de su inflado fanfarroneo’”.⁴⁷

Por esos mismos días, los *Bostonians* planeaban una nueva incursión en el “Área Maya”, esta vez a ser encabezada precisamente por Maler, el presunto denunciante de la “destrucción” de los monumentos de Chichén Itzá —un acto, por cierto, que puede haber sido el inicio de la fase más aguda de la intensa enemistad entre el arqueólogo fotógrafo austroalemán y el cónsul explorador angloamericano, dueño del territorio afectado—. Se trataba de una *joint venture* entre el Museo Peabody y el Museo Americano de Historia Natural (Bowditch y Putnam), que así reforzaban sus vínculos. Por su parte, el duque de Loubat, el más poderoso brazo financiero del eje Boston-Nueva York, actuaría lado a lado con el AMNH —la institución encargada de administrar la expedición—, y sería su cofinanciador (la otra mitad sería levantada por Bowditch en Boston), lo que le daba el derecho a recibir “la mitad de todas las colecciones, fotografías y moldes que resultaran del trabajo de Mr. Maler”.⁴⁸ La parte que cupiera a los museos sería dividida equitativamente por sus representantes, Saville (AMNH) y Willoughby (PM).⁴⁹

⁴⁷ Thompson a Holmes. Mérida, 30 de octubre de 1897. SIA, “William H. Holmes Papers”, Record Unit 7084, serie 1, caja 2, fólder 5.

⁴⁸ El duque de Loubat, cuyo nombre completo era Joseph Florimond Loubat, fue un neoyorquino hijo de un acaudalado hombre de negocios francés residente en Nueva York. Tanto en esa ciudad como en París, Loubat padre participó en la realización de importantes obras de infraestructura urbana. Joseph Florimond creció para volverse un notable anticuario, coleccionista y filántropo. En esta última condición hizo considerables inversiones en los proyectos arqueológicos de los *Bostonians* (y otros). Loubat, conde y duque papal, obtuvo sus títulos gracias a cuantiosas donaciones hechas a la Santa Sede. Murió en 1927, a los 96 años.

⁴⁹ Bowditch a Putnam. Boston, 25 de octubre de 1897. PMA, “C.P. Bowditch Papers 1869-1918”, caja 11. No sabemos en este momento si esta expedición, que incorporaba a Loubat, era la que Bowditch había propuesto en junio de 1897, en los albores de la vigencia de la ley sobre monumentos arqueológicos, para acompañar la de Saville. Sin embargo, es probable que se trate de dos movimientos simultáneos pero diferentes, una vez que la expedición de Saville evitó esta vez las áreas lacandonas, concentrándose en Palenque y, sobre todo, en Mitla, Monte Albán y otras regiones de Oaxaca. Véase AMNH, *Thirtieth Annual Report of the President for the Year 1898*, AMNH, Nueva York, 1899, pp. 14-15. Menos de tres años después, en mayo de 1900, merced a una breve nota aparecida en la edición del día 2 de *El Imparcial*, Loubat fue acusado por Batres de estar exportando ilegalmente al AMNH “antigüedades mexicanas” que recolectaba en la Ciudad

Sin embargo, en el informe del Museo Peabody correspondiente a 1897-1898, la tarea de Maler aparece encubierta por una misión eminentemente científica y no de coleccionismo arqueológico. Se trataría, según el documento, de una expedición a la selva lacandona para localizar grupos de esa etnia que, como descendientes de los antiguos habitantes de la península, pudieran aportar conocimientos ideográficos y lingüísticos que permitieran descifrar los jeroglíficos de los monumentos “mayas”.⁵⁰ Gracias también a Loubat y sus finanzas, los cuantiosos moldes que existían en los depósitos del PM, resultado de todas las expediciones en las que el museo había participado, y otros que le habían cedido particulares, fueron usados para fabricar reproducciones de esculturas “mayas” que se donaron al Museo de Arte de Boston, al Museo Field Columbian de Chicago, al Museo de Ciencias y Arte de Filadelfia, y a los museos etnográficos de París y de Berlín. Este último fue un gesto que, sin duda, mandaba un recado a las academias europeas sobre la maduración de la arqueología neolinglesa.⁵¹

El retorno de Thompson a funciones oficiales a fines de 1897 no sólo se dio dentro de las nuevas condiciones de la exploración arqueológica determinadas por la legislación promulgada

de México. Batres a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 2 de mayo de 1900. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 149, exp. 6.

⁵⁰ Museo Peabody, “Thirty-second Report”, p. 266. No se ha encontrado ningún registro de que la expedición de Maler haya sido objeto de un permiso por parte de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, como fue el caso de Saville, probablemente porque su “disfraz” de empresa etnológica y no arqueológica dispensaba el trámite —lo que constituía, a todas luces, una enorme laguna en el decreto de 1896—. Como resultado, en agosto de 1900 Bowditch anunciaba triunfalmente que Maler había conseguido pasar “la gran piedra de Piedras Negras a través de la aduana en México y que se dirigía a Cambridge. Éste es, con mucho, el hallazgo más importante que ha surgido de cualquiera de nuestras exploraciones [...]”. Bowditch a Putnam. 1º de agosto de 1900. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, fólter 137.

⁵¹ Museo Peabody, “Thirty-third Report”, p. 273. El AMNH de Nueva York, el socio de los *Bostonians*, contaba ya con una colección completa de las reproducciones depositadas en el PM; además de rivalizar con su aliado en el acervo de reproducciones, se jactaba de ofrecer “oportunidades inigualables para el estudio de las esculturas y la escritura jeroglífica de los pueblos antiguos” de México y América Central, gracias a las donaciones de Loubat y las adquisiciones realizadas por las expediciones patrocinadas por el museo. Véase AMNH, *Thirtieth Annual Report*, 1898, p. 11.

por esos años, sino que coincidió con el aumento de las fricciones entre Estados Unidos y España por la cuestión cubana, con las tensiones ya mencionadas por la sucesión en el gobierno del estado, y con el cambio de sede del consulado, de Mérida a Progreso.⁵² No es difícil imaginar que esta mudanza, hecha por instrucciones del Departamento de Estado a finales de septiembre de 1897, haya tenido también una motivación estratégica, dada la proximidad del puerto con la revoltosa isla, además del hecho de que en sus muelles se embarcaban cantidades cada vez mayores de henequén y se recibían los implementos necesarios para la mecanización de sus cosechas.⁵³ De la misma manera hay que considerar que la recuperación de su puesto, después de cuatro años de dependencia del patronazgo particular de los *Bostonians* y de sus amigos de Chicago, parece haber llevado a Thompson a velar un poco más, por lo menos en los primeros meses, por sus funciones consulares (por eso, tal vez, la contratación de un administrador para cuidar de la hacienda), independientemente de que haya solicitado y conseguido autorización del Departamento de Estado para fijar su residencia en Mérida. En efecto, ya en sus primeras comunicaciones anunciaba haber realizado una extensa visita a las haciendas henequeneras de la región para enviar un informe completo al Departamento de Estado.⁵⁴ Los nuevos tiempos lo obligaron a dejar un poco de lado sus trabajos arqueológicos y a dedicarse a responder requerimientos oficiales relacionados con el conflicto hispano-cubano-angloamericano, una guerra

⁵² Thompson a William R. Day, secretario asistente de Estado. Progreso, 1° de octubre de 1897. NARA, "Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso", microcopy 287, rollo 4, vol. 6b, 1° de octubre de 1897-6 de agosto de 1906.

⁵³ Un autor sostiene que el cambio de sede del consulado fue para que estuviera "más cerca del pulso de las transacciones comerciales diarias". Joseph, *Revolución desde afuera*, p. 61. La referencia de la información es: Departamento de Estado, "Consular Post Records, Despatches to the State Department, 9 de noviembre de 1897 a 19 de diciembre de 1904", pp. 53-54 y *passim*.

⁵⁴ Thompson a William R. Day, secretario asistente de Estado. Progreso, 9 de noviembre de 1897; Thompson a William R. Day, Progreso, 8 de diciembre de 1897. NARA, "Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso", microcopy 287, rollo 4, vol. 6b, 1° de octubre de 1897-6 de agosto de 1906. La presencia de intereses angloamericanos en el puerto, como en toda la península, era tal que inclusive la agencia inmobiliaria que rentó las oficinas para el consulado era una firma estadounidense, la Commercial Agency of New York and Yucatan.

que estaba tan cercana de su oficina. El resto de 1897 y todo 1898 se mantuvo ocupado con la conflagración y con las informaciones estratégicas que debía mandar al Departamento de Estado. De hecho, el 23 de enero de 1897, dos días antes de la entrada del *Maine* en la bahía de La Habana, Thompson se ofreció para ponerse a las órdenes del cónsul general estadounidense en México para viajar a cualquier punto de la isla, ufanándose de su experiencia de más de 12 años “en tratar oficialmente con la raza española. Conozco sus formas de pensamiento y de acción y, en general, logro expresar mi punto de vista sin alterar su temperamento”, y desplegando su particular bravuconería, tan propia de la época de Teddy Roosevelt, declaró:

Yo sé el peligro que eso entraña, he lidiado con él varias veces y no dudaré en enfrentarlo de cualquier manera si se convierte en uno de mis deberes. Un aviso por cable con un día de antecendencia y estaré listo para atender cualquier pedido que usted me haga. / [...] Puede no ser siempre fácil encontrar de un momento a otro una persona capaz de realizar ciertas tareas al servicio del Departamento de Estado en los peligrosos distritos de Cuba [...].⁵⁵

No habiendo sido requerido para entrar en “prontitud” con el propósito de ayudar a la invasión de Cuba, Thompson se preparó para retomar otros frentes de batalla. Un mes antes de la rendi-

⁵⁵ Thompson a W. R. Day. Progreso, 23 de enero de 1898. NARA, “Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso”, microcopy 287, rollo 4, vol. 6b, 1° de octubre de 1897-6 de agosto de 1906. La oferta no fue respondida, pero Thompson procedió a enviar informaciones sobre navíos españoles anclados en Progreso, características del puerto, condiciones de aproximación de navíos de guerra, depósitos de combustibles (carbón), etc. Se extendió también sobre el número de residentes cubanos capaces de participar en un conflicto armado (1000), pero calculó en una centena los que se unirían al lado estadounidense. Se podría contar también con “unos cuarenta estadounidenses aptos para el trabajo [...] listos para cumplir con su deber cuando se les solicite”, en contraste con las “altas clases de Yucatán” que estaban “alineados a favor de los españoles y en contra de los Estados Unidos, y esto a pesar de que si no fuera por los Estados Unidos no sabrían dónde obtener su pan y mantequilla. Todo su dinero proviene de los Estados Unidos y lo gastan en París y Londres”. Thompson a W. R. Day. Progreso, 27 de abril de 1898. NARA, “Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso”, microcopy 287, rollo 4, vol. 6b, 1° de octubre de 1897-6 de agosto de 1906.

ción de Santiago de Cuba, le anunció a Putnam: “Me estoy organizando para que cuando la guerra termine y disminuyan mis obligaciones con los cables telegráficos pueda volver rápidamente al trabajo”.⁵⁶ En esa nueva fase, el cónsul había cortado sus vínculos con el Museo Field Columbian, decepcionado por el trato dado a Holmes y a él mismo con el traspapeleo de los estudios que había enviado para publicación. Su relación laboral con Chicago había terminado el 30 de septiembre de 1897 y lo único que lo unía a la “Ciudad de los Vientos” era su lealtad para con Armour, cuya colección prometía continuar alimentando conforme estuviera a su alcance: “Quiero contribuir a la colección iniciada por Mr. Armour y trataré de hacerlo siempre que me sea posible pero fuera de eso nada más me interesa”.⁵⁷

Hacia septiembre de 1898, con la guerra Hispano-Americana ya definida hacia el lado estadounidense, Thompson pudo al fin dejar parcialmente a un lado sus deberes consulares y comenzó a prepararse para reiniciar en tiempo integral sus trabajos arqueológicos, para lo cual pidió orientación a sus patronos sobre el tipo de cuestiones que les interesaban. El consulado le había absorbido la mayor parte de su tiempo por causa del conflicto, pero había aprovechado la situación para organizar “esquemas para ganar dinero” (*money making schemes*), lo que lo mantuvo constantemente ocupado. Pero ahora, de vuelta a sus labores arqueológicas, se hacía necesario escoger “entre los dos amos, dinero o ciencia [...]”. Así que decidí deshacerme de los esquemas que pudieran interferir de cualquier forma en el trabajo que he escogido [...]”. En el mismo documento, Thompson hizo referencia a “ciertas circunstancias” que lo habían obligado a suspender durante varios meses sus trabajos en Chichén Itza, lo que debe haber estado de alguna manera relacionado con la inspección ordenada por Baranda a raíz de las denuncias de la supuesta destrucción de las ruinas. Sin embargo, le parecía que esa interrupción había tenido un (perverso) lado positivo: “ya que dió a los grupos en el poder la impresión de que yo había abandonado definitivamente el trabajo y ahora que ya no están en el poder tienen otras cosas con qué

⁵⁶ Thompson a Putnam, Mérida, 16 de junio de 1898. PMA, PMDR, FWPR, CAJA. 4, fólder 4.

⁵⁷ Thompson a Holmes. Mérida, 30 de octubre de 1897. SIA, “William H. Holmes Papers”, Record Unit 7084, serie 1, caja 2, fólder 5.

ocuparse”.⁵⁸ Las investigaciones oficiales sobre Chichén se habían realizado a lo largo de los meses de junio a septiembre de 1897, durante el mandato de José Palomeque (1896-1897), en sustitución de Pedro Peón Contreras, y habían concluido un mes después de la llegada de José María Iturralde Lara como gobernador interino el 11 de agosto de 1897, con lo cual las “circunstancias” negativas para Thompson, esto es, la injerencia de los gobiernos federal y estatal en su hacienda habían cesado. Los meses finales de la inspección de las condiciones que guardaban las ruinas de Chichén Itzá habían coincidido con la escalada de conflictos pre-electorales en Mérida, entre los grupos que apoyaban la reelección del gobernador, Carlos Peón Machado, y quienes se oponían. La tensión culminaría en el trágico “tumulto” del 22 de agosto de 1897 en la plaza principal de Mérida, que dejó nueve muertos y 15 heridos, y que fue aprovechado por Porfirio Díaz para forzar la renuncia del gobernador;⁵⁹ lo que, de paso, terminaba con las hostilidades del gobierno del estado contra Thompson. El presidente nombró entonces a Iturralde Lara, que cubría la ausencia del titular, para concluir su mandato, mientras preparaba el ascenso a la gubernatura del general Francisco Cantón, respaldado por el propio gobernador interino y, más importante, por el omnipotente secretario de Justicia e Instrucción Pública del gobierno federal, Joaquín Baranda.⁶⁰ Si bien se trataba de un caso menor, no es improbable —dada la ferocidad de la lucha por el poder al interior del gabinete de Díaz y sus derivaciones regionales— que el “ataque” que significó la llamada de atención de Baranda por las denuncias del deterioro de Chichén Itzá haya sido parte (mínima) de toda la intriga contra Peón Machado.

Con Thompson reinstalado en el consulado, consolidado como propietario de la hacienda y pasada la emergencia de la investigación oficial sobre el estado de las ruinas de Chichén Itzá, el Museo Peabody estabilizó la relación con su agente a partir del 1º de septiembre de 1899, cuando el cónsul dejó de ser financiado por el bolsillo particular de Salisbury y pasó a ser contratado por el

⁵⁸ Thompson a Putnam, Mérida, 23 de septiembre de 1898. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 4.

⁵⁹ Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 38.

⁶⁰ Sobre las relaciones entre Baranda y Francisco Cantón, véase Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 25.

museo y a recibir presupuestos anuales para los trabajos de exploración en el “Área Maya”.⁶¹ El trío nuclear de los *Bostonians*: Salisbury, Bowditch y Putnam, que desde inicios de la década de 1890 había estado intensamente involucrado en las exploraciones de Copán, volvió a ocuparse de Yucatán (por intermedio del Peabody), y en particular de la hacienda-sitio que, con la ayuda de Armour, habían adquirido a mediados de la década. Bowditch funcionaba como el tesorero de la sociedad, levantaba fondos entre otros bostonianos acaudalados interesados en la arqueología y el coleccionismo, y se encargaba después de distribuir el resultado, ya fuera en valores monetarios o, sobre todo, en reconocimientos públicos que se traducían de alguna manera en mecanismos para recuperar la inversión o en adornarla con las luces del prestigio cultural y filantrópico. Putnam desempeñaba la tarea de orientar técnica y científicamente las operaciones de Thompson en el campo, mientras que Salisbury cumplía funciones menos específicas, como un supervisor del esquema general y financiador parcial de las actividades, además de cabeza de una importante red de relaciones personales en Mérida. Con eso, los proyectos del cónsul de verse libre de “asociaciones y museos” se fueron por agua abajo. Si bien él continuó confidenciando con Putnam sobre la maduración de sus “planes”, la tuerca del control institucional y personal del trío se apretó de manera considerable a partir de 1899 y otras alternativas tuvieron que ser preparadas dentro de la nueva realidad. Parte de éstas (no las que programaban la emancipación de Thompson, por ahora abandonadas) deben haber tenido que ver con la transformación de la hacienda Chichén en la

⁶¹ Putnam a Thompson, U. S. Consul to Merida [sic]. S/l, 12 de enero de 1900. PMA, PMDR, FWPR, CAJA 4, fólder 5. En el documento se hace referencia a un envío de Thompson al PM, un conjunto de objetos que Putnam afirmaba que registraría como una donación de Salisbury al museo, pues “doy por sentado que fueron recolectados antes de septiembre '99, cuando usted comenzó con el acuerdo actual”. Más adelante, en un documento sin fecha intitulado “List of Specimens received from E. H. Thompson from Feb., 1899 to Sept., 1900”, Putnam observa: “Thompson no ha enviado la fecha de recolección de lo anterior, pero doy por sentado que todos fueron recolectados antes de septiembre de 1899, mientras trabajaba con Mr. Salisbury, excepto el último lote de especímenes —núms. 2809-2912— que probablemente fueron recolectados desde que comenzó con el nuevo acuerdo, 1º de septiembre de 1899”. S/d, s/l. PMA, PMDR, FWPR, CAJA 4, fólder 5.

“estación científica” de las fantasías visionarias del cónsul. Y para eso parece haber incurrido en negocios no especificados, diseñando sus “esquemas para ganar dinero” que redundarían años después, como veremos, en una situación financiera muy delicada. Por lo pronto, además de los recursos facilitados por el Museo Peabody a través de Bowditch (o viceversa), Thompson recurrió una y otra vez a Putnam y a Salisbury para obtener préstamos personales, fuera de sus relaciones con el museo, con frecuencia cobrando letras (*drafts*) contra las cuentas de ambos sin previo aviso. También a partir de 1899, el eje Chichén Itzá-Cambridge comenzó a emplear con frecuencia la infraestructura comercial y de transportación de la Henry W. Peabody Co., de Boston, por entonces todavía una de las más poderosas casas exportadoras de Mérida, para realizar envíos especiales, bien como la parte financiera de la empresa para la remisión de letras de cambio.⁶²

Pero la tuerca no sólo se apretó en cuestiones monetarias, con una dependencia cada vez mayor que contrastaba irónicamente con las antiguas visiones de libertad, sino que la impaciencia de los *Bostonians* respecto de las carencias científicas de Thompson también se hizo explícita mediante secas recomendaciones para que mejorara la calidad de sus reportes y, sobre todo, que los redujera a lo que era capaz de hacer: “La parte teórica puede mejor dejársela a otros [...]”. Por encima de todo eso, volvía la exigencia de la necesaria regularidad de los informes “para que nuestros amigos [los patrocinadores reunidos por Bowditch] tengan informaciones precisas sobre lo que usted está haciendo, de forma a

⁶² Thompson a Putnam. Mérida, 12 de diciembre de 1898. PMA, PMDR, FWPR, CAJA 4, fólter 4. Avisa del envío de una pequeña caja de madera que contiene “una imagen de terracota de casi un pie de altura de una figura femenina, posiblemente la de Ixchil [?] la diosa de los niños recién nacidos [...]. La siguiente pieza más importante es un implemento de sílex de casi un pie de largo”. Ambas piezas, procedentes de las cercanías de la ciudad de Campeche, le habrían sido obsequiadas por sus descubridores. “Le envío hoy la letra núm. 4922 de la casa de Henry W. Peabody Co. de Boston por la suma de 205 dólares en moneda estadounidense para compensar mi letra [...]”. Thompson a Putnam. Mérida, 14 de noviembre de 1899. *Loc. cit.* Sobre la casa exportadora bostoniana, instalada en Mérida en 1892, la única que fue capaz de sobrevivir a la llegada (pero no a la expansión) de la todopoderosa International Harvester Co. de Chicago, véase Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, pp. 99-104 y 111-116; Joseph, *Revolución desde afuera*, pp. 80-88.

que podamos garantizar los fondos necesarios para continuar el trabajo”.⁶³ Las presiones en torno a las actividades de Thompson no derivaban sólo de la necesidad de mantener debidamente informados a los financiadores que Bowditch había reunido, sino a la creciente competencia respecto de lo “maya”. Además de Holmes y la peligrosa mancuerna Field Columbian-Smithsonian que él simbolizaba, Maudslay y su Museo Británico estaban al acecho y el arqueólogo inglés, sabedor del contrato de Thompson con el museo de Harvard, le había pedido a Putnam que instruyera al cónsul para que hiciera determinados moldes y vaciados que completaran su propio trabajo, famoso por su excelencia —y del cual el Peabody no tenía copias—. La portadora de las instrucciones de Maudslay para Thompson era Adela Breton, una dibujante inglesa de 50 años cumplidos que se dirigía a Yucatán en esos primeros días de enero de 1900 para hacer copias de monumentos e inscripciones.⁶⁴ Si bien imposibilitado por simples reglas de cortesía de rechazar frontalmente el pedido de Maudslay, Putnam instruyó a su vez a Thompson para que todos los vaciados que hiciera siguiendo las orientaciones del británico los realizara como parte de su trabajo para el Peabody: “De manera que si Maudslay quiere algunos de los vaciados de nuestros moldes, podamos cambiárselos por aquellos que no tenemos”.⁶⁵

EL LATIFUNDIO CHICHÉN: ¿UNA “ESTACIÓN CIENTÍFICA” AUTOSUFICIENTE?

Parte de los gastos extraordinarios de Thompson, solventados con recursos obtenidos de las cuentas de Putnam en la Henry W. Peabody Co., se dirigieron a la adquisición de más tierras, incluyendo una serie de montículos que rodeaban la hacienda Chichén, los cuales, en la interpretación del cónsul, no habían sido tocados por la ley de 1897: “[...] consecuentemente, estoy libre para trabajar en ellos cuando y cómo yo quiera”. También invirtió

⁶³ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 4 de noviembre de 1899. PMA, PMDR, FWPR, CAJA 4, fólder 4.

⁶⁴ Sobre la inglesa, véase McVicker, *Adela Breton*.

⁶⁵ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 10 de febrero de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

en la compra de terrenos en la vecindad de Mérida igualmente singularizados por contener promontorios que eran sin duda monumentos prehispánicos cubiertos por la maleza.⁶⁶ Pero esas adquisiciones resultaban *peccata minuta* comparadas con los proyectos que Loubat había lanzado unos meses antes, y que buscaban nada menos que completar la segunda parte del delirio de Stephens (la primera había sido Chichén Itzá): se trataba ahora de “comprar” Uxmal y convertirla en propiedad privada del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York:

El duque de Loubat, que tanto ha hecho por la arqueología americana, particularmente en lo que se refiere a México y Centroamérica, piensa que sería una buena idea comprar la hacienda de Uxmal, incluyendo las ruinas; plantar un conjunto de eucaliptos; y construir un sistema de drenaje. El cree que en algunos años se puede lograr que el lugar se vuelva salubre de modo a permitir que un arqueólogo consiga vivir allí y estudiar las ruinas como usted lo hace en Chichén Itzá; y que con el establecimiento de plantaciones es posible que el trabajo se torne autofinanciable. / Ahora viene la pregunta: si el duque comprara ese lugar y se lo donara al Museo de Nueva York, ¿podríamos hacer algún trato con el gobierno mexicano en términos equitativos? Creo que algo así puede ser conseguido, sobre todo porque el presidente Díaz muestra un ánimo favorable al duque de Loubat y al // Museo de Nueva York.⁶⁷

Thompson fue encargado de hacer los sondeos necesarios, pero antes de iniciarlos puso a sus empleadores al tanto de lo que significaba la ley de 1897: “Hay que entender que las ruinas se encuentran nacionalizadas, así como todos los otros grupos de ruinas en Yucatán y también en México. La nacionalización significa que se les considera reservas nacionales. // Están bajo la supervisión de un ‘Inspector de las Ruinas’ federal y no pueden ni siquiera ser visitadas sin su autorización”. Sin embargo, el cónsul estaba al tanto de que las excelentes relaciones del duque de Loubat con Porfirio Díaz podían hacer la diferencia y crear excep-

⁶⁶ Thompson a Putnam. Mérida, 14 de noviembre de 1899. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 4.

⁶⁷ Putnam a Thompson, U. S. Consul to Merida [sic]. S/1, 12 de enero de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

cionalidades dentro de la ley, a pesar de considerar “más bien arriesgado comprar la propiedad con la idea de explotar las ruinas”. En ese sentido, si los *Bostonians* resolvían el problema legal, el cónsul se declaraba encantado de iniciar las negociaciones para la compra de Uxmal.⁶⁸ Se le instruía, sin embargo, a proceder con toda cautela en sus investigaciones sobre la disposición del propietario de los terrenos donde estaban las ruinas a realizar la venta, el precio, lo que estaría incluido en la transacción, etc., asumiendo el cónsul el papel de prestanombres en caso de que alguien se interesara en saber quién quería comprar Uxmal.⁶⁹ Pero, al final de cuentas, a las disposiciones de la ley y a lo escandaloso que habría sido que el gobierno federal “vendiera” Uxmal para el AMNH, se sumó la negativa radical del propietario de la finca, Augusto Peón, a siquiera discutir el asunto: “Él es muy rico y no necesita venderla, además declara que si no fuera por eso nunca la vendería por razones sentimentales. Alguna vez fue propiedad de sus ancestros, que la perdieron como resultado de un fraude. Dice que está tomando todos los cuidados para que la propiedad nunca más se pierda. Lo lamento, pero no veo ninguna posibilidad allí”. En el ínterin, Thompson había seguido burlando los esquemas de vigilancia de las aduanas yucatecas y enviando piezas al PM con su “sistema” de no acompañarlas con los informes que contenían los datos sobre la ubicación del hallazgo, “porque tenían que pasar por dos aduanas [México] y yo no tenía ninguna intención de dejarles saber de dónde venían en caso de que por accidente fueran descubiertos”; en otros casos recurriendo, como era habitual, al contrabando-hormiga en baúles de amigos que hacían el recorrido Progreso-Boston. (“Tengo que enviarlos

⁶⁸ Thompson a Putnam. Mérida, 13 de diciembre de 1899. PMA, PMDR, FWPR, CAJA 4, fólder 4.

⁶⁹ Putnam a Thompson, U. S. Consul to Merida [sic]. S/I, 12 de enero de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5. La carta anunciaba también la posible visita de Loubat a Chichén Itzá, que, sin embargo, dependía de algunas condiciones: “Él va a México por Nueva Orleans. Si en Nueva Orleans encuentra un buen yate de vapor que pueda alquilar para llevarlo con todo confort, es probable que lo visite con la idea de ver algunas de las ruinas de Yucatán. [...] El duque es un hombre de considerable riqueza y viaja con toda la facilidad y comodidad posibles, y si no puede encontrar un buen hotel cómodo, simplemente no irá a ningún lugar”.

en pequeños lotes que quepan en los baúles de los amigos que están dispuestos a ayudarme”).⁷⁰

El fracaso de la negociación para comprar Uxmal dejó sin embargo varias enseñanzas que Thompson aprovechó para mejorar los planes que desde meses atrás le venía anunciado a Putnam, y que ahora podían ya ser revelados. En el curso de las conversaciones, el cónsul había percibido que una de las posibles razones de la negativa de Peón a vender su hacienda (y las ruinas que contenía) era que, independientemente de su sólida situación financiera, “sé de buena fuente que la plantación le deja un buen ingreso por medio de la renta de campos de maíz”.⁷¹ A eso se agregaban las ideas que Loubat había expresado por intermedio de Putnam, en el sentido de hacer que el sitio arqueológico a ser adquirido estuviera rodeado de una propiedad que fuera económicamente autosuficiente. Para que los misteriosos planes que estaba a punto de revelar pudieran ser aquilatados en toda su importancia, Thompson inició una larga (y exagerada) descripción de su propiedad, en la cual había estado trabajando discretamente de tal manera “que pocas personas conocen la verdaderamente principesca propiedad de la cual soy hoy el único e indisputable dueño. Los habitantes de Yucatán están apenas ahora dándose cuenta de que poseo las mejores y más ricas tierras en la proximidad de los centros de comercio”. El cónsul estimaba sus haberes en un terri-

⁷⁰ Thompson a Putnam. Mérida, 13 de diciembre de 1899. PMA, PMDR, FWPR, CAJA 4, fólder 4; Thompson a Putnam. Mérida, 14 de noviembre de 1899. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 4. La efectividad del “sistema” de Thompson no sólo se comprueba por la cantidad de envíos que pasaban por la Aduana de Progreso, sino por los decomisos que sus agentes hacían de cargamentos de otros contrabandistas. En mayo de 1898, por ejemplo, Santiago Bolio, Inspector y Conservador de las Ruinas en Yucatán, denunció la existencia de “varias c.s [4] de objetos de antigüedades, decomisadas” en la Aduana de Progreso (sin mencionar nombre alguno) y pidió que se le entregaran para transferirlas al Museo Nacional. Bolio a Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 12 de mayo de 1898. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 148, exp. 38.

⁷¹ Augusto Peón y Peón era miembro de una de las familias más acaudaladas de Yucatán y uno de los mayores henequeneros del estado. Junto con su hermano Joaquín controlaba, entre otros, el ferrocarril Mérida-Progreso. Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 105. Por otro lado, a diferencia de Chichén Itzá, Uxmal se encontraba en plena zona henequenera, lo que ciertamente incidía en su precio, no obstante su conocida insalubridad.

torio de 30 millas cuadradas, todas ellas cubiertas de fuentes de posible riqueza. Decía poseer recursos madereros que podrían rendir más de 200 000 dólares —un negocio que ya explotaba con ventas anuales por valor de 10 000 dólares a un mercado de gran demanda—. Los pastizales de la hacienda alimentaban un rebaño de 3 000 cabezas de ganado Holstein de cuerno largo, siendo que las tierras podían fácilmente acoger un ato de 5 000 cabezas. Las ganancias prometían ser fabulosas, pues Thompson afirmaba que conseguía un lucro de 50% por cabeza vendida en la propia hacienda. Otros 3 000 dólares deberían venir del producto de las plantaciones de caña de azúcar en caso de que se instalara la maquinaria necesaria para el refinamiento del producto. La idea era, seguramente, aprovechar la demanda creada en los mercados locales por la disrupción de las exportaciones de Cuba, tradicional proveedora de azúcar y ron en la península de Yucatán. Una posible fuente adicional de recursos era la renta de parcelas de tierra a campesinos para el plantío de maíz, un sistema al que Thompson decía oponerse pero que sin duda garantizaría buenas ganancias. Todo lo anterior se redondeaba con 40 peones acasillados (“sirvientes”) y sus familias quienes, según el cónsul, daban una hora de trabajo gratuito para beneficiar la hacienda a cambio de no tener “que pagar renta por sus casas”. A eso había que añadir el valor que Thompson estimaba para la Casa Grande de la hacienda, que en precios de la época valdría más de 10 000 dólares-oro. Tenía una oficina de carpintería, una fragua y una herrería, además de numerosas mulas, caballos de trabajo y paseo y reproductores. Una “plantación”, insistía el cónsul, “de la cual soy ahora el único e indisputado propietario”. Al lado de eso, la popularidad de Thompson —“don Eduardo”— en los círculos meridianos, además de sus excelentes relaciones políticas con gobernadores y jefes de distrito, se extendía ahora a los ambientes nativos, en los cuales anunciaba en mayo de 1900 haberse convertido en el segundo cacique de una sociedad secreta.⁷²

⁷² Thompson a Salisbury. Mérida, 23 de mayo de 1900. PMA, “Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólter 3. En su libro de memorias, Thompson dejó escrito: “[...] Me convertí en un iniciado de los Hermanos Sh’Tol [¿Xtol?], Una de las sociedades secretas dominantes de esa raza antigua, y soy hasta el día de hoy [1932] custodio del Tambor Sagrado”. Thompson, *People of the Serpent*, p. 42.

Sin embargo —el “pero” de todo sueño idílico—, Thompson se había endeudado pesadamente para poner su propiedad a punto, si bien afirmaba que sus acreedores eran “amigos” que nunca lo perjudicarían. El plan ahora era conseguir, a través de sus *Bostonians*, un socio capitalista que se dispusiera a pasar medio año en Chichén mientras él vacacionaba en el “Área Boston”. El precio estipulado por Thompson para entrar en la sociedad era de 55 000 pesos en moneda estadounidense (“UScoin”), lo que haría del susodicho un copropietario y permitiría al cónsul invertir 10 000 dólares en la maquinaria para el ingenio de azúcar y con los restantes 45 000 pagar sus deudas. El socio no se aburriría: además de las ganancias prometidas y el nulo trabajo que tendría que enfrentar gracias a que un superintendente se ocuparía de todo lo necesario, su estancia sería una especie de vacaciones doradas: “Él puede disfrutar de excelentes cacerías, junto con los amigos que quiera invitar (hay lugar para todos en la Casa Grande). Pavos dorados, faisanes, venados y, a veces ‘tigres’. Puede pedir que le ensillen un caballo y cabalgar durante horas por las regiones más románticas sin salir de su propio territorio”. El afortunado podría decirse a sí mismo que pasaría los meses invernales disfrutando “de un deporte real en condiciones de realeza en mi plantación, sin duda el espacio más romántico, y obtener un buen ingreso al mismo tiempo”. Las condiciones de vida en Chichén, decía Thompson, eran incomparablemente mejores que las que ofrecía Uxmal, el objeto del deseo de Loubat, al punto de que los pretendientes locales se daban en racimos:

Podría encontrar en una semana un socio con el capital necesario aquí mismo en Yucatán pues el estado disfruta de gran prosperidad y hay dinero en abundancia. Pero yo quiero un socio de mi propia raza. Alguien en quien pueda confiar y saber que mientras estoy ausente mis intereses [estarán] tan bien cuidados como cuando estoy presente. Alguien que si me ocurre alguna cosa sabré que tratará de manera justa y honorable a mi familia. // El ferrocarril ya se aproxima y pasará en dos años a una distancia de diez millas del lindero norte de la plantación y su valor más que doblará en ese momento. Todo esto significa la formación de una gran fortuna, pero si yo muero y un socio yucateco me sucede sé muy bien que mi familia sólo obtendrá una pequeña parte del resultado de

los trabajos y de los planes que he llevado a cabo durante tantos años.⁷³

Al final de la carta, Thompson se disculpaba por no hablar de las ruinas y de su valor, sobre las cuales Putnam y los otros estaban más que al tanto, y sobre las que insistía en que se encontraban situadas “en tierras de la plantación que el gobierno no querrá ni podrá tocar o impedirme de trabajar como mejor me parezca”. La descripción del potencial económico de Chichén entusiasmó a Putnam que confidenció a Bowditch, al calce del documento: “Me parece que esta carta de Thompson es muy importante [...]”, y es probable que el entusiasmo haya estado fundado tanto en las perspectivas de lucro como en la posibilidad de poder dejar de financiar constantemente al cónsul. Por esos días, Bowditch, ya enterado por Putnam del proyecto de su agente, había inquirido sobre el costo original de la hacienda Chichén y sobre los ingresos que proporcionaba. Después de circunloquios relativos a los mejoramientos que la propiedad había experimentado desde su compra, la aproximación del ferrocarril y la multiplicación de “plantaciones nacies” en su alrededor, adquiridas a precios muy altos, y de congratularse por haber adquirido a bajo costo otras porciones de tierras adyacentes y haberlas incorporado a Chichén, Thompson estipulaba el precio de la hacienda en 70 000 dólares-oro, si bien no queda claro si se refería a la propiedad original o a la que ya incluía las ampliaciones posteriores: “[...]Claro que yo no tenía todo ese dinero y tuve que pedir prestado. Obtuve un préstamo de amigos de Chicago y también hipotecué todas las propiedades que tengo para poder hacer los pagos restantes rápidamente. Hoy no vendería la plantación por menos de 200 000 dólares [...]”.⁷⁴ La figura del socio que buscaba (“un buen hombre del norte, honorable y honesto”) aparecía en la respuesta

⁷³ Thompson a Putnam. Mérida, 8 de marzo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

⁷⁴ Sólo para efectos de comparación, hay que recordar que, de acuerdo a una fuente secundaria, Thompson habría adquirido la hacienda Chichén en 1894, cuando aún se encontraba en la zona controlada por los indios rebeldes, por “la pequeña cantidad de trescientos pesos” (Mediz Bolio, *A la sombra*, p. 188); si bien el nuevo propietario admitió haber tenido de recurrir a la ayuda de amigos para realizar la compra. *Supra*, p. 83.

a Bowditch como alguien que en realidad compraría la mitad de la hacienda (“venderé la mitad de mis intereses”), y dejaba claro, como ya lo había hecho repetidas veces en su correspondencia con Putnam (y lo haría en adelante en la de Salisbury), que no la vendería “por ningún precio a un mexicano o a un empresario”. Hasta ese momento, decía el cónsul, la hacienda había producido un decente ingreso de 200 000 pesos mexicanos, o “\$10 000 oro” tan sólo con la venta de madera, ingreso que podría ser duplicado fácilmente, sin contar con lo que era el gran negocio en la cabeza del cónsul: convertir Chichén en una gran productora de azúcar de caña.⁷⁵ A Bowditch, más escéptico respecto de los proyectos de Thompson, el esquema le parecía necesitado de informaciones más precisas, pues: “A juzgar por lo que Thompson escribe, me parece que el comprador, según sus condiciones, pagará por prácticamente la hacienda entera y recibirá a cambio apenas la mitad”.⁷⁶

En junio, Putnam informaba que había enviado la carta a Bowditch y que él estaba personalmente “buscando un buen hombre que tenga los medios de hacer lo que usted quiere, y supongo que en el correr de los días aparecerá [...]”.⁷⁷ Pero había otros datos inquietantes que hacían suponer que la búsqueda de un socio por parte de Thompson escondía el hecho de que la hacienda estaba en peligro de tener al menos una porción de su territorio embargada para resarcir diversas deudas. La confesión de Thompson sobre la sucesión de hipotecas en que había incurrido no era animadora, y a pesar de las seguridades dadas por Putnam, el tamaño de la inversión requerida hacía difícil encontrar al personaje ideal. Y, además, había el obvio temor de que el cónsul no pudiera cubrir en tiempo sus obligaciones, lo que tendría consecuencias drásticas para el proyecto de los *Bostonians*: “Sería una pena que por alguna razón usted perdiera partes de la propiedad, ahora

⁷⁵ Thompson a Bowditch. Mérida, 20 de mayo de 1900. PMA, “Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólder 3. El cultivo de la caña de azúcar era, efectivamente, la gran esperanza de lucro de los hacendados cuyas tierras se encontraban fuera de la zona henequenera, como era el caso de la hacienda Chichén.

⁷⁶ Bowditch a Putnam. 6 de abril de 1900. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, fólder 137.

⁷⁷ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 9 de junio de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

que ha consolidado su control”.⁷⁸ Pocos días después, Thompson bajó los requerimientos para modernizar su plantación a 25 000 dólares-oro, e insistió en que todo tenía una finalidad plenamente científica: “La plantación puede subsidiar los trabajos de investigación científica y también proporcionar un buen retorno”. Una especie de acumulación primitiva en favor de la arqueología, o, si se quiere ver con cierta distancia, un empleo más de la ciencia como pretexto para los negocios:

De hecho, sería una lástima ahora que el proyecto ha alcanzado un punto que me permite augurar que se conseguirá un gran éxito en un plazo no de años sino de meses y que no sólo redundará en un trabajo científico realizado bajo los mejores auspicios, sino también en dinero. [...] La zafra de caña de azúcar está rindiendo maravillosos resultados y debo instalar maquinaria apropiada esta misma temporada. Si lo consigo, este año se obtendrá un buen ingreso. Debo hacerlo porque los retornos de la caña contabilizados hasta ahora casi cubren el precio de la maquinaria... // No puedo, en mi propia defensa, perder ahora los beneficios después de haber pasado por todas las pruebas y tribulaciones incidente [*sic*] para el exitoso desarrollo de una plantación de esta naturaleza.⁷⁹

Durante todas esas idas y venidas en torno al “gran plan agrícola”, Thompson se había limitado a conversar con Putnam y con Bowditch, sus dos principales jefes en el esquema iniciado en septiembre de 1899. El acaudalado Salisbury, sin embargo, quien había mantenido las actividades de Thompson durante los años intermedios de la década de 1890 (entre los apoyos de Armour y el contrato con el Peabody), no había sido ni informado ni mucho menos accionado para incorporarse al proyecto. Putnam le recordó al cónsul la conveniencia de hacerlo, y en buena hora, pues Salisbury ya estaba intensamente involucrado en negocios inmobiliarios en Yucatán, donde tenía toda una red de represen-

⁷⁸ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 16 de julio de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 5.

⁷⁹ Thompson a Putnam. Mérida, 29 de julio de 1900. Al calce nota de Putnam enviando la carta a Bowditch en 6 de agosto. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 5. Subrayado en el original.

tantes comerciales y apoderados legales.⁸⁰ Tal vez el “olvido” de Thompson se había debido a su ya considerable endeudamiento con Salisbury, quien, con afecto paternal, venía prestándole dinero desde 1885 por lo menos, el mismo año de su primera toma de posesión como cónsul en Mérida.⁸¹ Por cierto, el endeudamiento se había extendido a otros miembros de la oligarquía local, personajes allegados al cónsul angloamericano, como Juan Francisco Molina Solís, de quien Thompson había obtenido en noviembre de 1899 un préstamo por 15 000 pesos de plata mexicana —garantizado por la hipoteca de una fracción de la hacienda Chichén—. El haber conseguido el préstamo hipotecario de Molina Solís era una muestra de las excelentes relaciones del cónsul con la élite comercial regional —de la cual los Molina eran sabidamente una de las más prominentes cabezas—, pues no era habitual que la firma de la cual hacía parte Juan Francisco se involucrara en ese tipo de negocios.⁸² Sin embargo, a finales de mayo de ese año, animado por las palabras de Putnam, el cónsul mandó una carta a don Esteban, como lo llamaban sus amigos meridianos, en la que lo hacía partícipe de la propuesta de convertir Chichén en una plantación autosuficiente y lucrativa, y confesaba

⁸⁰ “¿Ha puesto este asunto en conocimiento de Mr. Salisbury? Me parece que él es, sobre todo, el hombre que le permitiría obtener el dinero necesario. Es un gran amigo suyo y muy dedicado a sus intereses [...]”. Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 16 de agosto de 1900. 3 fls. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

⁸¹ Hacia octubre de 1900, dos meses después de la sugerencia de Putnam, Thompson le debía a Salisbury poco más de 6 500 dólares, que se venían acumulando desde 1885. “Interés en las notas de Edward H. Thompson, al 1º de enero de 1903”. Para esta última fecha la deuda ya ascendía a 9 289.52 dólares. La referencia a la hipoteca en favor de Molina Solís está en una especie de índice de documentos contenidos en el fólder citado (y probablemente elaborado a raíz de la muerte de Salisbury en 1905), donde se lee: “Este testimonio tiene algunos párrafos de la hipoteca por \$15 000 (plata mexicana) que instituyó Thompson el 30 de noviembre de 1899 a favor del licenciado Juan F. Molina Solís”. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fólder 3: 1888-1905.

⁸² Juan Francisco Molina Solís era el apoderado de una de las mayores casas exportadoras de henequén, Molina & Cía., de propiedad de su hermano Olegario, que en 1902 se convertiría en el gobernador más duradero de Yucatán (1902-1907) y en el personaje más poderoso de la región. Sobre las funciones “agregadas” de las casas exportadoras yucatecas y su papel en el financiamiento de otros ramos de la economía, incluyendo los negocios hipotecarios, véase Wells, *Yucatan's Gilded Age*, pp. 70-71.

que la búsqueda de un socio con capital tenía también el propósito del librarlo “del peso de los pasivos incurridos en llevar la plantación al estado actual [...]”. Como le había informado a Putnam, el grueso de la inversión debía destinarse a pagar deudas y adquirir la maquinaria del ingenio azucarero en el cual reposaba la mayor parte de las esperanzas monetarias de Thompson, sólo que en la estimación enviada a Salisbury las ganancias potenciales pasaban, de los 3000 dólares anunciados a Putnam, a “siete mil dólares-oro al año”. Y reiteraba: “Nunca haré tratos como éste con un mexicano”.⁸³ Conforme pasaba el tiempo la situación financiera del cónsul se agravaba y el ansiado socio capitalista no aparecía. En octubre de 1901 Thompson se mostraba desencantado con la idea de conseguir un socio, a pesar de las idílicas descripciones de su propiedad y advertía negros nubarrones en el horizonte: “No me agrada la posibilidad de perder todo lo que he adquirido con tanto trabajo y no lo haré sin luchar. [...] He empleado todos mis fondos y mi crédito para hacerlo crecer”. Mientras tanto, no obstante la aparente emergencia, la “opción nacional” seguía vetada: “Un socio mexicano es para mí algo de temer”.⁸⁴ Un mes después, Salisbury, “un hombre sin deuda que vale muchos millones de dólares”, firmaba como fiador de un bono a favor de Thompson.⁸⁵ A pesar de los esfuerzos (¿aparentes?) de los *Bostonians* no apareció ningún candidato dispuesto a entrar en el juego del dueño de Chichén.

⁸³ Thompson a Salisbury. Mérida, 23 de mayo de 1900. PMA, “Letters EHT a CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólger 3. La carta termina con una amarga queja —en la peculiar sintaxis de Thompson, descuidada respecto a la puntuación, entre otras cosas— cuyo origen no está claro, pero que puede referirse a la persecución de sus acreedores: “Ya he escrito suficiente. No creo que me hayan utilizado [?] ¿Verdad? Yo he [il.] sacrificado más dinero y tiempo y fuerza corporal [?] En este trabajo [il.] y aún así me cazan [?] y me avergüenzan [?] y he sido forzado a hacerlo simplemente porque intenté protegerme de los problemas causados por mi atención al trabajo arqueológico en lugar de ganar dinero”.

⁸⁴ Thompson a Bowditch. Mérida, 19 de octubre de 1901. PMA, “Letters EHT a CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólger 3.

⁸⁵ Hoar a secretario de Estado. Washington, D. C., 9 de noviembre de 1903. En la carta —respuesta a un requerimiento formal— Hoar certificaba ante el secretario de Estado que Salisbury tenía capital de sobra para cubrir una multa de 3000 dólares en caso de que Thompson fallara en pagar la deuda. NARA, “Merida and Progreso/Mexico Consular Post/Vol. 18: Correspondence 1900-1907. Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84.

LLEGA ADELA BRETON

La llegada de Adela Breton a Yucatán y su instalación en Chichén Itzá en los primeros días de marzo de 1900 para realizar los trabajos que Maudslay le había encomendado, provocó una serie de crisis en el entorno de Thompson y en el propio cónsul. Ella iba con la bendición de Putnam y, lo que era más grave, entraba en la propiedad y en las ruinas que la poblaban amparada por la “nacionalización” de los sitios arqueológicos realizada por la ley de 1897, que retiraba la potestad de los propietarios de fincas con monumentos en sus perímetros de admitir o impedir la entrada de extraños —si bien la trasladaba a las autoridades constituidas—. Era la primera vez que Thompson se veía imposibilitado de arbitrar directamente el acceso a las ruinas de Chichén Itzá. Al parecer, Breton no había tomado ninguna providencia ni había solicitado ningún permiso para trabajar en el sitio, conforme Thompson le había advertido a Putnam que era necesario bajo las nuevas provisiones legales cuando conversó con él sobre el “caso Uxmal”. Y Breton, de quien Thompson había recibido informaciones anticipadas de algunos turistas que habían viajado con ella de Mérida a Chichén, de que era una “latosa” (“tartar”), pronto entró en conflicto con el inspector y conservador de las ruinas local:

Yo le advertí antes de que saliera que las autoridades están ahora muy estrictas en lo que se refiere al trabajo en las ruinas y que lo correcto sería obtener el permiso necesario en México para llevar a cabo en las ruinas yucatecas el tipo de trabajo que propone. Sin embargo, ella declaró que si fuese necesario Maudslay se lo conseguiría. Yo sólo la alerté para que tuviera cuidado al tratar con el inspector y mantener su [línea ilegible] como le fuera más conveniente. Ayer recibí una carta en la que, después de lamentar su suerte, declara que, por algún acto suyo o por alguna cosa que hizo o que trató de hacer y que yo no descifro en su carta, el inspector le ha negado el permiso hasta para dibujar. Él está en su derecho y las autoridades federales siempre lo han apoyado en esas resoluciones, pero a menos que ella haya hecho algo completamente equivocado o lo haya ofendido gravemente no creo que él habría actuado de manera tan radical. / Estoy un poco apenado y le he escrito al inspector preguntando si es posible que rectifique su decisión, al menos en lo

que se refiere a los diseños y otros trabajos similares que Maudslay le encargó. Todo eso lo he hecho porque ella es una mujer, una persona que usted me presentó y que de alguna manera fue puesta bajo mis cuidados, pero no me siento en la obligación de poner en peligro mis planes de trabajo peleándome con el inspector por causa de ella, cuando por su propia confesión se ha llenado de problemas ya sea intentado algo que no debía o por alguna acción que demostró su infantil falta de tacto.⁸⁶

Independientemente del carácter difícil de ambos personajes, la llegada de la enviada de Maudslay representaba serios inconvenientes para las actividades del cónsul, mucho más si la advertencia de Putnam sobre la conveniencia de ondear en alto la bandera del Peabody se interpretaba complementariamente como señal de cautela y discreción. Además, la estancia de la británica en las ruinas coincidía con tiempos que había que aprovechar pues la campaña militar contra los “indios rebeldes” entraba en una nueva fase, lo que daría espacio para que los trabajadores de Thompson, siempre temerosos de los insurrectos, volvieran a acompañarlo a sus trabajos de campo (como los de Chacmultun, que se habían visto interrumpidos por el peligro latente en la región).⁸⁷ En esas condiciones, Thompson aguardaba con impaciencia la salida de la

⁸⁶ Thompson a Putnam. Mérida, 3 de marzo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

⁸⁷ Esos meses eran los momentos culminantes de la campaña definitiva del gobierno federal contra los remanentes de los “indios rebeldes” de la Guerra de Castas, los *cruzob*, iniciada en 1898, y que tuvo como uno de sus desarrollos más importantes la fragmentación del estado de Yucatán y la creación, en 1902, del territorio de Quintana Roo. Chan Santa Cruz, el santuario de los rebeldes, fue ocupado en 1901 por las tropas del general Ignacio Bravo (que, según reportes del cónsul, incluían a ciudadanos cubanos y puertorriqueños que habían sido reclutados por la fuerza). Thompson a secretario asistente de Estado. 24 de marzo de 1901. NARA, “Dispatches from US Consuls in Merida and Progreso, 1906-1912/RG 59/MP862.1897-1906”. Thompson advirtió que con el triunfo del ejército federal se abriría una región muy interesante para el capital angloamericano. Los sublevados, decía el cónsul, habían tenido por décadas bajo su control “la más rica y fértil porción de Yucatán”. - “La recuperación de estos territorios es importante para los Estados Unidos, pues significa la apertura de grandes extensiones de tierra que contienen caoba, cedro, ... y zapote”. Thompson a secretario asistente de Estado. Progreso, 1° de junio de 1901. NARA, “Dispatches from US Consuls in Merida and Progreso, 1906-1912/RG 59/

intrusa para poder retomar trabajos en el propio Chichén que no convenía exponer a ojos de extraños, y menos aún de enviados de rivales arqueológicos: “No me importa supervisar personalmente el trabajo mientras Mrs. Breton está en Chichén, a menos que ella perciba alguna cosa y la divulgue en México o pueda ser usada para perjudicar mi trabajo. Ya tengo arreglos, etc., con ventajas muy apreciables y no me interesa correr riesgos que puedan ponerlos en peligro”.⁸⁸

Pero, además de las posibles indiscreciones sobre las ilegales actividades arqueológicas del cónsul, la dibujante británica, con su supuesta testarudez, estaba creando problemas por todos lados pues se negaba a tomar en consideración las sugerencias del inspector sobre la necesidad de obtener autorizaciones en la Ciudad de México e insistía en continuar trabajando imperturbablemente. Sólo ante la prohibición expresa emitida por Bolio, Breton parece haber entrado en razón y prometido comportarse conforme a las leyes, con lo cual —gracias también a la intervención del cónsul— pudo retomar su trabajo. Pero lo peor del caso era que la dibujante venía acompañada de un fiel sirviente, de nombre Pablo, que fue sorprendido por Bolio haciendo excavaciones y alarmó al inspector por estar “curioseando por todos lados de una manera muy extraña y sospechosa”. Thompson calmó al funcionario y le aseguró que Breton, contrario a lo que le había escrito a Putnam, no podía hacer mayor daño.⁸⁹

Tanto la dislocada alarma del inspector de las ruinas ante la presencia de un extraño que se paseaba por el sitio y que le parecía un espía potencial (más incongruente aún pues en ese carácter debía haberle auxiliado en su vigilancia) como su disposición para desentenderse de las infracciones de Breton, estaban ciertamente determinadas por las relaciones de complicidad que el funcionario estatal mantenía con Thompson, cuyas excavaciones clandestinas e ilícitas eran perfectamente solapadas por el mismí-

MP862.1897-1906”. Sobre los últimos episodios de la guerra, véase Reed, *Guerra de castas*, pp. 230-240.

⁸⁸ Thompson a Putnam. Mérida, 3 de marzo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5. Subrayado en el original.

⁸⁹ Thompson a Putnam. Mérida, 3 de marzo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5. El biógrafo de Breton afirma, sin citar sus fuentes, que “Pablo figoneaba *probablemente* hablando con los trabajadores”. McVicker, *Adela Breton*, p. 63.

simo encargado de impedir las. En agosto de 1901, por ejemplo, Thompson informaría con satisfacción haberse hecho con un importante fragmento de pintura mural que ya había sido arrancado de la pared: “el Inspector de las ruinas me autorizó a resguardar los fragmentos”.⁹⁰ La razón que explica ese comportamiento de Bolio (sobrino de Joaquín Baranda) reposaba en el apoyo monetario y en las oportunidades de empleo que el cónsul le ofrecía para sacarlo de frecuentes apuros financieros (entre otras cosas, el inspector servía de dibujante a las órdenes de Thompson, para quien copiaba, con gran habilidad, pinturas murales que ilustraban los reportes enviados a Cambridge).⁹¹ Más que muestras de amistad, esto constituía un mecanismo de corrupción y una estrategia del agente de los *Bostonians* para mantener al inspector debidamente silenciado (chantajeado) sobre la ilegalidad de muchas

⁹⁰ “He logrado asegurar algunos fragmentos interesantes de pinturas murales. Lo más importante es una porción de cuerpo de tipo negroide. Se había desprendido de la pared de alguna manera y pronto dejaría de tener valor si se dejaba [*sic*] a que el Inspector de Ruinas me permitiera salvar los fragmentos [...]”. Thompson a Bowditch. Mérida, 15 de agosto de 1901. PMA, “Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólder 3. La frase que se refiere al inspector está cruzada por una anotación transversal, aparentemente de la misma mano de Thompson: “Confidential”.

⁹¹ Thompson a Bowditch. Mérida, 19 de octubre de 1901. PMA, “Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólder 3. Desde inicios de la década de los 1890 Bolio, quien se decía “litógrafo”, se ganaba la vida, por lo menos parcialmente, como dibujante de, entre otras cosas, carátulas de cajetillas de cigarrillos. En el transcurso de un juicio que Bolio entabló contra el ciudadano español Félix Carrero, a quien acusaba de no haberle pagado casi 1000 pesos de la época por trabajos realizados, el demandado se refirió varias veces a la condición casi desahuciada de Bolio, que, en sus palabras, no tenía dónde vivir, razón por la cual tuvo que alojarlo en una casa rentada por él. Véase Santiago Bolio a C. Juez 1° de lo Civil. Mérida, 7 de diciembre de 1891. AGEY, Justicia, Juicio ordinario promovido por Santiago Bolio F. contra Félix Carrero, vol. 25, exp. 13. Frederick Starr, el antiguo adversario de la mancuerna Putnam-Boas en el Museo Field Columbian de Chicago, visitó Chichén Itzá en febrero de 1901 y quedó profundamente impresionado con el trabajo de un “artista nativo (mestizo) muy cuidadoso que ha hecho cientos de láminas en folio, en colores y tinta india que representan detalles de adornos, detalles arquitectónicos, objetos, etc.”. Frederick Starr, “Field Notebooks”, febrero de 1901, pp. 17-19. Citado en McVicker, *Adela Breton*, p. 72. El autor identifica al “artista nativo” como “Santiago Bolio”, sin consignar su función oficial como inspector de ruinas.

de sus actividades.⁹² La ilegalidad parecía evidente pues no hay en la documentación informaciones precisas que indiquen que el cónsul trabajaba en las ruinas amparado por un permiso específico concedido bajo los términos del decreto de 1896, conforme lo había hecho el AMNH de Nueva York, tal y como Bowditch se lo había sugerido a Putnam, también curador de la institución neoyorquina. Sin embargo, hay que advertir que Putnam funcionaba con ambas manos institucionales, a veces usando el “nosotros” para referirse al Peabody, otras para referirse al AMNH. Como si no fuera bastante, años después, al discutir los trabajos de Maler, Bowditch, patrono del PM, que no tenía ninguna relación directa con el AMNH, el real concesionario del permiso del gobierno mexicano, había dudado sobre la conveniencia de mantener al arqueólogo-fotógrafo trabajando “al amparo de la concesión que el gobierno nos ha otorgado”.⁹³ Como no fue posible encontrar pruebas documentales de que se hubiera firmado un contrato entre el PM y el gobierno mexicano semejante al que se había celebrado con el AMNH en atención a las gestiones de Saville, hay que concluir que la alianza entre las dos instituciones parece haberse entendido en Cambridge como suficiente para que el Museo de Harvard usara como suya la concesión obtenida por el de Nueva York. Al fin y al cabo, ambas instituciones compartían al mismo curador en jefe, por lo menos hasta 1903, cuando Putnam dejó la curaduría general del AMNH.⁹⁴ De cualquier manera, en cierto momento Thompson asumió las inquietudes del menesteroso inspector

⁹² Thompson decía que los préstamos a Bolio —con dinero de los *Bostonians*— eran una medida de “protección” en caso de que en el futuro el inspector decidiera cumplir con sus deberes de fiscalización y “traicionarlo”: “Tuve que mantener al Inspector de Ruinas fuera de una dificultad y sólo por este medio podría conseguir pruebas de lo que había hecho si en el futuro quisiera ser traicionero”. Thompson a Putnam, [¿marzo 8?] de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 5. A inicios de 1897 Thompson había sido fiador de Bolio en un contrato de arrendamiento de una casa-habitación, por el que fue demandado al no pagar dos meses de renta. “Lic. Santiago Yrigoyen R. como apoderado de Mercedes Canto de Kelly, contra el C. Santiago Bolio”. AGEY, Justicia 1891-1901, Civil: Sección Juzgado Primero de lo Civil, vol. 186, exp. 37, 1898.

⁹³ Véase *infra*, nota 117.

⁹⁴ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 9 de junio de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 5; Browman y Williams, *Anthropology at Harvard*, p. 199.

—que antes había desdeñado— sobre el espionaje que el sirviente de Breton realizaba en Chichén Itzá, y cargó contra ambos:

Entiendo que Mrs. Breton regresó hoy a Chichén. Para decirlo con toda franqueza ella es un incordio. Personalmente es una dama, pero con inconstancias irritantes, quejas y prejuicios. Si ocupara su sirviente apenas con ella y con su trabajo no sería tan inconveniente pero “Pablo” su sirviente nativo está siempre, creo que instigado por ella, curioseando en donde yo trabajo. Por más que trato no consigo siempre mantenerlo lejos a no ser que lo amenace con una patada en el trasero. No quise hacer eso y preferí dejar la búsqueda para la excavación de ciertos sepulcros para después, cuando no haya intrusos en el campo. / Para mi espanto, el día que salí de Chichén me enteré que ella planea volver en breve para quedarse otra temporada [...].⁹⁵

LA FUERZA DE LA IMPACIENCIA Y LAS VIRTUDES DEL DESCUIDO:
COBRANZAS Y ESQUEMAS DE FINANCIAMIENTO

Por esos días, para responder a las incesantes presiones de sus empleadores privados, el cónsul estadounidense avisó que algunos vaciados que había prometido (de unas “cariátides” de Chichén Itzá) estaban listos para ser transportados “cuando la oportunidad se ofrezca”, pero nuevamente tenía que pedir fondos extraordinarios “para mantener mis arreglos en buena forma” (¿los sobornos a Bolio?) mientras se preparaba para retornar a su propiedad y ocuparse de Breton.⁹⁶ También anunciaba el inicio de trabajos de la mayor importancia, que rendirían importantes informaciones, datos, especímenes, moldes, etc., conforme iniciaba “la excavación

⁹⁵ Thompson a Putnam, [Mérida] s/f [agosto-septiembre 1900?]. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

⁹⁶ Thompson a Putnam. Progreso, 8 de marzo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5. Este pedido de recursos debía ser el último, después del cual Thompson sugería que se le enviara un cheque mensual. Putnam puso a Bowditch a cargo de esa operación. Putnam a Bowditch. s/l., 15 de marzo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5. Sin embargo, tres meses después Thompson tenía que ser reprendido por haber enviado un *draft* que había sido protestado: “Sería un alivio para todos si se tomara el cuidado de no hacer nuevamente algo así”. Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 9 de junio de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

gradual / de la gran estructura".⁹⁷ Al mismo tiempo advertía sobre la remisión de una serie de cajas y baúles, algunos en manos del propio vicecónsul, otras por conducto de amigos que iban directamente a Boston, o inclusive, en ocasiones, usando a su propia esposa, Henriette, como portadora,⁹⁸ o al hijo de David Casares, el gran amigo de Salisbury. Esto todo daba la impresión del desarrollo de una actividad frenética durante los meses de abril y mayo de 1900, destinada al parecer a calmar las impacencias de los *Bostonians*, mientras el cónsul confirmaba las instrucciones de Putnam sobre el tipo de trabajo que estaba realizando.⁹⁹ No obstante, los patronos continuaban insatisfechos y en varios momentos Putnam insinuó sus sospechas de que Thompson tenía en su poder mucho más de lo que enviaba, tanto en términos de especímenes como,

⁹⁷ Todo indica que se trata de la excavación de la llamada tumba del Gran Sacerdote y del osario adyacente. Thompson describe los trabajos en *People of the Serpent*, pp. 261-266. Véase también Willard, *City of the Sacred Well*, pp. 238-260. La mayor parte de los objetos encontrados fueron contrabandeados y enviados al Museo Field Columbian, como parte de los compromisos laborales asumidos por Thompson con la institución de Chicago. Coggins, "Dredging the cenote", p. 11.

⁹⁸ Henrietta H. Thompson a Putnam. West Farmouth, Mass., 8 de octubre de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5; Thompson a Putnam. Progreso, 3 de julio de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 6.

⁹⁹ Además de la carta citada en la nota anterior y los reportes técnicos, otras dirigidas en ese periodo a Bowditch dan una visión panorámica pero muy ilustrativa de sus trabajos. Ante el ansia de sus patrocinadores por el hallazgo de piezas valiosas, Thompson tenía que explicar con cierto detalle su modo de proceder: "No piense que debido a que la lista de especímenes no está a la vista ellos no llegarán a su debido tiempo. El trabajo se lleva a cabo bajo un sistema estricto, el sistema que mis años de experiencia aquí me han demostrado que es la única forma de obtener resultados de valor. Bajo este sistema todavía no hemos alcanzado la etapa de trabajo en que puedan esperarse muestras de valor científico. Estamos limpiando los escombros que cubren la gran terraza, que esconden pilares tallados y pintados y los pisos de baldosas de piedra. / Todavía no hemos hecho una sola excavación en los restos de este gran montículo ni hemos levantado una sola losa de la superficie del piso. Sin embargo, es allí donde se encuentran los especímenes importantes y no en los escombros de arriba. Pero el primero tiene que ser removido para que se pueda alcanzar el segundo. La eliminación de estos escombros, que también se realiza de manera sistemática, saca a la luz aquello que en sí mismo compensa el gasto de tiempo y dinero, independientemente de los hallazgos posteriores que puedan encontrarse debajo". Fragmento de la carta a Bowditch en Thompson a Putnam. Mérida, 10 de mayo de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 5.

sobre todo, de moldes y vaciados: “Creo que es muy importante para la continuación de su trabajo que nos mande inmediatamente los moldes y los vaciados. Usted sabe que a las personas que están aportando el dinero para tales investigaciones les gustaría ver resultados de manera tangible”.¹⁰⁰ O entonces:

[...] Confío en que nos mandará sin demora los vaciados y moldes que están en su poder. [...] Insisto en que le sería de gran ayuda que nos mandara esas cosas. [...], recuerde por favor que no hemos recibido aún sus pinturas murales. Espero que nos las mande inmediatamente. Como ya le dije, la recepción de estas cosas en el Museo lo ayudaría de muchas maneras.¹⁰¹

En noviembre de 1900 Bowditch y Salisbury llegaron a la conclusión de que era necesario hacer un corte de caja y adoptar definiciones firmes “sobre el valor del trabajo de Mr. Thompson en Yucatán”. Con ese fin, le pidieron a Putnam una relación completa de todo lo enviado por el cónsul desde el 1° de septiembre de 1898, en la que se distinguiera con claridad las remesas posteriores al 1° de septiembre del año siguiente, cuando el nuevo esquema de vinculación formal con el PM comenzara a funcionar. Bowditch aconsejaba que se le diera un plazo de seis a ocho meses para probar “si la totalidad de su trabajo es suficientemente útil como para que el Peabody continúe apoyándolo”.¹⁰² Acorralado, el cónsul dedicó esos meses a una intensa actividad dirigida

¹⁰⁰ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 9 de junio de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 5.

¹⁰¹ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 16 de julio de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 5.

¹⁰² Bowditch a Putnam. Boston, 9 de noviembre de 1900; Bowditch a Putnam. Boston, 13 de noviembre de 1900. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, folder 137. Terminaba la frase con la siguiente confidencia: “Mi propia impresión es que sí lo es...”. Como hemos visto, las impaciencias y desconfianzas se venían acumulando desde años atrás. En mayo de 1900 Thompson había provocado la ira de Bowditch por haber dejado que una letra de cambio a nombre de Putnam por valor de 300 dólares fuera protestada en Boston: “Llegué a la conclusión de que era el momento en que este tipo de trabajo especial por parte de Thompson debía cesar. Ha logrado irritar tanto a sus amigos como a las ruinas de Chichén Itzá”. Bowditch a Putnam. Boston, 29 de mayo de 1900. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, folder 137.

de manera concentrada a copiar frescos y murales, y en varias ocasiones a desprender pedazos enteros de ellos para enviarlos a Boston.¹⁰³ Así, en febrero de 1901, Thompson avisó que estaba a la búsqueda de más pinturas murales y en abril envió con un amigo suyo “porciones de un mural pintado en Chacmultun”. Más adelante le confiaría triunfalmente a Putnam:

Siguiendo sus instrucciones he mandado copiar con gran cuidado y bajo mi supervisión personal todo y cualquier pequeño detalle de este mural. [...] Cuando todos esos fragmentos se junten a los que ya envié // al Museo [il.] usted tendrá una colección absolutamente sin par de la pintura mural de Yucatán. Y que además no podrá ser duplicada, pues con cada día que pasa los originales pierden cada vez más su perfección.¹⁰⁴

Unos días después, amplió sus informaciones:

He tenido bastante éxito en la obtención de más y muy interesantes porciones de pinturas murales, así como partes de las propias pinturas. Tengo un fragmento de un “hombre negro” que estoy guardando con gran cuidado hasta que pueda mandárselo. [...] // No paro de felicitar me por haber hecho copias de las pinturas murales, pues la naturaleza las está destruyendo cada día más y tarde o temprano estarán tan deterioradas que perderán todo su valor como objetos de estudio. Cada vez que visito las ruinas me espanta la destrucción causada por las balas y el machete.¹⁰⁵

¹⁰³ Thompson entendió que el trabajo que Maudslay le había encargado a Breton, esto es, iluminar sus fotografías y dibujos, era de la mayor importancia y comenzó a hacer lo propio: “Todo el trabajo encontrado, tallado y pintado, que no está tan [*sic*] como para perder su valor ha sido o será moldeado o copiado en colores”; también enviaba “un breve informe para acompañar las fotografías en color y simples y para hacer las impresiones que servirán para las futuras reproducciones. Antes de regresar a Chichén sacaré también algunos de los Atlantes coloreados según lo planeado para enviárselos. El mismo correo que lleva esta carta probablemente llevará el informe y una parte de las fotografías a color”. Thompson a Putnam, Mérida, 5 de abril de 1900. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 5.

¹⁰⁴ Thompson a Putnam, “Ruins of Chacmultun, 5 de agosto de 1901”, PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 6.

¹⁰⁵ El cónsul mandó una nueva remesa de fragmentos originales de murales: “Me arriesgué mucho enviándolos, ya que es muy ilegal como usted sabe [...]”.

La desidia de Thompson, o su aparente incapacidad de cumplir con las exigencias de los *Bostonians*, contrastaba —en las recriminaciones de Putnam— con la puntualidad y la excelencia de los trabajos, reportes y remisiones de Maler en la selva lacandona; con el éxito estruendoso de las exploraciones de Saville en Mitla para el AMNH, o de Gordon en Quiriguá para el propio Peabody. Todos ellos estaban a punto de publicar sus reportes y faltaba que Thompson se pusiera a trabajar al mismo ritmo que sus colegas: “Le corresponde a usted hacer que el mundo conozca Chichén Itzá con todas sus maravillas y en todos sus detalles”.¹⁰⁶ Pero además de los periodos de aceleración de envío de piezas y reportes para responder a los apretones de tuercas de los *Bostonians*, Thompson también se defendió de las acusaciones de indolencia y descuido que una y otra vez le echaban en cara, argu-

Thompson a F. H. Mead. Mérida, 1º de septiembre de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 7. Al calce del documento hay una nota: “Esta caja nunca se recibió”. Subrayado en el original. Como si no fuera uno de los implicados, las quejas de Thompson con respecto a la destrucción de las pinturas murales en las ruinas eran recurrentes; algunas de ellas las atribuía a “tontos supersticiosos” al tiempo que aseguraba haber conseguido detener el vandalismo en Chichén Itzá. Thompson a Bowditch. Mérida, 15 de agosto de 1901. PMA, “Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólder 3. Diez años antes, en septiembre de 1891, Thompson había informado a Bowditch de una expedición a Chacmultun donde tuvo el disgusto de encontrar “que algunas de las pinturas murales más interesantes habían sido desfiguradas sin motivo por algún cazador nativo. Con su machete había sacado los ojos y mutilado los rostros de muchas de las mejores pinturas murales. Entre las figuras mutiladas estaba la del personaje de color oscuro o negro del cual // el museo ya tiene una copia. Al ver esto, decidí cometer un acto de vandalismo deliberado. Con gran dolor y precauciones separé de las paredes varios fragmentos de pinturas murales. Los conservé con mucho cuidado y forman parte del contenido del paquete que acabo de enviar al museo”. Thompson a Bowditch. Mérida, 5 de septiembre de 1891. PMA, “Letters EHT to CPB, 1891, 1901-1903”, caja 1, fólder 3.

¹⁰⁶ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 28 de abril de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 6. El informe de Putnam, curador del Museo Peabody, al presidente de la Universidad de Harvard, de 1899-1900, consigna los envíos de Maler, siendo que de Thompson dice: “Mr. Thompson ha enviado desde Yucatán varios moldes y algunos más coloreados en facsímil de las esculturas originales; también una copia de una pintura mural encontrada en un edificio en ruinas en Chichén-Itzá”. Más adelante se lee: “El trabajo de campo en Yucatán y en América Central se ha llevado a cabo mediante suscripciones especiales. Mr. C. P. Bowditch ha actuado como tesorero y ha cubierto todos los gastos de las expediciones”. Museo Peabody, *Thirty-Fourth Report*.

mentando que toda la operación de contrabando que él venía realizando desde 1885 en favor de sus patronos había dado lugar a un “sistema” —diferente del diseñado para las excavaciones y remoción de objetos propiamente dichos, como anotado en páginas anteriores— que permitía que los especímenes salieran de sus lugares originales, llegaran a Mérida sin ser detectados, pasaran la aduana y fueran embarcados sin pérdidas. Un “sistema” que incluía el envío de datos deliberadamente imprecisos en caso de que las autoridades mexicanas encargadas de cuestiones arqueológicas encontraran los reportes, que resultarían inútiles en términos científicos pues carecían de las informaciones necesarias para identificar los objetos:

Hasta ahora no he enviado nunca un único espécimen al Museo sin acompañarlo o de números de índices o de anotaciones detalladas y en ambos casos la identidad del espécimen queda preservada y los datos restantes pueden ser agregados a su debido tiempo. / Que haya mandado a veces sólo “números de índices” y otras veces “anotaciones detalladas” no responde a un capricho o a descuidos de mi parte, sino que es resultado de un sistema que yo he diseñado. Usando mis métodos he enviado a Estados Unidos cantidades inmensas de materiales muy valiosos y hasta ahora nunca tuve un único espécimen confiscado. En todo caso, eso habla bien de mi sistema, ¿no le parece? Ahora llega mi segundo sistema y con él las quejas de que no incluyo los datos necesarios con mis // especímenes. Como dije, nunca he tenido espécimen alguno confiscado, pero accidentes pueden ocurrir en cualquier momento y me puede tocar ver el traslado de excelentes especímenes hacia el otro lado. Los números y las anotaciones de los especímenes establecen la identidad de éstos y aunque los especímenes se conserven en los estantes de los museos mexicanos ellos de hecho pertenecen al Museo Peabody, pues sin los datos agregados proporcionados en los reportes correspondientes nadie —a no ser el Peabody— puede usarlos como datos científicos de manera integral y con toda propiedad [...].¹⁰⁷

¹⁰⁷ Thompson a Putnam, 2 de noviembre de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 6. Salisbury, quien también había reclamado sobre la indolencia del cónsul, recibió su réplica, con el alegato de que su aparente apatía era en realidad un mecanismo de protección de informaciones sensibles, con un comentario marcado con un dejo de escepticismo: “Su insistencia en que el artículo o reliquia

El esquema era tan transparente como oscuro el mecanismo de contrabando y curiosa la relación entre el objeto y la información que lo situaba. Sin ésta, los materiales que podían ocasionalmente resultar capturados “por el otro lado” (*i. e.*, las autoridades locales) languidecerían en los estantes de los museos nacionales como objetos estériles, mudos y completamente opacos. Es decir, la apropiación no se limitaba a las piezas seleccionadas, sino que toda una red de conocimiento —y, por lo tanto, de poder— se conformaba en secreto para ser de alguna manera contrabandeada al museo de Cambridge, donde el encuentro entre el objeto y el dato, fuera del lugar de origen, darían lugar al sentido museográfico. De cualquier manera, en caso de algún descamino, el saber estaba en Harvard.¹⁰⁸ Ese mismo año de 1901 la prensa de la capital mexicana anunció que el Museo Peabody había comprado un valioso conjunto de antigüedades mexicanas que formara parte “de la célebre colección adquirida por Maximiliano [...]”.¹⁰⁹ Carentes de mayores detalles, valdría la pena especular si la mentada colección no era la que Eugéne Boban, el autodenominado “arqueólogo de Maximiliano”, había vendido en Nueva York en diciembre de 1886, y que había terminado finalmente en manos del Museo Peabody.¹¹⁰

no debe llevar una declaración demasiado explícita tiene [il.] por razones prudenciales para su propia seguridad”. Salisbury a Willoughby. Worcester, 25 de noviembre de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 6. Subrayados en el original.

¹⁰⁸ Maler, en su denuncia de Thompson en 1911, de la que trataremos más adelante, indica que una parte central del “sistema” del excónsul consistía en mudar de lugar piezas importantes de cuya ubicación original sólo él tenía conocimiento, para “confundir a todos los futuros exploradores, imposibilitándoles una descripción verídica [...]”. De esa manera, decía el fotógrafo-arqueólogo alemán-austriaco, Thompson sería el único a detentar el conocimiento suficiente como para escribir la obra definitiva sobre Chichén Itzá, a ser publicada por el Museo Peabody. Maler, “Chichén”. AINAH, 1ª serie, “Papeles sueltos”, leg. 1-B, doc. 2, fólter 11.

¹⁰⁹ “Colección de objetos mexicanos. Adquisición de un Museo”, *El Imparcial* (?), 5 de octubre de 1901, en Lombardo, *El pasado prehispánico*, vol. II, pp. 155-156.

¹¹⁰ Véase el “Prefacio” al *Catalogue of the Eugéne Boban Collection of Antiquities* [...], 2ª parte, edición de Frossard, Nueva York, septiembre de 1887. SIA, “William H. Holmes Papers”, Record Unit 7084, serie 7, caja 4, fólter 10. Boban —que residió en México durante las décadas de 1850 y 1860— se anunciaba como el “arqueólogo y anticuario” del emperador Maximiliano, y consiguió

El volumen de actividades de los *Bostonians* en el “Área Maya” ya había ameritado en los últimos años del siglo XIX la creación de un Fondo para el Estímulo de la Investigación en México y América Central en el Peabody, compuesto por las contribuciones de una serie de acaudalados ciudadanos del “Área Boston”, y que financiaba tanto expediciones como la publicación de sus resultados. Entre ellos se encontraban algunas de las familias más ilustres de Boston y grandes fortunas como los Ames y sus poderosos intereses en ferrocarriles,¹¹¹ J. M. Forbes y sus firmas de inversión y asesorías financieras, Augustus Hemenway, uno de los grandes benefactores de la Universidad de Harvard y durante un par de años (1890-1891) miembro de la Cámara de Representantes de Massachusetts, además de administrador de grandes propiedades; J. L. Gardner, propietario de empresas navales, activo en el comercio con China, ferrocarriles y minerales, y marido de Isabella Stuart Gardner, una de las primeras y mayores coleccionistas de “Grandes Maestros” europeos de finales del siglo XIX e inicios del XX, entre otros, casi todos miembros también del Instituto Arqueológico de América.¹¹² El fondo se había creado inicialmente para ayudar a financiar las exploraciones en Copán en su segunda fase (la dirigida por George B. Gordon), estimadas en 12 000 dólares por temporada. Entre 1891 y 1893 se habían recaudado poco más de 16 000 dólares. Sin embargo, los menguados recursos otorgados por los suscriptores para la temporada 1893-1894 (diciembre-mayo), tan sólo 1 200 dólares, tenían que ser complementados con aportaciones de otras instituciones, lo que llevó a Putnam y a los directores (*Trustees*) del Peabody a invitar al AMNH de Nueva York y a otros, a sumarse a la empresa.¹¹³ En los momentos del

asociarse con la Comisión Científica Francesa. Sobre Boban (y otros coleccionistas, con especial atención a las falsificaciones), véase MacLaren Walsh, ¿“Wahit is Real?”, pp. 3-4.

¹¹¹ Véase White, *Railroaded*, pp. 32-34, 52, 63-66.

¹¹² Sobre Isabella Stewart Gardner, véase Saltzman, *Old Masters*, pp. 45-92.

¹¹³ Los fundadores habían sido 25 suscriptores que en el bienio 1891-1892 habían contribuido con 7 997 dólares, con Bowditch y Stephen Salisbury a la cabeza, cada uno aportando 1 593.82 dólares; en el bienio siguiente, 1892-1893, el número de contribuyentes había caído de 25 a 16, pero lo recaudado había sido mayor: 8 100 dólares. La relación estaba nuevamente encabezada por Bowditch y Salisbury, ambos con 2 000 dólares cada uno. *Twenty-Seven Annual Report of*

registro, el fondo costeaba a Thompson en Yucatán, a Maler en el Usumacinta (“Usumatsintla”), y a Gordon en Copán y en Quirigua.¹¹⁴

En noviembre de 1901, en el marco de esa estructura institucional, Bowditch, previa consulta con los otros dos miembros del triunvirato, Putnam y Salisbury, le ofreció al cónsul Thompson un nuevo contrato para cubrir sus gastos durante 1902, a razón de 166.66 dólares mensuales.¹¹⁵ El mes anterior Thompson había encerrado los trabajos de recuperación de pinturas murales en Chalchultun, ya fuera por medio de copia, ya fuera mediante mutilación de los fragmentos. Ahora se declaraba listo para retornar a Chichén Itzá, “probablemente para nunca más abandonarlo”, en la esperanza de que sus empleadores desearan continuar los trabajos de exploración, que prometía hacer “cuidadosa y discretamente”.¹¹⁶ Por esos días se discutió también la relación con Maler, el desafecto de Thompson, sobre lo cual Bowditch expresó una serie de incomodidades:

Pensándolo bien, no estoy seguro de que sea una decisión sabia hacer de Maler el agente del Museo y dejarlo trabajar al amparo de la concepción que obtuvimos del gobierno. No sabemos lo suficiente sobre sus métodos de trabajo, y es muy posible que él haga algo de lo cual el // Museo no quiera hacerse responsable. De cualquier manera, él parece ser perfectamente capaz de sacar cosas del país sin la asistencia del gobierno, y no es improbable que si se presentara como agente del Museo sujeto a la autoridad del gobierno podría ser objeto de investigaciones más rigurosas que si actuara por su propia cuenta.¹¹⁷

the Museo Peabody of American Archaeology and Ethnology, 1892-1893, Cambridge, Mass., 1894, p. 6.

¹¹⁴ En 1901, los suscriptores del fondo eran, por orden de contribuciones, Stephen Salisbury, Charles P. Bowditch, Augustus Hemenway, Francis C. Lowell, Mr. and Mrs. Henry Pickering, Miss Ellen F. Mason, Edward S. Grew, Mrs. G. G. Lowell, George A. Nickerson, Nathaniel Tahyer, Elliot C. Lee, Miss Mary L. Ware, y Miss Caroline P. Stoke. *Thirty-Fifth Report of the PM of AAE. Harvard University, 1900-1901*, Cambridge, Mass., 1902, p. 267, 270.

¹¹⁵ Bowditch [?] a Thompson. Boston, 4 de noviembre de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 6.

¹¹⁶ Thompson a Bowditch. Mérida, 19 de octubre de 1901. PMA, “Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903”, caja 1, fólter 3. Subrayados en el original.

¹¹⁷ Bowditch a Putnam. Cambridge, 25 de octubre de 1901. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 6. Subrayados en el original.

Es decir, en los primeros años del siglo xx, la protección institucional que el museo podía ofrecer, a diferencia de la que la oficina consular concedía, no era garantía contra la creciente vigilancia del Estado mexicano. La informalidad era preferible.

EL JOVEN TOZZER

En enero de 1902 Alfred Marson Tozzer llegó a Progreso. Era el primer arqueólogo profesional del “Área Boston” en pisar la península, y a quien los *Bostonians* le habían encomendado también la misión de vigilar a Thompson y reportar sobre sus actividades. Tozzer se había graduado en Harvard y se había especializado en arqueología y etnología en el Museo Peabody bajo la dirección de Putnam y en estrecho contacto con Saville.¹¹⁸ En diciembre de 1901, el Comité Ejecutivo del AIA, controlado por Putnam y su grupo (tanto él como Bowditch y Boas constituían el triunvirato mandante), recomendó por unanimidad declarar a Tozzer, con 24 años cumplidos, ganador de la primera Beca de Viaje en Arqueología Americana, que había sido establecida por el Consejo del Instituto en 1899.¹¹⁹ En su primera carta, el joven graduado de Harvard describió el asombroso camino a Mérida, sembrado por “millas y millas” de plantaciones de henequén. Igualmente deslumbrado quedó con la quinta de los Thompson, en los bordes de la ciudad: “uno de los lugares más placenteros que puedan imaginarse”. Su primera impresión del cónsul y de su familia fue de las mejores y elogió su perfecta adaptación al medio “[...] son claramente estadounidenses, aunque tanto ellos como sus seis hijos hablan español cual si fueran nativos. El niño más pequeño, de tres años de edad, no habla nada de inglés sino solamente español”. Tozzer viajó inmediatamente al “rancho” de Thompson en Chichén Itzá, mientras que el cónsul permaneció en Mérida por causa de su mudanza. El viernes siguiente (¿10 de enero de 1902?) Tozzer ya estaba en la hacienda, de cuya casa grande dejó una maravillada descripción y en la que —sin haberse puesto de acuerdo con Thompson— se sintiera “todo un señor”; dejó también detalla-

¹¹⁸ Véase Spinden, “Alfred Marson Tozzer”.

¹¹⁹ Instituto Arqueológico de America, *Twenty-Third Annual Report*, p. 2.

dísimas descripciones etnográficas de comidas, vestidos, costumbres, hábitos religiosos, vida cotidiana, en fin, todo lo que un joven antropólogo tenía que notar en sus primeros días de trabajo de campo en una tierra exótica, como debía parecerle Yucatán. Lo que definitivamente escapaba a lo etnográfico (o se incluiría como autorreferencial) era la ilusión señorial que, contagiosamente, la propiedad del cónsul —la “plantation”—, provocó en el deslumbrado visitante, oriundo del ruidoso y contaminado centro industrial de Lynn, Massachusetts:

[...] Me estoy meciendo en un lecho de lujo con todos los esclavos [*sic*] que pueda desear a mi disposición y les puedo pedir que traigan mi baño, que se lo lleven, que limpien mi cuarto y cualquier otro servicio que yo quiera. Otro me sirve de guía, abre caminos y desbroza otros nuevos si se me antoja ir por allí. [...] Para resumir una larga historia, no tengo nada de qué quejarme.¹²⁰

La figura del Thompson empresario y de sus proyectos para Chichén también tuvieron cabida en los primeros mensajes de Tozzer, lo que nos permite tener —ya un poco tarde— casi una visualización completa del personaje:

Mr. Thompson es un hombre próximo a los cincuenta, alto y fuerte, con una cierta torpeza poco elegante que le confiere parte de su encanto. Es muy extrovertido y lleno de humor, le toma el pelo a su hija de dieciocho años cada vez que puede. Ha residido tanto tiempo en este país y en Mérida particularmente que conoce a toda la gente importante de la ciudad. Al pasear recibe una sucesión de caravanas y toques en el sombrero de quienes se cruzan con él. Tiene la cortesía exagerada característica de los españoles. Es un hombre de negocios muy astuto y ha amasado una pequeña fortuna. Lo ha invertido casi todo en su hacienda, en la expectativa de que le proporcione un ingreso suficiente para sufragar el trabajo científico. Ha hecho sin duda buenos trabajos en esa línea, pero sus otros intereses tienden a ponerlo contra la pared. En estos momentos está vendiendo la mayor parte de sus propiedades en Mérida, que ya

¹²⁰ A. M. T., “Letters from the Field”, *PM*, v. 2, “Letter V. Hacienda Chichén. January 2, 1901”, [*sic*].

alcanzaron el monto que ha estado esperando por muchos años. Su cinto [*sic*, ¿quinta?] o casa en la ciudad es, por su belleza, el lugar más visitado del pueblo, pero, como dije, la ha vendido hace poco.¹²¹

En los primeros días de febrero, mientras aguardaba la llegada del cónsul, Tozzer trabó conocimiento con “la excéntrica señorita Breton”, que iniciaba su tercera estancia en Chichén Itzá y sobre quien el arqueólogo ya tenía abundantes y (a diferencia de las de Thompson) favorables referencias, y la cual, contra lo que el conservador de las ruinas afirmara solemnemente, decidió instalarse, sin que nadie se lo impidiera, en una habitación de un edificio de las ruinas.¹²² Coincidencia o no, a partir de su encuentro con la dibujante inglesa, la opinión de Tozzer sobre Thompson cambió radicalmente y a sólo unas semanas de haberlo considerado un gran amigo comenzó a expresar serias reservas sobre él. Tozzer describía ahora al cónsul como un hombre “mitad científico popular, mitad científico científico”, incapaz de concentrarse en un único asunto, una opinión que basaba en la exposición que Thompson habría hecho de lo que le parecía que el joven arqueólogo debía hacer durante su estancia en Chichén Itzá: “Es un poco de todo. Ése es un gran problema. Él no se queda en un solo lugar, sino que revolotea por todos lados, cava un hoyo aquí, otro allá”. La descripción cazaba perfectamente con la pobre impresión que los *Bostonians* se habían venido formando sobre el precario profesionalismo de Thompson. Tozzer tenía también una tarea a ese respecto:

Por mucho que me disguste jugar al espía, el profesor Putnam insinuó que le gustaría que descubriera qué es lo que está haciendo en

¹²¹ A. M. T., “Letters from the Field”, PM, v. 2, “Letter V. Hacienda Chichén. January 2, 1901”, [*sic*]. Tozzer describía a continuación algunos rasgos generales de la familia Thompson y concluía: “Ellos forman una familia muy feliz [...]. Considero que son unos muy buenos amigos, aunque mi conocimiento se reduzca solamente a dos días”.

¹²² A. M. T., “Letters from the Field”, v. 2, “Letter 12. Hacienda Chichén. Yucatán. 5 de febrero de 1902”. La relación entre Tozzer y Breton no es del particular interés de este estudio, salvo en aquello que se refiere directa o indirectamente a Thompson y los *Bostonians*. Para detalles sobre los contactos entre ambos véase McVicker, *Adela Breton*, pp. 75-82. Las cartas de Tozzer están dirigidas a su madre.

materia de trabajo arqueológico para el Museo Peabody. Como dije antes, él tiene muchas cuerdas atadas a su arco. Producir azúcar, ganado y maíz, además sus negocios de tierras le toman el suficiente tiempo como para esperar que haga mucho trabajo científico.

Dada la temprana fecha de la carta de Tozzer, parece evidente que las informaciones sobre la multiplicidad de actividades del cónsul-arqueólogo las había recabado en Cambridge, seguramente en las oficinas de Putnam. Y el tono indica que, pasado el entusiasmo inicial, el gran plan de Thompson para convertir la hacienda Chichén en una “estación científica” que se mantuviera por medio de un conjunto de explotaciones agroindustriales estaba despertando en sus patronos claras desconfianzas sobre su grado de dedicación a los encargos arqueológicos que Cambridge le había confiado.¹²³ Un asunto aparte era el ausentismo forzado del dueño de Chichén, que a sus muchas actividades de propietario rural y arqueólogo ocasional tenía que sumar las de cónsul en Progreso y vecino prominente de Mérida, además de la atención a sus nebulosos negocios urbanos; ausentismo que tenía consecuencias penosas para el nuevo latifundista pues permitía un recurrente robo de los haberes de la hacienda, al punto de que “los nativos hablan de las antiguas ruinas y las nuevas ruinas a su lado, las ruinas de la Hacienda Chichén”.¹²⁴ Tozzer, por su parte, antes de enviar informaciones sobre las actividades del cónsul, se preocupó, como buen antropólogo (aunque olvidado de su inicial entusiasmo por las condiciones señoriales/serviles de Chichén),

¹²³ A.M.T., “Letters from the Field”, v. 2, “Letter 23. Chichén Itzá, Yucatán, 12 de marzo de 1902”. Hay que advertir que en los archivos del PM no se encontró ningún informe de Tozzer a Putnam, o a algún otro de los *Bostonians*, con reportes “investigativos” sobre Thompson. Browman y Williams afirman que Putnam “parecía haberse preocupado por los procedimientos de Thompson [...] [y] le pidió a Tozzer que supervisara las técnicas de éste y le informara”. Browman y Williams, *Anthropology at Harvard*, p. 121. La frase parece querer indicar algún desacuerdo de Putnam sobre los “métodos” del cónsul para obtener y sacar las piezas de Yucatán, pero lo que le preocupaba al profesor, y sobre lo que pedía que Tozzer le informara, no era acerca del contrabando, que Putnam aprobaba —tal vez como un mal necesario— sino, como hemos visto, sobre sus rudimentarias prácticas arqueológicas.

¹²⁴ A.M.T., “Letters from the Field”, v. 2, “Letter VI. Chichén Itza, Yucatan, January 4, 1903”.

en describir el sistema de trabajo de las haciendas yucatecas, que Thompson había aprendido con toda naturalidad (y que difícilmente habría podido cambiar, aunque lo quisiera, que no era el caso), empleando como ejemplo uno de los trabajadores de Chichén que estaba asignado a su servicio:

Le dije a Mr. Thompson que me gustaría que Benito tratara de pagar algunas de sus deudas, y él dijo: “no queremos que haga eso, porque entonces no tendremos ningún control sobre él”. Imagine nada más esa condición. Los nativos, pesadamente endeudados a instancias del propietario, están condenados a una vida de servidumbre sin fin. Ni siquiera tienen permiso de dejar la hacienda por el tiempo que sea. La ley autoriza al dueño de la hacienda a que detenga y traiga de vuelta al fugitivo. [...] Con eso se puede ver la condición de un hombre en la hacienda. Aunque nominalmente libre, su situación es de cierta manera peor que la de un esclavo. / [...] Entonces, hablando claro, nuestro cónsul es un dueño de esclavos, aunque seguramente él será el primero en negar la adquisición. El paralelo entre una hacienda y una *plantation* de algodón en el sur en tiempos pasados nunca se menciona, pero, sin embargo, la verdad es esa, aunque sólo la perciban extranjeros.¹²⁵

¹²⁵ A.M.T., “Letters from the Field”, v. 2, “Letter 14. Titnup [*sic*], Yucatán, 12 de febrero de 1902. ‘Sunday’. Indignado con el esquema, Tozzer insistió en pagar directamente los servicios de su empleado, y se negó a hacerlo a través del mayordomo, a lo que éste, “don José Dolores” [Sierra O’Reilly], respondió enviando a Benito a trabajar en otra de las propiedades del cónsul. El sirviente se negó, argumentando que quería trabajar para Tozzer y que todavía resentía los efectos de una caída; José amenazó entonces con cobrarle 75 centavos diarios que Tozzer accedió a pagar de su propio bolsillo. Al ser informado del intento de extorsión, la reacción del cónsul fue la de un educado latifundista: “[...] Mr. Thompson, por supuesto, dijo que podía tener a Benito todo el tiempo que quisiera, pero que él tenía que mantener el sistema que se sigue en una hacienda”. Thompson le habría dicho a Benito que podía continuar trabajando con Tozzer hasta que un médico amigo suyo viniera a revisarlo y certificar si estaba o no apto para el trabajo que José le había ordenado. “Este doctor, me dice Mr. Thompson, no vendrá por un mes o dos y ‘quizá nunca’. Sospecho firmemente que Mr. Thompson inventó la historia del médico para ser coherente con su sistema y, sin embargo, no hacer nada para privarme de Benito”. No hay mayor referencia al “sistema” en la correspondencia de Tozzer con los *Bostonians* ni, mucho menos, en sus reportes oficiales. Era probablemente una opinión que debía quedar en la intimidad de la correspondencia familiar o en la comunicación

Tozzer hizo también pequeñas incursiones en la sociedad meridana y, en particular, en el pequeño círculo de extranjeros, destacadamente entre sus compatriotas estadounidenses. Entre ellos ya había aparecido el matrimonio James, dueño de una espaciosa casa en el centro de Mérida, que había recibido al joven Tozzer en el desembarcadero de Progreso en enero de ese año y que era igualmente próximo de Thompson. William M. James se intitulaba “Importador y exportador”.¹²⁶ Otros personajes se colaron en las cartas de Tozzer, como un Mr. Balch, “una especie de espía mariguano del mercado de Nueva York”, quien estaba tratando de iniciar un negocio de fabricación y venta de helados, algo inexistente por esos años en la capital yucateca. Más interesante fue su presentación de Teoberto Maler, a quien llamó “un hombre genuino, muy diferente del otro arqueólogo que tiene a Mérida como su casa”. También se había topado con Zelia Nutall y su marido y, una vez más, con Adela Breton, a quien visitaba cada final de tarde: “[...] la pasamos muy bien, deleitándonos con divertidos comentarios, y discutiendo nuestras valoraciones de Mr. Thompson como arqueólogo”. Tozzer llevaba cartas de presentación para el circuito de Salisbury: Julián Aznar, el apoderado de don Esteban, y la familia del gobernador, “los Molinas”, entre ellos el ilustre e ilustrado don Audomaro Molina, que había descubierto el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* alrededor de 1868.¹²⁷

verbal. Sobre las más que conocidas condiciones de trabajo casi serviles en las haciendas henequeneras. Véase Turner, *Barbarous México*; Katz, *Labor Conditions*; Wells, *Yucatan's Gilded Age*; y más recientemente Peniche Rivero, *Historia secreta*.

¹²⁶ La información aparece en un memo fechado en 1924 en papel timbrado, donde desglosa los ramos de su actividad: “Contadores ‘National’”; “Automóviles ‘Overland’”; “Cajas de hierro ‘Baum’”; “Máquinas de coser ‘New Home’”; “Fonógrafos y victrolas ‘Victor’”; “Máquinas de escribir ‘Oliver’”; “Molinos de viento ‘Aermotor’”; “Pianos ‘Foley Williams’”; “Llantas ‘Goodrich’ y ‘Bicicletas’”. CIWA, CAF, “Edward H. Thompson, Correspondence 1911-1934”, caja 4, folder 16.

¹²⁷ A.M.T., “Letters from the Field”, v. 2, “Letter 25. ‘Sunday morning’”. Chichén Itzá, Yucatán. March 26, 1902”. Subrayado en el original. Además de todo lo dicho, el culto hermano menor del gobernador Olegario Molina era propietario de la hacienda Xcumpich y fue acusado por uno de sus peones del uso de métodos brutales, incluidos los azotes, para controlar y castigar a sus trabajadores. De acuerdo con autores ya muy citados, la denuncia habría sido publicada por el periódico *Regeneración* en enero de 1905 (Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 66), pero quien esto escribe no encontró el artículo en ninguno de

LAS INDISCRECIONES DE THOMPSON,
LOS *IMBROGLIOS* DE BOLIO Y LA SOMBRA DE MALER

Hasta este momento sólo se ha encontrado una carta de Thompson a sus patronos fechada en 1902, y enviada a Salisbury desde Cambridge en diciembre. Pero sabemos que el apretón dado por los *Bostonians* el año anterior dio frutos al punto de tranquilizar a Bowditch sobre su trabajo en Chichén Itzá. Por otro lado, lo que sí existe es una abundante correspondencia oficial con el Departamento de Estado que claramente indica un aumento considerable de sus tareas como cónsul. A finales de agosto de ese año, Thompson pidió licencia para viajar a Estados Unidos, cosa que decía no haber hecho desde su nombramiento, cinco años atrás. Sus propósitos eran visitar a sus padres y asistir a un congreso etnológico —que debe haber sido el ruidoso Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Nueva York en octubre de 1902—. ¹²⁸ En diciembre Thompson se preparaba para retornar a Yucatán, sin haber obtenido ninguna respuesta sobre el apoyo financiero por valor de 2000 dólares que le había pedido al presi-

los números publicados por dicho semanario durante enero de 1905, a pesar de la referencia citada, que no indica la fecha exacta de la publicación. El peón denunciante, Antonio Canché, se refugió en Mérida, en la casa del abogado y periodista Tomás Pérez Ponce, director de *El Libre Examen*, un reformista avanzado, defensor de las clases trabajadoras del estado. El asunto se convirtió en un escándalo político una vez que la campaña electoral estaba en pleno desarrollo y las intenciones continuistas del gobernador Olegario Molina eran claras. Al final, tanto Pérez Ponce como otros periodistas y políticos involucrados en los ataques a la oligarquía Molina fueron a dar con sus huesos a la cárcel. En el número del 11 de febrero de 1905, *Regeneración* denunció el desenlace, centrando sus ataques sobre el “enriquecido esclavista Audomaro Molina Solís” y refiriéndose a la denuncia de Canché como una carta “de la que hablamos oportunamente”. La carta en cuestión, contrario a lo que dicen Wells y Joseph, no parece haber sido publicada por el semanario de los Flores Magón, que se limitó a señalar “los tratos que reciben los peones de este opulento hacendado” y “extraer lo más culminante de esta relación [de denuncias] para conocimiento y horror de nuestros lectores”, en un artículo publicado el 17 de diciembre de 1904 —y no en “January 1905”— intitulado “La esclavitud en Yucatán” —y no “La cuestión social en Yucatán— ¿Existe la esclavitud en la península”, como señalan los autores citados.

¹²⁸ Thompson a Hay, Ass. Sec. Progreso, 28 de agosto de 1902. NARA, “Dispatches from US Consuls in Merida and Progreso 1906-1912/RG 59/MP862.1897-1906”, fol. 93.

dente de la AAS para cubrir deudas de vencimiento inmediato. La carta parece haber sido escrita en un ambiente sombrío, pues además del ominoso silencio de Salisbury, el cónsul confesaba sus temores de volver a la península: “Aguardo mi llegada a Mérida con verdadero miedo, porque allí tendré que enfrentar animales mucho más peligrosos para mí que cualquier criatura de la jungla”. La angustia era evidente, pues Thompson había depositado en Salisbury sus últimas esperanzas de resolver sus problemas financieros, y a pesar de decir en el inicio de la misiva que no volvería a tocar en el asunto, la extrema dificultad de su situación lo empujó a pedir ayuda:

Prometo solemnemente que éste será mi último pedido de ayuda financiera y que comenzaré a pagar en un plazo no mayor a seis meses y lo seguiré haciendo hasta que la deuda principal y sus intereses hayan sido cubiertos. Sólo necesito el dinero como un préstamo hasta poder revertir mi situación y con la ayuda del ferrocarril enviar al mercado los productos de mi plantación, maderas, etc., y obtener recursos. Si consigo hacer eso estaré bien ahora y en el futuro. Si no, tendré que ir a Mérida a enfrentar demandas de pago que no puedo cumplir a tiempo y una vez que la bola comienza a rodar nadie sabe cuánto daño puede hacer.¹²⁹

Acompañado de su familia, Thompson salió de Boston el 15 de diciembre de 1902 y llegó a Mérida el 7 de enero de 1903. Antes de su partida, en agosto, Bowditch había recomendado su recontratación como agente del Museo Peabody por un año más, pues el balance final entre sus logros y sus errores parecía favorable.¹³⁰ Según el escueto informe del cónsul al Departamento de Estado, la mayor parte de su licencia la había pasado en Harvard y en el Worcester Polytechnic Institute “estudiando los más recientes métodos de investigación científica”.¹³¹ Poco después del retorno,

¹²⁹ Thompson a Salisbury. Cambridge, 23 de diciembre de 1902. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fólter 3: 1888-1905.

¹³⁰ Bowditch a Putnam. Boston, 6 de agosto de 1902. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, fólter 139.

¹³¹ Thompson a Alvey A. Adee, Ass. Sec. Progreso, 8 de enero de 1903. NARA, “Dispatches from US Consuls in Merida and Progreso, 1906-1912/RG 59/MP862.1897-1906”, fol. 105.

Holmes, ya en el Smithsonian, solicitó nuevamente sus servicios para asesorarlo en la selección de edificios “mayas” que la institución quería reproducir para la exposición de San Luis.¹³²

Pero Thompson se encontró con cosas bastante más delicadas que las “deslealtades” contra sus patronos del eje Cambridge-Nueva York, cometidas mediante su colaboración con el enemigo smithsonian. Para dar sustancia a los hombres lobo temidos y anunciados, le esperaba la noticia de que las denuncias (¿de Maler?) hechas públicas en 1897 sobre el deterioro de Chichén Itzá habían tenido las debidas repercusiones, a pesar de las respuestas negativas a los interrogatorios ordenados por Baranda, y que estaba en puertas un lío fenomenal. En julio de 1901, Santiago Bolio, en su carácter de inspector de monumentos arqueológicos de Yucatán, dijo haber recibido una carta del administrador de la hacienda Chichén —presumiblemente el mismo José Dolores Sierra O’Reilly tantas veces mencionado— “situada a cien metros proximadamente [*sic*] de las ruinas de Chichén Itzá”, en la que se le comunicaba la ocurrencia de un derrumbe. Bolio dijo haber llegado al sitio a mediados de junio, acompañado del juez auxiliar de Pisté, testigos de asistencia y cuatro hombres. Una vez terminada lo que decía haber sido una minuciosa revisión, el inspector informó no haber encontrado “absolutamente paredes ni piedras caídas recientemente, resultando completamente falso el aviso que recibí, e ignorando el móvil que hubiese impulsado a dicho Señor a proceder de esta manera”. El daño que podía verse “fue ocasionado por las escavaciones [*sic*] hechas por el arqueólogo norteamericano Augustus Le Plongeon en el año de 1876 con permiso del gobierno del estado y ayudado por los soldados de G. N. que en aquel tiempo guarnecían esos lugares entonces abandonados”. Como era habitual, Bolio advertía que más dañina que la intervención de los arqueólogos autodidactas del pasado, era la acción del tiempo y de la naturaleza, que, ésta sí, amenazaba con derribarlo todo.¹³³ Las ominosas previsiones del inspector tuvieron efecto inmediato en los gabinetes de la Ciudad de México y el 2

¹³² Holmes a Thompson. Washington, 30 de enero de 1903. NARA, “Merida and Progreso, Mexico Consular Post, vol. 18: Correspondence 1900-1907”, Record Group 84.

¹³³ Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 13 de julio de 1901. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 167, exp.15.

de agosto de ese mismo año se iniciaba el trámite para liberar la partida de 600 pesos que el funcionario había pedido, lo que se efectuó en la segunda quincena de septiembre de 1901.¹³⁴ Los trabajos de limpieza empezaron en fecha incierta, pero en julio de 1902 Bolio recibió la orden de enviar una serie completa de fotografías de las ruinas bajo su jurisdicción, y en particular de Chichén Itzá, a modo de actualizar las que habían sido enviadas a la Exposición de París.¹³⁵ Para entonces, Olegario Molina ya había sido electo gobernador de Yucatán, en una coyuntura que conjugaba la ocupación de los últimos baluartes de los “mayas rebeldes” en mayo de 1901, y particularmente de la capital de la rebelión, Chan Santa Cruz, con las enormes perspectivas que se abrían al capital extranjero con la “liberación” de los riquísimos bosques del sureste de la península, intocados por siglos y repletos de maderas preciosas. Ni tardo ni perezoso, el cónsul estadounidense en Progreso relató los beneficios que la derrota de Chan Santa Cruz podía traer para sus compatriotas: apertura de carreteras para comunicar a la antigua zona rebelde —una de ellas, desde Chan

¹³⁴ R. Núñez a secretario de Justicia. México, 21 de septiembre de 1901. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 167, exp.15.

¹³⁵ Al aceptar el encargo, el inspector se quejó de las dificultades para conseguir jornaleros y pidió inclusive que sus cuatro empleados no fueran “tocados” para ningún otro servicio mientras duraran los trabajos en Chichén Itzá. Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 26 de junio de 1902; *Idem a Idem*, 4 de julio de 1902. En los últimos días de junio de 1902 Bolio reportó el hallazgo de 15 “cariátides” en la cima de lo que después se descubriría ser el templo de Xtoloc, mismas que se le ordenó llevar a Mérida y depositarlas en la jefatura de Hacienda, en caso de que las vías de comunicación lo permitieran. Pero la afirmación del inspector de que las 15 estatuas eran en realidad los sostenes del pedestal sobre el que había descansado el Chac Mool que Le Plongeon excavara en 1875, ya depositado en el Museo Nacional de la Ciudad de México, hizo que se cambiara su destino y se les redireccionara hacia la capital de la República, a donde fueron embarcadas en julio de 1903. Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 26 de junio de 1902; Secretario de Justicia e Instrucción Pública a conservador de los monumentos arqueológicos de Yucatán. México, 16 de julio de 1902. El hallazgo databa del 17 de mayo de ese año. El presupuesto para el traslado a México fue de \$411.26. Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 28 de agosto de 1902; secretario de Justicia e Instrucción Pública a Santiago Bolio, conservador de monumentos arqueológicos de Yucatán. México, 25 de septiembre de 1902; Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 18 de noviembre de 1902. Todos en AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 14.

Santa Cruz a Bacalar, ya estaba en construcción— y la reconquista de la parte más fértil de la península, donde capitales estadounidenses podrían lograr expresivos rendimientos.¹³⁶ Por otro lado, la elección de Olegario Molina auguraba una época dorada para el capital extranjero:

Muchas obras públicas importantes que interesan a nuestros comerciantes, manufactureros y contratistas serán seguramente ejecutadas durante su gobierno. / He tomado las providencias necesarias para tener noticias rápidas y precisas sobre cualquier empredimiento de alguna magnitud y las transmitiré al Departamento de Estado para que sean usadas como convenga.¹³⁷

Es interesante observar que, en la correspondencia del cónsul de Estados Unidos en Yucatán, o mejor, en la correspondencia del agente del Museo Peabody, no hay una sola palabra sobre la intervención del gobierno federal en las ruinas adyacentes a su residencia y, que, de hecho, estaban comprendidas en el perímetro de su propiedad —sobre la cual, una y otra vez, él había asegurado a sus patronos su completa soberanía—. Como tampoco había habido, como vimos, ningún pronunciamiento ni se había establecido ningún vínculo entre las ruinas y el dueño de la hacienda Chichén cuando de la investigación de 1897. Es probable que haya sido una estrategia mínima de protección ideada entre el funcionario estatal y Thompson. Pero algo estaba complicando las cosas. En diciembre de 1902, Alfredo Chavero, ya por entonces director del Museo Nacional, había propuesto que la autoridad de Bolio quedase subordinada a la del gobernador del Estado, mediante el nombramiento de este último como “delegado especial para la conservación de los monumentos de la península”.¹³⁸ En 10 de febrero de 1903 el secretario de Justicia e Instrucción Pública,

¹³⁶ Thompson a Assistant Secretary of State (Cridler). Progreso, 1° de junio de 1901. NARA, “Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso. 1906-1912/RG 59/MP862.1897-1906”, fol. 66.

¹³⁷ Thompson a Cridler, Assistant Secretary. Progreso, 1° de febrero de 1902. NARA, “Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso. 1906-1912/RG 59/MP862.1897-1906”, fol. 80.

¹³⁸ Chavero a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 18 de diciembre de 1902. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 167, exp. 48.

Justino Fernández —a diferencia de su antecesor, miembro del grupo de los “científicos”— firmó el nombramiento de Olegario Molina, gobernador del estado de Yucatán, como encargado de la salud de las ruinas, al cual también se le pedía que propusiera “un plan de trabajo [...] para hacer que se coloquen en su sitio las piedras que se hayan desprendido de los monumentos y para hacer que se remitan a México los objetos arqueológicos que deban formar en el Museo Nacional la colección Maya”.¹³⁹ Los “mayas”, 110 años después del nacimiento de México (a lo que todo indica, gracias a las “cariátides” del Chac Mool) pasaban finalmente a formar parte del creciente patrimonio histórico de la nación. Una instrucción subsecuente le confirmaba al director del Museo Nacional que Santiago Bolio, conservador de los monumentos arqueológicos de Yucatán, quedaba subordinado directamente al gobernador del Estado, y ya no al inspector federal, lo que también se le comunicó a Batres, ocupante del cargo. Sin embargo, para sorpresa general, el gobernador —recién estrenado en el puesto que había asumido el 1° de febrero de 1902— declinó aceptar la responsabilidad, alegando que “las múltiples atenciones del gobierno del estado me impedirían cumplir satisfactoriamente los deberes anexos a ese encargo”. Bolio, quien al recibir la noticia se encontraba supervisando el transporte de las 15 estatuas del Chac Mool, se había trasladado inmediatamente a Mérida y confirmó la desistencia del gobernador.¹⁴⁰ Sin embargo, como veremos más adelante, la negativa de Molina no tuvo ningún efecto, pues el funcionario siguió siendo considerado por la administración porfirista como agente federal para la conservación de los monumentos arqueológicos de su estado.

¹³⁹ Secretario de Justicia e Instrucción Pública a gobernador de Yucatán. México, 10 de febrero de 1903. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 167.

¹⁴⁰ Secretario de Justicia a director del Museo Nacional. México, 10 de febrero de 1903; Secretario de Justicia e Instrucción Pública a Leopoldo Batres, inspector y conservador de monumentos arqueológicos, México, 10 de febrero de 1903; Secretario de Justicia e Instrucción Pública a Santiago Bolio, conservador de monumentos arqueológicos, 10 de febrero de 1903; Olegario Molina a Justino Fernández, Secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 25 de febrero de 1903; Santiago Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública, Mérida, 28 de febrero de 1903. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 167, exp. 48.

El embrollo parecía estar relacionado con la reproducción en la *Revista de Mérida*, de enero de 1903, de una noticia publicada en diciembre del año anterior por la *Worcester Evening Gazette*, de Worcester, Mass., que daba cuenta de una conferencia pronunciada por el cónsul Thompson en el salón Salisbury de la American Antiquarian Society sobre —en la traducción de la *Revista*— “Las ciudades ocultas, ruinas de Yucatán”. En la conferencia, informativa y relativamente inofensiva para la audiencia local, el cónsul había dejado escapar una frase que puso a Bolio con los pelos de punta, pues revelaba que en su jurisdicción se realizaban actividades completamente violatorias de las leyes de 1896 y 1897. Según la versión que la *Revista de Mérida* hizo de la materia publicada por el periódico de la ciudad sede de la American Antiquarian Society, Thompson se había referido a “los trabajos que había realizado para dar a conocer las pinturas murales de los códices mayas” y, peor aún, había afirmado que “[...] Los arqueólogos están ahora empeñados haciendo excavaciones en Yucatán, permitiéndoles tomar fotografías y moldes [...]”, lo que había sido seguido por la correcta aclaración de que todo cuanto se descubría era propiedad del gobierno mexicano.¹⁴¹ El desmentido de Bolio era una pequeña obra de —literalmente— ficción científica, pues afirmaba enfáticamente, sin el menor recato, que desde el momento en que había tomado posesión de su cargo, cinco años atrás (1898), había comunicado “oficialmente a los señores Maler y Thompson que suspendieran sus estudios en dichas ruinas, suplicándoles que se limitaran a realizar vistas fotográficas [...]”. La información transmitida por el diario de Worcester en el sentido de que las huertas del cónsul estadounidense crecían alegremente en medio de los monumentos de Chichén Itzá fue también desmentida con toda indignación, pues las ruinas, decía su conservador, “se hallan completamente separadas de la expresada finca”. Y en referencia al cumplimiento de lo dispuesto por la ley de 1897, concluía: “En el mes de agosto próximo pasado, de acuerdo con el señor Juez de Distrito, y autorizadas mis operaciones por el Juez 1° de Paz del pueblo de Tinum, deslindé el perímetro del terreno que ocupan dichas ruinas, [...] no quedando

¹⁴¹ “Una conferencia acerca de antigüedades yucatecas. Festejos al Sr. Cónsul americano en Yucatán”. Recorte de periódico (*Revista de Mérida*) sin fecha. En AGN, Secretaría de justicia e Instrucción Pública, c. 167, exp. 50.

en este perímetro ningún terreno de propiedad particular ni mucho menos plantaciones y huertas, como dice el ‘Worcester’ [sic], de Massachusetts”.¹⁴²

Pero el desmentido de Bolio no sólo no fue suficiente, sino que la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, que había recibido recortes de los artículos de la *Revista de Mérida* referentes al problema, decidió tomar cartas en el asunto, alarmada por otras evidencias de desmanes en Chichén Itzá (¿Maler de nuevo? ¿Adela Breton?). El mismo mes de agosto de 1903 en que se le autorizaba el presupuesto para el traslado de las estatuas del pedestal del Chac Mool, por acuerdo del presidente de la República se le ordenó a Bolio que respondiera a una denuncia recibida en la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública en el sentido de que el cónsul de Estados Unidos en Yucatán estaba activamente involucrado en la exploración de las ruinas de Chichén Itzá. Se le mandaba, en tono imperativo y urgente,

[...] se sirva informar usted a esta Secretaría, a la mayor brevedad posible, qué se está haciendo o se ha hecho en los monumentos que están al cuidado de Ud., bajo la dirección o con la intervención del Sr. Thompson, pues esta Secretaría tiene noticia de que así se ha hecho. / El mismo Supremo Magistrado ordena que suspenda Ud. desde luego cuantas obras se estén haciendo de esa manera o cuantas redunden en perjuicio de la integridad de las ruinas que están a su cargo y no proceda jamás a efectuar obra ninguna sin recabar previamente el acuerdo de esta Sría.¹⁴³

El enredo abrió una ventana más desde la cual observar las complicadas relaciones del conservador de los monumentos arqueológicos de Yucatán y el cónsul de Estados Unidos en el estado, así como la red de intereses que Thompson había sabido crear

¹⁴² “Una carta del inspector de ruinas”, *Revista de Mérida*, 20 de enero de 1903. La defensa de Bolio está fechada el 4 de ese mismo mes. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 167, exp. 50. Sería provechoso averiguar cómo fue que la materia del *Worcester Evening Gazette* llegó a la redacción del semanario meridano. ¿Por las manos vanidosas del propio Thompson?, o ¿por las de los “lobos”?

¹⁴³ Secretario de Justicia e Instrucción Pública a Bolio, México, 11 de agosto de 1903. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 14.

para su propia protección, con unos *Bostonians* cada vez más lejanos y ajenos, además de desconfiados. Sumando diferencias y distancias a las que había manifestado respecto al deslinde de las huertas de Thompson y a la supuesta prohibición de realizar excavaciones en las ruinas que habría impuesto hacia 1898, tanto al cónsul como a Maler —que en el caso del primero sabemos que no tuvo ningún efecto, por la propia complicidad de quien prohibía—,¹⁴⁴ Bolio atribuyó la denuncia a “alguna persona infame que pretende desvirtuar la conducta honrada y correcta que siempre he observado en todos mis actos”. Peor todavía, negó que Thompson estuviera o hubiera estado alguna vez involucrado en la ejecución de trabajos arqueológicos, ni siquiera en su dirección, cosa que, como hemos visto a lo largo de este estudio, era una sonora bofetada a la verdad. Es más, el conservador de monumentos del estado, que había procedido al deslinde del área arqueológica de Chichén Itzá sin que fuera su obligación, pues se trataba de propiedad de la nación administrada por el gobierno federal, juraba haber entrado en confrontación con el propietario de la hacienda —es decir, el mismísimo Thompson(!)— cuando éste se opuso a que el cenote de Xtoloc fuera incluido en el perímetro federal. Bolio solicitara entonces el apoyo del gobernador yucateco, Olegario Molina, quien ya se había negado con anterioridad a involucrarse en cuestiones arqueológicas, y quien, coherente con su visión del mundo, declaró que el problema “no era de su incumbencia” y mandó al conservador a que pidiera el auxilio del juez de distrito. El magistrado finalmente autorizó a Bolio a realizar el deslinde con la inclusión del cenote en el área federal, lo que dio por resultado una demanda del cónsul-propietario de la hacienda Chichén en contra del conservador en ese mismo juzgado.¹⁴⁵ Es decir, ¿había un juego de sombras y otro de cuerpos reales o las relaciones efectivamente se habían enfriado? ¿Era un episodio burocrático de aplicación de la ley por parte de Bolio y un recurso legal, y legítimo, por parte de Thompson? ¿O estamos simplemente frente a un caso corriente de un funcionario corrupto y mitómano? La cuestión se complicaba por la proximidad del cónsul

¹⁴⁴ Aunque es posible que cumpliera con sus obligaciones el año de su nombramiento, y que después, forzado por sus deudas, haya tenido que acomodarse e ignorar las violaciones de Thompson.

¹⁴⁵ No se ha encontrado el expediente de la demanda.

con el poderoso y riquísimo gobernador, que vino a cuentas en el mismo informe que Bolio envió en su defensa al secretario de Justicia e Instrucción Pública:

El Señor Thompson tiene una finca tan cercana a las ruinas, que el Edificio denominado Ahab Dzib [donde se había alojado impunemente Adela Breton en 1900] apenas está a cincuenta metros de los corrales de dicha finca, siendo este el motivo por que dicho Señor, sus visitantes y sirvientes, siempre pasan por las Ruinas, pero sin tocar absolutamente nada, como les he prevenido. / El Señor Thompson hace como dos meses que se encuentra en su finca al frente de veinticinco o treinta hombres, ocupado en rectificar y abrir un camino nuevo que partiendo de dicha finca se dirige al pueblo de Sitás [sic] pasando por el mismo terreno que ocupan las ruinas, y a corta distancia de los Edificios. Estos trabajos los está haciendo de acuerdo con el Señor Gobernador, que es quien le proporciona los trabajadores.¹⁴⁶

Después de salvar relativamente la cara del cónsul estadounidense, Bolio atribuyó al fin la denuncia en su contra al jefe político de Valladolid, por haberle decomisado 12 “cabezas de serpiente de piedra” que se encontraban en sus dependencias, que habían sido extraídas de Chichén Itzá en tiempos del gobernador Guillermo Palomino (1886-1888), y que el conservador quería devolver a su lugar de origen. Según la defensa de este funcionario, el jefe político, al percatarse de las intenciones de Bolio, envió las esculturas al Museo Yucateco, pero a su paso por Dzitas el conservador las decomisó y sólo permitió que siguieran cuando recibió un telegrama del gobernador confirmando que era bajo sus órdenes que se hacía el traslado: “Con motivo de este decomiso, el jefe político de Valladolid me ha tomado mala voluntad, y quizá por este conducto se hubiesen mandado informes inexactos, que pudieran perjudicar mi reputación”.¹⁴⁷ Aparentemente, el informe

¹⁴⁶ AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 14. La asistencia del gobernador debe haber sido providencial, pues eran años de crítica falta de mano de obra por causa del *boom* henequenero. Véase Wells, *Yucatan's Gilded Age*. Sobre las actitudes aparentemente ambivalentes de Bolio en relación con Thompson, véase Sellen, “El último viaje de Santiago Bolio”.

¹⁴⁷ O. Molina a Bolio. Telegrama. Mérida, 1º de abril de 1903. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 14. Bolio aclaró que no había infor-

del conservador satisfizo la curiosidad de las autoridades federales y, como en ocasión de denuncias anteriores, todo acabó allí.

O casi. Pues resulta que un funcionario de la Secretaría de Justicia de nombre Ezequiel A. Chávez, el primero del subgrupo de los “sabios a sueldo” del grupo de los Científicos según L. Cabrera,¹⁴⁸ jefe de la Sección de Instrucción Preparatoria y Profesional, se inconformó con la actitud del gobernador, quien en lugar de comportarse como delegado del gobierno federal para el cuidado de las antigüedades nacionales y apoyar al conservador, había incurrido en una conducta impropia de su cargo y, según el inconforme, había favorecido intereses políticos regionales. Chávez solicitó al secretario que dictara “las medidas apropiadas para impedir que en lo sucesivo llegarán a ser estériles las decisiones tomadas por el Gobierno Nacional en lo que a estos asuntos se refiere”. La rebeldía de Olegario Molina estaba a punto de zozobrar. El 12 de septiembre de 1903 el secretario de Justicia e Instrucción Pública accionó al secretario de Gobernación para que le preguntara al gobernador de Yucatán, con ironía y retórica, “si cree conveniente que las cabezas esculpidas de que se trata sean colocadas de nuevo en las ruinas de Chichén Itzá”. Molina respondió con prolijidad, narró la historia de las cabezas de piedra, llena de episodios muy semejantes a los del Chac Mool y un final muy parecido: de Valladolid llegaron a Mérida, fueron instaladas en el Museo Yucateco, y allí estaban, decía un gobernador ya vencido, “mientras dispone de ella[s] la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública”. Sin embargo, la insubordinación de Bolio no pasó desapercibida y Molina concluyó su informe censurándolo por no haber procedido “justificadamente” al decomisar temporariamente las piezas.¹⁴⁹ Tampoco pasaron desapercibidas para los

mado con anterioridad del problema por las órdenes que había recibido de subordinarse al gobernador —lo que, evidentemente, había entendido como una carta blanca para que el mandatario hiciese y deshiciese a su antojo en el campo de las antigüedades yucatecas—. Copia del telegrama de Molina fue enviada a la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública.

¹⁴⁸ Cosío Villegas, *Historia moderna*, p. 858.

¹⁴⁹ El origen del descubrimiento de las “cabezas de serpiente” había sido una excursión del jefe político de Valladolid, José María Iturralde, en 1887 a Chichén Itzá. En un viaje a la Ciudad de México solicitó al ministro de Fomento, Vicente Riva Palacio, autorización para removerlas a su capital, pues estaban expuestas al saqueo y deterioro. De regreso a Mérida, Iturralde solicitó otra

patrocinadores bostonianos del proyecto las aristas que comenzaban a caracterizar las relaciones entre sus dos agentes en activo, Thompson y Maler (aparentemente ignorantes de que ambos serían al mismo amo), si bien las denuncias de este último en el sentido de que el cónsul estaba enviando materiales al Museo Field Columbian de Chicago fueron minimizadas por Putnam, que las calificó de totalmente carentes de fundamento. Tales infundios

pueden ser tentativas de Maler para dejar mal a Thompson ante nosotros. Tienen evidentemente celos uno del otro. Si hay alguna mención a Thompson [en una carta a ser enviada a Maler] creo que sería mejor dejar claro que él nos envía los moldes que hace de las esculturas de Chichén Itzá y que también nos manda fotografías e informes. Así se dará cuenta de que no queremos interferencias en el trabajo de Thompson. También debo decir que las historias sobre Thompson resultan muy distorsionadas. [...] pienso que Maler debe saber o se enterará muy pronto de que Thompson ha estado y está trabajando para nosotros.¹⁵⁰

autorización al ministro, esta vez para ponerlas en un jardín que se estaba construyendo en la plaza principal, lo que fue negado por Riva Palacio, “manifestando que dichas piedras son propiedad del Gobierno Federal”. Y allí se mantuvieron, bajo custodia del ayuntamiento local, hasta que Bolio supo de ellas. Secretario de Gobernación a secretario de Justicia e Instrucción Pública, México, 18 de septiembre de 1903. (Transcribe la respuesta del gobernador). AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 14.

¹⁵⁰ Putnam a Bowditch. [Cambridge], s/f [¿septiembre de 1903?]. Al parecer, Bowditch se molestó mucho con las intrigas de Maler, pues le respondió a Putnam: “Creo que no sería apropiado para mí recibir una carta con tales restricciones sobre Thompson sin dar algún tipo de respuesta”. Bowditch a Putnam, 22 de octubre de 1903. El intercambio de correspondencia en torno a Maler también deja claro el concepto que los *Bostonians* se habían hecho de un tercer personaje de esta historia, Batres, después de una década de lidiar con él: “No tengo la más mínima fe en Batres ni en ninguno de los otros que ayudan a Maler cuando los llama. Por lo que ahora sabemos acerca de Batres, creo que su ayuda dependerá en gran medida de la cantidad de efectivo disponible para sus servicios, e incluso entonces yo tendría poca confianza en él. [...] Maler debe saber del control de Batres sobre el presidente. Entre usted y yo, ¿no cree que Maudslay no obtuvo permiso para explorar Monte Albán en gran parte debido a Batres que considera eso como su reserva?” PMA, C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909, caja 12, fólder 140.

Ese mismo mes de septiembre de 1903, los *Bostonians* parecen haberse apercebido de que Maler estaba detrás de las denuncias ante el secretario de Justicia e Instrucción Pública sobre las excavaciones de Thompson: “En la última carta de Maler que le envié verá usted que él menciona haber visto al ministro, etc. Espero que la posición de Thompson sea ‘inexpugnable’ y por lo que nos ha dicho creo que así es en el contexto de los métodos peculiares y necesarios para trabajar en ese país”. Es decir, la única manera de trabajar para obtener los resultados deseados por los *Bostonians* y su agente en un país como México era usar peculiares y necesarios “métodos” para burlar la ley.¹⁵¹

Durante sus últimos días en Boston, como vimos, Thompson había tratado de obtener un préstamo de Salisbury para poder pagar las deudas acumuladas y comprar la maquinaria del ingenio azucarero en el cual depositaba todas sus esperanzas de un rápido y sostenido enriquecimiento —que a su vez permitiera la metamorfosis de la hacienda Chichén en una “estación científica”—. Después de un prolongado silencio Salisbury había cedido y otorgado, por intermedio de David Casares, su apoderado legal en Mérida,¹⁵² un préstamo por valor de “\$7745 oro”, que sería garantizado por una (segunda) hipoteca de 12000 pesos sobre la parte de la hacienda Chichén que no estaba cubierta por la hipoteca de 15000 pesos

¹⁵¹ Putnam a Bowditch. Boston, [¿octubre?] de 1903. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, fólder 140.

¹⁵² David Casares había sido compañero de Salisbury en Harvard en la generación (*class*) 1856 y su anfitrión durante el invierno de 1861-1862 cuando Salisbury residió en Mérida por más de cinco meses, para huir del reclutamiento militar en el ejército de la Unión, y comenzó a interesarse en lo “maya”. AAS, “Salisbury Family Papers. Letter to Stephen Salisbury II. 2 January 1862”, citado en Hinsley, “In search of the New World”, p. 115. Véase *Memorial of the Harvard College Class of 1856*, preparado para el cincuentenario de la graduación, 27 de junio de 1906, Geo. Ellis Co. Printers, 1906, pp. 55, 243-246. Las relaciones entre ambos personajes fueron estrechas y sólo se cerraron en 1905, con la muerte del bostoniano. Salisbury sacó a Casares de problemas financieros en más de una ocasión, gracias a la intervención de otro amigo común, R. Aznar Pérez, en esa época apoderado de Salisbury y su asesor en cuestiones financieras yucatecas. Aznar a Salisbury. Mérida, 9 de abril de 1895. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fólder 3: 1888-1905. Tozzer describió a Casares como “Graduado de Harvard, pero con la mayor parte de su educación pérdida hace largo tiempo en su entorno”. Tozzer, “Letters from the Field. Carta V. Merida, Yucatan. Casa del Señor James. 10 de enero de 1904”.

otorgada en 1899 por Thompson a Juan F. Molina Solís. El hecho de que esa primera hipoteca hubiera sido redactada sin especificar la dimensión del terreno que garantizaba el préstamo no era problema pues Molina Solís le había dicho a Casares: “la hacienda que entonces valía considerablemente más que la hipoteca ahora vole [sic] casi lo doble de manera que hay suficiente garantía para la primera y para la segunda // [...]”. Y Molina Solís no sólo no había levantado ninguna objeción a la entrada de Salisbury en Chichén, como que le había manifestado a Casares su deseo de vender la hipoteca que obraba en su poder. En caso de que Salisbury aceptara, se convertiría en el único dueño virtual de la hacienda y sus alrededores contra una deuda consolidada de Thompson de 17 000 dólares-oro. A Casares le parecía un negocio tentador pues el cónsul le había dicho haber recibido una oferta de 90 000 pesos por su propiedad.¹⁵³ El apoderado de Salisbury confirmó lo dicho por Thompson respecto de las mejoras que había introducido en la hacienda y, sobre todo, a la valorización de Chichén por la aproximación del ferrocarril, que ya llegaba a Dzitas. De acuerdo con las estimativas de Casares, la hacienda Chichén no se vendería en esos momentos por menos de 60 000 y le rondaba la cabeza otra vez la noticia de la oferta de 90 000 recibida por el cónsul: “Es verdad que el valor de las propiedades en el Distrito de Valladolid está aumentando conforme el ferrocarril se aproxima, y que el ferrocarril ya llegó más allá de Dzitas, la estación más cercana a Chichén, y que ahora están abriendo un camino para carruajes desde la estación hasta la hacienda lo que ciertamente aumentará su valor [...]”. Pero a pesar de la danza de los números y de la evidencia de que Salisbury se estaba convirtiendo en un frecuente inversionista de negocios inmobiliarios en Yucatán —y ya no sólo arqueológico-anticuarios—, había un halo de filantropía rodeando todo el asunto relacionado con Thompson: “Creo que como yo él percibe que usted sólo entró en este negocio para hacerle un favor // y espero que se proponga comportarse honestamente, aunque sólo sea en su propio

¹⁵³ La hipoteca en favor de Molina había sido por “\$6000 gold”. Casares a Salisbury. Mérida, 23 de enero de 1903. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fólger 3: 1888-1905. Sobre la inflación del precio de la tierra durante el *boom* henequenero de principios del siglo xx, véase Wells, *Yucatan’s Gilded Age*, p. 74.

beneficio”.¹⁵⁴ Sin embargo, Salisbury declinó adquirir la deuda de Thompson con Molina Solís en esa ocasión, y la hipoteca por valor de 12000 pesos en su favor fue firmada por Casares el 30 de junio de 1903.¹⁵⁵ Entre el segundo semestre de 1903 y el primero de 1904, Casares convenció a Salisbury de comprar la hipoteca de Molina Solís. El negocio se concluyó el 2 de mayo de 1904, después de que Casares hubiera advertido a su representado que existía una oferta de 250 000 pesos (“plata mexicana”) por Chichén. Unos meses antes, al despedir a Tozzer, quien se embarcaba en Progreso en el *Tabasqueño* (“No consigo imaginar una línea de vapores peor que la Compañía Mexicana de Navegación [sic] y ninguno de sus navíos es peor que el *Tabasqueño*”), Thompson había alardeado que no vendería Chichén ni siquiera por 150 000 dólares: “Pobre idiota debe haber pensado que yo le creía. Hay una hipoteca sobre ella y él aprovechará la primera oportunidad para venderla por un tercio de esa suma”, escribió Tozzer.¹⁵⁶

LAS DESPEDIDAS DE TOZZER

En enero de 1904, Tozzer volvió a Yucatán, en su tercera temporada como becario en arqueología americana del AIA. Sus estancias anteriores y sus investigaciones lingüísticas se habían visto parcialmente frustradas por la imposibilidad de llegar a la zona arqueológica de Tulum, y más precisamente a Chan Santa Cruz: “En diversas ocasiones tanto los mexicanos como los propios indios me advirtieron del peligro de emprender esa jornada por causa de la guerra que enfrenta las tropas mexicanas con los indios sublevados. Me aseguraron que tal vez en un año sería posible entrar en la región sin mayores peligros”.¹⁵⁷ Pero las previsiones fallaron. En su segundo viaje, iniciado el 9 de diciembre de 1902, el joven becario se encontró con el mismo problema al

¹⁵⁴ Casares a Salisbury. Mérida, 14 de febrero de 1903. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, folder 3: 1888-1905.

¹⁵⁵ Casares a Salisbury. Mérida, 5 de marzo de 1904, referida en “Edward H. Thompson, Mérida, Yucatan”. AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fld 3: 1888-1905.

¹⁵⁶ A.M.T., “Letters from the Field”, v. 2, carta VI. Vapor *Tabasqueño*. En ruta Progreso-Frontera. 15 de enero de 1904.

¹⁵⁷ Instituto Arqueológico de America, *Twenty-Third Annual Report*, p. 3.

tentar alcanzar la parte oriental de la península y sólo consiguió llegar hasta Valladolid. En el trayecto, a pesar del prematuro canto de victoria de las autoridades federales y estatales, fue advertido en varias ocasiones sobre la imposibilidad de alcanzar la costa este por tierra y decidió olvidarse del proyecto “hasta cuando los indios sublevados sean final y completamente dominados por las tropas mexicanas”. Un poco decepcionado, permaneció en Mérida hasta el 10 de febrero de 1903 cuando se embarcó en el *Usumacinta* con dirección a Tenosique y de allí se fue a caballo hasta la laguna Pethá en Chiapas, para integrarse a las comunidades lacandonas de la región.¹⁵⁸ Durante su estancia en la capital yucateca, el joven

¹⁵⁸ Tozzer, “Report of the Fellow”, pp. 45-46; en su *Diario*, Tozzer dice haber recibido una carta de David Casares sobre el viaje de Tulum. “Llegar a ese lugar está fuera de discusión e incluso ir tan lejos como Cobá es una posibilidad bastante dudosa. Los indios sublevados están de nuevo levantados en armas y no se sabe cuándo ni dónde aparecerán. Creo que cambiaré efectivamente mis planes e iré directamente desde aquí al río Usumacinta y de ahí al lago Petha”. Alfred M. Tozzer, *Diary. 1903-1905*. Entrada del lunes 19 de enero de 1903 [?]. A reserva de futuros comentarios, hay que advertir que el *Diario* presenta algunas dificultades, pues sus entradas, si bien escritas en una libreta con la fecha de “1903” en la portada (“The National Diary, 1903”) no indican las fechas precisas, sino que se inscriben bajo el dato (mes y día) que la libreta trae impreso. El problema surge cuando el *Diario* se contrasta con las cartas escritas a la familia (“Letters from the Field”), pues informaciones registradas en estas últimas como siendo, por ejemplo, de 1904, se encuentran, con una redacción levemente diferente, en el *Diario* presuntamente escrito en 1903. Hay inclusive entradas con fecha de “May 13” (p. 133), cuando, según sus *Reports*, el único 13 de mayo que Tozzer pasó en Mérida fue el de 1905. Siempre queda la posibilidad de que Tozzer no se haya preocupado con la correspondencia entre sus anotaciones y las fechas impresas del *Diario*, y que haya inclusive incorporado notas de años diversos, lo que, si bien podría ser aceptable, es extraño en un antropólogo profesional bien entrenado y tan cuidadoso en el registro de sus observaciones cualitativas. Por otro lado, las “Letters from the Field”, que parecen más confiables, pues éstas sí consignan con claridad las fechas (si bien bajo una misma se encuentran cartas de días consecutivos), están mecanografiadas, lo que indica una transcripción de los manuscritos originales y, con eso, posibles omisiones o errores de lectura y otros. Por ejemplo, en el v. 2 hay cartas de enero de 1904 fechadas en Mérida, pero el *Report* de Tozzer correspondiente a esa temporada indica que de enero a abril de ese año estuvo en Chiapas, viviendo con familias lacandonas. (Véase Tozzer, “Report of the Fellow”, p.54). Pero como lo que interesa en general es la calidad de la información y no tanto la exactitud del momento en que fue registrada —a no ser en cuestiones en que las fechas son cruciales— se usaran ambas fuentes con los debidos riesgos.

Tozzer disfrutó de una intensa y animada vida social en el círculo de amigos de los James (y de Salisbury) y, entre otros, asistió a un desayuno en el que Maler declaró que las leyes de protección a las ruinas se habían debido a los desmanes de Thompson en Chichén Itzá, algo que a Tozzer le pareció una exageración.¹⁵⁹ El novel arqueólogo volvió a Mérida el 15 abril de 1903, después de un viaje hacia la región lacandona, durante el cual estrechó sus relaciones con Maler, quien le confió varios objetos de jade para que se los entregara al duque de Loubat.¹⁶⁰ Pero al llegar a Progreso en su tercera temporada, la frustración provocada por no haber podido llevar a cabo sus planes de visitar la costa oriental de la península, sus desencuentros con Thompson y sus “sistemas” y sus frecuentes retornos al “Área Boston”, parecía haber provocado ya un cambio de actitud en Tozzer. La visión idílica que había dado en sus cartas y notas referentes a sus viajes anteriores se transformó en total irritación e impaciencia, no exenta de un toque de racismo, ante —por ejemplo— la lentitud de los trámites aduanales: “[...] esta prolongada demora sólo se debió a la estúpida y atrasada actitud de las personas de este país”. Su mal humor aumentó al llegar al consulado de Estados Unidos donde fue atendido, no por Thompson, que no estaba, sino por “su sustituto; un mexicano de dudosa reputación”, probablemente Manuel Rivas Solís, el funcionario del consulado. Cuando, después de liberar su voluminoso equipaje, finalmente se hizo presente el cónsul, la impresión continuó siendo consistente: “Me pareció tan poco sincero y tan indigno de confianza y respeto como siempre”. Sin embargo, todos los pesares quedaron en un segundo plano al llegar a Mérida y ser afectuosamente acogido y hospedado por el matrimonio James en su espectacular mansión. A la hora de la sobremesa apareció Herr Maler (“un soldado alemán de los días de Maximiliano que ha vivido en Mérida por muchos años”), cuyas relaciones con el cónsul estadounidense estaban completamente

¹⁵⁹ Alfred M. Tozzer, *Diary 1903-1905*. Entrada del miércoles 13 de enero [¿1903?] Mérida. Al encontrarse con Thompson por primera vez en esa temporada, aún en Progreso, Tozzer había consignado: “Thompson en Progreso, lo mismo de siempre, sin más determinación ni más confianza inspiradora como de hábito”. Entrada del viernes 8 de enero.

¹⁶⁰ Alfred M. Tozzer, *Diary 1903-1905*. Entradas del martes 5 y sábado 9 de abril [¿1903?]. Tenosique.

deterioradas, como vimos también deteriorarse las de Adela Breton, mientras que la escasa simpatía de Tozzer por su compatriota iba en imparable declive al tiempo que aumentaba su empatía con don Teoberto: “Es un buen arqueólogo y ha hecho excelentes trabajos, por lo que es odiado por ‘Papacito’ [en español en el original], el apodo que le hemos dado a Mr. Thompson”.¹⁶¹ La animadversión de Maler hacia Thompson es una constante en los registros de los encuentros de Tozzer con el arqueólogo austroalemán, y hablar mal del cónsul se convirtió en uno de los pasatiempos favoritos del círculo de los James. En cierta ocasión, Tozzer describió una velada con Maler, a la cual lo acompañó la señora James, en los siguientes términos:

Tuvimos una animada reunión durante la cual no cesó de lanzarle dardos a Thompson que tuvimos que desviar en la medida de lo posible pues el pobre ‘Papacito’ no aguanta más agujonazos // por más que se los merezca. Ambos tienen muchos celos uno del otro. Maler no tiene por qué sentirse de esa manera pues él es infinitamente superior a ‘Papacito’ en lo que se refiere al trabajo científico, aunque la reputación de ambos no sea lo que debe ser.¹⁶²

Nada quedaba de las primeras, favorables impresiones que Tozzer había tenido de Thompson. La suma de las antipatías de Adela Breton y de Teoberto Maler, junto con sus propias observaciones sobre el comportamiento “feudal” del cónsul y sus marrullerías, como las de inventar trabajos en Mérida para ausentarse del consulado en Progreso, llevaron a Tozzer al borde del insulto: “Me parece que apenas puedo tratar a Mr. Thompson con cierta decencia”.¹⁶³ Las inconformidades del joven antropólogo, siempre

¹⁶¹ A.M.T, “Letters from the Field”, v. 2, Carta V. Mérida, Yucatán. Casa de Mr. James. 10 de enero de 1904.

¹⁶² *Idem*. La antipatía del iracundo Maler no se detenía en el cónsul estadounidense. En su viaje a Tenosique, Tozzer había percibido otros odios del arqueólogo alemán: “[...] A Maler le gusta mantenerse completamente alejado de la gente del pueblo. Él odia a los mexicanos”. Alfred M. Tozzer, *Diary 1903-1905*. Entrada del sábado 9 de abril de 1903[?] (Tenosique).

¹⁶³ La mala voluntad de Tozzer hacia Thompson convertía los alegatos de este último sobre su dedicación al trabajo en simples subterfugios: “Anoche no pudo venir a vernos porque ‘estuvo revelando láminas hasta muy tarde’. Esto me parece que es y ha sido su excusa común en los más de dos años // desde

mezcladas con indulgentes incursiones en las fiestas de la ciudad, donde reportaba con frecuencia notar la presencia de “muchas chicas bonitas [...] más bien morenas con grandes ojos negros que están siempre coqueteando”, produjeron descripciones memorables de la Mérida de *fin de siècle* en las que la “casta divina” y sus sustentos materiales —el cultivo y las exportaciones de henequén— monopolizaban el foco de Tozzer:

Cuando uno ve la gran riqueza exhibida en esta ciudad, casas llenas de ornamentos traídos de París, gente andando en los carruajes más costosos, y vistiendo modelos de los modistas de Nueva York y París, diamantes por todos lados, ¿y todo obtenido de dónde? Del pobre indio maya sometido a la esclavitud y mantenido así por los hacendados [*sic*, en español en el original] que pueden forzar la servidumbre sobre sus sirvientes gracias a la poco estricta aplicación de las leyes que prohíben la esclavitud. Cada propietario paga un impuesto de diez dólares por cada paca de henequén que sale de su plantación y ese dinero se invierte en la pavimentación de calles que el año pasado parecían ríos más que nada. En compensación, el gobierno ha hecho un acuerdo con los hacendados [*sic*] gracias al cual la ley contra la esclavitud no es aplicada y los sirvientes que se escapan son capturados y llevados de vuelta a la plantación. Al final, la plantación gana más de lo necesario para pagar impuestos agregados una vez que los sirvientes trabajan de forma más constante aterrorizados por la nueva fuerza de la ley.¹⁶⁴

Desconocemos cuál fue la reacción de los *Bostonians*, tanto a las descripciones de las condiciones inhumanas de trabajo en las haciendas henequeneras de Yucatán como a los ácidos comentarios que Tozzer —también encargado de reportar sobre las actividades de Thompson y sobre los prospectos financieros de la hacienda Chichén— vertió sobre el cónsul en sus cartas familia-

que su consulado se mudó a Progreso y resulta que él se encontraba en Mérida esa noche. Pobre ‘Papacito’ y su reputación. Me pregunto si cree que engaña a todas las personas todo el tiempo. Mrs. Thompson (su esposa) está en Chichén ayudando a sustentar a la familia en Cambridge”. Alfred M. Tozzer, *Diary 1903-1905*. Entrada del sábado 9 de abril de 1903 [?] (Tenosique).

¹⁶⁴ A.M.T., “Letters from the Field”, v. 2, Carta V. Mérida, Yucatán. Casa de Mr. James, 10 de enero de 1904.

res y en su diario. Como ya advertí, ese tipo de comentarios no se encuentran ni en los reportes oficiales de Tozzer como becario del AIA, ni en su correspondencia con Putnam o con Bowditch.¹⁶⁵ Tampoco deben haber sido amables las referencias que Adela Breton hizo de su trato con Thompson. Por otro lado, las dudas de los *Bostonians* sobre la viabilidad del proyecto de convertir a Chichén en una empresa agroindustrial no necesitaban de las confidencias de Tozzer, pues los informes de Casares a su amigo Salisbury eran bastante claros al respecto. Probablemente Tozzer prefirió restringirse en su correspondencia oficial a lo estrictamente arqueológico, y limitarse a describir los trabajos del cónsul sin hacer juicios de valor, o, entonces, a hacerlos de manera verbal.

* * * * *

La intervención de los *Bostonians* y de sus aliados y rivales angloamericanos en los asuntos arqueológicos de México, y, en particular, de Yucatán, adquiere durante el periodo 1894-1903 una relevancia sin precedentes. Por un lado, buena parte de la fiebre por las antigüedades mexicanas desatada a partir de la segunda mitad de la década de 1890 fue resultado de las acciones de promoción que el trío Putnam-Bowditch-Salisbury llevó a cabo tanto en la World's Columbian Exposition de Chicago (1893) como en la audaz negociación que culminó con la firma del contrato entre el Museo Peabody y el gobierno de Honduras para la exploración de Copán. De esas acciones derivó una clara valoración —si bien difícil de estimar— de los objetos precolombinos mesoamericanos. El otro lado de la moneda fueron las primeras alarmas disparadas al interior de las oficinas gubernamentales de la Ciudad de México, en particular en la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, pero también en el Congreso y en parte de la prensa, por la “invasión” extranjera que estaban sufriendo los más conocidos sitios arqueológicos en territorio mexicano. Pero la importancia

¹⁶⁵ Al contrario, en su informe para el bienio 1901-1902, Tozzer, después de agradecer a los miembros del comité de la beca, Putnam, Bowditch y Boas, agradeció también al “Honorable E. H. Thompson, American Consul at Merida [sic], Yucatan, ... por su amable ayuda al inicio de mis trabajos en un país donde todo era extraño y nuevo”. Instituto Arqueológico de América, *Twenty-Third Annual Report*, pp. 1-9.

de la injerencia de los *Bostonians* y sus aliados neoyorquinos en lo que cada vez sentían más como un espacio propio, fue que ella constituyó la base sobre la cual se promulgaron las primeras leyes modernas de protección del patrimonio arqueológico nacional, gracias a las cuales se pudo implantar al fin un mínimo de orden en la exploración de sitios prehispánicos —si bien estuvieron lejos de ser aplicadas de manera a cohibir los mayores saqueos que se venían dando desde por lo menos la década de 1870—. En esto también, como sabemos, los *Bostonians* tuvieron un papel preponderante a través del frente de exploración y contrabando que funcionó nuevamente, a partir de 1897, desde el consulado de Estados Unidos en Progreso, una vez más encabezado por Edward H. Thompson. La recuperación del control de la oficina consular a partir de ese año fue, sin duda, una de las grandes realizaciones de los triunviratos del “área de Boston”, y puso a Thompson en el centro de las atenciones. Nuevamente al amparo de la cobertura diplomática, el saqueo y la remisión de especímenes a los museos de Harvard y de Nueva York, y en menor medida también al de Chicago, se intensificaron y comenzaron a ser objeto de planes cuidadosamente elaborados por el cónsul —y sancionados por sus patronos en Nueva Inglaterra— con el propósito deliberado de burlar la ya de por sí descuidada atención de las autoridades aduanales de la región. Sin embargo, como vimos, la concepción de esos “sistemas” de contrabando por parte del funcionario estadounidense tenía también el objetivo de mantener a los *Bostonians* (y a las improbables autoridades mexicanas que fisgonearan) en un estado de semioscuridad, privándolos de informaciones completas que pudieran permitirles levantar vuelo sin llevar al cónsul a bordo. Sin duda, uno de los principales ingredientes de esos “sistemas” era el control que el cónsul obtuvo del inspector y conservador de las ruinas de Yucatán, el infeliz Santiago Bolio, por medio de una verdadera telaraña tejida con chantajes, dependencia económica y servicios directos debidos a su patrón informal. No obstante, el tronco mayor del “sistema” contrabandista del cónsul estaba constituido por una red de transportadores individuales que sacaban las piezas por la propia Aduana de Progreso, generalmente acompañadas por Thompson en persona.

La idea que circula en algunos documentos de la época —repetida en un par de ensayos contemporáneos— en el sentido de que a Thompson se le dejaba saquear y contrabandear sus hallazgos gracias a la protección que le otorgaba su categoría consular, que hacía que cualquier acción de las autoridades mexicanas en su contra pudiera provocar un incidente internacional, era y es un argumento discutible, para decir lo menos, pues los verdaderos motivos de un posible incidente internacional eran el propio robo de bienes que, a partir de 1897, fueron declarados como propiedad de la nación. Por otro lado, como sabemos, la obtención de la protección oficial fue desde el primer consulado de Thompson, en 1887, un *sine qua non* de sus actividades de contrabandista —muy de acuerdo, por cierto, con la tradición de los cónsules de las principales potencias occidentales durante el siglo XIX—.¹⁶⁶ La coincidencia de la promulgación de la ley que declaraba los bienes arqueológicos propiedad de la nación con el nombramiento de Thompson para su segunda base consular de contrabando es casi irónica.

No sólo el merodeo de exploradores extranjeros hizo sonar una inédita alarma en los organismos federales encargados del resguardo de los “tesoros nacionales”, sino que reverberaban también los informes sobre el deterioro de algunos de los sitios más famosos provocados por otras víctimas de la atracción de las ruinas, los turistas. La visión “monroiana” de la cual hemos hablado en esta investigación comienza a adoptar en esos años finiseculares un cariz protector, como si fuera el resultado de la constatación de que Yucatán y su zona “maya”, identificados desde la época de Stephens como parte del patrimonio estadounidense colocado bajo la égida de la Doctrina Monroe, estaba en peligro de perderse —no por el celo patriótico de un gobierno nacional que tomaba su protección en sus manos, sino por la destrucción causada por manos humanas—. Parte de ese deterioro se debía, sin lugar a dudas, a la acción del principal agente de los *Bostonians*, Edward H. Thompson, cónsul por segunda vez de Washington en Yucatán, ahora con sede en el puerto de Progreso, más próximo del corazón comercial del *boom* del henequén y de la guerra entre España y Estados Unidos por el control de Cuba. Thompson vería sus ta-

¹⁶⁶ Hinsley, “In Search of the New World”, p. 109.

reas de exploración arqueológica estimuladas por sus patronos neolingleses y, al mismo tiempo, vigiladas y ocasionalmente denunciadas por nuevos personajes de su propio entorno institucional que aparecían en el escenario arqueológico yucateco, principalmente en Chichén Itzá, en las figuras de Alfred M. Tozzer y la inefable Adela Breton. El periodo corresponde también a la madurez del proyecto de apropiación de la Hacienda Chichén y de sus ruinas contiguas por parte, técnicamente, de Thompson, pero en realidad en manos del presidente perpetuo de la American Antiquarian Society y miembro de número de los *Bostonians*, Stephen Salisbury III, merced a una serie de hipotecas y préstamos que salvaron al propietario formal de la bancarrota una y otra vez. Parte de ese endeudamiento derivó de los proyectos visionarios del cónsul de convertir a Chichén en una “estación científica” autosostenible, algo que sería concretado 25 años después, cuando la Carnegie Institution de Washington se instalaría con su arqueología científica, sus botánicos, lingüistas, antropólogos, etnólogos, paleontólogos, zoólogos, etc., en la hacienda del nuevamente excónsul, ya caído definitivamente en desgracia —un tema que constituye el cuarto capítulo de esta investigación, un verdadero epílogo—. Por lo pronto, estamos en los momentos en que la figura del cónsul Thompson adquiere, junto con la intervención de sus patronos, una importancia creciente, y el estudio se convierte en un ensayo semibiográfico, si bien con varios puentes hacia el entorno del biografiado, en particular sus relaciones con los dos círculos principales dentro de los cuales se desarrollan sus actividades: el de la élite arqueológica de la Nueva Inglaterra y otros intereses coleccionistas angloamericanos, y el de la élite meridana, la “casta divina”, allí incluida la clase política local. Desde esas plataformas el cónsul estadounidense se lanzará a partir de los primeros meses de 1904 a la aventura de su vida: el dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá.

III. EL DRAGADO DEL CENOTE SAGRADO DE CHICHÉN ITZÁ, 1904-c. 1914

EL CONTEXTO DEL DRAGADO

El dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá fue dirigido y ejecutado por Edward H. Thompson, cónsul de los Estados Unidos en Progreso, entre 1904 y una fecha difícil de precisar, situada hacia mediados de 1907. El proceso fue financiado por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard y encubierto por el funcionario del gobierno mexicano encargado de “conservar” las ruinas. Se trata de un evento que culmina la carrera “arqueológica” del agente del Museo Peabody en Yucatán en su doble papel de excavador y representante oficial de su país en la península. Como en los capítulos anteriores, el interés no está centrado en la actividad arqueológica propiamente dicha, sino en la recuperación general del proceso y, en este caso particular, en la exposición del entramado de las redes de poder (y sus contextos) que cobijan el dragado del cenote, cuyo agotamiento, a finales de la década de los 1900 coincide, casi metafóricamente, con el agotamiento de las energías y los recursos de los *Bostonians*.

A lo largo de la década de 1900, el argumento “científico” monroiano que había sido usado desde el inicio de la ocupación de Yucatán por arqueólogos y seudoarqueólogos de Nueva Inglaterra, y, en menor medida, de otras regiones y nacionalidades, esto es, la oportunidad que el “área maya” representaba como motor y campo de pruebas para erigir sobre ella la arqueología y la antropología estadounidenses y sus instituciones académicas, fue pasando a un segundo plano. El control de la región ya se había logrado y el Museo Peabody, el pionero, se había consolidado institucionalmente dentro de la Universidad de Harvard. Por esos años, organizaciones rivales comenzaron a hacerse presentes y a disputar espacios (siempre educadamente, como partes de un mismo proyecto), algunas con mejores estructuras funcionales,

otras con mayores recursos, y, sobre todo, con espacios más amplios de desarrollo al interior de sus instituciones que aquellos de los que el Peabody podía disponer al interior de Harvard, donde otras disciplinas y ramas del conocimiento, que no la arqueología ni la antropología, llevaban la voz cantante.

Al mismo tiempo, el creciente debilitamiento —por los objetivos ya alcanzados— del argumento justificativo original, el *institution-building*, dejó al desnudo, a lo largo de la década de 1900, ya no los esfuerzos por equiparar la arqueología estadounidense con la europea —la obsesión de la década de 1890—, sino la intensa ambición coleccionista de los principales museos: el Peabody, el Field Columbian de Chicago, el Museo de Historia Natural de Nueva York, el de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania, el Smithsonian, etc. La coyuntura política fue sin duda propicia para la expansión de las actividades arqueológicas estadounidenses en México, y en particular para la más audaz de todas —por decir lo menos—, el dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá por el cónsul de los Estados Unidos en Progreso. El amparo de la función consular de Thompson fue invocado sutilmente en un marco de relaciones mexicano-estadounidenses tan armónicas como pocas veces habían sido, y las exportaciones de los tesoros del cenote, realizadas por medio de ingeniosos “sistemas” ideados por el cónsul, se consideraron implícitamente como parte de esa política de *good-neighbor*, *avant-la-lettre*. El silencio de las altas autoridades, tanto del estado de Yucatán como del gobierno federal, puede encontrar en la salvaguarda de esas relaciones una posible explicación, reforzada ésta por la poca importancia efectiva atribuida por los gobernantes mexicanos a los objetos arqueológicos situados en el territorio nacional. Como telón de fondo, un país —México— pretensamente “moderno” pero carente de fuerza institucional y plagado de grietas en su sistema jurídico, con élites “duchas” en el arte de burlar las leyes, reglamentos y normas, completaba el cuadro en el cual la sangría constante de “tesoros mexicanos” fue posible. Lo único que se pedía era discreción, es decir, evitar a toda costa el escándalo.

1904: EL AÑO DEL CENOTE O
ARE WE ALL OF US NOT VERY WICKED?

Edward H. Thompson, cónsul de los Estados Unidos en Yucatán, con sede en Progreso, afirmó que hacia 1902 —antes de su viaje a Estados Unidos para participar en el 13º Congreso de Americanistas a celebrarse en octubre de ese año en Nueva York— ya tenía bien estudiado y definido el proyecto de dragar el Cenote Sagrado de Chichén Itzá. Estando en Boston, habría tomado clases de buceo con el capitán Ephraim Nickerson, había mandado construir una draga con una cubeta en su extremidad y adquirido todos los accesorios necesarios (cabrestantes, cables de acero, poleas, cuerdas, etc.). Según sus memorias, una vez con todo listo, presentó el proyecto a sus patronos, Stephen Salisbury III y Charles P. Bowditch, a quienes pidió que intercedieran para lograr que la American Antiquarian Society y el Museo Peabody financiaran la aventura. La petición habría sido recibida con clara reluctancia por los riesgos que parecía significar y la consecuente responsabilidad con que ambos *Bostonians* y sus instituciones tendrían que arcar en caso de que algo saliera mal. Debemos inferir que los temores fueron vencidos pues los protectores del cónsul consiguieron recursos para iniciar la exploración del cenote.¹ A mediados de octubre de 1903 los *Bostonians* ya habían entrado en contacto con Alexander Agassiz, su vecino del Museo de Zoología Comparada de Harvard, para que su institución financiara la recuperación de materiales botánicos del cenote y comenzaron a buscar un joven botánico para enviarlo a trabajar con Thompson con el propósito de garantizar resultados científicos, que de otra manera no se obtendrían. Las expectativas eran animadoras: “Espero que el cenote resulte ser un valioso depósito de reliquias del pasado. Pareciera que debiera haber gran cantidad [de cosas] en ese fango [deposítadas] a lo largo de los siglos de existencia de éste”.² Los equipos fueron embarcados en Boston para su traslado a Progreso y de

¹ Thompson, *People of the Serpent*, pp. 269-270. Brunhouse afirma que el dragado del Cenote fue efectivamente financiado por los dos *Bostonians* Salisbury y Bowditch, pero no hace referencia a sus instituciones. Brunhouse, *In Search of the Maya*, p. 185.

² Putnam a Bowditch. Boston, 13 de octubre de 1903. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 12, fóldeo 140. Putnam añadía una extraña frase

allí a Dzitás, en un viaje penoso que consumió varios meses y obligó a jornadas pesadísimas hasta instalarlos en su destino, el *Sacred Well*.³

En abril de 1904, al regresar a Mérida de su expedición a Teno-sique, en la frontera de Tabasco con Guatemala, Tozzer se encontró con que Thompson había iniciado ya la exploración del Cenote Sagrado y recuperado piezas de gran valor.⁴ L. J. Cole, el novel botánico del Museo Comparativo de Zoología de Harvard que, gracias a la intervención de Alexandre Agassiz, se incorporó al frente arqueológico de Chichén Itzá, había estado trabajando desde enero de ese año en el lodo que comenzaba a ser extraído del cenote (“constantemente se hacen grandes hallazgos”), y se preparaba para volver a Cambridge.⁵ Según sus apuntes, los trabajos preparatorios para el dragado del Cenote Sagrado comenzaron en la mitad de febrero de 1904, en ausencia de Thompson, pero sólo el 5 de marzo habrían subido la primera cubeta con residuos del fondo. Hacia el 10 de marzo habían encontrado apenas un fémur y huesos de un dedo humano. De allí en adelante, partes del osario

sobre la cual me extenderé más adelante: “Me da gusto que su *underground railroad* funcione nuevamente [...]”.

³ Willard, *The Sacred Well*, p. 104.

⁴ Tozzer, *Diary 1903-1905*, hoja 106. La entrada puede ser del 8 de abril pues Tozzer menciona la partida de Cole al día siguiente. Coggins, una autoridad en el dragado del Cenote Sagrado, data el inicio de los trabajos en el cenote el 5 de marzo de 1904. Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 9. El propio Thompson, quien no menciona en su autobiografía la fecha exacta del inicio de las operaciones, sí da los primeros días de ese mes como el momento de arranque. Thompson, *People of the Serpent*, p. 171. Sin embargo, en una carta enviada a Tozzer en 1921, en que se esboza la estructura del informe final del dragado del cenote, Thompson da como fecha del inicio el año anterior: “El 1° de marzo de 1903. La draga estaba en buenas condiciones de funcionamiento y funcionaba, si mal no recuerdo, la teníamos trabajando tentativamente uno o dos días antes de esa fecha, pero creo que estamos justificados para colocar el 1° de marzo. 1903 como la fecha real del primer trabajo de la draga”. Thompson a Tozzer, Mérida, 24 de octubre de 1921. CIWA, CAF, “E.H. Thompson Correspondence 1911-1960”.

⁵ En 1910 Cole publicó un artículo sobre sus experiencias profesionales en Yucatán, durante breves estancias en Progreso, Mérida e Izamal, “y casi dos meses en Chichén Itzá”. Véase Cole, “The Caverns”. Una apreciación crítica de su experiencia en contraste con la narrativa de Thompson sobre los primeros hallazgos puede verse en Coggins, “Dredging the Cenote”, pp. 13, 16.

comenzaron a ser llevados a la superficie, junto con pedazos de cerámica y sahumadores.

Como todos los que pasaban por el frente arqueológico bostoniano en Yucatán, Cole también fue incorporado al “sistema” de contrabando montado por el cónsul, pero esta vez para transportar objetos recuperados por Teoberto Maler y que habían quedado al cuidado de Tozzer: “una caja de huesos y algunas vasijas [...]”. Pocos días después el propio Tozzer mandó desde Progreso dos cajas de “artefactos” por medio de un “contratista [...] que los pasaría por la aduana sin contratiempos”, y algo más tarde pudo comprobar que el comportamiento de los guardias aduanales, tan temibles en ciertas ocasiones, dejaba mucho que desear en otras: en uno de sus últimos embarques en Progreso, Tozzer retiró de su equipaje los objetos más valiosos y los escondió en sus bolsillos: “Pero no abrieron nada, ni siquiera los baúles”.⁶ Era inigualable la excitación que la exploración del Cenote Sagrado producía en quienes participaban del proyecto, un asunto que le restaba importancia a todo lo demás. Tozzer estaba particularmente entusiasmado con el descubrimiento de “masas de copal con las mismas formas que los lacandones usan actualmente [...]”.⁷

Sin embargo, el entusiasmo del joven arqueólogo no se transmitía con fluidez a los patrocinadores del proyecto. A pesar del aparente éxito de las primeras operaciones en el cenote, nubes de dudas ensombrecían los cielos bostonianos. Antes de los primeros hallazgos, como vimos, habían pasado semanas sin que nada de valor fuera extraído, al punto de que los promotores del proyecto —probablemente con los recelos de Holmes en la cabeza—⁸ comenzaran desde esos tempranos momentos a dudar de su viabilidad. Durante las semanas iniciales el único triunfo del cónsul, basado en el descubrimiento del osario que yacía en el fondo del cenote, fue haber comprobado “la vieja tradición”, referida por el obispo Diego de Landa en el siglo xvi, que afirmaba que el lugar

⁶ Tozzer, *Diary 1903-1905*, Mérida, entradas del 15 y 16 de abril; Chichén, entrada del 19 de abril; Progreso, entrada del 1° de mayo; Steamer Vigilancia, entrada del 2 de mayo, hojas 106-107, 110, 122-123.

⁷ Tozzer, “Letters”, carta XXVIII, Chichén Itzá, 20 de abril de 1904.

⁸ Véase nota 113 del capítulo I, p. 67.

era, en efecto, un espacio de sacrificios humanos.⁹ Pero en una o dos semanas, calculaba Thompson, ya se estarían alcanzando posiciones que rendirían resultados “tangibles” y que habrían de comenzar a compensar los gastos realizados por los *Bostonians*.¹⁰ Sin embargo, a finales de marzo los costos de la operación, cuando apenas habían transcurrido dos meses de su inicio, superaban lo previsto y Thompson se declaraba sin fondos para continuar y enfrentaba grandes dificultades para contratar trabajadores. Por esos días el agente de los *Bostonians* se preguntaba si éstos querían continuar con los trabajos de exploración del cenote, que estaban para todos los efectos suspendidos a la espera de la solución de los patronos. Como un acicate, Thompson les aseguraba que “hasta ahora, apenas hemos entrado en la zona rica en materiales y especímenes”.¹¹

Las cosas empezaron a cambiar a mediados de abril, con la mudanza de posición de la draga y el inicio de la extracción de piezas cada vez más impresionantes, encabezadas por un *atlatl* con el relieve de una figura ricamente ataviada: “su tocado o penacho se componía de un mosaico de finas piezas de obsidiana, algunas porciones de éstas aún ocupan su sitio; la astilla de una turquesa al centro del penacho me lleva a pensar que la piedra central era una turquesa. *Este rostro está cubierto por una máscara de oro amartillado*”. La máscara se había desprendido naturalmente y Thompson la había escondido tanto de los trabajadores como de Adela Breton, que hizo una copia del *atlatl* desenmascarado.¹² La importancia del hallazgo fue debidamente calibrada. A pesar de su aversión por el cónsul, Tozzer lo celebró como “todo un avance, ya que Thompson requiere de todo el impulso que se le pueda dar”.¹³ Se trataba, al fin y al cabo, de la “primera pieza de oro [encontrada] en Yucatán”.¹⁴ Pero conforme comenzaban a

⁹ Thompson a Putnam. Progreso, 25 de marzo de 1904; Thompson a Putnam. Chichén, 30 de marzo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 8.

¹⁰ Thompson to Bowditch. Progreso, 12 de marzo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 8.

¹¹ Thompson a Bowditch. Chichén, 30 de marzo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 8.

¹² Thompson a Putnam. Chichén, 12 de abril de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 8. Las cursivas corresponden a mayúsculas en el original.

¹³ Tozzer, “Letters”. Mérida, 17 de abril de 1904.

¹⁴ Tozzer, *Diary 1903-1905*, hoja 106.

emerger piezas de valor mercantil —y ya no sólo objetos de interés etnológico—, Tozzer empezó a ser asaltado por remordimientos y consideraciones éticas que se balanceaban con ambiciones veladamente científicas y con una creciente vocación para los misterios de una aventura al margen de la ley, llena de peligros:

Se han extraído tres cuencos de oro de un valor indecible, tanto intrínseca como científicamente, y se hace el mayor esfuerzo posible por mantener el hallazgo en secreto. Se mantiene a los hombres en los linderos del rancho, y se silencia al inspector de ruinas mexicano, de modo que confiamos en que se mantenga el tema en secreto hasta que se termine el trabajo. La idea de conjunto es en cierta medida cuestionable, y tengo ciertas dudas respecto del arreglo y disposiciones finales de los especímenes que salieron a la luz en este trabajo en torno al cenote. Si estos objetos de oro, únicos, se exhibieran alguna vez en algún museo como provenientes de Yucatán, temo que su valor fuera tan alto que generaría alguna complicación internacional y que México haría un esfuerzo por rehacerse de ellos, así como del implemento de madera tallada [el *atlatl* con la máscara de oro]. El peligro desde esta perspectiva es tanto mayor, ya que quien lleva a cabo esta obra es el cónsul de los Estados Unidos y no un particular del mismo país. Se debe guardar la mayor reserva respecto de todo el trabajo en torno al cenote, a cualquier precio, hasta que todo termine por completo.¹⁵

Es sin duda paradójica la preocupación de Tozzer con la función oficial de Thompson, pues, como vimos en los capítulos precedentes, la necesidad de este tipo de cobertura para el mejor desempeño de sus labores arqueológicas había sido precisamente el argumento más fuerte de los *Bostonians* y sus aliados, tanto en 1885 como —sin tanto hincapié— en 1896, para lograr el nombramiento de Thompson como cónsul. Esto es, el agente debía tener un amparo oficial para poder llevar a cabo trabajos que un “particular” estaría imposibilitado de realizar. Tal raciocinio había funcionado en la distante “área Boston-Cambridge”, pero visto de cerca resultaba que esa cobertura hacía más riesgoso y delicado el trabajo del agente. ¿Qué había cambiado, además del punto de mira?

¹⁵ Tozzer “Letters”, carta XXVIII. Chichén Itzá, 20 de abril de 1904.

Por un lado, sin duda, la vigilancia de las autoridades mexicanas: por más contaminadas que estuvieran en algunos niveles por prácticas de corrupción, amiguismo y formas variadas de clientelismo, su conducta ya no era la misma de las décadas de 1880 y 1890. La “manía maya” de los años noventa, que se había extendido a otras áreas arqueológicas del país, había forzado al Estado mexicano, tan deseoso de ser visto como un Estado moderno, a tomar providencias legales y a enunciar, por medio de las leyes de 1896 y 1897, un discurso de protección de las antigüedades localizadas en su territorio, que complicaban en cierta medida las prácticas de saqueo y contrabando que habían sido tan comunes y que se había desarrollado tan impunemente en las décadas anteriores.¹⁶ De alguna manera, esa (obligada) toma de conciencia de las autoridades mexicanas había también repercutido en el marco conceptual del trabajo de algunos de los nuevos exploradores de las ruinas del país. Esto se sumaba a la creciente profesionalización de los investigadores extranjeros, que si bien continuaban apoyándose en la ecuación “mejor robados para ser cuidados” que “nacionalizados para ser destruidos”, tenían ya una noción de estar trabajando en el marco de un Estado que exigía, o por lo menos esperaba, un mínimo de compostura en sus labores. Tozzer en particular, como vimos, había colaborado con y seguiría apoyando en cierta medida los esquemas de contrabando de Thompson —no en vano estaban patrocinados por los mismos superiores académicos y financieros—, pero lo hacía con cuestionamientos, levemente atormentado sobre la legitimidad, porque de la legalidad de esas actividades no se podía hablar.

Según lo dicho, todo indica que el dragado y el envío sistemático al Museo Peabody de objetos recuperados del fondo del Cenote Sagrado habían dado inicio en mediados de abril de 1904, precedidos por reportes de Thompson sobre los constantes descubrimientos producidos por cada movimiento de la draga. En los primeros días de ese mes, L. J. Cole regresaba a Cambridge con un baúl lleno de especímenes retirados del fondo del cenote.¹⁷ En

¹⁶ Para los contextos políticos de las leyes, véase Palacios, *Maquinaciones*.

¹⁷ Tozzer, angustiado con la posibilidad de que el gobierno mexicano echara a perder la operación, había anotado: “Por suerte uno de los baúles con los hallazgos ha abandonado el país a salvo, de modo que nos sentimos más tranquilos”. Tozzer, “Letters”, carta XVIII, Chichén Itzá, 20 de abril de 1904.

la carta que anunciaba el embarque, el cónsul incluía por primera vez una hermética información relativa a lo que parecían ser mejoramientos en su “sistema” de contrabando: “hice que el *underground railroad* funcionara bastante bien desde mi regreso [...]”.¹⁸ A finales de ese mes, suponiendo que el baúl con su precioso contenido ya estuviera en las instalaciones del museo, volvía a referirse al intrigante elemento: “Mi *underground railroad* logró pasar los especímenes por la aduana, y personalmente vigilé que quedaran seguros a bordo del barco de vapor”.¹⁹

¿A qué se refería el cónsul con el término *underground railroad*, cuya primera mención en la correspondencia que se ha conservado —en los casi 20 años de actividades de contrabando—, parece ser de octubre de 1903?²⁰ Está claro que en el sentido literal se trataría de un “tren subterráneo”, lo que nos daría una insuperable imagen cinematográfica, digna de Indiana Jones: pequeños carros mineros pasando por un túnel cavado debajo de la aduana de Progreso, llenos de tesoros arqueológicos extraídos del cenote (como si, en nuestros aciagos días, fuera droga transportada por debajo de la frontera), para ser inmediatamente embarcados en los vapores de la Ward Line (también coludida desde siempre con esos esquemas) y transportados hasta el puerto de Nueva York y de allí a los anaqueles del Museo Peabody en Cambridge, Mass. Pero está también —no menos cinematográfica en su significado, si no en su concreción— la familiaridad de Thompson con el universo conceptual esclavista de los Estados Confederados del Sur, ya manifestada repetidamente por medio del empleo frecuente de términos, símbolos y actitudes pertenecientes al léxico de la plantación sureña. En este sentido, el *underground railroad* del cónsul sería una metáfora perversa de las redes de rutas seguras para el traslado “hormiga” de esclavos del sur hacia los estados del norte para convertirlos en individuos libertos, redes que aquí serían empleadas en la

¹⁸ Thompson a Putnam. S. S. Monterrey, Off Progreso, s/f. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 8.

¹⁹ Thompson a Bowditch. Chichén, 27 de abril de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 8.

²⁰ Putnam a Bowditch. Boston [¿octubre?] de 1903. PMA, CP, “Bowditch Correspondence, 1904-1909”. En la carta, en la que Putnam se congratula (“Me place que su ferrocarril subterráneo continúe funcionando”), se mencionan fechas correspondientes a septiembre de 1903.

“liberación” de las piezas arqueológicas de Chichén Itzá y de los otros sitios explorados.²¹ Es posible que la naturaleza, y, sobre todo, el tamaño y la cantidad de los objetos encontrados hayan determinado nuevos esquemas de contrabando, el principal de ellos el *underground railroad*, que debe haber consistido, para mantener la metáfora, en el uso de muchos emisarios, cada uno cargando una porción de materiales, como era el caso de la familia James, ya mencionado, o de la propia familia Thompson.²² Al anunciar el funcionamiento de ese mecanismo, el cónsul había singularizado algunos de los objetos más importantes encontrados hasta ese momento: “El Sr. Tozzer lleva consigo un objeto que creo que lo complacerá aún más. Se trata de un disco de cobre de nueve pulgadas de diámetro, cubierto de figuras simbólicas y con algunos glifos [...], que considero el mayor hallazgo hasta la fecha [...]”.²³

En los primeros días de mayo de 1904 Tozzer se preparaba para retornar a Cambridge, toda vez que acababa de ser nombrado

²¹ Sobre el sistema original véase, entre otros, Buckmaster, *Let my People Go*.

²² Brunhouse confirma el método hormiga: “Thompson a menudo solicitaba a los científicos estadounidenses de visita en el país que llevaran consigo pequeños paquetes de artefactos al Museo Peabody, donde se almacenarían para estudios futuros y estarían a salvo de la mirada pública”. Brunhouse, *In Search of the Maya*, p. 186.

²³ Thompson a Bowditch. Chichén, 27 de abril de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 8. Sin embargo, para darle a la metáfora un poco de carnalidad, resulta que en 1926, durante las diligencias preparatorias de la denuncia formal del gobierno mexicano contra Thompson por el saqueo del Cenote Sagrado, Juan Martínez Hernández, identificándose como inspector y conservador de las ruinas en Yucatán (1913), “comenta cómo se extrajeron los objetos de forma clandestina en el ferrocarril express de los Ferrocarriles Unidos de Yucatán, declarándolos como frutas en cajas de madera [...]”. Casa de la Cultura Jurídica, scj, Mérida, Yuc., Expediente 11/1926/ Juzgado I de Distrito/Ramo Penal/1926, ff.88anv. Otra transcripción de la misma declaración introduce una variante: “Que los objetos extraídos del Cenote de los Sacrificios fueron sacados de Dzitás en el Express de los Ferrocarriles Unidos de Yucatán, en cajas de madera manifestadas como conteniendo frutas, principalmente papayas, según dijo al compareciente Pablo Pantoja, vecino de ‘Chichén’, quien oyó contar el hecho”. Casa de la Cultura Jurídica, scj, Mérida, Yuc., Expediente 11/1926/ Juzgado I de Distrito/Ramo Penal/1926, hoja 89anv. Subrayados en el original. Independientemente del testimonio de tercera mano de Martínez Hernández (que lo oyó de Pantoja que lo oyó de no se sabe quién) había, pues, un “railroad”, pero lo “underground”, además de referirse claramente al contrabando, abarcaba todas las modalidades ideadas por Thompson para extraer ilegalmente los objetos del Cenote.

instructor en Arqueología de América Central en Harvard a partir de 1° de septiembre de 1905, pero había cambiado sus planes originales, que eran volver por tierra, “ya que no podría sacar cosa alguna del país”. Pensara en un principio volver por tren, pero eso significaba exponerse a la posibilidad de inspección de dos aduanas, la de Veracruz y la de la frontera, donde los *Bostonians* no tenían esquemas de tránsito ilegal.²⁴ Para entonces, en un segundo viraje de sus opiniones sobre el agente del Museo Peabody en Chichén Itzá, su admiración por lo que Thompson había extraído del cenote ya no tenía límites:

Hoy hemos intentado encontrar palabras para expresar nuestra admiración por los hallazgos del cenote. Son sencillamente abrumadores. No puedo empezar a darle una idea de la magnitud, de la importancia tanto intrínseca como científica de la colección. Hay platos de oro, cuencos de oro, estatuillas de oro y campanas de oro, todas tan brillantes y pulidas como el día en que se hicieron. Hay un cuenco de oro que pesa bastante más que una libra. Y en cuanto al jade, no tiene fin. Probablemente haya más piezas de esta piedra preciosa originadas en el cenote, de lo que tengan todos los museos del país en sus colecciones conjuntas [...]. Es el hallazgo del siglo, nada como esto ha salido de México jamás antes. Será famoso por todo el mundo, y temo al pensar en las complicaciones que pudieran darse. En su totalidad, la colección vale cientos de miles de dólares. No puedo expresar mi sensación al verla desplegada en las charolas, y todo para el Museo Peabody. Se mantiene en máximo secreto y jamás deberá aludirse a esto en modo alguno, ya que no se puede saber por qué medios se podría dar a conocer antes del momento en que podamos mostrarlo al mundo. Estoy seguro de que el gobierno de México tomará todas las medidas posibles para recuperarlo si alguna vez se exhibe, y bien podría tornarse en conflicto internacional, en la medida en que Mr. Thompson es el cónsul de los Estados Unidos. Dudo que alguna vez se pueda exhibir bajo el nombre de Mr. Thompson, y mencionar la localidad de la que proviene [...]. Mi responsabilidad será enorme, y me amilana la idea de ser portador de tales tesoros invaluable. Pero tendrá que hacerse y

²⁴ Tozzer, *Diary 1903-1905*, hoja 107. Mérida, entrada del 17 de abril de 1904; Tozzer, “Letters”. Carta XVIII, Chichén Itzá, 20 de abril de 1904.

podemos organizar el traslado, creo, de modo que haya poco o ningún peligro al pasar por la aduana mexicana [...]. Le escribiré al profesor Putnam para que le informe al funcionario aduanal en Nueva York de mi arribo, para que no haya retraso ahí [...]. Al ir a México, llevaré algunos de los jades a bordo del crucero de la Ward, y luego Mr. Thompson y yo transportaremos el oro, cuando vuelva en la misma embarcación. Los James nos ayudarán, y entre todos podemos trasladar una buena parte, pero no puedo llevar la colección completa conmigo, es descomunal.²⁵

La colección de piezas de jade debería ir acondicionada en un “chaleco” que Mrs. James estaba confeccionando “para pasar la aduana”. Tozzer, que, como vimos, esperaba poder retirar una buena cantidad de piedras de esa manera, dejó Chichén el 1° de mayo convertido en un verdadero genio de contrabando: llevaba consigo una maleta llena de cajas de habanos y “todo el jade”, acondicionado en su chaleco. Éste no tendría otra utilidad que servir para el transporte del jade del consulado a Progreso, “pasar la aduana y abordar el vapor”. En caso de que un chaleco no fuera suficiente, otros miembros de la familia James también funcionarían como “mulas”: “Si no las podemos transportar todas en una prenda, David Goff, el sobrino de Mrs. James, utilizará otro, como el mío”.²⁶ A la mañana siguiente él y William James se dedicaron a empacar todos los objetos de oro para que Thompson, en su calidad de cónsul, se encargara de llevarlos directamente el vapor: “El peso de la responsabilidad es sin duda enorme”.²⁷ El 2 de mayo los sentimientos de Tozzer no habían mejorado: “Tengo miles de planes en cuanto a sacar los jades del país. Paso noches en

²⁵ Tozzer, *Diary 1903-1905*, hoja 110. Chichén Itzá, entrada del 20 de abril de 1904.

²⁶ Tozzer, “Letters”. Carta XVIII, Chichén Itzá, 20 de abril de 1904.

²⁷ Tozzer, *Diary 1903-1905*, hoja 121. Dzitás. 1° de mayo de 1904. No hay ninguna prueba concreta de que el estatuto oficial de cónsul haya sido determinante para garantizar la facilidad con la que piezas de gran valor —y en gran cantidad— hayan salido del país. Más bien, en toda la documentación al respecto campea la idea de un Thompson amigo de todos los funcionarios de la cadena que debería vigilar el contrabando, desde el mismísimo conservador de los monumentos hasta —casi siempre— los empleados de la aduana.

vela pensando en esto”.²⁸ Pero sus temores resultaron, como en otras ocasiones, infundados. No hubo ningún incidente, ninguna inspección y Tozzer consiguió abordar el vapor con todo su precioso cargamento, dejarlo en su camarote y volver a Progreso para las últimas despedidas. Al día siguiente Thompson subió a bordo y culminó la operación: “Transfirió todo el contenido de sus bolsillos a mi valija, donde las piezas están bajo llave”. Así, Tozzer dijo adiós a Yucatán, en un vapor que llevaba algunos personajes de la casta divina meridana (varios miembros de la familia Guerra): “Hay varias putas a bordo, dos de la Habana y aparentemente dos estadounidenses que se dedican a lo mismo”, y, como no podía faltar, “un buen pianista mexicano [...]”.²⁹ La frase final que cierra esa carta resume el estado de ánimo de quien hasta unos pocos años atrás había sido un inocente antropólogo, abierto a toda la indignación posible frente a las injusticias del mundo y la maldad de los seres humanos, convertido ahora en un experimentado contrabandista: “¿No somos todos unos malvados?”.³⁰

LA DRAGA (Y OTRAS COSAS) AL DESCUBIERTO: EL CENOTE SAGRADO RINDE

A mediados de mayo Tozzer ya estaba en Cambridge, discutiendo con sus patronos, particularmente con Putnam y Bowditch, su futuro inmediato mientras llegaba la hora de asumir su cargo de asistente en Harvard. El informe que había dado sobre la exploración del Cenote Sagrado, independientemente de la narración de los hallazgos, había preocupado e irritado al profesor Putnam, por los comentarios sobre la forma descuidada y poco profesional como Thompson lidiaba con los restos extraídos, y por sus

²⁸ *Ibid.*, hoja 122. Mérida, entrada del 2 de mayo de 1904.

²⁹ *Ibid.*, hojas 122-123. Steamer Monterrey. Entradas de 3 y 4 de mayo.

³⁰ Tozzer. “Letters”. Carta XVIII, Chichén Itzá, 20 de abril de 1904. La carta abre con esa fecha, pero se extiende por varias páginas en las que se relatan eventos que naturalmente son posteriores y llegan hasta inicios de mayo, sin que conste la fecha exacta de lo narrado. Browman y Williams, apoyados en McVicker (2005), deducen que la instrumentación de Tozzer como contrabandista al servicio de Thompson y de sus envíos a Harvard habría llevado al primero (¿arrepentido?) a convencer al Museo Peabody de suspender el apoyo a Thompson. Browman y Williams, *Anthropology at Harvard*, p. 121.

repetidas ausencias que le impedían vigilar de primera mano el funcionamiento de la draga y sus productos.³¹ Bowditch, sin embargo, minimizó los problemas y le recordó a su colega que se trataba de una exploración absolutamente inédita, que exigía métodos a ser inventados y construidos sobre la marcha. Lo importante era avanzar en los trabajos, “porque no podemos saber qué tan pronto pueda intervenir el gobierno mexicano”. En ese sentido, la inversión realizada hasta ese momento le parecía a Bowditch plenamente recompensada, teniendo en consideración “las limitaciones de Mr. Thompson”.³² En ocasiones menos exigente y desconfiado que Putnam, no tuvo empacho en encomiar el éxito y enunciar una preocupación que ya estaba en la mente de todos los involucrados: “sólo espero que el gobierno no lo toque. Ojalá trajera esos especímenes de los que escribe de inmediato, antes de que se suscite la oportunidad de que los incauten”.³³ Los temores de Bowditch estaban fundados en razones concretas, además de la propia audacia de las exploraciones en el cenote, que no estaban cubiertas por ninguna providencia legal. A principios de mayo un periódico de Mérida publicó un largo artículo sobre los trabajos de Thompson, que incluía la información explícita de la maquinaria instalada:

Nuestro particular amigo el inteligente arqueólogo don Eduardo H. Thompson, propietario de la hacienda vecina a las ruinas, ha instalado en el cenote un aparato semejante a una pequeña draga, el cual, con el auxilio de una grúa funciona admirablemente sondeando el fondo del agua y sacando a la orilla los sedimentos depositados en él [...] el señor Thompson ha extraído varios objetos sumergidos allí quién sabe desde qué tiempo.

Sin embargo, aunque el autor del artículo, Antonio Mediz Bolio, sólo habló de objetos relativamente inofensivos (un cráneo y

³¹ Véase Coggins, “Dredging the Cenote”, pp. 12-3.

³² Bowditch a Putnam. Boston, 17 de mayo de 1904. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 141. Ciertamente es notable la falta de referencias, en la correspondencia de esos días, a los hallazgos del cenote descritos por Tozzer en la carta XVIII. Thompson a Putnam. Progreso, 30 de mayo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 8.

³³ Bowditch a Putnam. Boston, 1º de junio de 1904. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 141.

varios huesos, bolas de copal, etc.), su testimonio era una inocente constancia —aunque no denuncia— de que la ley estaba siendo violada de manera sistemática con “las investigaciones que hoy practica concienzudamente Mr. Thompson [...]”. Después de referirse también a las pesquisas de L. J. Cole, quien se encontraba en Chichén cuando la visita del periodista, éste, después de afirmar que en las universidades de Estados Unidos se estaba descifrando el alfabeto maya, terminaba su texto con la siguiente advertencia, involuntariamente irónica a la luz de lo que pasaba en el Cenote Sagrado: “Ojalá que se redoble el celo por el cuidado de nuestros monumentos antiguos, orgullo nacional, y que tantos ignorantes estropean con desdeñosa indiferencia [...] por enormes y sucios caracteres que escribió la mano alevosa de los turistas, sin considerar su crimen de lesa arte, de lesa historia y de lesa patriotismo”.³⁴ Para entonces, Putnam, ya con el apetito disparado por las maravillas que los conductores del *underground railroad* de Thompson habían entregado, se rindió, igual que Tozzer, al acierto de las exploraciones acuáticas del cónsul. Las consideró incluso, implícitamente, superiores a las de Copán, sin dejar de expresar preocupaciones básicas respecto de dos factores principales: que Thompson mantuviera la exploración del Cenote hasta sus últimas consecuencias, y que el secreto fuera debidamente resguardado.³⁵

La importancia atribuida por el curador del Peabody a los rescates del Cenote Sagrado estaba fundamentalmente basada en la fascinación que provocaba su relación con sacrificios humanos y, desde luego, en las riquezas rituales asociadas con ellos, y eso era probablemente lo que singularizaba la exploración del lugar y la hacía sobresalir sobre las otras excavaciones llevadas a cabo por los agentes de los *Bostonians* desde la década de 1880. Así, durante todo el mes de abril y mayo, partes del osario depositado en el fondo del cenote viajaron hacia Cambridge en cajas de

³⁴ Antonio Mediz Bolio, “Restos Humanos sacados del Cenote de los Sacrificios en Chichén”. Mérida, abril de 1904. Recorte de periódico sin referencia (probablemente en la *Revista de Mérida*), enviado como anexo de Bowditch a Putnam. Boston, 19 de mayo de 1904. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 141.

³⁵ Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 16 de mayo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 8.

madera y baúles, que también contenían fragmentos de antiquísimos textiles. El entusiasmo de Putnam era el mismo de Bowditch y de Salisbury, y los tres coincidían en la necesidad de guardar el mayor secreto posible. Pero la visita de Mediz Bolio —a quien Thompson identificaba como uno de los directores de la *Revista de Mérida*—, por más inofensiva que hubiera sido gracias a las artimañas del cónsul, no dejaba de ser una muestra palpable de que la exploración del Cenote Sagrado de Chichén Itzá era ya un secreto a voces. En ese contexto, el 20 de mayo de 1904 apareció una peligrosa nota en la prensa meridana referente a los trabajos del cónsul: “El C. Santiago Bolio, conservador de ruinas y monumentos arqueológicos, ha consignado al Juez de Distrito en el Estado, el hecho de haber instalado el señor Thompson en el Cenote de Sacrificios en las ruinas Chichén Ytzá [*sic*], una máquina para sacar objetos del fondo”, que, sin embargo, a pesar de la gravedad de la denuncia, no tuvo, al parecer, ninguna consecuencia.³⁶ Pero temeroso de que las tentativas de encubrimiento fueran más peligrosas que una cierta cuidadosa transparencia, Thompson optó por seleccionar lo que se debería mostrar para desmentir las fábulas sobre las supuestas (y reales) riquezas recuperadas y alejar la posibilidad de mayores inquisiciones y otros riesgos. Mediz Bolio había aparecido de sorpresa, precisamente en el momento en que la draga subía una cubeta con un incensario, y eso había determinado la nueva política de apertura “controlada” del cónsul: “por tanto hablé libremente, hasta cierto punto, con el editor. Le mostré algunos de los especímenes hasta cierto punto. / [...] / Ahora cualquiera puede venir cuando lo desee, y verá lo que yo quiera que vea, y nada más”. Incluso daba a entender que una ocasional demanda judicial del inefable Santiago Bolio, el inspector y conservador, como la anunciada por *El Peninsular*, era parte del plan para limpiar el proyecto del Cenote Sagrado o, por lo menos, podía aprovecharse para eso: “no sólo espero, sino que deseo dicha contingencia // si no es demasiado paradójico, pienso que mantendrá mi trabajo [...]”. La otra preocupación de Putnam, referente a que Thompson no cesara hasta terminar el

³⁶ “Denuncia”, en *El Peninsular*. Mérida, 20 de mayo de 1904. Hasta el momento no se ha podido localizar la acción de S. Bolio en el circuito judicial de Mérida.

trabajo emprendido y evitara cualquier interferencia —léase sus actividades consulares— fue descartada por él como algo que ya estaba en la pauta de su comportamiento: “Me temo que en verdad he abandonado // mis otros deberes, pero sólo será por un periodo breve, y luego puedo compensar al gobierno intensificando mis actividades”.³⁷ Así, a finales de mayo de 1904 tanto el cónsul como sus patrocinadores pensaban que terminar la exploración del Cenote Sagrado de Chichén Itzá era cosa de pocos meses.³⁸ Para entonces, Bolio ya se había visto obligado a avisar a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (la sucesora de la SJIP) sobre la instalación de la draga —disfrazada de “maquinita”— y del inicio de su funcionamiento, presuroso en cuidarse las espaldas frente a rumores [¿Maler?] de sus relaciones impúdicas con el cónsul angloamericano:

[...] a mi regreso a esta Ciudad [...] tuve noticia por el guardián de las Ruinas de Chichén Itzá, que el señor Eduardo Thompson y otro Americano habían instalado en el Cenote de Sacrificios una maquinita que sirve para sacar cualquier objeto que se halle en el fondo de dicho cenote y como no hace mucho, personas mal intencionadas habían dado a U. informaciones desfavorables a mí, con este motivo me he abstenido de intervenir en este asunto, y lo he consignado al C. Juez de Distrito para [...] demostrar que en el cumplimiento de mi deber no tengo consideración para nadie.³⁹

En el oficio al juez de Distrito, en el que pedía al magistrado asumir las funciones de inspector y conservador que a él [Bolio] le correspondían, Bolio decía no haber querido usar la fuerza para detener al cónsul: “Por temor a una complicación internacional”.⁴⁰ El hecho de que el inspector haya preferido no intervenir directamente para afectar los intereses de su protector se puede inter-

³⁷ Thompson a Salisbury. Progreso, 29 de mayo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 8. Subrayados en el original.

³⁸ Thompson a Putnam. Progreso, 30 de mayo de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 8.

³⁹ Bolio a Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 17 de mayo de 1904. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 50.

⁴⁰ Bolio a Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 17 de mayo de 1904. AGN, Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, c. 150, exp. 50.

pretar de varias maneras (además de la anterior). Por un lado, puede ser evidencia de que Maler estaba consiguiendo poco a poco corroer el tejido de la red de relaciones políticas que Thompson había establecido para su protección, principalmente mediante denuncias dirigidas directamente a la Ciudad de México donde, como ya se dijo, el cónsul no tenía el blindaje del que gozaba en Mérida y sus alrededores. Por otro lado, el inspector y conservador parecía sentir cada vez más la soga al cuello, y en esa peligrosa instancia prefería abstenerse del juego aun a costa de dejar al cónsul en relativo desamparo. Digo relativo porque las relaciones de Thompson con el sistema judicial meridano ya se habían mostrado repetidas veces bien aceptadas e inclinadas a su favor. Puede haber sido todo un juego lampedusiano de escena para dejar todo como estaba. Resulta curioso que en el expediente enviado al juzgado Bolio no haya hecho más referencia al “guardián de las Ruinas” —que habría sido un testigo a declarar—, sino que dijo haber obtenido la información sobre la draga gracias a “la prensa de la capital” (¿el artículo de abril de Mediz Bolio?), y esto meses después del inicio de su funcionamiento, pues argumentó haber estado visitando ruinas en el sur del estado. Por otro lado, la denuncia al tribunal no se basaba en que Thompson hubiera violado cualquier ley sino que, decía Bolio, “la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, que es de la que dependo, no me ha comunicado haberle dado permiso a este Señor para la instalación de dicha máquina [...]”. Tres meses después de la denuncia de Bolio, el juez de distrito se declaró incompetente para opinar sobre el asunto, y afirmó —no sin cierto sarcasmo— que la única autoridad capaz de hacerlo era el magistrado de circuito, “y como en este estado no existe esta autoridad” el conservador tuvo que reasumir sus funciones: “me vi obligado a situarme en las ruinas de Chichén Itzá y ordené al Señor Thompson la suspensión de esos trabajos lo que se verificó inmediatamente”. Tal vez lo más importante de este episodio —aunque no haya tenido por esos momentos ninguna consecuencia— fue el hecho de Bolio haber dejado a la vista “la línea de medida de los terrenos de la Federación del perímetro que ocupan las Ruinas para que en caso de alguna reclamación del Señor Thompson pueda justificarse con claridad que atravesó la línea de la Federación e invadió el Cenote de Sacrificios que se halla dentro”. Al lado de

esa demostración de autoridad, el conservador nuevamente minimizaba los hallazgos del cenote: “restos humanos y algunas piedras sueltas que encontré a la orilla [...]”.⁴¹

Los trabajos que Bolio dice haber suspendido “inmediatamente” no lo fueron de manera permanente, ni mucho menos. A partir de junio de ese mismo 1904 los embarques al Museo Peabody se aceleraron y varios baúles llenos de objetos fueron enviados por el cónsul, siempre cuidadoso de estar presente a la hora de pasar por la aduana y de subirlos a bordo de los vapores de la Ward Line.⁴² Ese incremento mostraba evidentemente que los depósitos del fondo del cenote no eran las pequeñas cantidades que los *Bostonians* y su agente habían previsto en un principio y que el horizonte de los trabajos se ampliaba de manera considerable. Putnam, enfermo de ansiedad con los hallazgos y con la pesadilla de intervención del gobierno, pedía una y otra vez a Thompson que no descuidara la exploración, que no permitiera que nada se atravesara en su camino, y que prometiera no dar por terminadas sus labores “en tanto no saliera a la luz todo lo existente en el cenote”.⁴³ El cónsul, desde luego, se manifestó enteramente dispuesto a llegar hasta el fin, dependiendo “de las partes que suministran los fondos” y garantizando, con su peculiar bravata, que nada “fuera de una fuerza definitivamente armada o de una seria enfermedad que me afligiera, me apartaría de seguir hasta el fin, siempre que coincida con la inclinación de las ‘autoridades’”. Sólo que los tiempos (y los fondos) que había calculado en abril para concluir la exploración del cenote, ya no serían los mismos:

No tenía idea, cuando comencé (e incluso hasta muy recientemente), de que el trabajo tomaría tanto tiempo o, mejor dicho, de que las obras serían de tal magnitud. Había supuesto y calculado que una

⁴¹ Bolio a secretario de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 19 de septiembre de 1904. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 150, exp. 50.

⁴² Thompson a Bowditch. Chichén, 15 de junio de 1904; Thompson a Bowditch. Progreso, 1 de julio de 1904; Thompson a Miss Mead. Progreso, 8 de agosto de 1904; Thompson a Mead. Progreso, 13 de agosto de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 9. Este último cargamento decía incluir “implementos musicales” e iba consignado a la exportadora de henequén Henry W. Peabody, en Boston.

⁴³ Carta a la que le falta la primera página. Lo citado está en la hoja 4. Putnam a Thompson [¿Cambridge?, ¿junio 1904?]. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 9.

zona muy pequeña, en torno a la fachada del templo, contendría todo lo que pudo haberse arrojado al Cenote. Después, las excavaciones que hice revelaron la verdadera plataforma desde la que se lanzaron las ofrendas, y tal hecho hizo que la zona probable [de existencia de piezas] fuera mucho mayor que la que me parecía posible [...] // Hasta donde veo, ahora, el trabajo puede tomar tres o cuatro meses más, y resulta difícil predecir qué extraños hallazgos puedan resultar [de las extracciones]. Como van las cosas, no pasa una semana, difícilmente un día, sin que encontremos algo extraño o desconocido para mí, algo que me llena de un ávido deseo de continuar con los trabajos a toda costa [...].⁴⁴

Hacia septiembre de 1904 las partes involucradas parecían haber llegado a un acuerdo sobre la continuación de la exploración del cenote por un año más a partir del 1° de enero de 1905, si bien en un ritmo menos acelerado que le permitiera al cónsul arqueólogo cumplir con algunas de sus principales obligaciones oficiales. No obstante, en los últimos meses de 1904 las labores se intensificarían para completar “el trabajo restante más urgente e importante, que es el dragado de la zona más cercana a la orilla”. Una vez alcanzada esa meta, las cosas podían tomarse con más calma, pues los trabajos remanentes, “ahora que no temo interferencia gubernamental”, decía Thompson, gran amigo de la familia del nuevo gobernador, Olegario Molina, “pueden continuar cuando mejor convenga [...]”.⁴⁵ El nuevo *modus operandi* —con el respaldo político incluido— resultó tan animador que Bowditch comenzó a acariciar la idea de drenar el Cenote mediante la construcción de compartimientos estancos que permitieran secar el fondo y proceder entonces a trabajar sobre tierra firme. Salisbury, entusiasmado con la idea, se dispuso a consultar con David Casares el proyecto.⁴⁶ La propuesta incluía la posible contratación de un asistente (“alguien con el carácter de Mr. Cole o Mr. Tozzer”) que, al liberar a Thompson de parte del trabajo en el cenote, conjurara

⁴⁴ Thompson a Bowditch. Progreso, 01 de julio de 1904. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 9.

⁴⁵ Thompson a Bowditch. Chichén, 2 de octubre de 1904. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”.

⁴⁶ Bowditch a Putnam. Boston, 28 de octubre de 1904. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”.

los riesgos de problemas con el Departamento de Estado: “Ciertamente no deseo arriesgar de ninguna manera su posición como Cónsul. De hecho, lamento mucho que se produzca algún trastorno en sus relaciones con el Gobierno a causa del trabajo”.⁴⁷

Thompson, desde luego, rechazó la idea de tener un asistente (prefería tener esa figura en la persona de su vicecónsul en el consulado y no alguien en el cenote) y mostró las dificultades técnicas de vaciar un enorme receptáculo que estaba siendo alimentado constantemente por corrientes que filtraban agua por millares de “pequeños veneros” conforme a las características estacionales, y, además, se mostró escéptico sobre los resultados de ese procedimiento, que seguramente no superarían lo que su “método” estaba logrando —y que constituían un claro peligro para su control de la operación—. Y para reforzar la idea informaba haber recuperado “más cuentas de jade que nunca antes en el mismo espacio temporal” y otros valiosos objetos, entre los que sobresalía un *atlAtl* de gran perfección.⁴⁸ Era, de hecho, la misión de su vida:

Considero que este trabajo del cenote es el suceso que corona mi vida aquí. Todo lo que he hecho, todo lo que he aprendido, y aquello por lo que he trabajado aquí, parece haberse orientado hacia este fin particular. He empeñado toda mi energía en la meta de que estas obras logren conquistar un final exitoso, y todo parece indicar que así será. Creo haber tenido éxito (gracias a la leal cooperación de Santiago Bolio) en mantener a raya cualquier riesgo serio de interferencia, y ahora he mantenido el trabajo con una rutina tal que se desarrolla fluidamente y sin fricción.⁴⁹

Pero, al lado de la euforia, los rescates del cenote estaban creando también una paranoia creciente, producida por la ilegalidad de la empresa: “Guardo el oro y los jades en una caja fuerte bajo mi cama, encadenada a ésta. Nadie puede entrar a mi alcoba

⁴⁷ Bowditch a Thompson. Boston, 24 de octubre de 1904. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”.

⁴⁸ Thompson a Bowditch. Chichén, 6 de noviembre de 1904. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”.

⁴⁹ Thompson a Salisbury. Progreso, 5 de noviembre de 1904. PMA, “Letters EHT to CPB, 1901, 1900-1903”, caja 1, fólder 4.

en momento alguno sin que suene una alarma”.⁵⁰ Por esos días una carta del cónsul, del 17 de diciembre, con detalles comprometedores del dragado del cenote, de los objetos obtenidos y de los esquemas de corrupción empleados por el dueño de la hacienda Chichén para mantener en secreto sus trabajos, había llegado a su destinatario, Putnam, con claras señales de haber sido abierta, lo que había encendido la alarma entre los *Bostonians*. Bowditch pensó en un primer momento que podía haber sido abierta por funcionarios del gobierno mexicano, aunque lo tranquilizaba lo burdo del resello, por lo que atribuía la violación al propio Thompson: “No creo que las autoridades gubernamentales hubieran dejado tal desastre. Si la hubieran abierto ellos, sin duda habría sido de manera mucho más pulcra. Al mismo tiempo, creo que debemos advertir a Thompson que escriba lo menos posible sobre el tema”.⁵¹ La carta no era muy diferente de otras que Thompson había enviado con informes de lo encontrado en las aguas del cenote. Relacionaba, sí, el hallazgo de numerosos fragmentos de oro y de algunas piezas completas, como discos hechos de ese metal, así como jades sueltos o incrustados en incensarios y sahumerios, y un par de copas de oro que habían dejado maravillado a su descubridor. Lo que sí era inédito en la misiva eran, desde luego, las señales de que la carta pudo haber sido abierta por manos extrañas, y la descripción de los “métodos” del cónsul agente de los *Bostonians* para mantener a los trabajadores silenciados y al inspector y conservador de las ruinas, Santiago Bolio, quieto:

Necesitaba renovar el cable antes de emprender el trabajo, y era aún más necesario que todas las personas que conocieran los hallazgos se abstuvieran de proferir una sola sílaba respecto de los increíbles sucesos. Me guie por lo que supuse era el mejor medio de recurrir a su silencio por interés, mediante el soborno, hecho de tal modo que el gasto final será, en realidad, insignificante. / [...] /

⁵⁰ Thompson a Salisbury. Chen Ku, 1° de marzo de 1905. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 10. Anexa a la carta está una relación de dos hojas de objetos “que pueden ser de oro” y otra lista de piezas comprobadamente de ese metal: “oro puro y aleaciones de oro”. Subrayados en el original.

⁵¹ Bowditch a Putnam. Boston, 27 de diciembre de 1904. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”.

Le dije a Santiago Bolio que [...] le prestaría el dinero que necesitaba, sin intereses, pero tomando como depósito, no obstante, su salario mensual o los recibos de sus pagos [...] al igual que lo hacía el prestamista. Así, garanticé su silencio y eso es parte de mi plan para mantener las cosas tranquilas. Luego le dije a los trabajadores que les pagaría no uno, sino dos meses por adelantado para sus gastos, pero que sólo los deben gastar por las noches y durante los días de Navidad y de Año Nuevo, ya que no podrían tener otras vacaciones. Y, además, bajo ninguna circunstancia podrían salir de la plantación para ir de visita a las ciudades o a algún otro punto, hasta que yo les diera permiso.⁵²

Las operaciones de la draga continuaron durante todo el primer semestre de 1905. Para entonces el cónsul, además de la gran cantidad de objetos de todo tipo que había enviado a Cambridge, había obtenido —y conservaba en su poder— un número considerable de especímenes de gran variedad, metales, textiles, piedras semipreciosas, incensarios, copal, cerámicas, maderas, armas y pequeñas esculturas, y una colección de campanas de cobre que, en su opinión, no tenía rival, incluyendo la existente en el siempre temible Smithsonian: “Excede por mucho a la que tiene el Museo Nacional, así como cualquiera de los museos del Estado mexicano que yo haya examinado”. Había también incrementado su *underground railroad* con el empleo de su familia como portadores de objetos contrabandeados, además de Tozzer y de amigos de confianza que viajaban a Nueva York o Boston, y con el descubrimiento de que envíos de objetos por correo certificado dirigidos a su familia en Estados Unidos llegaban sin problema. Tenía un equipo de trabajadores de absoluta confianza y métodos más que probados para hacer desaparecer “cada uno de los hallazgos interesantes de modo tal que raya en lo mágico” a la vista de cualquier intruso, y había limitado al mínimo sus actividades consulares.⁵³ En abril de 1905, Tozzer estaba por regresar a Chichén Itzá, y Thompson ya le tenía preparado un encargo para llevar al

⁵² Thompson a Bowditch. Progreso, 17 de diciembre de 1904. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”. Bolio recibía de hecho un salario mensual de Thompson. Subrayados en el original.

⁵³ Thompson a Putnam, “Sacred Cenote, 8 de marzo de 1905”, PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 11.

Peabody: “[...] los especímenes [de oro] más valiosos y la mayor cantidad posible de los perfectos especímenes de jade”.⁵⁴ Con noticias de tanta riqueza, Salisbury se preocupaba de que Thompson corriera una suerte parecida a la de Le Plongeon y “su” Chac Mool, y fuera sorprendido por una tropa del gobierno que le confiscara todo lo que conservaba en su poder. La respuesta de Thompson a este tipo de advertencias siempre era la misma: a diferencia de otros excavadores, él trabajaba en absoluto silencio, administrando el secretismo para no excitar excesiva curiosidad; sus hombres no abrían la boca por su propio interés y, sobre todo, el cónsul tenía informantes y espías en la capital del estado: “tengo amigos en Mérida ubicados de tal modo que ninguna orden en mi contra podría ejecutarse sin que tuviera noticias con suficiente antelación como para cubrirme y proteger mis ‘intereses’”.⁵⁵ Para no hablar del intrépido inspector y conservador de las ruinas, Santiago Bolio, quien mientras Thompson acumulaba y remitía a Cambridge cantidades crecientes de piezas de alto valor potencial, se lucía ante sus superiores diciendo estar acompañando las exploraciones del Cenote Sagrado, durante las cuales “no permití al Señor Thompson tomar nada de estos objetos”, prueba de lo cual era su modestísimo envío de “cuatro pequeños incensarios de barro con el incienso dentro [...] y cinco cascabeles de cobre [...]”.⁵⁶ La tranquilidad con la que se realizaba el trabajo y los extraordinarios rescates que se hacían constantemente del fondo del cenote le permitieron a Thompson, lleno de confianza, comenzar a planear las próximas fases de la aventura una vez que lo que él llamaba “Chichén subacuático” se hubiera agotado. Se trataba ahora del “Chichén subterráneo”, una fase en la que el cónsul esperaba descubrir manuscritos enterrados en el subsuelo de las ruinas.⁵⁷ Mientras tanto, la estrategia de informar de hallazgos

⁵⁴ Thompson a Putnam, “Brink of the Chen Ku. 10 de abril de 1905”, PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 10

⁵⁵ Thompson a Salisbury. Chen Ku. 11 de abril de 1905. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 10. Tanto en esta carta como en otra de la misma fecha que le escribe a Bowditch, Thompson menciona la necesidad de encuentros cara a cara, “porque tengo mucho que decir pero no lo puedo hacer por escrito”.

⁵⁶ Bolio a SIPBA. Mérida, 14 de julio de 1905. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 151, exp. 3.

⁵⁷ Thompson a Bowditch. Brink of the Sacred Cenote, 11 de abril de 1905. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 11.

sin importancia para desviar la atención del cenote se perfeccionaba cada vez más. Así, en julio de 1905 Santiago Bolio, confirmó a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes que Thompson seguía haciendo exploraciones en el “Cenote de Sacrificios” de Chichén Itzá con su “maquinita”, aunque los descubrimientos que reportó no deben haber incendiado la imaginación de sus superiores: “varios objetos de barro rotos en su mayor parte, bolas de incienso, unos pequeños cascabeles de cobre, y gran cantidad de restos humanos”. Según su relato, Bolio habría impedido que Thompson se apropiara de esos objetos, y los habría lavado y puesto en condiciones de remitirlos a la Ciudad de México.⁵⁸ Ninguna mención acerca del jade, oro, objetos trabajados en madera, esculturas, etcétera.

LA MUERTE DE SALISBURY Y LA VISITA DE JUSTO SIERRA A CHICHÉN

Stephen Salisbury III murió en Worcester el 16 de noviembre de 1905,⁵⁹ menos de un mes después del retorno de Thompson a Yucatán, y su muerte —al parecer inesperada pues no hay ninguna mención a cualquier padecimiento en su correspondencia de los días anteriores al deceso— provocó, naturalmente, un fuerte sismo en el proyecto Chichén Itzá. Como se recordará, el presidente perpetuo de la AAS había tenido un papel fundamental como financiador paralelo de los trabajos de Thompson. Por eso, mientras el testamento no fuera abierto y se supieran los planes que había dejado respecto a su protegido, y, en general, para el trabajo del Museo Peabody en América Central, el resto de los promotores y ejecutores del proyecto estuvieron en ascuas, temerosos de que algunos miembros de la familia que no habían sido favorecidos impugnaran el legado. Tanto Bowditch como Putnam, los dos remanentes del núcleo original de los *Bostonians*, esperaban, sin embargo por lo menos obtener “lo que prometió para el trabajo

⁵⁸ Bolio a secretario de IPBA. Mérida, 14 de julio de 1905. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 151, exp. 3.

⁵⁹ Véase Nathaniel Paine, “Memoir of Stephen Salisbury”, en *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, Second Series, v. 20 (1906-1907), pp. 412-419.

en Centroamérica”.⁶⁰ La última intervención de Salisbury en el proyecto del Cenote Sagrado había sido autorizar —junto con Bowditch— la compra e instalación de los equipos necesarios para la siguiente fase del trabajo en el cenote, la exploración subacuática a cargo de Thompson y sus dos buzos asistentes, “la pandilla submarina”. En septiembre de 1905, el cónsul había firmado un contrato con Bowditch, que incluía recursos para la compra de los aparatos necesarios para una operación segura.⁶¹

Tres meses después el cónsul ya estaba con los equipos listos mientras mejoraba los mecanismos de la draga. Sin embargo, una situación excepcional se anunciaba para el futuro inmediato. Olegario Molina había sido reelegido para el cargo de gobernador y había invitado al presidente Porfirio Díaz a visitar Mérida y asistir a su toma de posesión en febrero de 1906. Ante esa emergencia, Thompson canceló todos los trabajos en Chichén Itzá, pues tenía informaciones de que parte de la comitiva del presidente, incluyendo su secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra Méndez, Alfredo Chavero, ya director del Museo Nacional, y Leopoldo Bares, el implacable inspector federal de monumentos, planeaban visitar las ruinas y su hacienda, y era posible que el propio presidente quisiera también conocerlas. A pesar de lo potencialmente delicado de la situación, Thompson no se amilanaba: “No tenga temor alguno del resultado de la visita. Es de lo más inoportuno para nosotros en todo sentido, pero no he vivido aquí todo este tiempo, combatiendo este tipo de influencias, en balde. Estaré en mi terreno y dirigiré las cosas tal como lo desee. Pero las obras deben suspenderse en lo que respecta al cenote, hasta que la visita concluya y no haya moros en la costa”. Una vez que la emer-

⁶⁰ Putnam a Bowditch. Boston, 9 de diciembre de 1905. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 1, fólter 142.

⁶¹ Bowditch a Thompson. Boston, 20 de septiembre de 1905. Thompson recibiría 2000 dólares por un año de trabajo (que en realidad se entregaban a su familia en Farmouth, Mass.); Salisbury a Bowditch. Worcester, 25 de septiembre de 1905. PMA, “Letters EHT to CPB 1905-1909”, caja 2, fólter 11. De diciembre de 1904 a mayo de 1905 los *Bostonians* habían invertido 2 850 dólares en los trabajos del cenote, además de los 999.99 dólares del salario de Thompson. Bowditch a Salisbury. Boston, 2 de noviembre de 1905; AAS, “Salisbury Papers”, caja 52, fólter 4, “Letters: Central America and C.P. Bowditch’s Estate claims”.

gencia hubiera pasado, Thompson pensaba comenzar la exploración subterránea del cenote.⁶²

El 26 de enero de 1906 (??) un grupo de 27 políticos federales con su corte de ayudantes visitó Chichén Itzá, encabezados por Justo Sierra, a quien acompañaban Leopoldo Batres (identificado por Thompson como “su secretario”), Rafael Zayas y Santiago K. Sierra (señalado ahora como director del Museo Nacional). Por si fuera poco, Teoberto Maler consiguió que Batres lo llevara en la comitiva. Thompson preparó una recepción digna de un dueño de plantación:

[...] Puse en orden la comida, la bebida y los sitios para dormir en la casa principal, y ahí esperé la arremetida con calma. Se presentó. Alrededor del mediodía, de pronto aparecieron nueve volantes por la plantación, y llegó la gente a raudales. Estaba listo con mi mayordomo y ayudantes, principalmente el cocinero y meseros, para recibirlos. [...] Los acogí a lo largo de tres días y dos noches —veintisiete personas en mi mesa, doce en la mesa de la servidumbre y los choferes, y treinta mulas que cuidar en los corrales—. Lo pasaron bien. Me encargué de que así fuera, y se cumplió. Partieron al tercer día.

Según la versión de Thompson, Sierra salió feliz de Chichén, lleno de elogios y agradecimientos por la recepción, mismos que le repitió al gobernador Molina. No obstante, como era previsible, Maler trató de predisponer a Batres contra el cónsul y llevar al ministro a ver las excavaciones hechas en la tumba del Gran Sacerdote y otros lugares. La enemistad, ya cimentada por la rivalidad al interior del círculo de los *Bostonians*, se fortaleció con la visita: “Sé que Maler es su amigo y protegido, pero al mismo tiempo no puedo evitar expresar mis sentimientos diciendo que se trata de un sujeto solapado y envidioso, así como de un granuja calculador”. Tan evidentes habían sido las intrigas del rival que, siempre según la narrativa de Thompson, el propio Justo Sierra le había dicho que no se preocupara pues nada de lo que Maler dijera mellaría la estimación que sentía por él. Por otro lado, las maniobras del austriacoalemán habían tenido al final un efecto positivo

⁶² Thompson a Bowditch. Progreso, 15 de diciembre de 1905. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 11. Subrayado en el original.

en la visita, “ya que dirigió tanto la atención de Sierra y de Batres en torno a las obras del montículo, que las del cenote se consideraron apenas como experimento interesante a ser elogiado”.⁶³ No sin razón, el cónsul afirmó haber salido “victorioso” de la visita de parte del gabinete presidencial a Chichén Itzá, pues, días después —en su papel de representante de los Estados Unidos en la región— había inclusive acompañado al gobernador Molina a despedir a don Porfirio en Progreso.⁶⁴ Restaurada la normalidad provinciana, Putnam recibió de Thompson un relato actualizado de su interminable pendencia con Maler:

Ahora que todo ha terminado, y tengo motivo para sentirme tan satisfecho con los resultados, no estoy de humor para condenar a nadie, pero si Maler alguna vez en el futuro intentara socavar mi trabajo con sus taimados modos de baja calaña, no tendré tanta paciencia. Se excedió en esta ocasión; sin embargo, su empeño se volvió en su contra, con la consecuencia de que ahora no tiene oportunidad de lastimarme ante las autoridades. Sus venenosas intenciones en Chichén quedaron tan al descubierto que repugnaron al Ministro, Justo Sierra, y, mientras estuvieron en Uxmal, donde no fui, intentó plantear otras insinuaciones en mi contra. El Sr. Sierra y Audamauro Molina lo acallaron, y lo hicieron de modo tal, que éste no ha aparecido en público desde entonces. Presumió ante ciertas personas de que la visita del Ministro Sierra sería el suceso que daría por terminada mi

⁶³ Thompson a Bowditch. Progreso, 5 de febrero de 1906. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 12. Sobre la visita de Justo Sierra a Yucatán y a sus sitios arqueológicos, incluido Chichén Itzá, véase Dumas, *Justo Sierra*, pp. 236-244. Hay una buena descripción de la visita en Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 21. Una semblanza romántica de Maler puede ser consultada en Mediz Bolio, “El iracundo sabio don Teoberto Maler”, incluido en su *A la sombra de mi ceiba*, pp. 193-196. Más recientemente, Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba publicó un precioso estudio sobre el austriacoalemán, llamado simplemente *Teoberto Maler*.

⁶⁴ Thompson había tenido que cumplir necesariamente a rigor sus funciones de representante oficial del poderoso vecino del norte en Yucatán, y había coordinado reuniones con la colonia angloamericana de Mérida para tomar parte en los homenajes al presidente. Thompson a H. D. Price, secretario asistente de Estado. Progreso, 27 de noviembre de 1905. NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84, “Merida and Progreso Consular Posts”, v. 8. Hay una simpática y sintética descripción de la visita de Díaz a Mérida y sus alrededores en Reed, *Guerra de Castas*, p. 241-242.

carrera científica en México, y la de Santiago Bolio como Inspector de Ruinas. [...] La visita tuvo lugar, el grupo entero vino a Chichén, tal como Maler anunció, y como planeé que sería, vieron todo, esto es, casi todo, y lo pasaron bien. Yo me encargué de que así fuera [...] Me costó un total de mil dólares en moneda mexicana, pero valió la pena multiplicado por más, para mí y para los trabajos. [...] El resultado de la visita no fue exactamente el que Maler predijo y por el que se empeñó. En lugar de que mi carrera terminara, ahora estoy en situación de llevar a cabo las obras de manera mucho más abierta y bajo mejores condiciones que nunca antes. Santiago Bolio aún es Inspector de Ruinas, y su jurisdicción no sólo se incrementó, sino que incluso su salario se duplicó. Ahora bien, dejemos a Maler de lado, y permítaseme hablar de otros temas, más agradables.⁶⁵

Como si todo eso no bastara, en septiembre de 1906 Thompson recibió un golpe que debe haberle cimbrado el entendimiento: el día 3 de ese mes Santiago Bolio murió de manera patética en el vagón de tercera clase del tren que lo llevaba, gravemente enfermo, de Dzitás a Mérida y los *Bostonians* supusieron correctamente que la desaparición del amigo de Thompson tendría serias consecuencias sobre el trabajo en Chichén.⁶⁶ Aunque no en el cortísimo

⁶⁵ Thompson a Putnam. Chichén, 10 de abril de 1906. PMA, PMDR, FWP, caja 4, fólder 12. Subrayado en el original. La recepción de las intrigas en Boston/Cambridge fue típicamente flemática: “[...] como su pelea no ha infligido daño alguno a ninguno de nosotros, creo que bien podemos ignorar el tema por completo aquí”. Bowditch a Putnam. Boston, 17 de mayo de 1906. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, fólder 143. Mediz Bolio, sin mayores referencias, afirma que “Don Justo y sus acompañantes [entre los que señalaba “el notable mayista don Juan Martínez Hernández y el sabio don Teoberto Maler”] vieron la draga en cuestión —que estaba ya fuera de servicio— y se enteraron de todos los trabajos // de Thompson, y ni en ese momento ni nunca después hicieron observación alguna”. Mediz Bolio, *A la sombra*, pp. 189–190. Brunhouse, tal vez apoyado en esa declaración, afirma que la falta de acción de Sierra y Batres ante las exploraciones de Thompson y la draga “sólo pueden atribuirse a la indulgencia del régimen de Díaz para con los extranjeros en México”. Brunhouse, *In Search of the Maya*, p. 187. Sobre esto, hay que recordar la simpatía manifestada por Sierra hacia los exploradores foráneos durante los debates del *affair* Charnay.

⁶⁶ “Muerte violenta de D. Santiago Bolio”. *La Revista de Mérida*, 3 de septiembre de 1906; “La muerte de D. Santiago Bolio. Cómo fue traído el enfermo desde Dzitás”. *La Revista de Mérida*, 6 de septiembre de 1906. Maler incluye una

plazo: a sólo 10 días escasos del acontecimiento, Thompson, que se encontraba en Cambridge, Mass., en su acostumbrado periodo vacacional y que seguramente ignoraba la muerte de su colaborador y protegido, se ocupó de recibir un cargamento enviado por él mismo al Museo Peabody, compuesto, entre otras cosas, de “cuarenta piezas sueltas de discos de oro de diversos tamaños[,] dos máscaras de oro puro amartillado, la mayor parte de una gran máscara de oro de más de ocho pulgadas de diámetro [...]. Un anillo de oro. Un ornamento tipo escarapela, también de oro puro [...]. Un ídolo o amuleto, de oro macizo, de tres pulgadas. Cuatro campanas de oro [...]”,⁶⁷ etcétera.

Poco tiempo después del retorno de Thompson a Yucatán, Andrés Solís Cámara, hijo de Vicente Solís, el rico propietario de la hacienda Xkanchakan en cuyos terrenos estaban las ruinas de Mayapan y que habían sido visitadas por Justo Sierra, asumió el cargo de conservador de monumentos, y como parte de su bautizo de fuego hizo una visita a una Chichén Itzá que ya llevaba casi diez años de ser “propiedad de la Nación”, esto es, formalmente sustraída a la esfera privada.⁶⁸ El nuevo funcionario produjo un desalentador informe que mostraba la absoluta inutilidad de las leyes promulgadas una década atrás:

He encontrado las inscripciones y pinturas golpeadas, destruidas y manchadas debido a dos causas que me permito exponer: la primera es la libertad en que se encuentra todo individuo de pasear libremente [por] las ruinas sin necesidad de permiso ni consentimiento de ninguna autoridad; la segunda es la detestable costumbre existente de que todo visitante se crea autorizado para escribir su nombre en las paredes manchando las inscripciones y pinturas y aun para llevarse como recuerdo fragmentos de ellos. [...] Sería conve-

fría descripción de la penosa agonía y muerte de Bolio en “Chichén”, hojas 28-29. Véase también Sellen, “El último viaje”; Bowditch a Putnam. Boston, 20 de septiembre de 1906. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 143.

⁶⁷ Thompson a Bowditch. Cambridge, Mass., 12 de septiembre de 1906. PMA, “Letters EHT a CBP 1905-1909”, caja 2, fólder 11.

⁶⁸ Maler afirma que el nombramiento fue la manera de agradecer por parte de Justo Sierra la hospitalidad de Solís cuando su visita a Yucatán. Maler, “Chichén”, hoja 30.

niente [...] disponer que no puedan visitarse estos monumentos sin un permiso gratuito de esta oficina dado por escrito y mandar fijar en todos los referidos edificios carteles impresos en que se haga saber a los visitantes [...] que está prohibido, bajo las penas que señala la ley, el manchar o deteriorar cualquier parte de las mencionadas.⁶⁹

Para entonces, el uso del motor de la draga estaba comenzado a tener serios efectos colaterales que al final llevaron a la suspensión de los trabajos. La trepidación causada por las máquinas y las reverberaciones provocadas por las subidas de las pesadísimas canastas habían llegado al punto de afectar la solidez de las paredes del cenote, compuestas por estratos de roca separadas por gruesas capas de una fina arcilla (*kut*), y causaban el desmoronamiento de ese material (una “sustancia parecida a la harina”), precisamente a espaldas de la plataforma que servía de base para los trabajos del equipo de Thompson y donde se erigía el templo del cual se presumía que se arrojaban humanos, animales y objetos al Cenote de los Sacrificios: “Por último y con gran desazón, me vi obligado, por prudencia, a dar por terminado el trabajo antes de que el proyecto en su conjunto se arruinara [...] me deprimí muchísimo durante un lapso considerable, porque esto significaba el abandono total y absoluto del proyecto de buceo, plan que anhelaba poner en práctica en el momento adecuado”.

Las buenas noticias eran que los hallazgos continuaban siendo excepcionales, si bien no había habido oportunidad de enviar más baúles por la llegada de un nuevo jefe a la aduana de Progreso, ante el cual el cónsul aún no se sentía seguro.⁷⁰ Por otro lado, el sucesor de Bolio en el cargo de inspector y conservador de las ruinas, Andrés Solís Cámara, parecía tener menos compromisos con Thompson que el titular anterior, pues en noviembre de 1906, escasos 15 días después de su informe sobre el deterioro general de las ruinas de Chichén Itzá, encontró la draga y lo reportó a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (SIPBA):

⁶⁹ Cámara Solís a SIPBA. Mérida, 15 de octubre de 1906. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 171, exp. 4.

⁷⁰ Thompson a Bowditch. Chen Ku, 7 de marzo de 1906. PMA, PMDR, FWP, caja 4, fólder 12.

El C. Americano Eduard [sic] H. Thompson propietario de la finca denominada Chichén tiene instalada una grúa en el cenote conocido bajo el nombre del Lago Sagrado [...]. La referida grúa sirve al mencionado señor Thompson para extraer el fango del referido lago con el fin de hallar en ese fango antigüedades. / Como me hallo desprovisto por completo de todo género de datos con respecto a este asunto e ignoro si el lago y la grúa son o no propiedad de la Federación, tengo el honor de comunicarlo a esa Superioridad para que se sirva resolver sobre el particular y comunicarme sus respetables órdenes.

La respuesta fue sorprendentemente tibia. Para continuar sus exploraciones Thompson debería recabar el permiso correspondiente de la SIPBA, mismo que le sería concedido conforme a las leyes vigentes (las de 1896-1897), pero que mientras tanto podía continuar con el dragado del cenote “bajo la inspección del C. Conservador de Monumentos y, en todo caso, en el concepto de que los objetos fruto de dicha exploración, como son de propiedad nacional deben quedarse en el Museo Nacional”.⁷¹ En Boston, Bowditch estaba comenzando a percibir que los nuevos hallazgos eran simplemente más de lo mismo y que el cenote no estaba ya produciendo novedades dignas de nota.⁷²

EL CENOTE SE SECA Y LOS *BOSTONIANS* SE VAN

Cercado o no de sospechas cada vez más apremiantes, protegido o no por la investidura consular de Thompson, de cualquier manera, el trabajo en el Cenote Sagrado estaba condenado, por lo menos en lo que al Museo Peabody se refería. Es probable que el conjunto de problemas, coronados por la muerte de Salisbury y la consecuente desaparición de sus siempre generosos recursos, hayan determinado nuevas dificultades para el financiamiento

⁷¹ Andrés Cámara Solís a secretario de IPBA. Mérida, 7 de noviembre de 1906; subsecretario de IPBA a Cámara Solís. México, 28 de noviembre de 1906. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 171, exp. 4. c. 151, exp. 3.

⁷² Bowditch a Putnam. Boston, 17 de mayo de 1906. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence, 1904-1909”, caja 13, fólter 143.

bostoniano al cónsul y marcado un punto final. Tiempos tormentosos se aproximaban. Las instrucciones de Cambridge indicaban que hacia abril de 1907 la aventura debía llegar a su fin. Es posible que las dificultades técnicas de la operación hayan finalmente sobrepasado las capacidades inventivas de Thompson, y no es difícil imaginar que las constantes intrigas de Maler hubieran hecho mella por fin en Putnam y en Bowditch. Hacia finales de 1906 e inicios de 1907 también había habido una notable disminución en los hallazgos, por más que Thompson cambiara una y otra vez la posición de la draga. En febrero de 1907, tres años después de iniciados los trabajos, el dragado había sido finalmente suspendido, con leves esperanzas de retomarlo más adelante: “Abandonaré el trabajo del cenote y lo que aún pueda contener con pesar, pero ahora creo que probablemente sea la mejor opción. Quizá más tarde pueda aún encontrar los medios para retornar a él [...]. Aparentemente, o hemos sacado todo lo que había, o lo que queda está fuera de mi alcance, cuando menos por ahora”. La que parecía ser la inminente salida de Thompson, o, mejor, del Museo Peabody, se balanceaba con la aparición de un nuevo actor: “Entiendo que el Sr. Sylvanus Morley me visitará muy pronto. Pondré todo mi empeño en que su visita a Yucatán sea exitosa. Sus esfuerzos muestran que tiene ‘agallas’ y perseverancia, y a futuro podría tratarse de alguien que haga un buen trabajo”.⁷³ Sin embargo, en marzo de 1907, tan sólo un mes después de haber jurado que abandonaba el cenote, Thompson pidió por la segunda vez en su carrera autorización oficial para sus exploraciones, esta vez directamente a Justo Sierra, secretario de Justicia e Instrucción Pública (y aparentemente sin avisar a los *Bostonians*). Como un gesto al nuevo conservador de las ruinas, intrigado por el régimen de propiedad de la “maquineta” y del propio cenote, el cónsul solicitaba reiniciar los trabajos de la draga después de una breve interrupción, y ofrecía a cambio ceder el equipo (que técnicamente le pertenecía al Museo de Harvard) al gobierno federal después de junio de 1907 (y no de abril, como había sido la determinación bostoniana para el fin de la exploración del cenote):

⁷³ Thompson a Putnam. Sacred Cenote, 5 de febrero de 1907. PMA, PMDR, FWP, caja 4, folder 13.

Que habiéndose descompuesto algunas piezas importantes de la grúa que me servía en los trabajos de draga en el cenote de Chichén Itzá [...] pensé suspender las operaciones indefinidamente. Pero como he conseguido últimamente la reparación de dicha grúa por un costo relativamente bajo, estoy por seguir mis investigaciones científicas previo permiso de Ud. Pasado el mes de junio, me será grato poner a su disposición el antedicho apa[rato] para los fines que Ud. crea conveniente. / En virtud de lo anteriormente expuesto, a Usted respetuosamente pido se sirva aceptar mi oferta y me extienda el permiso de referencia.⁷⁴

Hay que notar que desde finales de 1906, Bowditch estaba llegando a la conclusión de que la caja de pandora arqueológica que ellos habían abierto 20 años atrás estaba a punto de tragárselos, y que las fuerzas de sus instituciones, el Museo Peabody, el Instituto Arqueológico de America y quién sabe si las del propio Museo Americano de Historia Natural, eran insuficientes (o estaban demasiado esparcidas) para enfrentar los crecientes desafíos logísticos y financieros planteados por los constantes descubrimientos realizados por sus agentes en los sitios precolombinos de Mesoamérica. Nuevas fuerzas, más estructuradas y, sobre todo, mejor financiadas, debían llamarse a colaborar y, tal vez, a sustituir a los pioneros. Los intereses y la competencia en el campo arqueológico se multiplicaban a cada año, como lo demostraba la reciente iniciativa de Franz Boas —tan próximo de Putnam— de formalizar los emprendimientos arqueológicos internacionales en México por medio de la fundación de una escuela multinacional y multiuniversitaria, la idea embrionaria de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.⁷⁵ En ese nuevo contexto, las energías y los recursos de los mecenas bostonianos —y la muerte de Salisbury

⁷⁴ Thompson a Justo Sierra. Mérida, 11 de marzo de 1907. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 152, exp. 56.

⁷⁵ Sobre la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas hay una abundante bibliografía, desde el clásico de Godoy hasta los recientes trabajos de M. Rutsch. En 1915, el propio Boas publicó un resumen de las actividades de la escuela desde su fundación hasta 1914. Véase Boas, "Summary of the Work". Véase también F.N., J. R. Swanton, "Anthropologic Miscellanea, Mexican Archaeology and Ethnology", *American Anthropologist*, nueva serie, vol. 15, núm. 3 (julio-septiembre de 1913), pp. 540-541.

parece haber marcado un momento más que simbólico de ruptura— ya no eran capaces de acompañar el ritmo y el volumen de capital necesario para continuar lo que ellos habían comenzado, como coleccionistas desbravadores, décadas atrás. Su función estaba llegando al final. La alternativa era buscar un sustituto y la opción, por lo menos para tenerla presente en un futuro no muy lejano, fue un nuevo aliado, la Carnegie Institution de Washington, con su brillante joven arqueólogo, Sylvanus G. Morley a la cabeza. No hay cómo evitar cierta sorpresa al constatar el sentimiento de propiedad sobre la exploración arqueológica del “Área Maya” que los *Bostonians* habían adquirido a lo largo de sus 30 años de presencia en la región, pues, decían, sería necesario hacer una serie de ajustes en el entramado de las instituciones originales “en caso de que // decidamos solicitar a los integrantes del Consejo de la Carnegie que tomen posesión de la arqueología y etnología americanas”.⁷⁶ Para hacer más complejo el entorno, Bowditch pensaba que había que acostumbrarse a la idea de que el “establecimiento de una escuela arqueológica en México” amenazaba con crear un marco institucional y un ambiente científico de una formalidad tal que a su lado la aventura bostoniana corría el riesgo de parecer un juego iniciático, una nota al pie de página en la historia de la arqueología estadounidense en Yucatán.⁷⁷

Mientras tanto Putnam comenzaba a buscar investigadores que pudieran continuar el trabajo, particularmente en lo que a la lectura de los códices “mayas” se refería, en cuanto no se llegara a una decisión sobre pedir o no la intervención de la Carnegie Institution de Washington para que tomara la estafeta del Museo Peabody en la exploración arqueológica yucateca. Y, naturalmente, el nombre que apareció fue el de Morley, quien estaba ya con viaje marcado y anunciado a Yucatán, contagiado por el entusiasmo de Tozzer, uno de sus instructores, por los jeroglíficos. Morley, entonces con 23 años, sería el primer beneficiado de un proyecto para fundar un programa de “becas de investigación” en el Peabody, que en el mediano plazo permitiera formar un grupo de especialistas dedicados a resolver los problemas planteados por

⁷⁶ Bowditch a Putnam. Boston, 6 de diciembre de 1906. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, folder 143.

⁷⁷ PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, folder 143.

las “antigüedades mexicanas”, las “mayas” en primer lugar. Si el proyecto de la beca del PM no iba adelante, siempre habría que encontrar al sustituto de Tozzer como “asociado” del Instituto Arqueológico de América. Para Putnam, Morley era, sin duda, el mejor candidato:

Ahora bien, se trata justo del tipo de persona que puede colaborar. Es listo y está lleno de entusiasmo por este campo en particular [...]. Si pudiéramos ofrecer a Morley una beca de investigación en arqueología centroamericana y mexicana, a su vuelta de México se garantizaría sin duda que orientara su obra en esta dirección de por vida, y con sus habilidades naturales y su capacitación, está plenamente justificado esperar que sus investigaciones produzcan resultados importantes.⁷⁸

Pero aparte de esas elucubraciones que apuntaban hacia la salida de los *Bostonians* originales del frente arqueológico peninsular, en el campo yucateco los problemas se acumulaban. Las relaciones entre Thompson y sus patronos entraban en una espiral de aspereza creciente y aparecía una peligrosa faceta relacionada ahora con la oficina consular y con el poco manejable Departamento de Estado. Desde inicios de 1907 se habían dado una serie de desentendimientos entre Thompson y Bowditch, cada vez más impaciente con lo que le parecían evasivas del cónsul,⁷⁹ y ahora cierto de que la muerte de Bolio creaba peligros inminentes; una preocupación que había transmitido a Thompson, aconsejándolo a depurar sus métodos antiguos y ceñirse cada vez más a las reglas establecidas por el gobierno mexicano. La respuesta del cónsul confirmaba lo acertado de la advertencia:

⁷⁸ Putnam a Bowditch. [Cambridge, Mass.] [diciembre de 1906]. Para enero de 1907 ambos *Bostonians* habían diseñado ya los fundamentos del plan que sería sometido a los directores de la CIW, temerosos de que el proyecto de la Escuela Internacional, que convocaba a las universidades de Berlín y París, pudiera complicar la entrada de la Carnegie. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 143.

⁷⁹ En los primeros días de enero de ese año Bowditch se sorprendió con la idea de que Thompson, habiendo dado por terminados sus trabajos en el cenote, estaba a punto de abandonar toda y cualquier actividad exploratoria para dedicarse a vivir de sus conferencias. Bowditch a Putnam. 5 de enero de 1907. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 143.

Los viejos métodos que hasta ahora habían orientado mi voluntad y cumplido con las tareas que me impuse, pese a la legislación y pese a casi todo, a excepción de mi propia creencia respecto de qué era lo mejor y lo que no debía hacerse, ya no están disponibles o no se pueden sostener durante mucho tiempo más y, para mantener el trabajo en marcha, será necesario que, tarde o temprano, lleguemos a algún acuerdo “internacional”, tal como afirma en su misiva. / Puedo dominar las condiciones y las cosas aquí durante algún lapso más, quizá por tiempo indefinido, pero, bajo las circunstancias, creo que sería sensato acogerse al “orden legal y de las cuestiones estipuladas”, y hacerlo de manera voluntaria y en buenos términos mientras aún podamos [...]. Así, cuando termine el trabajo del cenote, podemos inmediatamente emprender los esfuerzos en aquellas líneas en las que esté especialmente interesado, o en las que desee. Parecerá bastante raro poder dedicarse a una obra que no requiera de bardas, ni de centinelas, y sin necesidad de mantener ocultamiento alguno, a excepción de la usual reserva científica.

Thompson se decía seguro de que, independientemente de la decisión de los *Bostonians*, podría pedirle al secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, permiso para hacer lo que quisiera en Chichén Itzá, y que el permiso sería concedido sin la menor reserva. Pero aquí entraban los problemas de trabajar en el marco de la ley, algo que ya se había experimentado —y temido— en vísperas de la World’s Columbian Exposition de 1892:⁸⁰ obtener el permiso no era la cuestión, sino que “una vez que solicite la autorización, estaré atado por honor a cumplir con las reglas del juego, y usted tendrá que hacerse de otras influencias en México que nos permitan quedarnos con una parte de los hallazgos, cuando éstos se encuentren”. O sea, mientras se mantuviera fuera de la ley, en la ilegalidad, era obvio que no tenía que darle cuentas a nadie ni sentirse moralmente obligado, decía Thompson en una desviación completamente tortuosa —y tal vez involuntariamente cínica— del concepto de legalidad: “Hasta ahora, sin haber hecho promesas a la autoridad, no incumplo mi palabra o, en mi fuero personal, no incumplo obligación moral alguna al no darles nada de aquello de que nos hicimos. Puedo estar

⁸⁰ Véase *supra*, pp. 49-50.

moralmente equivocado en este sentido, pero no lo creo y, por tanto, me importa un bledo”.⁸¹

LA CRISIS DE 1907: UN CONSULADO APETITOSO

En marzo de 1907 Thompson supo que estaba en marcha una operación para sustituirlo en el cargo, por deficiencias en su manejo de los asuntos consulares, según la versión del Departamento de Estado, o, según su propia versión, como resultado de la violenta competencia que el auge del henequén había originado entre las compañías exportadoras con sede en Mérida y en Progreso. La famélica presa que había sido el Consulado de Mérida en la década de 1880, y la mejor presentada de 1897, se había convertido ahora en un espacio absolutamente estratégico en la lucha por la supremacía comercial exportadora. El propio Thompson estimaba el valor del comercio que pasaba por el consulado rumbo a Estados Unidos en “15 millones de dólares en moneda mexicana”.⁸² Los alegatos contra él se basaban en su casi permanente ausencia del consulado y el consecuente descuido de sus tareas oficiales. Pero el cónsul aseguraba que en realidad se trataba de una campaña orquestada por poderosos intereses mercantiles para poner en su lugar a un agente de la Ferrocarriles Centrales Unidos de Yucatán (FCUY), propiedad del clan Escalante Peón.⁸³ El candidato era un funcionario estadounidense de los propios FCUY,

⁸¹ Thompson a Bowditch. Sacred Cenote, 24 de enero de 1907. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólter 144.

⁸² A finales de ese año un cónsul inspector plenipotenciario, que reaparecerá más adelante, ratificaba la importancia del consulado: “Por la cantidad de exportaciones, ésta es una de las oficinas más grandes de América del Norte. En cuanto a las importaciones, las cifras muestran que Yucatán es un mercado digno de atención”. G. Murphy, Consul at Large, a secretario de Estado. Washington, 20 de diciembre de 1907; Thompson a secretario asistente de Estado. Progreso, 1° de noviembre de 1907. NARA, “Numerical and minor files of the Department of State 1906-19010”, M862D, rollo 527.

⁸³ Los Ferrocarriles Centrales Unidos de Yucatán eran un emprendimiento propiedad de un grupo opuesto a la oligarquía de los Molina y sus asociados angloamericanos, encabezado por la familia Escalante. Precisamente en 1907 los FCUY quebraron, siguiendo la bancarota de la casa Escalante, y el 1° de septiembre los molinistas tomaron control de la compañía. Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 107.

más afinado con los objetivos de las exportadoras de Mérida y Progreso que peleaban el control del mercado exportador con la casa Molina y Cía., propiedad del que fuera gobernador de Yucatán hasta mayo de 1907 (y a partir de esa fecha secretario de Fomento en el gabinete de Porfirio Díaz); y que era en esos años aliado de la poderosísima Internacional Harvester Co. (IHC), a cuya sombra subsistía, casi como una concesión, la Henry W. Peabody Co.⁸⁴

Thompson reconoció la debilidad de su posición y admitió la posibilidad de perder el empleo, una vez que el consulado se había convertido en un encarnizado campo de batalla de la guerra del henequén. El joven Morley, entusiasta e inteligente, sirvió como testigo involuntario de la crisis.⁸⁵ Precisamente en esos aciagos días Putnam estaba nuevamente fuera de combate, tomándose un descanso en Carolina del Sur, mientras Bowditch pasaba el invierno en California. Se formó entonces en Cambridge un comité de crisis que, en ausencia del curador del Peabody, intervino ante el secretario asistente de Estado, Robert Bacon, para tratar de aplazar la decisión de remover a Thompson hasta que hubiera suficientes informaciones sobre los cargos que se le hacían y se estudiaran las posibilidades de defenderlo y mantenerlo en el puesto. A diferencia de otras ocasiones, la función científica del todavía cónsul estaba formulada de manera muy puntual: “Mr. Thompson se ha ocupado de llevar a cabo trabajo arqueológico en Yucatán para el Museo Peabody, durante unos 20 años. Actualmente está en medio de un importante esfuerzo científico en las ruinas de Chichén Itzá, donde se localiza su hacienda”. Lejos estaban las pomposas declaraciones sobre la tremenda importancia del trabajo del cónsul para la ciencia angloamericana de las campañas anteriores.⁸⁶ La situación se agravaba por la ausencia de los patronos titulares del proyecto. Con ambos distantes, las responsabilidades recayeron sobre los jóvenes Tozzer, tan sólo un *instructor* en

⁸⁴ Thompson a Putnam. Sacred Cenote, 20 de marzo de 1907. PMA, PMDR, FWP, caja 4, fólдер 13. Sobre la coyuntura exportadora de esos años, véase Joseph, *Revolución desde afuera*, pp. 76-78; Kuntz, *Las exportaciones mexicanas*, pp. 240-242.

⁸⁵ Thompson a Putnam. Sacred Cenote. 20 de marzo de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólдер 13.

⁸⁶ Roland B. Dixon y Alfred Tozzer a Robert Bacon, secretario asistente de Estado. Cambridge, 2 de marzo de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja, fólдер 13.

arqueología de América Central, y Dixon, un *assistant professor* en etnología del Museo Peabody. A ellos respondió Robert Bacon, asistente del secretario de Estado, en un tono que mostraba los cambios por los que atravesaba en esos momentos la estructura del servicio exterior estadounidense y sus aires de modernización: sí, el pedido de espera sería llevado en consideración, pero el “caso Thompson” tendría que ser juzgado “dependiendo desde luego de su eficiencia como funcionario consular [...] a partir de la evaluación habitual”.⁸⁷ Se le informaba a Thompson que Bowditch ya había recibido la noticia y enviado un telegrama al Departamento de Estado pidiendo una prórroga en la decisión, afirmando, con cierto tono de *mea culpa*, “que entendía que se permitía el trabajo arqueológico si no interfería con los deberes consulares”. Esto es, se procesaba una inversión completa de las prioridades de los años anteriores, cuando eran los deberes consulares los que no debían interferir con las labores arqueológicas.

A finales de marzo, un testigo local y anónimo de la crisis [¿Morley? ¿W. James?] próximo de Thompson, quien, como sabemos, tenía estrechos vínculos de amistad y negocios con el grupo Molina, estableció otra versión que minimizaba la de las deficiencias administrativas del cónsul, a partir de una premisa central: “Los Escalante son dueños de los ferrocarriles[,] de los muelles[,] y de la empresa Ward Line S. S. Co., y desean adueñarse del consulado estadounidense”. Don Nicolás Escalante, naturalizado estadounidense, se habría encontrado con Daniel H. Thompson, ministro de Estados Unidos en México, y se habría quejado del comportamiento del cónsul en Progreso. Como resultado, en el siguiente vapor arribó al puerto un inspector del Departamento de Estado, el cónsul general Murphy, que fue inmediatamente rodeado por empleados estadounidenses de los Escalante de quienes escuchó un rosario de quejas en contra de Thompson. Las reclamaciones se extendieron durante un banquete ofrecido a Mr. Murphy, al cual fueron también invitados el propio cónsul Thompson y su amigo W. James. De acuerdo con el anónimo autor de la confidencia, el plan de sustituir al cónsul en Progreso por un personero de los Escalante lo habría echado por tierra la intervención

⁸⁷ Bacon a Dixon y Tozzer. Department of State, Washington, D.C., 27 de marzo de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 13.

de James, que habría cantado la jugada y llevado a Murphy a conocer al exgobernador Molina, ahora ministro del presidente Díaz, y muy amigo de Thompson. Pero era necesario alertar a “la gente del Peabody” para que estuvieran atentos al complot.⁸⁸ La nueva versión, que secundaba lo dicho originalmente por Thompson sobre la disputa entre las exportadoras meridanas, fue rápidamente asumida como propia y esgrimida ante las autoridades del Departamento de Estado por el comité de emergencia del Museo Peabody:

Hemos recibido, de una fuente plenamente confiable, cierta información respecto de las condiciones en Yucatán. Nuestro informante asevera que los cargos referidos en contra del Cónsul Thompson emanan del deseo de la importante empresa de los Escalante por hacerse del Consulado para uno de sus dependientes, y así hacerse de ventajas comerciales respecto de la empresa rival de Molina. [...] Una estancia de cuatro inviernos en Yucatán nos ha dado la oportunidad de entender la intensa rivalidad entre las dos grandes casas de Escalante y de Molina, la primera de las cuales va en pos de la destitución del Cónsul Thompson.⁸⁹

La respuesta de Bacon fue inmediata y llegó fundamentada en un nuevo, irrefutable argumento funcional, que enfatizaba el hecho de que el agente del Museo Peabody llevaba ya más de 10 años en el puesto, lo que contrariaba frontalmente la política adoptada por el gobierno de no permitir la estancia de oficiales consulares en un mismo puesto por más de unos cuantos años. Por eso, “por ningún motivo puede mantenerse en Progreso más allá de un par de meses, momento para el cual se espera, por el interés de la ciencia, que hayan concluido sus investigaciones arqueológicas”. De cualquier manera, la calidad y naturaleza de dichas investigaciones eran cuestiones secundarias, pues se reiteraba que Thompson era, antes que nada, un funcionario del servicio exterior

⁸⁸ Carta sin firma ni destinatario, lugar ni fecha. Anexa a [Mead] a Thompson. [Cambridge], 4 de abril de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 13. No se ha podido corroborar la afirmación de que los Escalante eran propietarios de la Ward Lines.

⁸⁹ Dixon y Tozzer a Robert Bacon, secretario asistente de Estado. [Cambridge, Mass.], 8 de abril de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólter 13.

estadounidense y debía ser evaluado como tal.⁹⁰ El cónsul general plenipotenciario Murphy había hecho en efecto un reporte muy negativo sobre el estado del consulado en Progreso. En el curso de la entrevista con él, Thompson había admitido que su pasión por la arqueología y su carácter de representante del Peabody habían interferido seriamente en sus funciones oficiales. Aun así, Murphy recomendó que se le retuviera por un corto periodo para darle tiempo a que terminara sus trabajos arqueológicos.⁹¹

Putnam se había reincorporado a sus funciones en Harvard en mayo de 1907, ocasión en que fue cabalmente informado del problema en el “frente” yucateco, con la advertencia de que el asunto estaba finiquitado pues el Departamento de Estado había sido claro con respecto a que la asignación de Thompson debía terminar en cuestión de semanas, a lo mucho, meses. La nota agregaba un entrecomillado enigmático: “Esto coloca el tema Thompson justo donde querríamos tenerlo”.⁹² No ha sido posible localizar el texto del telegrama que Bowditch envió al Departamento de Estado, ni el de una extensa carta que remitió a Thompson con fecha del 24 de abril de 1907, en la cual, según lo que todo indica —por la respuesta del cónsul— el patrono del Museo Peabody hacía una serie de propuestas no sólo en torno al final del proyecto Cenote Sagrado de Chichén Itzá, sino una reversión completa en la historia de su exploración, según el entendimiento de Thompson. Hay indicios de que Bowditch había conseguido, o estaba en el proceso de conseguir —o pensaba hacerlo— una extensión del periodo de Thompson como cónsul, o tal vez la propia derogación del trámite para removerlo, en unas condiciones terminales:

En vista de que ha mantenido correspondencia con el Departamento de Estado sobre el tema de mi remoción, probablemente juzgará necesario entregar a las autoridades mexicanas una parte, quizá el total,

⁹⁰ Bacon a Dixon y Tozzer. Washington, 13 de abril de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

⁹¹ Murphy a secretario de Estado. [Washington], 20 de diciembre de 1907. NARA, “Dispatches from US Consuls in Merida and Progreso, 1906-1912”, RG 59/MP862. 1897-1906.

⁹² Francis H. Mead a Putnam. Cambridge, Mass., 13 de mayo de 1907. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

de los especímenes obtenidos en el cenote. / En otras palabras, mediante el acto de interceder por mí ante el Departamento de Estado se vuelve usted responsable de mí, al grado en que queda moralmente obligado a devolver a las autoridades mexicanas el producto // del trabajo del cenote [...]. Me niego a creer que, porque se ha puesto de mi lado en este asunto, como medida estratégica estrictamente comercial, nosotros, usted, el Museo y yo mismo, estemos obligados a entregar los objetos que extraje de un cenote ubicado en mi propiedad, a personas no aptas siquiera para manejarlas, mucho menos para que queden en su posesión, ni siquiera por un momento.

Así, la propuesta de Bowditch presumía que el contacto entre éste y el Departamento de Estado había resultado en la sugerencia (¿del propio Bowditch?) de que se entregara a las “autoridades mexicanas” el producto del cenote. Si esta especulación se mantiene, podríamos concluir entonces que el Departamento de Estado no sólo estaba al tanto de las exploraciones en el cenote, sino que había tenido algún tipo de comunicación con las “autoridades mexicanas” en torno al asunto —y que probablemente eran éstas las que lo habían alertado sobre la cuestión—. Thompson insistía en que su trabajo en el *Sacred Well* no tenía nada que ver, primero, con sus funciones consulares, y, segundo, con las maniobras para quitarlo del puesto, y que éstas simplemente se originaban en la lucha que se desarrollaba en el eje Mérida-Progreso entre las grandes casas exportadoras de henequén: “La queja en mi contra fue simplemente una jugada, parte de una gran lucha comercial; un duelo sin cuartel entre dos de las mayores compañías de esta parte de México. No tiene significado alguno respecto a mi trabajo científico, ni relación con éste. Entonces, no existe ninguna razón para que las obras del cenote jueguen un papel como factor de esta cuestión”.⁹³

No obstante los truenos y relámpagos de la tormenta oficial, por razones desconocidas —que pueden haber estado relacionadas con la intervención de Bowditch, al lado del extraño silencio de Putnam, que no se manifestó a lo largo de la emergencia—, la

⁹³ Thompson a Bowditch. Progreso, 1° de mayo de 1907. NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84, Mérida y Progreso, México, “Consular Posts”, vol. 8.

crisis pasó, Thompson pidió y obtuvo una nueva “licencia” que le permitió embarcar para Massachusetts a finales de julio de 1907.⁹⁴ Esta vez su periodo de vacaciones iniciaba dejando atrás —o pareciendo haber dejado atrás— la fantástica empresa del dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, pues el todavía cónsul había afirmado, categóricamente:

[...] el trabajo del cenote ya se ha completado. Es un trabajo consumado; además, consumado con éxito. Nadie puede negarlo y ahora nadie podría deshacer lo que se ha logrado. Ninguna orden oficial puede ahora disminuir la obra al frenar el dragado, al igual que tampoco puede provocar que devolvamos los especímenes al cenote y destruyamos mis notas para el informe [...] // [...] El 10 de julio seré el primero en decir que se debe suspender el trabajo en el cenote. Durante algún tiempo ha producido sólo cosas de poco interés, más allá del hecho interesante de que probablemente ahora ya hayamos obtenido todas las piezas interesantes que podíamos obtener y necesitar para el realce de nuestra colección.⁹⁵

En esa aparente calma, a inicios de 1909 el consulado estadounidense en Progreso se preparaba para atender a un número creciente de firmas exportadoras angloamericanas interesadas en

⁹⁴ En efecto, hay un agradecimiento a los “amigos del Museo” por haber intercedido para que no lo sacaran del consulado. Thompson a Bowditch. Progreso, 1 de mayo de 1907. NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84, Mérida y Progreso, México, “Consular Posts”, vol. 8.

⁹⁵ Thompson a Bowditch. Chichén, 1° de julio de 1907. PMA, “Letters EHT a CPB 1905-1909”, caja 2, fólder 11. Al final de la carta Thompson informa que está por vender algunas de sus tierras para pagar los adelantos que Bowditch le ha hecho. Catorce años después, en la carta que esboza el esquema del informe final del dragado, Thompson escribió: “Fecha de finalización del dragado y cierre del trabajo del cenote”. Ahora no puedo dar la fecha exacta de ninguno de los eventos, pero intentaré hacerlo más tarde. Sabes que realmente hay dos finales, uno cuando Mr. Bowditch decidió que el Museo tenía todos los especímenes necesarios para el trabajo comparativo y el estudio. [...] No estaba contento de dejar el trabajo de esa manera, así que recluté a mi amigo, Mr. Walter Austin, también hombre de Harvard, para que proporcionara fondos y me puse a trabajar nuevamente”. No hay informaciones sobre el segundo cierre de los trabajos. Thompson a Tozzer. Mérida, 24 de octubre de 1921. CIWA, CAF, “E.H. Thompson Correspondence 1911-1960”.

la nueva estabilidad financiera de la península, y estaba comenzando a tener que lidiar con nuevos fenómenos y hacer frente a requerimientos inéditos: “Ahora que el negocio del turismo toma forma en Yucatán, en ocasiones nos vemos literalmente asediados por turistas estadounidenses, y parece que debemos tomar algunas medidas ante esta contingencia”.⁹⁶ Una observación que Thompson iba a tratar de llevar hasta sus últimas consecuencias, con la construcción de un complejo hotelero en Chichén Itzá en los años venideros, seguramente con vistas a aprovechar la creciente visibilidad del “Área Maya” en los Estados Unidos y en Europa. La situación se complicaba también por el lado académico, ya agitado por los avances del proyecto boasiano de la ISAAE. En junio de 1907, el doctor Eduard Seler, profesor del Museo Etnográfico de Berlín y colega de Boas tanto en esa institución como en la ISAAE, solicitó y obtuvo autorización del gobierno federal —previa conformidad de Batres— para exportar 20 cajas conteniendo diversos objetos arqueológicos,

destinados a facilitar la identificación de los lugares en que habitaron las antiguas tribus de México, clasificarlas en todos sentidos y además para exponerlas en el Departamento de Arqueología del Museo Etnográfico de Berlín a fin de que los americanistas europeos consagrados con especialidad al estudio de la historia de México y que por la larga distancia y costoso del viaje no pueden venir hasta acá los tengan a la mano [...].⁹⁷

⁹⁶ Thompson a secretario asistente de Estado. Progreso, 16 de marzo de 1909. NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84, Mérida y Progreso, México, “Consular Posts”, v. 13.

⁹⁷ Seler a secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. México, 4 de junio de 1907. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 365, exp. 51. Batres aprovechó la oportunidad para dar un alfilerazo a Thompson y compañía, fundamentando su autorización en que “[...] el Profesor Alemán se encarrilla en la ley para solicitar esa gracia, es decir de buena fe sin apelar al odioso contrabando que priva a México del conocimiento de los objetos arqueológicos que se exportan [...]”. Batres a secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. México, 24 de junio de 1907. AGN, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, c. 365, exp. 51. Seler sería el primer director de la ISAAE, a partir de su inauguración formal en enero de 1911. Véase Godoy, “Franz Boas”, p. 240; Sellen y Lowe, “Las antiguas colecciones”, p. 54.

En diciembre de 1908, el gobierno de Porfirio Díaz otorgó una concesión al Instituto Arqueológico de América para “emprender investigaciones arqueológicas en los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, durante un periodo de cinco años contados desde el 1° de enero próximo”.⁹⁸

EL CÓNSUL “DES-CONSULADO”:
LA DIMISIÓN DE THOMPSON

Hacia abril de 1909, a pesar de todas las declaraciones en contrario, Thompson, aún cónsul, seguía extrayendo piezas del cenote y hablaba de un “arreglo” hecho con un *my friend*. Se trataba de un nuevo financiador de las exploraciones subacuáticas (pues el costeo de sus patronos originales había cesado, a lo que parece, en el paso de 1906 a 1907), a quien, años después, Thompson identificaría como otro ciudadano de Boston, Walter Austin.⁹⁹ Sin embargo, al parecer, el cenote sólo producía ahora ganancias residuales y las inmersiones de la draga ya no resultaban en hallazgos comparables a los de los años anteriores. Por esa razón, Thompson se preparaba para hacer su primera zambullida en las oscuras aguas del cenote, acompañado de sus buzos griegos, especialistas en la pesca de esponjas en las aguas del Golfo de México.¹⁰⁰ En los últimos días de la aventura iniciada seis años antes, el cónsul realizó su mayor sueño:

He llevado a cabo la última de las hazañas que tanto he soñado con lograr. He caminado por el fondo y sobre los bancos de lodo de la base del cenote. He pasado la mayor parte de tres días en el lodo helado y las aguas más negras, a setenta pies por debajo de la superficie de aguas cálidas del Cenote Sagrado. Todo lo que esperaba hacer, o soñaba con lograr hacer, desde las proezas originales en el cenote, se han cumplido ahora, y ya sólo me queda

⁹⁸ Rutsch, *Entre el campo y el gabinete*, pp. 239-240.

⁹⁹ Thompson a Tozzer. Mérida, 19 de agosto de 1921. CIWA, CAF, “E.H. Thompson Correspondence, 1911-1960”.

¹⁰⁰ Thompson a Putnam. Chichén, 8 de abril de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

ver cuánto puedo sacar de ahí antes de que las circunstancias frenen mi trabajo.¹⁰¹

Apenas a tiempo. Tan sólo unos días después del inicio de esta última fase de sus aventuras, Thompson supo que se había designado un nuevo cónsul para Progreso.¹⁰² Inmediatamente, una nueva campaña se puso en marcha para mantenerlo en el puesto, con un pedido de intervención del influyente senador republicano Henry Cabot Lodge, un *fellow Bostonian*, a quien se expusieron ante todo los méritos de Thompson como cónsul, con una mención *en passant* a las actividades exploratorias que habría realizado “en aquellos momentos que pudo dedicarle a esto”. Los nombres de Salisbury y Hoar, y el apoyo que ambos le habían prestado a Thompson a lo largo de su carrera fueron incluidos en

¹⁰¹ Thompson a Putnam. Progreso, 22 de mayo de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 13; mismo comunicado a Bowditch en Thompson a Bowditch. Progreso, 22 de mayo de 1909. PMA, “Letters EHT a CPB 1905-1909”, caja 2, folder 11. El episodio del descenso al fondo del cenote ha sido descrito de diversas maneras. Como ya anotamos, autores contemporáneos aseguran que las zambullidas de Thompson en el cenote no pasaron de visiones novelísticas pues las “aguas lodosas” no permitían ver absolutamente nada en su fondo. Cf. Trefil y Hindle Hazen, *Good Seeing*. De cualquier manera, en su esbozo de informe final del dragado, dirigido a una fuente segura (Tozzer) y en correspondencia privada, pero a una distancia de 15 años (habla en tres meses de trabajo en el fondo y no de tres días), Thompson informa: “Encontramos abajo, en las grietas y agujeros, un lodo grisáceo en el que estaban incrustados los objetos de oro más pesados, jades y numerosas campanas de cobre”. Thompson a Tozzer. Mérida, 24 de octubre de 1921. CIWA, CAF, “E.H. Thompson Correspondence, 1911-1960”. Ya en su *People of the Serpent*, Thompson está naturalmente más interesado en agradar a su público y relatar la aventura de sumergirse con sus buzos griegos en las aguas inescrutables del Cenote Sagrado, llenas de peligros potenciales, que en hacer alarde de lo encontrado. O no lo hace por precauciones obvias, pues está escribiendo su libro con el escándalo del “saqueo” del cenote en plena furia, como veremos en su momento. De cualquier manera, olvidando o no sus precauciones, dice: “El buzo griego y yo estábamos ocupados cavando // con los dedos en una grieta angosta del piso y estaba produciendo rendimientos tan ricos que descuidamos algunas de nuestras precauciones habituales” (pp. 285-286) Más adelante, sin embargo, se apresura en desvalorizar lo encontrado: los objetos de “oro casi puro [...] eran escasos y relativamente poco importantes. La mayoría de los llamados objetos de oro eran de aleación de baja calidad, con más cobre que oro en ellos”. Thompson, *People of the Serpent*, p. 288.

¹⁰² Thompson a Putnam. Telegrama. Mérida, 28 de mayo de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, folder 13.

la misiva.¹⁰³ Cabot Lodge prometió intervenir y advirtió que no creía en la remoción sino tal vez en un cambio de puesto, pero que ayudaría a tratar de mantenerlo en Progreso.¹⁰⁴ Mas el desenlace era ya inevitable. Por esos mismos días de junio de 1909, sin que ninguno de los partidarios del agente del Museo Peabody en Yucatán lo percibiera, y mientras Thompson, inocente e irónicamente, pedía otra licencia para ausentarse de su oficina,¹⁰⁵ el Departamento de Estado confirmó su remoción y el nombramiento de un nuevo cónsul que tomaría posesión en agosto de ese año. La razón del relevo, al contrario de lo que había afirmado Thompson, era la falta de equilibrio en el desempeño de sus dos funciones principales en Yucatán y mostraba que el pragmatismo funcional del Departamento de Estado se había impuesto finalmente a los beneficios que el Museo Peabody había estado obteniendo en la región.¹⁰⁶

Perdido el consulado, Thompson anunció su intención de “profesionalizar” su experiencia como conferencista y, con la ayuda de Putnam, localizar alguna agencia en Massachusetts que le consiguiera presentaciones remuneradas. Los temas serían desde luego ligados a su trabajo en Chichén Itzá, con absoluta exclusión de la exploración del cenote.¹⁰⁷ Pero el ya excónsul, que se encontraba ahora bajo contrato con el AMNH, no sólo no se había deshecho de los equipos del cenote, como lo había prometido meses atrás, sino que estaba “al parecer utilizando nuestra draga y aparatos para su propio esfuerzo privado. Esto puede explicar por qué no los ha vendido para [liquidar] nuestras cuentas”.¹⁰⁸ Ese “esfuerzo

¹⁰³ Putnam a senador H. Cabot Lodge. Draft. Cambridge, Mass., 31 de mayo de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

¹⁰⁴ Cabot Lodge a Putnam. Washington, D.C., 4 de junio de 1909; Putnam a Thompson. Cambridge, Mass., 4 de junio de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

¹⁰⁵ Thompson a secretario asistente de Estado. Progreso, 2 de junio de 1909. NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84, Mérida y Progreso, México, “Consular Posts”, v. 18.

¹⁰⁶ Wilson, Acting Secretary a senador Henry Cabot Lodge. Washington, D.C., 4 de junio de 1909. Cabot Lodge a Putnam. Washington, D.C., 5 de junio de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

¹⁰⁷ Thompson a Putnam. Sacred Cenote, 28 de junio de 1909. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13.

¹⁰⁸ Bowditch a Putnam. Boston, 1º de junio de 1909. PMA, “C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 13, fólder 146. Sobre el vínculo con el AMNH,

privado”, que se realizaba con apoyo financiero del nuevo socio de Thompson, Walter Austin, se materializó en una propuesta que el excónsul envió a Boston, sugiriendo la fusión de las “dos colecciones”: la del Peabody y la suya (“Austin-Thompson”), bajo un único comando y dirección, con el fin de “limpiar” los hallazgos del cenote —es decir, una especie de “lavado” del contrabando arqueológico— y permitir su exhibición pública. Eso requería la presencia de Thompson en la Ciudad de México para obtener la necesaria autorización de las autoridades competentes, con la cual el Peabody podría exhibir lo que ya tenía en su posesión y Thompson podría volver a Chichén Itzá “a terminar el trabajo de manera abierta y franca [...]”.¹⁰⁹ Austin, a diferencia de los antiguos *Bostonians*, era de esa nueva cepa de hombres de negocios con dedicación exclusiva cuyo único interés era lucrar, y lo hacía con esa nueva veta comercial en que se habían convertido los objetos arqueológicos. Thompson le había asegurado que el cenote contenía aún un rico tesoro que era posible extraer en una única temporada y luego vender los resultados al Museo Peabody, que pagaría 6000 dólares por la colección, a ser divididos en partes iguales entre el socio trabajador y el capitalista. Austin aseguraría más tarde que era sobre esas bases, y como “asunto enteramente comercial” que él había entrado en el proyecto de la colección.¹¹⁰ Al mismo tiempo, Bowditch decidió realizar una inspección de la hacienda Chichén para evaluar las posibilidades de construir allí, al fin, la ansiada “estación científica” de los sueños de Thompson. E. L. Hewett, director de la Escuela Americana de Arqueología en Santa Fe, Nuevo México (poco tiempo después rebautizada como Escuela de Investigación Americana, SAR por sus siglas en inglés), fue activado para visitar la propiedad del excónsul en diciembre de 1909. Parecía ser la salvación financiera de Thompson y cierta garantía de su continuidad como arqueólogo en activo: “Será un

véase Thompson a Woodward, Dzitás, s/f [fecha de recepción en la CIW, 18/12/1914], en CIWA, CAF, “Edward H. Thompson, Correspondence 1911-1934”, caja 4, fólder 16.

¹⁰⁹ Thompson a Bowditch. Cambridge, 25 de octubre de 1909. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912”, caja 1, fólder 6.

¹¹⁰ Austin a Putnam. Boston, 8 de abril de 1911. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912 [1905-1946]”, caja 1, fólder 6.

fin apropiado para mi // vieja plantación”.¹¹¹ Conforme su testimonio, Hewett se declaró plenamente satisfecho con su inspección de Chichén y prometió buenas noticias en poco tiempo.¹¹² Por su parte, Morley confirmó la información y agregó que Hewett, con apoyo del AIA, estaría dispuesto “a llevar la propuesta de Chichén a la práctica, en serio”.¹¹³

Así, como un ave fénix o un quetzal renacido, el proyecto Cenote Sagrado de Chichén Itzá resurgió en la mitad de noviembre de 1909 —cinco meses después de la pérdida del consulado— gracias a un nuevo contrato firmado entre Bowditch y Thompson (contratos anuales entre ambos personajes se habían sucedido desde la muerte de Salisbury en 1905, pero en formatos simples que sólo mencionaban la tarea que uno tendría que cumplir con la inversión del otro). En él se estipulaba que Thompson —que parece haber sido el autor de la idea del arreglo— dedicaría tiempo completo a partir del 1° de septiembre de 1910 para dirigir exploraciones subacuáticas del cenote, y que enviaría al Museo Peabody todos los objetos de metal, piedra y madera que se encontraran, mientras que el destino de otros materiales dependería de consultas con Putnam. Los hallazgos llevados a Harvard serían divididos a partes iguales, siendo que una mitad se quedaría con Bowditch, para resarcirlo de su inversión, y la otra sería comprada por el Museo Peabody por un valor que sería estimado por Putnam y cuyo resultado monetario le sería entregado a Thompson. De este

¹¹¹ Thompson a Bowditch. Cambridge, 5 de noviembre de 1909. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912”, caja 1, fólдер 6; Mark, *Four Anthropologists*, p. 50.

¹¹² Thompson a Bowditch. Chichén, 13 de enero de 1910. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912”, caja 1, fólдер. 6. La misma carta existe, mecanoscrita, en PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1910-1918”, caja 14, fólдер 147. Sobre Hewett y la SAR, véase Chauvenet, *Hewett and Friends*.

¹¹³ Thompson a Bowditch, s/l., sf. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912 [1905-1946]”, caja 1, fólдер 6. Por esas fechas se decía que Morley estaba por iniciar exploraciones en Tikal, adelantándose a Bowditch, que también preparaba una expedición a ese sitio. Decía Thompson: “Me parece que se trata de un emprendimiento despreciable, de poca monta. Es una pena que existan tantas muestras de ese tipo de ánimo en los círculos arqueológicos. Pero me parece peor aún en Morley, que tanto le debe”. Thompson a Bowditch. Chichén, 3 de julio de 1910. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912 [1905-1946]”, caja 1, fólдер 6. Sobre el conflicto véase Weeks, *The Carnegie Maya*, p. 8, y Thompson (E.), “1914: La *Carnegie Institution*”.

monto, el excónsul debía pagarle a Bowditch lo que éste había entregado —en calidad de “adelanto”— para el mantenimiento de su familia en los Estados Unidos, convirtiéndose en una obligación de entregas parciales de hallazgos arqueológicos hasta que la cantidad completa estuviera cubierta.¹¹⁴

El fin de las prerrogativas consulares de Thompson al mediar 1909 coincidió, sin grandes sorpresas, con nuevos ataques a sus actividades arqueológicas ilegales y a las largas caravanas de contrabando que había encabezado. En los primeros meses de 1910, el azote del excónsul, Teoberto Maler, había visitado sorprendentemente Chichén Itzá en compañía del hijo de Leopoldo Batres, Salvador, y de W. James. Antes de saber de la llegada de su némesis, el excónsul ya presentía que los días de tranquilidad para sus actividades estaban llegando a su fin: “Hasta ahora no he enfrentado obstáculos especiales ni en el trabajo ni en ningún otro frente, pero, sin duda, aparecerán a su debido tiempo; y a su debido tiempo sin duda sabré cómo superarlos”. La visita de Maler y compañía, que se prolongó por tres interminables días, inquietó naturalmente a Thompson, temeroso de que de tanto escudriñar las ruinas su desafecto acabara descubriendo algo que pudiera poner en peligro la continuidad de los trabajos. Terminado el periodo, el grupo se retiró sin que se hubieran registrado mayores incidentes, y el excónsul le reiteró a Bowditch la convicción de que Maler era un hombre extremadamente peligroso.¹¹⁵ En poco tiempo, “el pequeño demonio”, como lo llamaba Thompson, volvería a atacar, y lo haría no en Mérida, donde el excónsul tenía aún fuerzas para combatirlo, sino en la Ciudad de México, donde al parecer el fotógrafo arqueólogo austroalemán había hecho una nueva serie de graves denuncias sobre el saqueo de Chichén Itzá y su cenote, además de delatar los constantes embarques de piezas prehispánicas hacia los anaqueles del Museo Peabody. Las presiones del enemigo habían hecho que el excónsul se sintiera por primera vez en peligro de ser enviado a prisión:

¹¹⁴ “This agreement made [...]”. Boston, 15 de noviembre de 1909. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912”, caja 1, fólдер 6. Thompson a Bowditch. Cambridge, 10 de noviembre de 1909. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912”, caja 1, fólдер 6.

¹¹⁵ Thompson a Bowditch. Chichén, 13 de enero de 1910. PMA, “C.P. Bowditch Correspondence 1904-1909”, caja 14, fólдер 147.

Maler, con sus inculpaciones directas e insinuaciones aún más venenosas, ha sido capaz de mantener a las autoridades en la Ciudad de México en un constante estado de agitación respecto a mí [...]. Maler sin duda ha logrado ocasionarme un dispendio económico y de ansiedad, debido a lo cual me encantaría vengarme; pero no ha podido amainar un ápice el éxito final, y ese hecho me retribuye ampliamente todo aquello que he debido pasar y, cuando se toma en cuenta que toda esta temporada he vivido bajo la sombra de una prisión mexicana, quizá pueda imaginar un poco cómo lo he pasado.¹¹⁶

En julio de 1910, el excónsul ya había dado los pasos iniciales para poner en práctica sus nuevas habilidades en el fenómeno que iba a revolucionar Yucatán en poco tiempo: el turismo. En agosto de ese año, el *Diario Oficial del Estado* anunció que Thompson había solicitado “autorización para construir una línea telefónica que comunique su finca ‘Chichén Itzá’ con el pueblo de Dzitás”, autorización que fue concedida el 19 del mismo mes. El proyecto, que era a todas luces la primera etapa para un emprendimiento mayor, debía estar concluido dentro del término de un año.¹¹⁷ Por esos días Thompson obtuvo también del Congreso del Estado exención de impuestos municipales y estatales para la construcción de un hotel y para la operación de “hasta veinte carruajes destinados al servicio público” —además de otras facilidades en el terreno laboral—, teniendo como centro de irradiación la hacienda Chichén.¹¹⁸ A finales de agosto la Comisión de Hacienda del Congreso del Estado comenzó a analizar un memorándum en el que el excónsul mostraba el crecimiento de su proyecto original y pedía “varias franquicias por el hotel, cantina, tienda y restaurant que establecerá en su finca ‘Chichén Itzá’”. La Comisión de Hacienda, “considerando que redundará a favor de los intereses del país, el acrecentamiento de la iniciativa corriente de turistas extranjeros que a él vienen con el principal objeto de conocer nuestros monumentos arqueológicos, opina que es deber

¹¹⁶ Thompson a Putnam. Citas [sic], Chichén, 23 de junio de 1910. PMA, PMDR, FWPR, caja 4, fólder 13. Papel timbrado con una reproducción del Castillo de Chichén Itzá.

¹¹⁷ POE de Yucatán, *Diario Oficial*, 24 de agosto de 1910, p. 7; 7 de octubre de 1910, p. 2.

¹¹⁸ *Ibid.*, 21 de septiembre de 1910, p. 2.

del Poder Público, favorecer esa corriente”.¹¹⁹ Mientras tanto, el excónsul, desde su propiedad en West Falmouth, Mass., alardeaba de haber conseguido pasar por las diferentes aduanas nuevas aportaciones al tesoro que ya se encontraba en el Museo Peabody, y de haber superado con éxito nuevas embestidas de Maler. A pesar de las apariencias de agotamiento del cenote, Thompson informaba que la temporada 1909-1910 había sido posiblemente la más exitosa de todas por la cantidad y calidad de las piezas recuperadas y transportadas a Harvard.¹²⁰

EL JAQUE DE MALER Y EL DISTURBIO REVOLUCIONARIO

Pero lo peor estaba por venir y entonces el excónsul podría confirmar su convicción sobre la peligrosidad de su principal adversario. El 16 de julio de 1910, la *Revista de Mérida* había dado a conocer las solicitudes de Thompson al Congreso estatal para la instalación de su complejo hotelero. En los primeros meses de 1911, comenzó a circular un libelo mecanoscrito de 45 fojas con tremendas denuncias contra el excónsul, firmado por “Adonai, Ángel Rebelde” —que no era otro que el terrible Teoberto Maler, como se pudo comprobar después—.¹²¹ El uso del seudónimo

¹¹⁹ *Ibid.*, 20 de octubre de 1910, p. 7.

¹²⁰ La relación incluía “[...] más de 200 piezas de perfectos jades, incluyendo cuentas y colgantes. / Hay más de 80 especímenes de cobre trabajado y cobreado [...]. / También más de 90 objetos de oro sólido, muchos de los cuales son masivos [...]. Entre estos especímenes hay una pelota de terracota o bola recubierta con oro”, etc. Thompson a Bowditch. West Falmouth, 29 [?] de agosto de 1910. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912 [1905-1946]”, caja 1, fólter 6.

¹²¹ No se ha podido precisar la fecha. El mecanoscrito tiene por título, simplemente, “Chichén” y está firmado por “Adonai, Angel Rebelde”. Los catalogadores del fondo donde se encuentra lo identificaron, para efectos de su archivamiento, como “Denuncia hecha contra Edward H. Thompson y Santiago Bolio por la destrucción y saqueo de las tumbas y ruinas mayas, en lugares como Labná, Uxmal, Xkichnol, Chacmultun, Chichén-Itzá, Mayapan y otros lugares. Adonai, Angel Rebelde. Mérida, 1911”. AHINAH, 1a. Serie de Papeles Suelos, leg. 1-B, doc. 2. Se trata de un original bastante maltratado en sus últimas tres páginas. Hay otro ejemplar, con una paginación diferente (63 pp.) y en perfecto estado, en la Biblioteca Tozzer del Museo Peabody, Universidad de Harvard, que parece ser una copia moderna del original de 1911, publicada en 1928. Esa versión sería el resultado de la compilación de las entregas periódicas del panfleto original

debió haberse justificado por la gravedad de las acusaciones, muchas de ellas adornadas con sardónicos comentarios del autor y uso de apodos insultantes, adjetivos agresivos y denuestos, y por los despiadados y repetidos ataques contra el Peabody y “los carniceros de Chicago”, sin salvar a Putnam ni a Bowditch, “quienes, desde lugar seguro, dirigen el saqueo de Chichén por viles secuaces [...] uniendo sus instintos de insaciable rapiña con los sentimientos de odio y envidia contra otros exploradores por sus grandiosos descubrimientos [...]”.¹²² El grueso de las denuncias sobre las actividades predatorias del excónsul y de sus “secuaces” provenían de las observaciones que Maler había hecho en la visita de 1906, como parte de la comitiva del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, y en la que decía haber constatado el desastre que Thompson había producido en Chichén Itzá con sus actividades. Las destrucciones, mutilaciones y desmanes practicados por el agente del Peabody (incluyendo el libre pastar de su ganado entre las ruinas y dentro de los propios monumentos),¹²³ decía nuestro autor, en un acceso innegable de autoestima redactado en tercera persona del singular, buscaban borrar el intenso trabajo que él mismo había realizado en Chichén Itzá en 1891 y 1893, pues la nueva visita había permitido comprobar la completa desorganización del sitio llevada a cabo por el entonces cónsul esta-

circuladas por *La Prensa*, de la Ciudad de México, y por *La Revista de Yucatán*, de Mérida, en julio de 1926, coincidiendo con el estallido del escándalo que llevó al proceso judicial contra Thompson, como veremos más adelante. A diferencia del enigmático autor del escrito primigenio, el “Angel Adonai”, el título de la nueva versión, en un claro intento por reforzar la veracidad de su contenido, no dejaba lugar a dudas: “Apuntes históricos sobre la destrucción de las ruinas mayas de Yucatán, y los culpables de ella, escritos por Teoberto Maler. Mérida, Yucatán, México, 1928”. El cotejo de ambos ejemplares mostró agregados en el documento de 1928 que no constan en el de 1911 (además de pequeñas correcciones sintácticas, actualizaciones ortográficas y la curiosa insistencia en grafiar el nombre del autor como “Maller”), razón por la cual se optó por usar la primera versión. El documento será citado como Maler, “Chichén”, remitiendo a la paginación (manuscrita y a lápiz) del ejemplar de 1911.

¹²² Maler, “Chichén”, hoja 13. Es incierta la fecha en la que Maler deja de ser financiado en sus investigaciones por los *Bostonians* y por el Museo Peabody, aunque algunas fuentes indican el año de 1909 como el del término de la relación laboral, cuando Maler ya debía tener 67 años. Para una biografía sintética, véase Graham, “Exposing the Maya” y el ya citado Ruvalcaba, *Teoberto Maler*.

¹²³ Maler, “Chichén”, hoja 20.

dounidense. Una acción, se leía en el panfleto, basada “en el odio implacable que el desequilibrado Thompson profesa a Teoberto Maler a causa de sus numerosos descubrimientos hechos en la península de Yucatán y, sobre todo, por las magníficas fotografías y los planos arquitectónicos con que da a conocer al mundo científico los resultados de sus arriesgadas expediciones”.¹²⁴ Los ataques incluían destacadamente al cómplice de Thompson, el malogrado Santiago Bolio.¹²⁵

Al parecer, la gota de agua que hizo derramar la indignación de Maler fue efectivamente la noticia de la *Revista de Mérida* sobre las nuevas pretensiones de “empresario turístico” del excónsul, pues el libelo iniciaba manifestando extrañeza por las solicitudes hechas por Thompson al Congreso estatal, y descartando la afirmación de que las ruinas de Chichén Itzá “cayesen en terrenos de la pequeña finca, abandonada, que ha adquirido por aquel rumbo, indudablemente con malas intenciones”.¹²⁶ El argumento continuaba recordando que los monumentos que serían el centro de atracción de la empresa del excónsul eran “propiedad de la Nación y no del señor Thompson o hacendado alguno”, y que los terrenos que él reclamaba para sus plantíos eran en realidad ejidos del pueblo de Pisté. La celosa competencia arqueológica salía a relucir luego en las primeras líneas, en las que Maler, escondido tras su seudónimo, se refería a sí mismo en altos tonos:

¡Mil millones de pesos se necesitarían en nuestra época —sin recursos mayores y sin gente— para levantar un Chichén-Itzá, en todo su esplendor...! ¿Y en cuánto le vendieron a Thompson —hará una veintena de años— aquella hacienda quemada y abandonada [...] que unos inexpertos jóvenes habían adquirido de su pretendido dueño? ¡Algunos dicen que por dos o trescientos pesos...! / Siempre hemos tenido la venta de Chichén a Thompson como un // acto de la más grande inconveniencia y en extremo antipatriótico...! Por dos o trescientos pesos, y aunque fuesen dos o tres mil, no vende uno una Ciudad que constituye la gloria de la América antigua a un vil extranjero para explotarla y arruinarla. Y menos comete uno seme-

¹²⁴ *Ibid.*, hoja 10.

¹²⁵ *Ibid.*, hoja 30.

¹²⁶ *Ibid.*, hoja 1.

jante disparate en momentos en que los grandiosos descubrimientos de Teoberto Maler y sus magníficas fotografías y planos por el mundo entero habían llamado la atención sobre la antigua civilización de la península de Yucatán, y comenzaban a afluir miles de turistas de todos los países del Globo [...].¹²⁷

El verdadero propósito del libelo parecía buscar impedir una nueva y suprema afrenta, esto es: que Thompson aprovechara las ruinas de Chichén Itzá para construir (a falta de una “estación científica”) una estación turística, cuestionando la legitimidad de la propiedad de la hacienda y haciendo un detallado recuento de la devastación cometida por el agente del Museo Peabody, cuyos antecedentes se trazaban hasta la década de 1880. Como lo había hecho con anterioridad, Maler atribuía el nombramiento de un inspector y conservador de las ruinas de Yucatán al “escándalo” provocado por las excavaciones de “atrevidos explotadores americanos encabezados por aquel Thompson” en Labná y Uxmal. A partir de allí, el documento se convertía en un devastador alegato de los daños irreparables hechos a las ruinas por las acciones del excónsul, en particular por sus operaciones dirigidas a sacar moldes de los monumentos “con densas capas de papel, estopa y engrudo de harina”,¹²⁸ y otros procedimientos igualmente dañinos, muchos de ellos destinados, en la versión del autor del panfleto, a destruir intencionalmente vestigios pictóricos, diligentemente copiados de antemano por Bolio, para mantener el monopolio del saber sobre Chichén Itzá.¹²⁹ Es decir, como ya lo había hecho en otras ocasiones, Maler acusaba a Thompson de haber modificado la escena del crimen en cada uno de los lugares en que había actuado. Al tiempo que reclamaba una y otra vez sobre las “mutilaciones” que Bowditch y Putnam habían practicado sobre “las magníficas publicaciones de Teoberto Maler,”¹³⁰ y las igualaba con los destrozos practicados en las ruinas por “los miembros del Museo Peabody”, el documento narraba el hallazgo

¹²⁷ *Ibid.*, hojas 1-2.

¹²⁸ Maler, “Chichén”, hoja 4. El daño provocado por esa técnica de moldeo está confirmado en Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 11.

¹²⁹ *Ibid.*, hoja 8.

¹³⁰ *Ibid.*, hoja 23. Acusaciones semejantes en las hojas 32, 33, 36, etcétera.

de la draga (“una patibularia maquinaria de fierro”) durante la visita de Sierra y Batres a Chichén Itzá, describía su funcionamiento y sus efectos: “Con tanta brutalidad trabajaba la máquina diabólica del Museo Peabody, que los más objetos, ya frágiles por sí, se despedazaban”, y se mofaba de las engañosas respuestas de Thompson sobre lo encontrado en el fondo del cenote (“sólo salieron pedazos de huesos y de trastes de barro”).¹³¹ Se refería también a la exploración subacuática, proporcionando informaciones que no constan de ninguna otra fuente, como la de que la tarea estuvo a cargo de “una cuadrilla de buzos noruegos” (y no griegos), “los patos-zambullidores”, que habrían sacado grandes cantidades de objetos de oro del fondo del cenote, valuados por “americanos, venidos de Boston” en más de medio millón de pesos de la época.¹³² El documento terminaba donde había comenzado, discutiendo la validez de la propiedad del excónsul sobre Chichén, y urgiendo a que se examinara la legalidad del acta de la venta de la hacienda, que era probable que se hubiera realizado con base en “títulos, indudablemente caducos y dudosos en todos sentidos, en posesión de los Sosa de Valladolid”. En todo caso, si la anulación judicial de la venta era improbable, Maler exigía

¹³¹ El asunto de la draga está tratado entre las hojas 22 y 28.

¹³² En este pasaje está una de las principales diferencias entre los dos documentos mencionados. El de 1928 inserta un párrafo que no consta en el de 1911. Refiriéndose al “medio millón de pesos”, agrega: “de los cuales acaso sólo una décima parte (¡y gracias!) llegó a manos de Bowditch y Putnam, cuyos nombres, en cambio, quedaron inmortalizados con tantos disparates!... La mayor parte de las preciosidades, según los mismos turistas [?], fue vendida a los millonarios de Nueva York, a donde Thompson violentamente se había ido, antes que sus “amigos” en Cambridge y Boston se las hubiesen quitado todas. Lo que, empero, no sabían ni sospechaban, era que en la misma hacienda Chichén una gran parte de los objetos de oro fue fundida apenas salida del Cenote y vendidas // muy en secreto, las barritas de oro a los plateros y dentistas del mismo Mérida, para engordar el Harem del afamado busca-tesoros!... / Tan deplorable destrucción de cosas tan interesantes que ningún ojo científico llegó a ver y nadie ha podido dibujar ni fotografiar, constituye una eterna vergüenza para aquellos “Yanki-apaches”. En Yucatán no hay oro ni metal alguno; ¿de qué países, hechas por qué naciones, en qué época han llegado las tales prendas a Tlálóc? Estas preguntas ya nadie las resolverá gracias a Thompson y a sus protectores, los cuales enteramente ofuscados por lo mucho o poco que habían recibido [...]”. A partir de aquí el texto se empareja con el del documento de 1911. Maler, “Apuntes históricos”, hojas 42-43.

que tanto las ruinas como la hacienda fueran rodeadas por “una fuerte cerca de alambre” que impidiera el contacto de unas con la otra, y, en última instancia, poner preso a Thompson y confiscarle la hacienda, una vez que ni él ni la institución que lo empleaba irían a pagar los cuantiosos daños ocasionados al patrimonio yucateco.¹³³

Thompson acusó el golpe en julio de 1912, en un momento delicado pues las nuevas autoridades del estado, partidarias del movimiento revolucionario que había llevado Francisco I. Madero al poder, no participaban de los esquemas del excónsul. El 4 de abril de 1911, había enviado a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes un pedido de autorización para continuar dragando el Cenote Sagrado, ahora con maquinaria más moderna, pues “los aparatos que usé en esa época fueron demasiado pequeños y débiles para mover las grandes rocas que yacen en aquel cenote, y dando por resultado que se quebraron bajo el enorme peso de las piezas que se intentaba levantar [...] esta vez construiré un aparato más grande y resistente, y tengo la seguridad de que saldré con éxito en mi proyecto”. En el resto del documento, además de referir los antecedentes de la “leyenda” del cenote desde Landa y de su “creencia” en la existencia de objetos valiosos en su fondo, Thompson, que no escondía haber explorado el cenote sin, técnicamente hablando, la debida autorización, se adecuaba a la nueva legislación afirmando tener un museo en su propiedad, “en donde todas las antigüedades [*sic*] *balladas por los indígenas* son compradas y depositadas, para que se puedan guardar y estudiarlas con detenimiento”. Quedaba engañosamente implícito que, debido a lo inapropiado de su maquinaria, no había conseguido extraer nada del cenote y que todo no pasaba de pequeñas piezas descubiertas por los naturales del lugar. Ahora pedía autorización “para buscar dichas estatuas o ídolos, con el fin de conservarlos así como los otros objetos antiguos que pudieran encontrarse en el fondo de dicho depósito profundo, los que depositaré en mi Museo de Chichén-Itzá [...] // Protesto a usted bajo mi promesa personal que dichos objetos no saldrán de mi poder, sin la autorización expresa del Ministerio de su digno

¹³³ Maler, “Chichén”, hojas 44-45.

cargo”.¹³⁴ Consultado por Sierra sobre el pedido de Thompson para volver a dragar el cenote, ahora con maquinaria moderna, el inspector general de monumentos arqueológicos del nuevo gobierno federal respondió en 6 de abril de 1911, recomendando que no se autorizara la operación,

porque este señor sin consentimiento del gobierno y por medio de una draga ha estado estrayendo [sic] de él, durante varios años muchos objetos sin haber dado nunca cuenta de ellos al Ministerio del Ramo, y por consiguiente ha obrado en esta labor en forma ilegal, puesto que, los objetos que ha extraído son de la época prehispánica y por lo tanto según las leyes de monumentos arqueológicos, pertenecen a la Nación, y siendo de su propiedad como son, el Sr. Thompson no los ha entregado, sino que ha dispuesto de ellos, según noticias que tiene esta Inspección para remitirlos a algunos de los Museos Americanos infringiendo así las leyes que prohíben la exportación de antigüedades [sic] anteriores a la Conquista Española, y hoy a juzgarlo por lo que ha hecho, continuaría cometiendo el delito si no clandestinamente como lo hizo, sí autorizado legalmente.

No obstante, conocedor del funcionamiento de las instituciones nacionales, el inspector concluía que si a pesar de una información tan incriminadora Thompson obtenía el permiso solicitado, se le debería obligar a firmar un contrato que estipulara, entre otras cosas, la vigencia de la autorización.¹³⁵ El subsecretario de Instrucción Pública siguió por el camino sugerido: negó el permiso solicitado por el excónsul con base en el informe del inspector general, pero abrió la oportunidad de concederlo en caso de “que los trabajos de exploración se verifiquen con la intervención de un inspector especial del gobierno y conforme a bases especiales que se señalarán en el caso de que usted acepte la inspección

¹³⁴ Julio García, subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, al inspector general y conservador de monumentos arqueológicos de la República. México, 6 de abril de 1911. ccj/scj/exp. 11/926, hoja 7, v. y anv. Subrayado en el original, cursivas mías.

¹³⁵ [Inspector general de monumentos arqueológicos] a secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. México, 30 de mayo de 1911. ccj/scj/exp. 11/926, hoja 8v. Subrayados en el original.

referida”. Las ilegalidades anteriores denunciadas por el inspector quedaban así subsumidas.¹³⁶

Pero, a lo que todo indica, Thompson no apeló ni hay indicios de que haya entrado en negociaciones para la firma de un contrato. Al contrario, enteradas de las denuncias hechas por “Adonai”, recicladas con sus propias observaciones, las autoridades de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes emitieron decretos que congelaban todo y cualquier trabajo en las ruinas yucatecas, lo que hizo que Thompson suspendiera sus excavaciones y asumiera un bajo perfil a la espera de restablecer sus influencias con el nuevo gobierno. Así, unos meses después, como de hábito, el incombustible excónsul decía haberle dado la vuelta a la situación: “Tengo el agrado de decir que pude contrarrestar la impresión que Maler dejó entre las autoridades en México, y que ahora estoy en mejores condiciones que antes, ya que cuento con una autorización por escrito para emprender prácticamente todo lo que me interese en la línea que ahora me ocupa”.¹³⁷

El 29 de julio de 1913, en uno más de sus viajes veraniegos a Nueva Inglaterra, Thompson le escribió una misiva a William J. Bryan, secretario de Estado en Washington, en la que se ofrecía de manera implícita para organizar un levantamiento maya contra el gobierno de México en el contexto del agravamiento de las tensiones entre ambos países (“el problema actual e inminente con México”) por causa del movimiento revolucionario mexicano:

Si hubiera una intervención en México, armada o de otro tipo, la gente del sur de México, Yucatán-Campeche, será probablemente un factor de relevancia, como lo son los yaquis de Sonora. Sé que alguna vez tuve influencia sobre estos pueblos como quizá ningún // otro hombre blanco haya tenido [...] mi largo periodo de servicio como Cónsul estadounidense me ha curado de deseo alguno de tener

¹³⁶ José López Portillo y Rojas, subsecretario, a inspector general de monumentos arqueológicos. México, 1º de junio de 1911. ccj/scj/exp. 11/926, hoja 9v.

¹³⁷ Thompson a Bowditch. Chichén, 15 de julio de 1912. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912 [1905-1946]”, caja 1, fólder 6. Thompson a Bowditch. Chichén, 4 de septiembre de 1912. PMA, “Letters EHT a CPB 1910-1912 [1905-1946]”, caja 1, fólder 6.

un puesto permanente como funcionario. Soy, no obstante, antes que cualquier cosa, ciudadano estadounidense y, como tal, si se me convoca a dar servicios en cualquier puesto adecuado // dentro de mi esfera de influencia conocida, responderé con presteza y lealtad [...].¹³⁸

En efecto, en 1913 la revolución llegaba a las tierras mayas afectando ranchos y haciendas de compañías estadounidenses madereras y chicleras, sobre todo en Campeche, en las proximidades de la frontera con Guatemala. El hotel para turistas que Thompson había construido para redondear sus negocios arqueológicos había funcionado apenas unos meses y en noviembre de 1913 ya se encontraba cerrado, “debido a las condiciones existentes”.¹³⁹ A finales de 1914 la hacienda Chichén fue asaltada y saqueada por uno de los bandos ligados al torbellino revolucionario, obligando al excónsul a cancelar una temporada de conferencias en Estados Unidos programada para el verano de 1915 y permanecer en sus tierras con el propósito de prevenir nuevos ataques a sus propiedades, lo que no impidió que ese año parte de sus plantíos fueran destruidos.¹⁴⁰ La revolución cerraba así, definiti-

¹³⁸ Thompson a William J. Bryan. A bordo del Monterrey, 29 de julio de 1913. NARA, “General Records of the Department of State, 1763-2000, Applications and Recommendations for Appointment to the Consular and Diplomatic Service, Edward H. Thompson”. En el mismo expediente hay una corta respuesta agradeciendo su disposición, enviada a Thompson “al cuidado del Museo Peabody. Private Secretary a Thompson. Care of Peabody Museum”. Washington, 7 de agosto de 1913. NARA/GRDS/ARC/Edward Thompson.

¹³⁹ “Report regarding Americans in the State of Yucatan, Mexico, Consular District of Progreso, Wilbur T. Gracey, consul. Brought up to date of November 4, 1913”, NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”, Record Group 84, Mérida y Progreso México “Consular Posts”, v. 13.

¹⁴⁰ Thompson a Woodward, Dzitás, s/f [fecha de recepción en la CWI, 18/12/1914], en CIWA, CAF, “Edward H. Thompson Correspondence 1911-1934”, caja 4, fólter 16; ese mismo año de 1914 el consulado estadounidense en Progreso fue “atacado por una multitud”. Vogenitz [cónsul de Estados Unidos en Progreso] a A. Weddell, cónsul general estadounidense. Progreso, 14 de diciembre de 1926. NARA, “Records of the Foreign Service Posts of the Department of State”. Record Group 84, Mérida y Progreso. “Consular Posts”, v 13. En el expediente hay tres comunicaciones de Vogenitz sobre los daños provocados por el ataque a la hacienda de Thompson con la misma fecha y dirigidas a ese mismo destinatario.

vamente, el capítulo de los *Bostonians* en Yucatán y dejaba en suspenso, por lo pronto, la entrada en acción de la nueva potencia estadounidense en el “Área Maya”, la Carnegie Institution de Washington, que en 1914 haría una tímida e infructuosa aproximación al gobierno de Huerta para establecerse en Yucatán.

IV. LA CARNEGIE Y LOS
“PECADOS DE LOS ANTECESORES”:
Inicio y fin del Proyecto Chichén, 1914-1940

LA CARNEGIE (Y THOMPSON)
EN BÚSQUEDA DE UN PROYECTO

Fundada en 1902, la Carnegie Institution de Washington (ciw) había establecido excelentes relaciones con el gobierno de Porfirio Díaz desde 1905, cuando obtuvo la primera concesión para realizar investigaciones botánicas en México.¹ Un nuevo pedido de autorización para una expedición de su Departamento de Magnetismo Terrestre llegó a manos del secretario de Relaciones Exteriores de México, Ignacio Mariscal, por conducto del embajador estadounidense, el 10 de agosto de 1906.² Pero la Carnegie tenía otros y mucho más ambiciosos planes, teñidos con los colores académicos de lo que comenzaba a llamarse “ciencias sociales”. Desde 1902, el propio año de su creación, en medio de la euforia arqueológica y antropológica (y en particular de la “manía maya”) que se había apoderado de la academia estadounidense, la novísima institución había apuntado sus miras hacia las ciencias antropológicas, en especial la arqueología, fuente de la que manaban cada vez más glamour y prestigio internacionales. Ese mismo año, la presidencia de la ciw convocó a tres notables científicos del país para que propusieran trabajos a ser realizados. Los agraciados fueron nuestros conocidos William H. Holmes, curador en jefe del

¹ Bacon [Assistant Secretary of State] a Amembassy. Washington, D.C., 08/08/1906, NARA, Record Group 84, Mérida y Progreso, “Consular Posts”, v. 13. Sobre la historia de la Carnegie consúltese, entre otros, Trefil y Hindle Hazen, *Good Seeing*; Reingold, *National Science Policy*, 1979; y Castañeda, “The Carnegie Mission”.

² D. Thompson a Mariscal. México, D.F., 10 de agosto de 1906; Mariscal a D. Thompson, 24 de noviembre de 1906. NARA, “Numerical and minor files of the Department of State/M862D”, rollo 699.

Instituto Smithsonian, Franz Boas, su feroz desafecto de 10 años antes, ya profesor insigne en la Universidad de Columbia, y George A. Dorsey, discípulo de Frederick W. Putnam en Harvard y sucesor de Holmes en el cargo de curador de antropología del Museo Field Columbian de Chicago. El reporte final recomendó que los esfuerzos de la *ciw* se concentraran en la arqueología americanista y en el estudio de grupos étnicos que estaban amenazados de extinción, pero nada se hizo al respecto en esa ocasión y la Carnegie prefirió pulverizar sus recursos en una decena de proyectos en diversas partes del mundo. Exactamente 10 años después, en 1912, en un reconocimiento tácito de la creciente importancia de las nuevas disciplinas en los ambientes académicos estadounidenses, vino la corrección de rumbo: la institución convocó a un nuevo grupo de expertos, ahora integrado por el antropólogo y psiquiatra británico W. H. R. Rivers, Albert E. Jenks, fundador del Departamento de Antropología de la Universidad de Minnesota, y el joven arqueólogo Sylvanus G. Morley, entonces en la Escuela Americana de Investigación de Santa Fe. A ellos cabría la tarea de proponer caminos para la naciente y promisoriosa ciencia de la antropología.

Desde enero de 1911, con los trabajos del dragado y exploración subacuática en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá ya definitivamente suspendidos, pero con una cantidad de proyectos en relación inversa con su falta de recursos y con los intereses de su expatrocinador, el Museo Peabody, concentrados en el norte de Guatemala, el excónsul Thompson había comenzado a solicitar ayuda financiera a la *ciw*. El 23 de ese mes, durante una de sus estancias en Nueva Inglaterra, envió su primera misiva a R. S. Woodward, presidente de la Carnegie Research, en la que se presentaba y resumía sus 20 años de trabajo en Chichén Itzá y se autodefinía como el mayor conocedor de la “civilización maya”. A continuación, solicitaba apoyo para contratar a un ingeniero agrimensor y trabajadores suficientes para hacer excavaciones y fotografiar el material necesario para preparar la publicación de un libro. Daba como referencias a William H. Holmes, del Smithsonian, Alice Fletcher de la Escuela Americana de Investigación de Santa Fe, N.M. y al profesor Putnam curador del Museo Peabody y del Museo Americano de Historia Natural, de Nueva York. La respuesta del secretario asistente de la *ciw* fue inmediata

y desanimadora: los recursos para 1911 ya estaban asignados y el excónsul tendría que hacer su pedido durante el otoño, cuando entonces podría ser considerado. Indiferente al calendario de la institución, tan sólo 10 días después ya estaba en la mesa de la dirección la solicitud formal de Thompson, en el formato de la *CIW*, de un subsidio (*grant*) por 5000 dólares. La réplica no varió: el mismo funcionario le advirtió que lo más probable era que pasarían varios meses antes de que su pedido fuera examinado y que no había motivos para abrigar muchas esperanzas: "Es bien probable que en los próximos años la Institución sólo tenga para su uso general la mitad de los recursos que el señor Carnegie recientemente agregó a su donación, y también es probable que una buena parte de ellos serán necesarios para continuar el trabajo que ya está en curso".³ Nuevos intercambios epistolares entre Thompson (presionando en su favor) y las autoridades de la *CIW* (acusando recibo de sus cartas) en el otoño-invierno de 1911 culminaron en los primeros días de 1912 con un seco comunicado del secretario asistente de la institución que ponía fin al asunto: "En relación con su solicitud del 1º de febrero de 1911, le informo que no fue considerada para recibir el apoyo requerido". El "resumen de la solicitud" anexo a la respuesta oficial, con fecha de enero de 1912, justificaba el rechazo con la frase: "no hay como esperar resultados adecuados".⁴ Thompson volvería a atacar tres años después, en diciembre de 1914, con los mismos resultados, como veremos más adelante.

MORLEY Y EL "PROYECTO CHICHÉN"

Sylvanus G. Morley también iniciaba por esos años sus relaciones con la Carnegie. La aproximación inicial se había dado en diciem-

³ Thompson a Woodward. Cambridge, Mass., 23 de enero de 1911; Secretario asistente, *CIW*, a Thompson. Washington, 28 de enero de 1911; "Application for a Grant in Aid for Research", Edward H. Thompson. Cambridge, Mass., 1º de febrero de 1911; Secretario asistente, *CIW*, a Thompson, Washington, 2 de febrero de 1911. *CIW*, CAF, "Edward H. Thompson/Correspondence 1911-1934", caja 4, fólter 16.

⁴ Secretario asistente, *CIW*, a Thompson. Washington, 2 de enero de 1912; "Abstract of Application / Archaeology / Edward H. Thompson". *CIW*, CAF, "Edward H. Thompson/Correspondence 1911-1934", caja 4, fólter 16.

bre de 1912, cuando el joven arqueólogo le fuera presentado al presidente Woodward por Frederick Hodge, jefe del Departamento de Etnología del Smithsonian (Bureau of American Ethnology) y por el senador J. H. Gallinger. En ese mismo mes, Morley mandó una versión preliminar de su propuesta: “Proyecto de investigación arqueológica en Chichén Itzá”. Después de una breve introducción, en la que destacaba los avances de la “civilización maya” en todos los campos, advertía:

Los resultados mencionados se obtuvieron basicamente por medio del reconocimiento; pero ahora está claro que mayores progresos se alcanzarán con la excavación sistemática y el estudio de uno o varios de los grandes sitios. Solamente dos instituciones se han dedicado hasta este momento al estudio intensivo de grupos de ruinas localizados en el espacio maya. El Museo Peabody de la Universidad de Harvard realizó excavaciones en Copán, Honduras, al inicio de los años noventa; en 1910-1912, la Escuela Americana de Arqueología llevó a cabo un proyecto similar en Quiriguá, Guatemala. Desgraciadamente, en ambos casos las excavaciones se descontinuaron antes de que fuera posible un estudio completo de los sitios. / [...] / Durante el proceso de seleccionar un sitio para estudios sistemáticos, las ruinas de Chichén Itzá, Yucatán, mostraron condiciones de tal naturaleza que convirtieron ese grupo en el principal objeto de consideración.

Sugería que los trabajos deberían ser programados para iniciar en diciembre de 1913, lo que daría tiempo suficiente para negociar la concesión (de cinco o 10 años) con el gobierno del general Victoriano Huerta, y se ofrecía, evidentemente, para ser el director del proyecto. Sin embargo, entre la presentación del plan, en diciembre de 1912, y el anuncio de los resultados por parte de la *crw*, Morley, de manera particular, había solicitado al gobierno mexicano, a inicios de mayo de 1913, permiso para realizar excavaciones en Chichén Itzá. El plan se basaba en dos visitas que había realizado al sitio y a la hacienda Chichén —del excónsul Thompson— en marzo de 1907 y nuevamente en diciembre de 1908. Esta última habría sido una misión encomendada por el Instituto Arqueológico de América para estudiar la orientación de los edificios de Chichén y de Uxmal, a la que ya se hizo refe-

rerencia.⁵ Ese mismo mes de mayo de 1913, el titular de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (SIPBA) del gobierno de Huerta nombró una comisión para estudiar la propuesta de Morley, que estaba integrada, entre otros, por Manuel Gamio, entonces director de Estudios Arqueológicos y Etnográficos de la Secretaría de Fomento.⁶ En agosto Morley recibió la respuesta de la SIPBA, indicando las condiciones para acceder a su pedido (las estipuladas en los decretos de 1896-1897) y garantizando que si las aceptaba el permiso sería concedido rápidamente.⁷ Ya en tratos con la CIW para encabezar su gran proyecto —en caso de que su propuesta resultara seleccionada— Morley tenía que responder a la secretaría y al mismo tiempo evitar interferir con el proyecto mayor de su posible futuro patrocinador: "Quiero evitar cualquier cosa que haga parecer que, de una u otra manera, me anticipé a la acción del Consejo de Administradores con mi plan, y si embargo creo que es necesario dar alguna respuesta al gobierno mexicano tan pronto como sea posible".⁸ La misiva de Morley terminaba así:

[...] En efecto, puedo decir que ya solicité una concesión del gobierno mexicano para excavar y reparar las ruinas de Chichén Itzá, y que el Sr. Vera Estañol, ministro de Instrucción Pública, bajo cuya jurisdicción se dirimen estos asuntos, lo ha comentado con el presidente Huerta y obtenido su aprobación. El Sr. Vera Estañol me aseguró personalmente que la concesión será otorgada de manera oficial en el plazo de un mes [...]. De ser así, y en caso de que el proyecto que presenté sea aprobado por la Carnegie Institution, se obviará la necesidad de solicitar una concesión en nombre de la institución, algo que puede conllevar cierta dificultad.⁹

⁵ Hewett a Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Ciudad de Mexico, 8 de diciembre de 1909, AGN, SIPBA, c. 324, exp. 51.

⁶ Acuerdo [sin firma] "Muy urgente", AGN, SIPBA, c. 162, exp. 44.

⁷ Acuerdo, 25 de julio de 1913, AGN, SIPBA, c. 162, exp. 44-1913; A. de la Lama, subsecretario de Instrucción Pública, a Morley. México, 25 de julio de 1913 [se trata de la traducción de la carta de De la Lama al inglés, hecha por Morley]. CIWA, CAF, MAA, "Morley Correspondence, 1912-1923".

⁸ Morely a Woodward, Santa Fe, 20 de agosto de 1913, CIWA, CAF, MAA, "Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923".

⁹ "Plan for archaeological research at the ruins of Chichén Itzá, Yucatán", s.l, s.f., CIWA, CAF, MAA, "Morley Correspondence 1912-1923".

Sin embargo, el presidente de la CIW, sin dejar de elogiar a Morley por sus cualidades y asegurando que lo reclutaría para la institución, se mostraba extremadamente cauteloso e inseguro sobre el proyecto Chichén. La naturaleza peculiar de la Carnegie y la definición todavía nebulosa de sus funciones reforzaban la posición de un Woodward que, en el fondo, no estaba a favor del proyecto de Morley. Le parecía ser una empresa más apropiada para un museo, por lo que se declaraba dispuesto a financiar el proyecto siempre y cuando éste fuera asumido por el Smithsonian o por el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Una actitud que subrayaba la aparición de un nuevo tipo de instituciones filantrópicas: las fundaciones, diferenciadas de los museos, de las universidades y de las agencias científicas gubernamentales. Aun pensando en los viejos esquemas, Woodward reforzó sus recelos con la evidencia de que la Carnegie no tenía instalaciones museísticas en las cuales guardar “las colecciones que se crearán con las exploraciones en ese interesante país”. Y, de nuevo usando el pasado reciente como arma, en lo que parecía ser un alfilerazo directo al Museo Peabody, pronosticó dificultades sin fin en caso de entrar en el campo de la arqueología, donde “abundan los saqueadores y donde estaremos destinados a enfrentar dificultades sin fin por causa de los *pecados de nuestros antecesores* [...]”. Las condiciones revolucionarias de México eran otra de las preocupaciones del presidente de la institución, a quien le parecía que el fuerte tono antiestadounidense de los movimientos revolucionarios mexicanos iba a convertir el nombre “Carnegie” en una admonición demoniaca. Pero al final de cuentas, para esa nueva joya de la filantropía estadounidense, recién lapidada, lo que debilitaba enormemente la propuesta de Morley a los ojos del físicomatemático Woodward eran la escasa importancia y falta de pedigrí de cualquier proyecto arqueológico y, en este caso, la semiplebeya condición de su impulsor: “Una persona con unos cuantos dólares en el bolsillo, como Mr. Morley, puede darse muy bien en ese campo; pero me queda claro que una institución que lleva el nombre de señor Carnegie puede invertir sus ingresos más eficientemente en otros campos”.¹⁰ Esto, a pesar de que el proyecto de

¹⁰ Woodward a Holmes. Washington, 6 de junio de 1914, CIWA, CAF, MAA, “Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923”.

Morley, adecuado a las prevenciones de Woodward, dejaba claro que: "El objetivo de este proyecto no es la adquisición de colecciones. Si bien es verdad que muchos especímenes serán descubiertos a lo largo de ese trabajo, habrá que entender que eso será una cuestión meramente incidental y sin relación con el propósito principal // de la investigación". El texto cerraba con una clara referencia a quienes habían precedido a la Carnegie en el "Área Maya" en el contexto los principios de la nueva práctica "científica" de la arqueología:

El arqueólogo de nuestros días no tiene más semejanza con el buscador de cacharros de cuarenta años atrás que la moderna práctica médica tiene con las charlatanerías de la Edad Media. Para la moderna ciencia arqueológica el único valor de un espécimen es la historia que cuenta sobre la gente que lo produjo. Carece de importancia lo que pueda pasarle a cualquier colección existente mientras sea preservada para el uso de los estudiantes futuros.¹¹

No obstante las reservas del presidente de la Carnegie, en noviembre de 1913 la CIWA dio a conocer los resultados de las deliberaciones del comité en un documento de 88 páginas publicado con el título de *Reports upon the present condition and future needs of the science of anthropology*. El cuaderno abría con una referencia a la cuestión central que debería ser respondida: "Proponer cuál parte del mundo fuera de Estados Unidos presenta las mejores oportunidades para la investigación antropológica y el tipo de pesquisa que puede prometer los resultados más importantes".¹² Tres propuestas habían competido para obtener el honor de convertirse en el proyecto de investigación de la institución por los próximos años: Jenks, autor de un "Informe sobre la ciencia antropológica en el Hemisferio occidental e islas del Pacífico", había propuesto la fundación de un laboratorio de investigaciones en antropología que se dedicara a estudios de herencia (*heredity*), medio ambiente

¹¹ CIWA, CAF, MAA, "Correspondence 1919-1931", y "Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923".

¹² *Reports upon the Present Condition and Future Needs of the Science of Anthropology*, presentado por W. H. R. Rivers, A. E. Jenks, y Sylvanus G. Morley, "Request of the Carnegie Institution of Washington", Washington, D. C., noviembre de 1913, p. 5.

y mestizaje (*amalgamation*). Rivers, en un documento aparte, había recomendado que se privilegiara el estudio de Oceanía y sus relaciones con los primeros pobladores de América. Morley, a su vez —posiblemente apoyado en los rumores esparcidos por William B. Parsons, presidente del Consejo Directivo, en el sentido de que la *CIW* estaba a punto de crear un nuevo departamento dedicado a la arqueología de América Central—,¹³ presentó un proyecto de investigación igual de ambicioso que los de sus competidores, pero mucho más detallado y acompañado de una profusión de fotografías, láminas, diseños, mapas, bocetos, diagramas, etc. Proponía estudios arqueológicos que se extendieran a lo largo de 25 años, concentrados en un único sitio: Chichén Itzá.

En diciembre de 1913 las propuestas llegaron a manos del comité revisor, del cual formaba parte William H. Holmes, director del Museo Nacional de Historia Natural, del Smithsonian, y viejo admirador de Morley, quien habría convencido a sus colegas de apoyar sin titubeos el proyecto de su protegido. Pero, dada la densidad de las redes que se habían formado ya en torno del “Área Maya” y de los pesados intereses institucionales involucrados, la *CIW* decidió consultar al Museo Peabody, por una cuestión de “jerarquías mayenses”, antigüedad y precedencia en el campo. Según la misma fuente, el proyecto fue elogiadísimo por el par de *Bostonians* sobrevivientes, pero los consultados, Puntam y Bodwitch, sugirieron que el director del proyecto no fuera Morley sino Tozzer. Al ser un miembro de la línea ejecutiva del Peabody —lo que garantizaba la permanencia del museo en la nueva fase de las investigaciones—, el recomendado sería también mucho más fácil de controlar que Morley, quien además había incurrido en la ira de Bodwitch por su “entrometimiento” en las investigaciones de Tikal.¹⁴ Tozzer había sido nombrado director de la ISAAE en ese mismo mes de diciembre de 1913, pero “en vista del estado actual del país” se vería obligado “a salir violentamente de la capital” en abril de 1914.¹⁵ Sea como fuere, en enero de 1914,

¹³ Givens, “Sylvanus G. Morley”, p. 138.

¹⁴ Para la red de intrigas tejida en torno de este asunto y en la cual tuvo un papel destacado E. L. Hewett, véase Givens, “Sylvanus G. Morley”, pp. 137-140. Sobre el conflicto entre Bowditch y Morley véase nota 113 del capítulo 3, *supra*.

¹⁵ Thompson (E.), “*La Carnegie Institution*”, pp.168-169; Isabel Ramírez Castañeda a secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, México, 27 de abril de

sin que las propuestas hubieran completado el circuito de revisiones originalmente previsto (y con el presidente Woodward apoyando la de Rivers), Morley fue informado de que su proyecto había resultado vencedor. La noticia le llegó acompañada de un nombramiento como investigador asociado en arqueología de Mesoamérica [Middle América] en la Carnegie Institution de Washington, que comprendía también la dirección del proyecto.¹⁶

Tomada la vital decisión institucional, la CIW se avocó a ponerla en práctica e intentó, en medio a la multiplicación de levantamientos armados en México y en el irrespirable ambiente político provocado por la deposición y asesinato de Francisco I. Madero, obtener del tambaleante régimen encabezado por Victoriano Huerta el tipo de concesión que el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York había logrado en 1895, entre una y otra sesión del Congreso Internacional de Americanistas celebrado ese año en la Ciudad de México. Una concesión que, como vimos, había estado pautada, a su vez, en el permiso otorgado en 1891 al Museo Peabody por el gobierno de Honduras para una libérrima exploración de las ruinas de Copán. Durante una tercera y decisiva visita a la hacienda Chichén en 1912, Morley había conversado con el excónsul Thompson sobre el Proyecto Chichén Itzá de la Carnegie, y le había dicho que, si la empresa avanzaba, él recomendaría que el proyecto se instalara en sus propiedades. Sin embargo, la "revolución de Huerta" y el estallido de la Gran Guerra obligaron a suspender las conversaciones sobre el asunto

1914. AGN, SIPBA, c. 369, exp. 11. El 30 de diciembre de 1912 Tozzer había sido nombrado por el presidente de la Universidad de Harvard para cubrir el bienio 1913-1914, AGN, SIPBA, c. 364, exp. 30. Sin embargo, hay evidencias de que sólo se mantuvo en la dirección de la escuela hasta finales de septiembre de ese último año, cuando fue sustituido por el inspector y conservador de monumentos arqueológicos del gobierno de México, Manuel Gamio. Castillo Ledón a encargado del Despacho, México, 26 de septiembre de 1916, AGN, SIPBA, c. 116, exp. 9.

¹⁶ Brunhouse, *Sylvanus G. Morley*, pp. 50-51; Givens, "Sylvanus G. Morley", p. 88. Curiosamente, en el recuento que Weeks y Hill (*The Carnegie Maya*, p. 8) hacen de los trabajos realizados en Chichén Itzá antes de Morley el único antecedente es Tozzer, sin que aparezca la menor mención a Thompson. El nombramiento de Morley inauguraba el nuevo Departamento de Arqueología de América Central de la Carnegie, que conduciría el Proyecto Chichén.

en ese punto.¹⁷ Thompson volvió a atacar en diciembre de 1914 en una carta dirigida al presidente de la CIW en la que le hacía notar que él era el propietario de la hacienda Chichén, “donde están las ruinas”, y preguntaba si sus años de trabajo pasado y sus proyectos futuros habían sido considerados “como un factor importante” en las negociaciones de la CIW con las autoridades mexicanas, por las cuales —aventuraba— la primera había “adquirido el derecho de explorar y reconstruir la ciudad de Chichén Itzá”. Y se ponía a la entera disposición de sus nuevos potenciales patrones:

Estoy perfectamente de acuerdo con el trabajo que se lleva a cabo bajo los auspicios del Instituto [*sic*] y me entusiasma ver que se realiza con apoyos tan poderosos. Con gusto trataré de adecuarme a los planes del Instituto [*sic*] y sólo pedir lo que un elemental sentido de justicia permite será [*sic*] mi participación en el desarrollo de ese proyecto.¹⁸

Sólo unos días después, Thompson —no sin antes referirse al “inmenso poder e influencia” que la Institución podría ejercer en el área de la arqueología de los Itzaes— corrigió el rumbo: abandonó cualquier pretensión de establecer condiciones para su incorporación al proyecto, se puso incondicionalmente a las órdenes de la Carnegie y ofreció entregarle todos los datos e informaciones que había acumulado a lo largo de los años, tan sólo reservándose los secretos del “Cenote Sagrado, que pertenecen, por un deber moral, al Museo Peabody”. Sin embargo, la CIW se apresuró en desmentir que hubiera obtenido cualquier derecho sobre Chichén Itzá, ni siquiera en términos de promesa hacia el futuro, y cerró el intercambio epistolar diciendo que le parecía prácticamente imposible conseguirlo en esos tiempos aun si lo quisiera,

¹⁷ Thompson a Woodward, Dzitás, s.f. [fecha de recepción en la CIW, 18 de diciembre de 1914], en CIWA, CAF, Edward H. Thompson, “Correspondence 1911-1934”, caja 4, fólter 16.

¹⁸ Más adelante, el excónsul afirmaba que su proyecto de ofrecer un ciclo de conferencias en Estados Unidos durante la siguiente temporada había sido suspendido por causa de la revolución que se vivía en México, que lo había obligado a permanecer en la hacienda para evitar saqueos y vandalismo. Subrayado en el original. Thompson a Woodward, Dzitás, s.f. [fecha de recepción en la CIWA, 18 de diciembre de 1914], en CIWA, CAF, Edward H. Thompson, “Correspondence 1911-1934”, caja 4, fólter 16.

algo que no estaba completamente decidido.¹⁹ Y, en efecto, el cambio de estafeta entre el Museo Peabody, en retirada, y la Carnegie Institution de Washington, que pedía la alternativa, no se realizó en ningún aspecto durante esos años, y no hay documentos que indiquen cualquier tipo de transferencia de saber arqueológico, ni mucho menos de responsabilidad técnica entre ambas instituciones, fuera de la duplicación de algunos cuerpos de documentación en sus archivos.

Igualmente prematuros en su destiempo revolucionario resultaron ser los avances de la CIW para tratar de establecerse como *la* institución de investigación en el "Área Maya". Mientras en agosto de 1914 la guerra en Europa obligaba a suspender toda exploración arqueológica estadounidense en el Viejo Continente, en México la agitación revolucionaria y la generalización de los conflictos armados cerraba todos los frentes de trabajo y forzaba a las instituciones científico-filantrópicas de los Estados Unidos a dirigir los esfuerzos exploratorios (y expropiatorios) hacia las zonas centro-americanas del "Área Maya", lejos del territorio conflagrado. Habría que esperar a que la efervescencia revolucionaria mexicana disminuyera y permitiera retornar a las valiosas fuentes arqueológicas del país. El mismísimo Museo Peabody había visto cómo una expedición enviada a Tulum en ese año había sido impedida de proseguir por órdenes de las autoridades locales de Santa Cruz de Bravo, dado el peligro que aún representaban los "indios sublevados".²⁰ Al igual que el Peabody, la CIW suspendió sus pretensiones y Thompson, a lo que todo indica, recuperó sus funciones informales de protección de intereses estadounidenses en Yucatán. Esto parece ser la explicación de un episodio narrado de manera confusa por algunas fuentes secundarias, según el cual el excónsul habría salvado a un grupo de compatriotas suyos del torbellino revolucionario, embarcándolos con él hacia Cuba, ante el avance de las fuerzas carrancistas:

¹⁹ Thompson a Woodward. Dzitás, 18 de diciembre de 1914; copia sin firma a Thompson, Washington, 28 de diciembre de 1914, en CIWA, CAF, "Edward H. Thompson, Correspondence 1911-1934", caja 4, fólдер 16.

²⁰ Carta mecanoescrita, sin fecha ni lugar. Sólo se conservó a partir de la p. 3. CIWA, CAF, MAA, "Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923".

La última acción de Thompson en Yucatán fue el dramático rescate de veintiséis personas, incluyendo algunos amigos, ante el avance de las fuerzas revolucionarias de Carranza en Yucatán. Cuando Thompson supo del predicamento de esos amigos, se lanzó en su ayuda. Consiguió rentar un barco a medio construir, recogió al grupo, y navegó hacia Cuba. El viaje tomó trece días, entre el 20 de marzo y el 2 de abril, cuando entró en el Puerto de La Habana [...].

Hasta allí, parecería no haber problema. Mas el autor de la frase se refiere después a dos fuentes que narran el episodio de manera diferente entre sí (y en forma diversa respecto de lo dicho por él, aunque esto le pasa desapercibido):

Dos artículos de enciclopedia muestran la confusión que existe en torno de este episodio de la vida de Thompson. En el *Dictionary of American Biography* la historia de la escapada de Yucatán viene enseguida del informe de la confiscación de la hacienda [*Dictionary of American Biography*, ed. Harris E. Starr, vol. 21, suplemento 1, Charles Scribner's Sons, Nueva York: 1935, p. 686]. La descripción de la fuga y de los trece días de navegación es la misma mencionada arriba. Sin embargo, el artículo termina diciendo que, así, Thompson se despidió para siempre de Yucatán. El segundo artículo, en el *The World's Work*, escrito por su amigo Gregory Mason, da en general los mismos detalles, pero afirma que Thompson regresó a Yucatán y comenzó todo de nuevo.²¹

Pues bien, la confiscación de la Hacienda Chichén por parte del gobierno de México es un evento ocurrido en 1926 (al que nos referiremos más adelante), lo que produce el anacronismo que significa, en esos momentos, hablar de “el avance de las fuerzas

²¹ Ewing, *A history*, pp. 65–6. El artículo de Mason citado por Ewing, “A Spokesman for the Ancient Maya”, apareció en el v. 51, febrero de 1926, de *The World's Work*. Brunhouse afirma que, con la llegada de los carrancistas a Yucatán, Thompson habría ayudado a varios de sus amigos estadounidenses a huir, embarcándolos en un barco pesquero que los llevó sanos y salvos a Cuba. Según el autor, Thompson habría entonces retornado a Yucatán, “incluso con la esperanza de atraer visitantes a las ruinas y hacer que la hacienda sea lo suficientemente rentable como para apoyar un centro científico”, Brunhouse, *In Search of the Maya*, pp. 188-189.

revolucionarias de Carranza en Yucatán", probablemente resultado de un manejo incompleto de la historia de los conflictos revolucionarios en el estado. El testimonio de Mason sobre el retorno de Thompson refuerza la idea de que el "escape" del excónsul de la península debe haber sido un evento sucedido en algún momento de 1915 —el general Eleuterio Ávila, enviado por Carranza, entró en Mérida para hacerse cargo de la gubernatura del estado en septiembre de 1914—, pues coincide con su presencia nuevamente en Mérida en febrero de 1917, como veremos enseguida.

Pero ni los conflictos armados en México ni la Gran Guerra en Europa y sus reflejos en el continente americano hicieron que Thompson dejara en su obsesión con Chichén Itzá y, en particular, con el Cenote Sagrado. Todavía en diciembre de 1914 le escribía a Bowditch asegurándole que se había ganado los favores del gobernador ("Estoy codo con codo con el gobernador Juan Martínez Rafael Regil [*sic*] y lo estoy llevando por los caminos arqueológicos y está entusiasmado") y que era el detentor de una concesión del gobierno de Yucatán para terminar la exploración del cenote. Según el excónsul, el entusiasmo del (supuesto) gobernador por la arqueología era tal que ya podía darse por un hecho la concesión de permisos para la "exploración y reconstrucción" de Chichén, que el mandatario quería que fuese realizados por "estadounidenses": "Rafael Regil quiere que la 'Carnegie' asuma el trabajo pero yo naturalmente estoy 'perro' por la Universidad de Harvard (Peabody). [...] Gobiernos [*sic*] van y vienen, pero una vez que la concesión esté en manos estadounidenses será respetada por cualquier partido que alcance el poder se lo puedo asegurar".²² Pero el pedido de financiamiento para seguir sus exploraciones en el cenote en nombre del Peabody fue declinado por Tozzer por falta de recursos, y, además, con la siguiente admonición: "Mr. Bowditch parece pensar que usted declaró haber

²² Thompson a Tozzer. Chichén, 15 de diciembre de 1914. PMA, EHT, "Correspondence to C. P. Bowditch", caja 41-47, fólder 69. Rafael Regil nunca fue gobernador de Yucatán y Juan Martínez era, como sabemos, el inspector de monumentos del estado. En otro fragmento de la carta, Thompson se refiere a Regil como miembro del Consejo del Gobernador. José Rafael Regil y Peón había heredado de varias generaciones con el mismo apellido la suntuosa hacienda Tekik, situada en lo que vendría a ser a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX la principal zona henequenera de Yucatán.

terminado ya el trabajo del cenote, habiendo explorado de manera completa el pozo junto con todos los restos que encontró”.²³ Thompson no se dio por enterado; al contrario, le respondió a Tozzer reiterando la pose de la concesión otorgada por el gobierno yucateco y su ferviente deseo de que todo lo que encontrara en su nueva fase exploratoria fuera para completar las colecciones del Museo Peabody. Y terminaba con una pregunta-despedida digna de esos tiempos de guerra:

El término de mi trabajo en el cenote debe significar para todos los efectos el fin de mi vida de trabajo de campo. Dejaré entonces una porción de trabajo para que la asuman hombres jóvenes y una vez que eso suceda viene la pregunta. Quién va a heredar el trabajo de Chichén. / Usted probablemente tiene conocimiento de que la Carnegie Institution está ampliamente interesada en la civilización de Yucatán o maya, pero aún no ha decidido nada. / Será que la Universidad de Harvard tiene el mismo interés en esto que el que tiene en Roma, etc. En caso afirmativo, me gustaría que me informara para entonces ponerme a trabajar. Si no, hay que ayudar a la Carnegie para evitar que la concesión salga de Estados Unidos y yo sí tengo conocimiento de hechos que muestran que Alemania está igualmente interesada. Usted entenderá esto ahora que el gobernador de Yucatán pasó a tener por decreto ejecutivo total poder sobre las ruinas de Yucatán y éste es un hecho importante del que hay que tomar conocimiento. Parece que Prest [*sic*] Woodward de la Carnegie no lo sabe [...].²⁴

La oferta original de Woodward de financiar la exploración de Chichén Itzá en caso de que fuera asumida por otra institución se convirtió en una empresa conjunta entre la CIW y el AMNH para apoyar las exploraciones de Morley y de Herbert J. Spinden en

²³ Tozzer a Thompson. [Cambridge], 28 de diciembre de 1914. PMA, EHT, “Correspondence to C.P.B”, caja 41-47, fólder 69.

²⁴ Thompson a Tozzer. Chichén, 10 de febrero de 1915. PMA, EHT, “Correspondence to C.P.B”, c. 41-47, fólder 69. También reporta que tiene listos para mandar al Museo Memorial de Pensilvania “unos finos jarrones mayas”, pero que no se atreve a enviarlos porque la vigilancia en busca de contrabando de plata es muy rigurosa y porque, además, dice, “mi *underground railroad* fue destruido por la guerra”. Subrayados en el original.

América Central durante el segundo semestre de 1914 y el primero de 1915. (Esas exploraciones sirvieron de pantalla para que ambos arqueólogos realizaran actividades de espionaje al servicio de organismos de seguridad nacional de los Estados Unidos por ocasión de la guerra contra Alemania y sus aliados.²⁵) Terminada la temporada, Morley, ya con sus lealtades bien establecidas a favor de la CIW, llegó a Harvard en agosto de 1915 para una estancia de investigación en el Museo Peabody, donde trabajaría sobre las inscripciones de Copán. Lo haría bajo los cuidados del curador asistente, Charles C. Willoughby —toda vez que Putnam estaba gravemente enfermo—, y del propio Tozzer, su excontendiente por el puesto de director del proyecto Chichén de la CIW, entonces curador para arqueología de América Central en Harvard. *Noblesse oblige*, Morley fue recibido con la mayor cordialidad por sus colegas del Peabody. La riqueza que el museo mostraba en comparación con otros acervos, resultado sin duda del trabajo de los archienemigos Thompson y Maler, causó en el joven visitante una fuerte impresión: “El Museo Peabody es la institución más rica de este país, si no es que del mundo, en materiales relacionados con la civilización maya. Los registros fotográficos de sitios mayas que posee son los más completos. Su colección de vaciados y originales es la más numerosa [...]”.²⁶

Concluida la estancia en el Peabody, Morley recibió en abril de 1917 autorización de su empleadora, la CIW, para dirigirse una vez más a América Central “con el fin de realizar las investigaciones adicionales sobre la arqueología de ese país que sean posibles”. Para esos momentos, la Carnegie ya había definido perfectamente su perfil institucional, siguiendo los parámetros dictados por Woodward desde que el proyecto Chichén había comenzado a ser discu-

²⁵ Woodward a Parson. Washington, 29 de agosto de 1914. CIWA, CAF, MAA, “Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley, Correspondence 1912-1923”. Sobre la cuestión del espionaje, a la que me referiré brevemente más adelante, véase, en principio, Godoy, “Franz Boas”, pp. 236-237.

²⁶ Morley a Woodward. Cambridge, Mass., 13 de agosto de 1915. CIWA, CAF, MAA, “Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley, Correspondence 1912-1923”. La carta mostraba también su sorpresa de haber encontrado en “los bloques esculpidos que fueron traídos de Copán hace veinte años [...] una pequeña pieza con dos glifos en ella. Me pareció que podría ser uno de los fragmentos perdidos de la Estela 3, que busqué en vano en las ruinas el invierno pasado”.

tido, y que permitirían a la institución distanciarse de los “pecados de los antecesores”. En ese sentido, las instrucciones recibidas por Morley decían:

Se le recomienda especialmente que convenza a las autoridades Centroamericanas de que la Institución no tiene la intención de formar colecciones en sus países ni remover ningún monumento o sus fragmentos. La Institución no tiene museos y la única razón que anima sus exploraciones arqueológicas es la pura voluntad científica de interpretar su sentido para la ciencia antropológica [...]. Todas las expediciones científicas que han visitado Honduras en el pasado tuvieron como su *causis belli* directo la adquisición de especímenes y su sustracción del país. Este es un nuevo tipo de propuesta arqueológica que no busca robar, sino mejorar sus tesoros arqueológicos.²⁷

THOMPSON DE REGRESO A YUCATÁN: CHICHÉN EN VENTA

Solamente en febrero de 1917, de regreso a Mérida, y contando con una cierta normalización de las comunicaciones marítimas —por lo menos a lo largo del continente americano—, pudo Thompson reanudar sus contactos con los *Bostonians*, para el caso con un fantasma, el de Frederick W. Putnam, que había muerto dos años atrás, el 15 de agosto de 1915.²⁸ A su antiguo mentor le dirigió una carta anunciando, de entrada, su temor de que “la parte más sangrienta de la participación de Yucatán en el presente conflicto aún está por llegar y lo hará muy rápidamente”. Todavía en esa fecha tan tardía el excónsul continuaba obsesionado con el cenote, pues decía que su única razón para continuar en la península era “terminar el dragado del cenote y una vez concluido, perfeccionar el resultado del trabajo de mi vida en Yucatán”. Como en otras ocasiones, decía contar con el apoyo incondicional del que decía ser el nuevo gobernador militar de la entidad, Eleuterio Ávila, que

²⁷ Woodward a Morley. Washington, 21 de abril de 1917. CIWA, CAF, MAA, “Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923”.

²⁸ “Prof. Putnam Dead. Honorary Curator of Museo Peabody Was Noted Anthropologist”, *The New York Times*, 15 de agosto de 1915. Véase también Tozzer, *Biographical Memoir*.

le habría permitido continuar sus investigaciones "por cualquier medio que yo considere conveniente", bajo la supervisión del nuevo inspector de monumentos ("un buen amigo que me dará todo lo que su honor le permita").²⁹ Los hallazgos de los trabajos así realizados serían divididos en partes iguales entre el gobierno de Yucatán y un museo que Thompson pretendía instalar en Chichén. Con la promesa de no incorporar "esta vez" a ningún socio (una seca memoria de la complicada experiencia de la colección Austin-Thompson), el excónsul volvía a pedir apoyo financiero del Museo Peabody para —sin hacer de eso una condición— reiniciar las exploraciones, que servirían básicamente para completar en lo posible las colecciones del museo de Harvard.³⁰

En enero de 1920 dieron inicio las febriles actividades de la Comisión Nacional Agraria (CNA) y de sus equivalentes locales, una de las instituciones clave de la primera fase de lo que vendría a ser la verdadera Revolución mexicana, la que se desborda con las reformas de esa década y de la siguiente. Con las comisiones se abría un segundo frente de batalla para Thompson, sólo superado por las bandas armadas que merodeaban el campo yucateco como residuos fantasmales, pero mortíferos, de la guerra civil que había assolado el estado desde por lo menos 1914. Aparentemente, Thompson había conseguido neutralizarlos a ambos, el primero con la confirmación de la autenticidad de sus títulos por la CNA, y el segundo con la contratación de guardias armados para cui-

²⁹ Eleuterio Ávila había sido gobernador y comandante militar del estado durante el corto periodo de septiembre de 1914 a enero de 1915, cuando, después de un breve interinato de Toribio Santos, fue sustituido por el general Salvador Alvarado, que se convertiría en el hombre fuerte del Sudeste mexicano. O Thompson estaba completamente desinformado —como lo estaba en el caso de Putnam— o, lo que era más probable, estaba blofeando sobre sus relaciones políticas. Thompson a Putnam. Chichén, 17 de febrero de 1917. CIWA, CAF, "Thompson Correspondence 1911-1960". Sobre los personajes citados véase Paoli Bolio, *Yucatán y los orígenes*. Subrayados en el original.

³⁰ Thompson a Putnam. Chichén, 9 de febrero de 1917. PMA, "Correspondence PMA. Letters EHT to CPB, 1905-1946". Thompson indicaba también haber terminado trabajos para el Museo Comercial de Filadelfia y para el "Phila Memorial Museum" y estar listo para enviar a este último "una fina colección de jarrones antiguos" en cuanto fuera prudente hacerlo, toda vez que sus esquemas de contrabando estaban seriamente dañados: "Mi *underground railway* ha sido tan dañado por la guerra que ni siquiera me atrevo a recomponerlo [...]".

dar los límites de sus propiedades.³¹ Rápidas visitas del general Obregón a Chichén Itzá y Uxmal, durante la cual el presidente electo había demostrado gran interés en asuntos arqueológicos, reforzaban aún más la confianza y seguridad del propietario de la Hacienda Chichén. Por si fuera poco, el gobierno de Yucatán, bajo las órdenes de Felipe Carrillo Puerto, había iniciado ya la construcción de una carretera entre Mérida y Chichén, y la proximidad de la toma de posesión de Obregón, en un México que parecía dar muestras de estar pacificado, anunciaba el inicio de una era de “paz y consecuentemente de prosperidad”. Con ese espíritu, Thompson reinició sus asedios epistolares contra el recién nombrado presidente de la *ciw*, John C. Merriam, teniendo ahora como portador al mayor George O. Totten, un informante que podría responder cualquier pregunta que Merriam tuviera sobre las propuestas del excónsul de una manera firme y neutral, a diferencia de él mismo y de Morley, ambos “parte interesada”.³² Y “parte interesada” parecía ser de hecho Morley, por lo menos a los ojos de Thompson. Todo indica que durante un tiempo el excónsul había sido asaltado por el temor de que la Carnegie se viera tentada a provocar la confiscación de su hacienda por medios al margen de la ley:

³¹ Como se sabe, la *CNA* había sido creada por la Ley de Dotaciones y Restituciones (también conocida como Ley Agraria) para verificar la autenticidad de los títulos de propiedad en caso de denuncia de despojo por parte de comunidades campesinas o de individuos particulares, atendiendo o rechazando solicitudes de restitución y de dotación de ejidos. Promulgada por el presidente Venustiano Carranza el 6 de enero de 1915, esta ley sólo entró en pleno funcionamiento con la organización del Estado revolucionario que siguió al acenso de Álvaro Obregón al poder.

³² Thompson a Major George Oakley Totten Jr. Chichén (a los cuidados de W. James), 17 de diciembre de 1920. En *CIWA*, *CAF*, “Thompson Correspondence, 1911-1960”. Obregón visitó Chichén Itzá el 10 de septiembre de 1920. Torre Blanca a Manuel Madrigal. Mérida, 7 de septiembre de 1920. *AFPEC-TB*, *FAO*, Manuel Madrigal (Coronel), serie 030500, exp. 898. George Oakley Totten Jr., uno de los más famosos arquitectos estadounidenses de la época, sirvió durante la Primera Guerra Mundial en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos y algunas fuentes dicen que en 1926 publicó un libro sobre “Maya Architecture”, sin ofrecer mayores informaciones. Fuera de esto, no se ha podido establecer la razón de su vínculo con Thompson.

Cuando Morley estuvo aquí varios de mis amigos, entre ellos nuestro amigo común Juan Martínez, sospecharon que el plan y la trama para despojarme de la plantación "Chichén" se realizarían por medio de maniobras fraudulentas en caso de que las legales fallaran. Morley estaba tan visiblemente asustado con esa posibilidad que no pude menos que reír. Iba a ser una pelea de hombres y él evidentemente no tenía apetito para eso.³³

En efecto, Morley había regresado a Yucatán en abril de 1918, después de una temporada en Belice donde había estado "involucrado en ciertos trabajos para el gobierno de Estados Unidos", y había pasado una semana en Chichén, su primera visita desde que el Junta de Directores (Board of Trustees) de la CIW aprobara el proyecto.³⁴ Durante su estancia en Mérida le espantó el nivel de los precios del sisal, que en cinco años habrían pasado de siete a 19 centavos la libra, creando una situación económica compleja y un costo de vida muy elevado. Al lado de eso, decía Morley, con el gobernador Carlos Castro Morales "el socialismo ha llegado con toda fuerza".³⁵

También en 1918 el médico británico Thomas Gann acompañó a Morley en un periplo por las costas de Yucatán, desde Belice hasta Champotón, viaje sobre el cual escribió un libro intitulado *In an Unknown Land*, publicado en Londres en 1924, al cual siguieron otros tantos sobre viajes y exploraciones en

³³ Thompson a Bowditch. Chichén, 7 de marzo de 1920. PMA, "Letters EHT to CPB". Juan Martínez Hernández, como se recordará, había sido hasta 1915 inspector y conservador de monumentos de Yucatán, cargo en el que fue sucedido por su hijo. A pesar del papel que, según Thompson, habría jugado en la "conjura", el propio Martínez Hernández había sido vital para convencer al gobernador de la época, Eleuterio Ávila, a mirar con buenos ojos el proyecto de la Carnegie. Véase Morley a Woodward. Cambridge, Mass., 2 de septiembre de 1915. CIWA, "Administration Files/Middle American Archaeology/Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley, Correspondence 1912-1923".

³⁴ Morley a Woodward. Mérida, 3 de abril de 1918. CIWA, CAF, MAA, "Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923". Véase Ewing, *A history*, p. 73.

³⁵ Woodward a Director-General of Civilian Relief, The American Red Cross. Washington, 11 de febrero de 1918; Morley a Woodward. Mérida, 3 de abril de 1918. CIWA, CAF, MAA, "Correspondence 1919-1931. Sylvanus G. Morley Correspondence 1912-1923".

“Mayaland”.³⁶ Gann acumuló una importante colección de jades (“una colección excepcional de jades mayas tallados”) que, con otros objetos igualmente retirados de las ruinas yucatecas, fueron donados por su captor al Museo Británico. La fuente de la información, nadie menos que J. Eric S. Thompson, establece con todo candor la relación directa entre Gann y los grandes coleccionistas del imperialismo británico: “Él fue, de hecho, el primer coleccionista de jades mayas. En cierto sentido, ese interés epitomiza al coleccionista victoriano o eduardiano, atraído por una belleza intrínseca y por un trabajo excepcional”.³⁷ A finales de ese mismo año de 1918, el excónsul había regresado a México después de tres años residiendo en Nueva Inglaterra e impartiendo conferencias, con la idea de que en tres meses de estancia en Yucatán podría arreglar todo lo necesario para volver a su rutina académica en Estados Unidos. En 1920, recordando esos años del retorno, el dueño de la Hacienda Chichén afirmó no haber habido una se-

³⁶ Hay que recordar que tanto Gann como Morley aparecen en la lista de los arqueólogos que usaron su cobertura de investigadores para realizar acciones de espionaje durante los años de la Primera Guerra Mundial para la ONI, “Correspondence ONI-U. S. Office of Naval Intelligence”. Browman afirma, además, que Gann era “uno de los más importantes subagentes de ONI” de la red formada por Morley. Browman, “Spying by American Archaeologists”, p. 1; véase también Price, “Anthropologists as Spies”; Harris y Sadler, *The Archaeologist was a Spy*.

³⁷ (E.) Thompson, “Thomas Gann”, p. 743. Gann había sido admitido en el Proyecto Chichén por recomendación de Morley. Sin embargo, en 1928 la CIW le cerró sus puertas al constatar que “en clara violación de la ley y de la solicitud del gobierno mexicano, el doctor Gann retiró artículos valiosos de México y dio origen a una situación que, si no hubiera sido por precauciones excepcionales, podría haber arruinado el programa iniciado por la institución”. Por si fuera poco, Gann usó informaciones recabadas por la Carnegie durante una expedición a Copán, encabezada por Morley y que no habían sido aún publicadas por la CIW, para componer parte de sus libros y folletos de divulgación. [Merriam] “Memorandum”, Washington, D.C., 14 de febrero de 1928. CIWA, CAF, “Thompson 1911-1960”. Gann retiró igualmente jades de otros sitios: “Siempre lamenté no haber comprado el jade de Teotihuacan que Gann me ofreció antes de llevarlo a Londres”. Tozzer a (E.) Thompson. Harvard, 6 de abril de 1932. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”. J. Eric Thompson también se destacó por las “expropiaciones” de antigüedades mayas que realizó durante su empleo como curador del Museo Field Columbian (1926-1935). Véase McVicker, “A Tale of two Thompsons”.

mana en que se hubiera sentido seguro para dejar sus propiedades administradas por un nativo del país:

Mi presencia y la influencia personal que tengo entre los nativos es lo único que ha salvado mi propiedad de los saqueos que han sufrido propietarios de plantaciones menos afortunados por parte de los elementos sin ley que hasta ahora se han impuesto en la región. / Me pareció necesario asumir personalmente todos los riesgos [...] en orden de preservar esta hermosa plantación para los intereses futuros de la ciencia y mantenerla exclusivamente en manos estadounidenses.

No sólo había conseguido mantener el edificio de la hacienda intacto, sino que había sido capaz de defender la integridad de sus tierras de los "socialistas" y había logrado, mediante "ciertas concesiones", ganarse la simpatía del gobierno. Sin embargo, según su narrativa, hordas rebeldes le habían chupado hasta el último centavo, razón por la cual se encontraba completamente desfalcado y al borde de la quiebra. Pero sabía que la hacienda continuaba en la mira de la Carnegie y lamentaba que su falta de recursos le impidiera hacer las reparaciones necesarias en los edificios de sus propiedades —víctimas del deterioro resultado de los "años de la guerra"— para que el "hombre de la Carnegie" que iría a hacerse cargo de la hacienda, "trayendo la atmósfera de la Carnegie consigo", encontrara un ambiente propicio. (Thompson pedía un "adelanto" de 2000 dólares a cuenta de la renta futura para poder realizar reparaciones urgentes, un pedido que se repetiría *ad infinitum*, como una cifra fetiche, en el futuro y de cuya secuencia no me voy a ocupar aquí). Ante la perspectiva de traspasar su hacienda a otras manos —y, según él, junto con ella las ruinas adyacentes—, el excónsul declaraba cerrada su vida activa de explorador-excavador, y vislumbraba un futuro dedicado a las soñadas actividades académicas. Sin embargo, seguía expresando dudas sobre la veracidad última de las informaciones transmitidas por Morley respecto a las intenciones de la CIW ("a menos que Sylvanus G. Morley me haya hecho equivocar el camino") y terminaba su carta ofreciendo su hacienda a la Carnegie en el contexto de lo dicho por Morley: "De esa manera, le doy la bienvenida a sus intenciones y mantendré la puerta abierta a la espera del

momento apropiado para que usted venga. La puerta estará abierta el tiempo que sea preciso, siempre y cuando yo sienta el estímulo necesario”.³⁸ La ayuda solicitada fue negada en carta del propio Merriam, con el argumento de que la Carnegie aún no había decidido “aterrizar” el proyecto Chichén de Morley. Éste, sin embargo, recomendó que se aceptara la “puerta abierta” ofrecida por Thompson: “[...]Creo que las instalaciones de Mr. Thompson son fundamentales para proseguir con el trabajo planeado. [...]”.³⁹ La negativa llegaba en un mal momento para el excónsul: Charles P. Bowditch, el último de los *Bostonians* y su gran protector, había muerto en Boston el 1° de junio de 1921, yéndose a juntar a Salisbury y Putnam, con lo que se completaba “la destrucción del trípode sagrado”, en momentos en que Yucatán se veía envuelto en un ciclo más de violencia.⁴⁰ No obstante, en abril de ese año, Thompson había retomado —más de 10 años después— sus envíos clandestinos al Museo Peabody, esta vez, significativamente, fragmentos de jade remitidos a Tozzer, casi como prueba de sus inagotables habilidades para burlar la vigilancia aduanera mexicana, y mostrar su continuada utilidad para el museo:

³⁸ Thompson a presidente de la Carnegie Institution (John C. Merriam). Chichén, 14 de diciembre de 1920. CIWA, CAF, “E. H. Thompson Correspondence, 1913-1960”. En abril de 1920 se había fundado en Filadelfia una “Maya Society for the Study of the Indian Races of Mexico and Central America”, con William Gates como presidente. Charles P. Bowditch (“prominente banquero y arqueólogo de Boston”) fue elegido presidente honorario perpetuo y Alfred Maudslay, a la época presidente de la Asociación Antropológica de la Gran Bretaña e Irlanda, miembro honorario. La Mesa Directiva la completaban H. J. Spinden, del AMNH, vicepresidente, y S. K. Lothrop, tesorero. El Comité Ejecutivo estaba formado por los indicados, más Marshall H. Saville, ya en el Museo del Indio Americano, de Nueva York, y E. P. Wilkins, de la Sociedad Antropológica de la misma ciudad. Los “miembros fundadores” eran Thomas Gann, George B. Gordin, Neil M. Judd, Sylvanus G. Morley, Major George O. Totten, John B. Stetson Jr., William H. Holmes, Jesse C. Fewkes, Frederick W. Hodge, Alfred M. Tozzer y P. K. Willson. “Organize Maya Society”, *The New York Times*, 2 de mayo de 1920.

³⁹ Morley a Merriam. Washington, 22 de junio de 1921. CIWA, CAF, “E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960”. Merriam a Thompson. Washington, 23 de junio de 1921. CIWA, CAF, “E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960”.

⁴⁰ Thompson a Tozzer. Mérida, 17 de septiembre de 1921. CIWA, CAF, “E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960”. El obituario de Bowditch está en *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, 3ª serie, vol. 54 (octubre de 1920-junio de 1921). Véase también el texto de Tozzer “Charles Pickering Bowditch”.

Usted debe recordar que nunca, desde el inicio de mi relación con el museo, ningún baúl, caja o paquete de todos los especímenes que he mandado, ha dejado de llegar al museo con seguridad y en buen estado (a pesar de la prohibición del gobierno, inspectores de aduana y personas envidiosas que trataron de hacerme fracasar [D]). Me siento más bien orgulloso de ese record [...] de manera que no me arriesgaré sin necesidad. // Tengo otros cientos más de fragmentos que considero suficientemente valiosos como para enviarlos al museo cuando se presente la oportunidad.⁴¹

Sin embargo, entre muertes, negativas y nuevos contrabandos, Thompson mantuvo vigentes sus planes de saltar de la investigación arqueológica a la exploración turística. Así, el 18 de mayo de 1921 se constituyó la "Compañía Impulsora del Turismo a las Ruinas de Yucatán, Sociedad Anónima", que tenía entre sus socios al propietario de la Hacienda Chichén y al matrimonio James, y que nacía con una generosa concesión del gobierno del estado para

la construcción, organización y explotación de dos líneas de tranvías de tracción mecánica, en los términos de la citada concesión; la construcción y explotación de hoteles, departamentos, museos y otros edificios destinados a proporcionar alojamiento, comodidades, conocimientos y recreos a los excursionistas y demás visitantes de las ruinas de Uxmal y Chichén Itzá; la construcción y explotación de líneas telegráficas y telefónicas destinadas al servicio de las líneas de tranvías; la organización de viajes de excursión con el objeto de dar a conocer a nacionales y extranjeros los grupos de Ruinas existentes en el Estado, y, en una palabra, el fomento, desarrollo y explotación del turismo en Yucatán.⁴²

⁴¹ Thompson a Tozzer. Mérida, 19 de abril de 1921. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960". Thompson decía que continuaba explorando el Cenote Sagrado, con ayuda de dos de sus antiguos trabajadores, sin encontrar nada importante, y reiteraba su disposición de volver a trabajar para el Peabody, pues nada lo ataba ni a la Carnegie ni a Morley. Pocos días después, en una nueva carta a Tozzer, informaba estar en posesión de una piedra con una figura dibujada en negro, que ya había sido copiada por Willard, Spinden y Morley. "Nunca pensé en sacarla del país pues pesa alrededor de cincuenta libras".

⁴² POE de Yucatán, *Diario Oficial*, 18 de mayo de 1921, p. 7671. Carta Circular, Mérida, 7 de mayo de 1921.

Tan sólo unos días después, el 23 de mayo de 1921, la Hacienda Chichén fue saqueada y quemada, sus plantaciones destruidas y su ganado disperso y robado por una banda de hombres armados. El ataque también resultó en la completa destrucción de la biblioteca y de la colección de objetos prehispánicos de Thompson.⁴³ La incursión habría sido protagonizada por un grupo de “socialistas exaltados” (*botheads*), como retaliación contra Thompson por haber ordenado a algunos campesinos que se habían instalado en sus tierras durante su ausencia que pagaran rentas atrasadas o se prepararan para ser expulsados de sus propiedades. En descargo, Thompson afirmó que la propia Comisión Nacional Agraria había determinado el año anterior que sus títulos le daban derecho a recibir de los campesinos que plantaban en sus tierras una renta o, en su defecto, desalojarlos de su propiedad.⁴⁴ Unos días después, le había dado a Tozzer la misma información:

El gobierno ha ordenado que se me devuelvan todas las tierras pertenecientes a Chichén y sus anexas (los cenotes Xkatum y Yula) que fueron ocupadas por invasores que se instalaron en ellas durante el pasado régimen bolsheviki [*sic*]. Voy a tratar de que paguen la renta correspondiente al tiempo que se aprovecharon de mis tierras [...]. Desde luego, he tenido pesadas pérdidas por la revolución [...] Estimo el prejuicio en sesenta mil dólares y mis amigos, que saben mejor que yo, piensan que es un cálculo conservador. Pero tantos

⁴³ Brunhouse, *In Search of the Maya*, p. 189. Thompson hizo las siguientes estimaciones de sus pérdidas con vistas a pedidos de indemnización por parte del gobierno de México: 20 000.00 dólares (oro) por la restauración de los edificios incendiados; 20 000.00 dólares (oro) por objetos robados y muebles destruidos durante el incendio; 120 000.00 dólares (oro) por el saqueo de sus bosques de maderas finas por parte de enviados del gobernador Alvarado; 80 000.00 dólares (oro) por el robo de ganado fino y pérdida de cosechas debidas a que “[...] por las órdenes expresas dadas por los agentes de Alvarado, las 30 familias de sirvientes que trabajaban y vivían contentos en la plantación fueron forzados a irse [...]”; y 50 000.00 dólares por la pérdida de 400 jabalís, abatidos o robados. Thompson a Gaylord Marsh, cónsul en Progreso. Mérida, 25 de mayo de 1921. NARA, “RG 84. Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935”.

⁴⁴ Thompson a Bowditch. Chichén, 7 de marzo de 1920. CIWA, CAF, “E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960”.

de nuestros amigos han perdido más y algunos han perdido la vida. No tengo ganas de pelear.⁴⁵

El cónsul Marsh, sucesor de Thompson en Progreso, llevó la reclamación sobre el ataque a la Hacienda Chichén al gobernador yucateco, afirmando que la agresión no había sido sólo contra Thompson, "sino contra el gran estado de Yucatán y el mundo científico en general".⁴⁶ Hacia mediados de julio, dos meses después del incidente, las investigaciones prometidas por el gobierno del estado —que había turnado el asunto a la Procuraduría General estatal— no habían obtenido ningún resultado.⁴⁷ Ese mismo mes, Thompson inició un procedimiento a través del Departamento de Estado del gobierno estadounidense para conseguir que el gobierno de México lo indemnizase por las pérdidas sufridas.⁴⁸

Desde luego, usted sabe lo que los Socialistas (Bolshevists [*sic*]) le han hecho a Yucatán y lo que le hicieron a Chichén. Estoy dispuesto a admitir que lo que le hicieron a Chichén no respondió a un plan preconcebido de los líderes de partido. Lo que pasó es que perdieron el control del incendio que iniciaron [...]. Mi reclamación ya fue recibida y aceptada en el Departamento de Estado en Washington y será presentada en su debido tiempo.⁴⁹

⁴⁵ Thompson a Tozzer. Chichén, 17 de marzo, 1920. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960".

⁴⁶ Marsh a Manuel Berzunza. Progreso, 28 de mayo de 1921. NARA, "RG. 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935".

⁴⁷ Marsh a Berzuza. Progreso, 12 de julio de 1921. NARA, "RG. 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935".

⁴⁸ Marsh, cónsul en Progreso, a Departamento de Estado. Progreso, 22 de junio de 1921. NARA, "RG. 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935"; Marsh a Departamento de Estado. Progreso, 26 de julio de 1921. NARA, "RG. 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935".

⁴⁹ Thompson a Tozzer. Mérida, 29 de febrero de 1922. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960". Las pérdidas sufridas entrarían en las Comisiones Mixtas de Reclamaciones y tratarían de ser usadas —sin éxito— por los abogados de Thompson como contrapeso cuando de las acusaciones en su

ALMA REED Y LA CARNEGIE ENTRAN AL CAMPO

En febrero de 1923, Morley organizó una visita a Mérida y Chichén Itzá para Merriam y William Barclay Parsons, el presidente de la Junta de Directores [Board of Trustees] de la Carnegie, visita que cimentó la determinación del presidente de la *ciw* de avanzar definitivamente en la implementación del proyecto Chichén en la propiedad de Thompson, a pesar de los dramáticos daños causados a la hacienda, sus edificios y sus plantaciones por los conflictos armados regionales.⁵⁰ A continuación, Morley recibió la instrucción de iniciar conversaciones con la autoridades federales en la Ciudad de México en torno a las facilidades gubernamentales que podrían ayudar a montar y ejecutar el proyecto, en el entendido de que la concesión debería extenderse por 10 años, con opción de ser renovada por otro periodo igual.⁵¹ En la capital, Morley se entendió con Gamio, en su calidad de jefe de la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura, quien, desde luego, dio las seguridades que la Carnegie buscaba. Con base en eso, Merriam viajó en junio a la Ciudad de México para presentar formalmente el pedido de concesión para el “Proyecto Chichén”. Las negociaciones se llevaron a cabo bajo la sombra, aún no tormentosa pero ya perturbadora, proyectada sobre las oficinas de la Ciudad de México por una nota publicada el 1º de marzo de ese año en *The New York Times*. La nota, breve y curiosamente fechada en La Habana, se refería a los hallazgos realizados en los años anteriores en Chichén Itzá, y anunciaba que la Universidad de Harvard y su Museo Peabody se preparaban para dar a conocer las exploraciones en el Cenote Sagrado:

La Habana, 1º de marzo. – Lo que es sin duda el más importante hallazgo de objetos arqueológicos jamás registrado en las Américas

contra por el saqueo del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, como se verá más adelante.

⁵⁰ *Morley MS Diary*, 1923, vol. XV, pt. 1, pp. 141-151, citado en Ewing, *A History*, pp.73-74. Alma Reed recuerda que Merriam estaba acompañado por Barclay Parsons, Spinden, Morley y Saville, entre otros, y que el gobernador Carrillo Puerto ofreció el 15 de febrero un banquete en honor de la delegación estadounidense. La visita terminó el 28 de febrero. Reed, *Peregrina*, pp. 64, 183, 259.

⁵¹ Ewing, *A History*, pp. 76-77.

fue dado a conocer ayer en Mérida por Edward H. Thompson, dueño de la Hacienda de Chichén-Itzá, Yucatán, donde se encuentran las famosas ruinas mayas. / El descubrimiento, que se ha mantenido en secreto por diez años, incluye invaluable máscaras de turquesa, jades tallados, ornamentos de oro y muchos otros objetos que iluminan la antigua civilización maya. Los objetos, guardados en privado en el Museo Peabody de Boston, se localizaron en el Cenote Sagrado, cerca de las ruinas. [...] / Vistiendo un traje de buceo, año tras año durante el periodo de los hallazgos, Thompson se sumergió todos los días en el cenote a una profundidad de setenta y cinco pies. Él se desempeñó como cónsul de Estados Unidos en Yucatán en tiempos de Guerra [sic]. Los reglamentos arqueológicos del gobierno mexicano de 1917 suspendieron las exploraciones.⁵²

Las noticias se siguieron en cascada. En su edición del 3 de abril, el mismo diario publicó un extenso artículo titulado "El cuidadoso examen de las ruinas mayas de Chichén Itzá, que acaba de ser realizado por el doctor Sylvanus G. Morley, científico estadounidense". El texto decía que los trabajos de la *CIW* en la zona habían sido iniciados una década atrás, pero fueran suspendidos "por la guerra" y recomenzados en marzo de 1923. Y reproducía parte de una declaración de Morley sobre la refundación de Chichén Itzá en el siglo x de nuestra era y su Cenote Sagrado, que semejava una fundamentación científica para una lectura romanceada:

Nació un nuevo culto que mandaba que las más hermosas doncellas fueran lanzadas a su muerte en un gran pozo natural de 180 pies de diámetro y una profundidad de 70 pies, ofrecidas en sacrificio durante las sequías a los ofendidos dioses de la lluvia. / Gracias al carácter extraordinario y espectacular de sus ritos y ceremonias, Chichén Itzá se convirtió en la meca de todo el mundo maya.⁵³

⁵² "Great Maya Find of Relics Revealed", *The New York Times*, 2 de marzo de 1923.

⁵³ "Thinks Maya Ruins go back to 450 A.D. / Dr. Morley Believes Chichén-Itza Civilization Was Oldest in the Americas", *The New York Times*, 3 de abril de 1923. A diferencia de lo dicho en este artículo, en el del 2 de marzo se decía que: "Las regulaciones arqueológicas del gobierno mexicano en 1917 redujeron las exploraciones".

La nota resultó ser el adelanto de una historia mayor, que daría a la sombra que se cernía sobre Chichén densidades amenazadoras. En efecto, la lectura romanceada del núcleo de la aventura estadounidense en Chichén aparecería el 8 de abril de 1923, cuando el *Sunday Times Magazine* publicó el artículo de una joven reportera —Alma Reed— bajo el título de “The Well of the Mayas”. Reed, una colaboradora iniciante y desconocida, había sido contratada por el *The New York Times* para escribir una serie de artículos que serían publicados en su revista semanal, el primero de los cuales debería versar sobre la inminente llegada de la Carnegie Institution a Yucatán. Como la propia periodista afirma en su autobiografía, en los primeros años de la década de 1920 los descubrimientos arqueológicos eran uno de los temas más favorecidos por la gran prensa estadounidense, particularmente indicados para los suplementos dominicales.⁵⁴ El texto reproducía una larga entrevista que Thompson había concedido a la novel reportera —según algunas fuentes bajo promesa de que la historia no sería publicada—⁵⁵ y en la cual la vanidad, la ingenuidad y/o la astucia del exagente del Museo Peabody traían a la superficie toda una suerte de detalles sobre la exploración del Cenote Sagrado y el contrabando de sus tesoros, enviados a la Universidad de Harvard. Reed, haciendo sus pinillos como corresponsal de un gran diario, abrió su nota parafraseando el artículo del 2 de marzo —que todo indica que era un resumen de sus apuntes—: “En un año, el Museo Peabody de la Universidad de Harvard anunciará oficialmente el hallazgo del tesoro maya encontrado en el fondo de Cenote Sagrado de Chichén Itzá. / El descubrimiento, sin sombra de duda el más importante en la historia de la arqueología americana, ha sido un secreto cuidadosamente guardado por más de una década”. La narrativa proseguía creando un clima de romántico

⁵⁴ Reed, *Peregrina*, p. 74. El gran momento de lo arqueológico había sido noviembre de 1922, cuatro meses antes de las primeras noticias sobre el cenote, cuando se dio a conocer el descubrimiento de la tumba de Tutankamon en el Valle de los Reyes, en las inmediaciones de la ciudad de Luxor, Egipto, por el arqueólogo-aventurero británico Howard Carter. Véase T. G. H James, *Howard Carter – The Path to Tutankhamun*, Tauris Parke, Londres, 2001.

⁵⁵ Dice la fuente: “le dio a Alma Reed, una periodista que representaba a *The New York Times*, la historia de la exploración del cenote con la estipulación de que ella no imprimiera la historia. Pero ella lo hizo”. Ewing, *A History*, p. 63.

misterio antes de introducir a Thompson y reproducir su relato, que reposaba pesadamente en temas de alto consumo y morbi-
dez mediáticas para el público del diario: los sacrificios huma-
nos, los "terribles ritos religiosos" de los mayas y el sentimiento
de "solemnidad, misterio y tragedia" que el cenote trasmitía, entre
otros asuntos destinados de dilatar las órbitas de los ojos de los
lectores. Reed describía supuestas inmersiones de Thompson en
el cenote, *previas* al dragado (que no son registradas por ningun-
a de las fuentes no periodísticas) y sus denodados esfuerzos
para conseguir apoyo.⁵⁶ Hasta que al fin "despertó el interés y
obtuvo la ayuda de un adinerado estadounidense [...]", comenzó
a dragar y

poco a poco hermosos objetos comenzaron a aparecer en el fango
izado por una pala. El conjunto de objetos incluía jade, oro, cobre,
ébano, bolas de copal, armas adornadas con mosaicos de turque-
sas, e incluso fragmentos de textiles de telares hasta ahora descono-
cidos [...]. Entre los ornamentos de oro se encontraron elaborados
pendentiffs y pectorales ricamente trabajados. Estos últimos, hechos
del oro más puro y productos de la más fina orfebrería, miden ocho
y nueve pulgadas de diámetro.⁵⁷

⁵⁶ Como se advirtió, Thompson parece no haber encontrado nada en el
lodoso fondo del cenote, pues en su única referencia al "cumplimiento de su
sueño" no hay menciones a ninguna única pieza encontrada. Véase nota 101
del capítulo 3 *supra*.

⁵⁷ Reed, "The Well of the Maya's Human Sacrifice", *The New York Times*, 8
de abril de 1923. Autores hay que tratan de convertir lo que era una simple
primicia periodística de una iniciante en el oficio (sin duda, de enorme interés
para el periódico contratante y de gran impacto mediático), en un acto de he-
roísmo arqueológico realizado por la que sería la romántica novia del asesina-
do líder socialista Felipe Carrillo Puerto, ya cubierta (*a posteriori*) por la gloria
de su sacrificio. Por ejemplo: "Contratada en 1921 por *The New York Times*,
Reed defendió y descubrió el patrimonio arqueológico de México a través de
una serie de artículos en la revista *Sunday* del periódico. Ella relató las exca-
vaciones de Sylvanus G. Morley en Yucatán, y cuando Sir [*sic*] Edward Thomp-
son le confió que había enviado en secreto los tesoros arqueológicos recupe-
rados del Cenote Sagrado de Chichén Itzá al Museo Peabody a través de una
bolsa diplomática [*sic*], Reed no dudó ni un instante en darlo a conocer.
Gracias a ella y a sus campañas periodísticas y políticas, México pudo recupe-
rar al menos la mitad de sus tesoros [*sic, sic*"]". Poniatowska, "Foreword", en
Schuessler (ed.), *Peregrina*, p. x.

El texto de Reed no parece haber tenido en esos momentos mayor repercusión, ni en México ni en ningún otro lugar.⁵⁸ Pero resulta por lo menos curiosa la exposición voluntaria de Thompson al público estadounidense a través de una entrevista concedida a la enviada de uno de los periódicos más leídos de la costa este de Estados Unidos, después de todas las meticulosas cautelas que habían rodeado al dragado del Cenote Sagrado y la extracción y exportación de sus tesoros. En su autobiografía, la reportera ve al excónsul situado entre dos mundos, el de su claroscuro pasado y el de su descenso al olvido, impulsado por la Carnegie y su arqueología “científica”, y afirma que la idea de la entrevista “confesional” había sido del propio Thompson, aparentemente preocupado por el peligro inminente de que sus aventuras en el cenote fueran reveladas por terceros. Según la misma narrativa, el excónsul desconfiaba de la cantidad de “estudiosos de instituciones rivales” que habían llegado con la Carnegie, a los que clasificaba en dos grupos: uno interesado por razones obvias en mantener el asunto de los tesoros del cenote en secreto, y el otro deseoso de “darle a mi historia la más amplia divulgación posible”. Como vimos, por lo menos tres instituciones estadounidenses con intereses arqueológicos estaba presentes en Yucatán en esos momentos: la Carnegie, con su plana mayor, el Museo Peabody para quien Spinden, exalumno de Tozzer, había comenzado a trabajar en 1921 (y seguiría con ellos hasta 1926), y el Museo del Indio Americano-Fundación Hayes, representado por Marshall H. Saville. Parece claro que el grupo del secreto era el del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, mientras que el “difusionista” estaría básicamente compuesto por la *CW*, interesada en dejar discreta pero implícita constancia del “pecado de los antecesores”, del cual no quería contaminarse. Reed, escribiendo 40 años después de los eventos que relataba y con la ventaja de saber el resultado de sus primicias periodísticas, dice que Thompson se ofreció a darle la exclusiva de sus aventuras “a condición de que yo prometiera citarlo al pie de la letra”. En ningún momento afirma que le haya dicho al entrevistado que su historia no sería

⁵⁸ Al contrario de lo que afirman, sin citar fuentes, autores como Schuessler, que declara que a raíz de la aparición del texto de Reed “la extracción de los artefactos se convirtió de inmediato en un evento internacional [...]”. Schuessler, “Introduction”, p. 10.

publicada, sino tan sólo “prometí dar un informe verídico de sus ‘aventuras’ en el cenote en un artículo que escribiría para el *Sunday Times Magazine*. Mientras tanto, me pidió para tratar ese asunto de manera ‘estrictamente confidencial’ [...]”, esto es, se puede inferir, mientras el artículo no viera la luz. La decisión de “confesarse” con una joven periodista, que le parecía “ambiciosa” y “simpática”, semeja así haber estado motivada antes por la necesidad de que la versión de sus hazañas en el Cenote Sagrado fuera dada en primera mano por él mismo, básicamente como una declaración de sus derechos de autor, y no por alguno de los sospechosos estudiosos que merodeaban por las ruinas.⁵⁹ Es más, al recibirla en Chichén, Thompson, haciendo gala de su habitual modestia, “anunció que estaba listo para relatar todas las facetas de la ‘más espectacular aventura arqueológica americana’”.⁶⁰ Parecería una maniobra para dejar públicamente establecido su papel central en la exploración de Chichén Itzá, y en particular de su Cenote Sagrado, ante la inminencia de la entrada en el campo de la Carnegie y del cambio de orientación de los reflectores hacia nuevos actores principales de la aventura yucateca.⁶¹ Las autoridades mexicanas mantuvieron en torno de la entrevista un notable silencio, que incluyó a Gamio, gran amigo de Morley, a quien se señala como el responsable de que el asunto no pasara a mayores, gracias a sus excelentes relaciones personales con altas figuras del gobierno de Obregón.⁶²

⁵⁹ Reed, *Peregrina*, p. 202.

⁶⁰ Reed, *Peregrina*, p. 215.

⁶¹ Brunhouse, como otros autores que se han referido al episodio, toma partido por la idea del “error” (*an inexplicable blunder*) y considera que esas revelaciones deben haber fomentado entre los mexicanos sentimientos contrarios a la entrada de la Carnegie Institution. Brunhouse, *In search of the Mayas*, p. 190. En abono de esa afirmación, hay que recordar, como lo hemos visto a lo largo de esta narrativa, que desde antes del inicio de la agitación revolucionaria la facción “nacionalista” de los arqueólogos mexicanos, capitaneada por Batres, venía martillando insistentemente en contra de la invasión estadounidense del campo. Reed, por su parte —parte interesada—, afirma que su artículo llevó al gobierno mexicano a demandar al Museo Peabody, y a exigir el retorno de la colección o el pago de una indemnización por dos millones de dólares, algo que parece sólo haber sucedido con la divulgación del libro de Willard, tres años después, y con cantidades mucho menores. Reed, *Peregrina*, p. 268.

⁶² Thompson a Merriam. Chichén, 10 de abril de 1923; Thompson a Merriam. Chichén, 13 de abril de 1923. CIWA, CAF, “E. H. Thompson Correspondence,

Pero si nadie en México dio señales de importarse con la publicación del artículo de Reed, la Carnegie sí debe haber tomado nota del asunto. Hacia mayo de 1923, el equipo de la institución seguía reuniendo estudios, datos y evaluando condiciones y variables de lo que seguramente era un proyecto de gran envergadura y complejidad. Sus directores continuaban indecisos sobre iniciar el proyecto Chichén, y poco inclinados a invertir un céntimo siquiera en una propiedad objeto de prácticas cuestionables y plagada de problemas, deudas e hipotecas, conforme Merriam confidenciaba con Thompson:

Usted sabe que, naturalmente, a nosotros nos gustaría hacer todo lo posible para ayudar a estabilizar las condiciones relacionadas con su propiedad en Chichén Itzá, tanto por su propio bien como por el de la ciencia en la que usted está tan interesado; pero por más que nos gustaría ayudar, no vemos formas de hacerlo en estos momentos, por eso espero que sus amigos en Mérida puedan manejar la situación de manera satisfactoria.

Sin embargo, Merriam había dado un paso más: atendiendo al pedido de Thompson había teleografiado a Felipe Cantón solicitando la intervención de la Sociedad Arqueológica de Yucatán (SAY) en el asunto de Chichén, y al gobernador Carrillo Puerto informándole de su pedido de ayuda a la SAY.⁶³ Ese conjunto de

1911-1960". Esta es la última correspondencia de Thompson fechada en Chichén o en cualquier otro lugar de México. Independientemente de cuál haya sido la causa de la extraordinaria exposición, el excónsul volvió a entrar en contacto con el presidente de la Carnegie a través de una misiva alarmada que daba cuenta de que sus propiedades —posibles futuras instalaciones de la CIW— estaban a punto de ser embargadas por la familia Manzanilla, un famoso clan de abogados meridianos, para pagar deudas no satisfechas, incurridas, según él, en el intento de recuperar los edificios y plantaciones devastadas en 1921. Los Manzanilla se habían hecho con todas sus deudas y ahora estaban a punto de ejecutarlo judicialmente. Con sus antiguos protectores muertos, Thompson no tenía a quien recurrir más que a Merriam para pedir, nuevamente, apoyo financiero y salir del apuro. Al mismo tiempo, solicitaba al presidente de la Carnegie que uniera fuerzas con su abogado y con el gobernador Felipe Carrillo Puerto, quienes luchaban para impedir la pérdida de Chichén.

⁶³ Merriam a Thompson. Washington, 8 de mayo de 1923. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence, 1911-1960".

predicamentos (primero, los peligros de que se reanudaran las revueltas armadas, segundo los buitres de la especulación inmobiliaria), acoplados a la conclusión de los estudios de viabilidad del Proyecto Chichén por parte de la CIW, hicieron que en el segundo semestre de 1923, finalmente, se tomaran las decisiones debidas. En los primeros días de junio, Merriam viajó a la Ciudad de México con la propuesta formal del proyecto, que fue aprobada por la autoridad responsable, Manuel Gamio, y encaminada, como mera cuestión de protocolo, a su jefe inmediato, el secretario de Agricultura y Fomento, Ramón de Negri. Los tres se dirigieron enseguida a las oficinas presidenciales, donde sostuvieron una entrevista de 20 minutos con el presidente Álvaro Obregón, durante la cual Merriam le entregó la propuesta.⁶⁴ El documento abría con el reconocimiento de las dificultades que habían tenido que ser superadas para llegar a la decisión de involucrar a la Carnegie en el estudio integral de Chichén Itzá:

Después de un demorado y cuidadoso examen del problema, el Comité Ejecutivo de la Carnegie Institution de Washington aprobó en lo general un plan de investigación en la region de Mesoamérica, esperando que dicha investigación contribuya materialmente al hallazgo de datos importantes para todos los pueblos americanos, especialmente los de la región mesoamericana. / [...] // [...]. Por esa razón solicitamos su amable permiso para que la Carnegie Institution tenga el privilegio de iniciar una investigación sobre los problemas de la historia de Mesoamérica según se muestran en el sitio de la ciudad de Chichén Itzá, estado de Yucatán [...].

Después de detallar las áreas que compondrían la investigación y de referirse a cada una de las cláusulas de las leyes de 1896 y 1897 y sus complementos posteriores, Merriam apartaba el fantasma de los "pecados de los antecesores", particularmente —aunque sin nombrarlos— el Museo Peabody y el Field Columbian de Chicago:

⁶⁴ *Morley Diary*, "Entry of June 6 1923", vol. XV, pt. 5, n.p., citado en Ewing, *A History*, pp. 81-82.

La Carnegie Institution no tiene museo y ningún proyecto relativo al establecimiento de un museo arqueológico está en estudio. Así siendo, la Institución no desea apropiarse de ninguno de los objetos o colecciones encontrados. Sin embargo, reconoce la fundamental importancia de que los materiales museísticos recuperados en el curso de los trabajos sean alojados, protegidos y organizados adecuadamente, así como reconoce la necesidad de que las colecciones resultantes se hagan disponibles en el futuro para la investigación y la educación.⁶⁵

Los detalles del proyecto, las traducciones e interpretaciones de los términos legales se tomaron buena parte de 1923, pero no impidieron que ese mismo año, en 3 de julio, esto es, apenas pasados tres meses de la publicación del artículo de Reed, la Secretaría de Fomento y Agricultura firmara el contrato con la Carnegie Institution de Washington para la exploración, excavación y conservación de Chichén Itzá. Se estipulaba una vigencia de 10 años a partir de enero de 1924, prorrogable por un plazo semejante, lo que podría llevar la presencia de la CIW en la ciudad de los Itzáes hasta 1944. El documento permitía la exploración de otras áreas que estuvieran relacionadas con Chichén, y ponía el proyecto bajo la supervisión de la Dirección de Antropología, esto es, de Manuel Gamio. En lo que parecía ser una referencia implícita a los trabajos de éste en Teotihuacan, el contrato comprometía a la Carnegie a realizar estudios complementarios sobre diversos asuntos que contextualizaban la arqueología “maya” (“ingeniería, arquitectura, arte, estratigrafía de culturas sucesivas, antropología física, lingüística, historia, etc.”). El documento fue firmado por De Negri y por

⁶⁵ Ewing, *A History*, pp. 81-82. Las áreas que el proyecto proponía trabajar eran “estudios arqueológicos”, que incluían ingeniería, arquitectura, arte, secuencias estratigráficas de las culturas; antropología física; lingüística (características y afinidades de las lenguas), y “estudios colaterales” sobre geografía y geología, climatología y meteorología, etnobotánica y etnozología. Además de la obsesión de la Carnegie por deslindarse completamente de las actividades predatorias de sus “antecesores” coleccionistas, privados y museísticos, hay que recordar que por esos meses explotaba también el escándalo de la placa de jade “maya” que Gann había sacado de contrabando de México y que daría lugar a su desvinculación del Proyecto Chichén. Véase Harris y Sadler, *The Archaeologist*, p. 297. Véase nota 38 *supra* (p. 240).

Merriam, al amparo de los decretos de 3 de junio de 1896 y 11 de mayo de 1897.⁶⁶

Según declaraciones de la Procuraduría General de la República, sin evidencias fácticas, Thompson salió de Yucatán en algún momento de 1923, probablemente durante los meses de mayo o junio, pues la última comunicación dirigida a Merriam, fechada en Chichén, es del 13 de abril de 1923. Sin embargo, la última carta manuscrita del excónsul, escrita en papel timbrado de la "Chichén Plantation", tiene fecha del 20 de septiembre de 1925, aunque el sello de recibido de la Carnegie dice "Sep. 29 de 1924". Las cartas que la *crw* le escribe por esas épocas (a partir del 7 de octubre de 1924), van dirigidas a Thompson "c/o Mr. W. M. James, Mérida, Yucatán, México", y se convierten en una correspondencia pasiva pues en los expedientes consultados sólo se conservaron las cartas que el personal de la Carnegie le escribió al excónsul. Por su parte, Morley, sin dar la fecha exacta, afirma que Thompson había salido de Yucatán en 1926.⁶⁷ Además de la incertidumbre sobre el momento preciso de la salida de nuestro personaje, faltan elementos para definirla y caracterizarla: puede haber sido una fuga motivada por las candidas, pero potencialmente dañinas revelaciones publicadas por *The New York Times* y su reportera, Alma Reed, o puede haber sido uno de sus habituales viajes veraniegos para ocuparse de sus ciclos de conferencias

⁶⁶ "Contrato entre la Secretaría de Agricultura y Fomento y la Institución Carnegie de Washington, para la exploración, excavación y conservación de las ruinas de Chichén Itzá, Yucatán". México, 3 julio de 1923. AH/INAH, Serie Dirección, vol. 2, exp. 64, 1932-1933. Otro ejemplar se encuentra en el vol. 12, exp. 9, 1937, bajo el título de "Área Maya. Concesión a la Carnegie Institution of Washington en 1923 y trabajos arqueológicos diversos". Una de las "conveniencias" que fundamentaban la propuesta original de Morley a favor de Chichén Itzá —que había servido para la elaboración del proyecto final—, era la vieja idea de que las ruinas yucatecas estaban "tan a la mano", esto es, su relativa proximidad con los Estados Unidos: "Un viaje de cuatro días desde New Orleans, o uno de ocho días desde Nueva York, lo trae a uno a este conjunto de ruinas". En octubre de 1924, Gamio reivindicó la autoría del plan "de investigación integral que se efectuará [en Yucatán] en un futuro próximo, análogo también al llevado a cabo por la Dirección a su cargo en el Valle de Teotihuacan e iniciado el año pasado en los tres valles centrales de Oaxaca". "Maravilloso descubrimiento", *El Demócrata*, 29 de octubre de 1924. UNAM/Hemeroteca Nacional.

⁶⁷ Morley a Tozzer. Chichen Itzá, 8 de febrero de 1933. PMA, "Tozzer Papers 1900-1980".

en Massachusetts, si bien esta hipótesis se tambalea ante la difícil situación que enfrentaba el propietario de la Hacienda Chichén con diversos acreedores hipotecarios. Pero siendo así, por razones que desconocemos (con excepción de la indiscreción profesional de Reed), es posible que Thompson haya decidido pasar un tiempo en sus propiedades de Nueva Inglaterra. Hay que notar que toda la negociación para la renta de la hacienda Chichén, la cual resumiremos en breve, se hizo por medio de apoderados.

LA DIPLOMACIA ARQUEOLÓGICA Y SUS ENEMIGOS

Consideraciones de política exterior siguieron haciendo parte del rumbo que tomaban las exploraciones arqueológicas estadounidenses en México, y particularmente en Yucatán. Y ahora más que nunca, gracias a la presencia en esa entidad de una institución de la importancia en el panorama mundial de la investigación científica como la Carnegie. La necesidad de mantener buenas relaciones con Washington y evitar escándalos envolviendo representantes oficiales había sido esgrimida aquí y allá, tanto por actores contemporáneos como por historiadores posteriores, para explicar la impunidad con la que el cónsul Thompson extrajo durante la década de 1900 millares de piezas del Cenote Sagrado de Chichén Itzá y las mandó ilegalmente a Cambridge y Chicago. Ahora, en los años veinte, esa variable volvía a jugar con relación a la Carnegie, tal vez, inclusive, con más peso que en la época anterior.

La entrada de la Carnegie en Yucatán se daba en los precisos momentos (*et pour cause?*) en que el gobierno del presidente Álvaro Obregón iniciaba una intensa campaña de relaciones públicas destinada a restablecer la imagen de México como un país digno de recuperar su lugar en el conjunto de las naciones civilizadas y responsables después de una década de violencia y terror. Los enfrentamientos armados al interior de México estaban cediendo su lugar a pugnas con poderosos *lobbies* de abogados contratados por gobiernos y firmas extranjeras para alimentar con demandas las Comisiones Mixtas de Reclamaciones; en la Sociedad de las Naciones el veto estadounidense impedía la entrada de México, y las leyes posrevolucionarias sobre la exploración de petróleo mexicano por compañías extranjeras provocaban tensiones

internacionales nunca antes vistas en tiempos de paz.⁶⁸ El propio Manuel Gamio había desarrollado una intensa actividad en los ambientes académicos e intelectuales de Estados Unidos y de Europa en pro del reconocimiento de los gobiernos posrevolucionarios mexicanos, que rebasaba en mucho sus responsabilidades en la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura, y, naturalmente, fue él quien funcionó como contacto de la Carnegie durante los meses de tramitación del pedido de concesión. Las cortesías hacia la *crw* y la seducción ejercida por los funcionarios del gobierno mexicano designados para atender sus pedidos forman parte de una verdadera "diplomacia arqueológica" ciertamente diseñada por Gamio, quien desde 1919, aún carrancista, ya estaba proponiendo que se trabajara en esa línea:

Las difíciles condiciones por que atraviesa México, especialmente en lo relativo a sus relaciones con los Estados Unidos hacen urgente la colaboración y la cooperación de los hombres de estudio en la política nacional e internacional [...]. Si los hombres de estudio de ese país y los del nuestro, investigaran conjuntamente los medios adecuados para alcanzar una equitativa inteligencia no sólo entre los Gobiernos sino principalmente entre los pueblos de ambos países creo que se dará un paso trascendental para el futuro del continente".⁶⁹

La campaña de relaciones públicas internacionales iniciada por Obregón, que incluyó entre sus líneas de acción el otorgamiento de facilidades a instituciones extranjeras, principalmente estadounidenses —entre ellas, la Carnegie como *primus inter pares*—, para la exploración arqueológica de sitios ubicados en territorio mexicano, estuvo reforzada por acciones diversas del gobernador Felipe Carrillo Puerto, facilitadas asimismo por su relación senti-

⁶⁸ Sobre el tema véase Palacios, *América del Sur*, cap. 6; y Herrera, *México en la Sociedad de las Naciones*.

⁶⁹ Gamio a Boas, México, 8 de septiembre de 1919. AH/INAH/Archivo incorporado Manuel Gamio. Correspondencia, c. 1, exp. 74. Un autor —no muy acertado en otras declaraciones y sin citar fuentes— afirma "La autorización para excavar Chichén Itzá fue principalmente política. Un comité que había estado discutiendo la posibilidad de restablecer las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos tomó la decisión de permitir que comenzaran las excavaciones como un enfoque cultural para facilitar las negociaciones [...]". Schávelzon, "History of Mesoamerican Archaeology", p. 110.

mental con Alma Reed, ciudadana estadounidense. Ella propia contribuyó a la campaña publicando artículos en *The New York Times* y en los diarios de la cadena Hearst, en defensa del gobierno de Obregón y de sus reformas sociales.⁷⁰ La campaña estuvo llena de obstáculos debido a la oposición de varios congresistas de Washington a las políticas nacionalistas del régimen posrevolucionario mexicano, por un lado; y, por el otro, dado el agresivo rechazo de ciertos círculos académicos mexicanos a la entrada al país de instituciones estadounidenses de investigación científica —en este caso arqueológica—, incomparablemente más ricas en recursos humanos, tecnológicos y financieros que las nacionales, que mal conseguían sobrevivir. Algunos diarios percibieron el papel que las exploraciones de la Carnegie y de sus socios estadounidenses podría jugar en la estrategia obregonista de recuperación de espacios políticos para México en el llamado concierto universal, y en particular en el tema del reconocimiento del nuevo régimen por el gobierno de Estados Unidos; esto es, la importancia de usar la riqueza arqueológica mexicana como un arma diplomática. *El Demócrata*, en su edición del 29 de marzo de 1923, cuando ya era público y notorio el inminente acuerdo del gobierno federal para la entrada de la CIW en tierras mayas, comentaba la necesidad de que sus actividades fueran autorizadas por el gobierno de México:

Si se consideran a la Carnegie Institution y a la Universidad de Harvard como instituciones oficiales, amparadas por el reconocimiento de su personalidad, hecho por el gobierno de los Estados Unidos, aparecerá una cuestión protocolaria, ligada con el problema de las relaciones internacionales, entre nuestra República y la República del Norte. / En este asunto, netamente científico, aparece por tal razón

⁷⁰ En el libro *Peregrina* se vierten declaraciones, tanto de la prologuista como del editor y autor de la “Introducción”, que otorgan el mérito del reconocimiento del gobierno de Obregón por parte de los Estados Unidos a los textos de Reed. Menos exagerada, ella misma afirma que, gracias a sus artículos, el editor en jefe de *The New York Times*, Adolph S. Ochs (1858-1935), decidió publicar el 29 de abril de 1923 un extenso editorial apoyando firmemente el reconocimiento del gobierno posrevolucionario mexicano. Reed, *Peregrina*, pp. 271-272. Sobre la exégesis desmedida del papel de Reed en el reconocimiento, véase Schuessler, “Introduction”, pp. 6-7.

el fantasma del reconocimiento. Sin embargo, los hombres de ciencia que toman participación en estas actividades, creen que esta cuestión no tiene contacto con los problemas políticos, sino únicamente con las relaciones de pueblo a pueblo. / [...] La historia de los Mayas, es patrimonio de América, y de América en el amplio sentido de esta palabra, no en el egoísta e imperialista concepto de América para los norteamericanos. / Y si la terquedad cancilleresca sigue obstinada en negarse a una reanudación decorosa de las relaciones diplomáticas, el intercambio de cultura y de relaciones pacíficas irá aumentando las fuerzas de las relaciones directas entre los pueblos.⁷¹

Pero la inminencia de la entrada de la Carnegie en México, y particularmente en el estado de Yucatán, en un tiempo políticamente complicado y lleno de intensas codicias arqueológicas y antropológicas, tuvo otros efectos. Desató una breve pero intensa —y por veces indirecta— guerra de guerrillas entre diversas facciones académicas mexicanas interesadas en lo que empezaba a ser visto como un campo de acción cultural con atrayentes derivaciones políticas. Un campo cuyos espacios de control y de injerencia estaban diseminados por diversas instituciones, principalmente el Museo Nacional de Arqueología y la Dirección de Antropología de la Secretaría de Fomento, encabezadas por personajes que, naturalmente, luchaban por imponer su propio dominio sobre los otros.

Por esos mismos días de septiembre de 1922, el gobierno de Yucatán, al mando del gobernador Felipe Carrillo Puerto, avanzaba en la construcción del "camino carretero" que debía comunicar Dzitás con las ruinas de Chichén Itzá, y que el mandatario local esperaba terminar en diciembre de ese año, para ser inaugurada por el presidente Obregón.⁷² Era evidentemente una obra destinada a facilitar el tránsito de visitantes a las ruinas, mas también el de miembros de avanzada de la Carnegie. Cinco meses después, el 4 de febrero de 1923, Leopoldo Batres, el antiguo inspector federal de monumentos arqueológicos, entró (más bien,

⁷¹ "La Influencia de los Antepasados Mayas", *El Demócrata*, 29 de marzo de 1923. UNAM/Hemeroteca Nacional.

⁷² Carrillo Puerto a Obregón. Telegrama. Mérida, 4 de septiembre de 1922. AGN, Fondo Presidentes / Obregón, Calles, exp. 811-M-94; Obregón a Carrillo Puerto. Telegrama. [México], 5 de septiembre de 1922.

reentró) en la guerra contra la Carnegie y contra el excónsul Thompson, enviando un agresivo documento a la Cámara de Diputados, con copia para los principales diarios de la Ciudad de México, en el que denunciaba enérgicamente las inminentes exploraciones de la *CW*. El texto arrancaba con el siguiente aviso: “Atila está a las puertas de Yucatán”, y a continuación advertía que tanto Chichén Itzá como Uxmal “van a ser objeto de grandes exploraciones (pretexto para saquearlas) [...] tomando parte en el atentado ricos capitalistas norteamericanos, hombres bonachones mezcla de carneros y de tiburones”:

[...] Las grandiosas ruinas de Uxmal y Chichén-Itzá (Yucatán) se hallan ubicadas en el perímetro de las fincas de campo de esos hombres, la primera pertenece al potentado yucateco don Augusto Peón y la segunda al americano Mr. Thompson, que por muchos años desempeñó el cargo de Cónsul de los Estados Unidos de América en Yucatán, quien por larguísimo tiempo explotó aquellas ruinas para llevarse a su país grandes cantidades de monumentos portátiles hasta que mi acción lo impidió.

La carta terminaba con un pedido formal del exfuncionario para que se promulgara una ley que determinara que la exploración de sitios arqueológicos situados en territorio mexicano era de exclusiva competencia del Ejecutivo federal, “y que en ningún caso se delegue ésta en otra persona o corporación, ya sea nacional o extranjera”.⁷³ Ajeno a esas disputas, un mes después, como vimos líneas arriba, *The New York Times* daba a conocer en un primer artículo sobre arqueología de la fase posrevolucionaria algunas informaciones sobre el “Área Maya” que poco después serían completadas por datos claramente reveladores del saqueo sufrido por los sitios yucatecos. El texto del diario neoyorkino advertía que la entrada de la Carnegie en Yucatán no había sido aún decidida, pero que la puesta en acción de la diplomacia arqueológica podría favorecer el proceso: “[...] Se dice que una actitud positiva de los gobiernos estatal y federal y promesas de

⁷³ “Solicitud para que se prohíban expediciones científicas a las históricas ruinas yucatecas”, *El Popular. Diario Informativo de la Tarde*, Mérida, 5 de febrero de 1923.

cooperación serían elementos importantes para acelerar la decisión".⁷⁴

Como en los debates de la última década del siglo XIX en torno a los pedidos de Saville para explorar, excavar y exportar a Estados Unidos tesoros arqueológicos prehispánicos, también al iniciar los años 1920 se formaron dos partidos, uno que se presentaba como nacionalista y defensor del control mexicano de los sitios arqueológicos, encabezado públicamente por Batres, y el otro, al parecer dirigido por Gamio (apoyado por poderosas figuras del régimen obregonista, como el secretario de Agricultura, Ramón P. de Negri, y con acceso fácil al propio presidente de la República), paladín de la apertura al exterior que usaba sus contactos con la academia extranjera —según decía— para recuperar el buen nombre de México en los círculos científicos internacionales. La vertiente arqueológica de la estrategia obregonista de reaproximación con Europa y con Estados Unidos fue considerada por sus enemigos como una maniobra política de Gamio y denostada por algunos círculos "nacionalistas", entre quienes destacaba el inefable Batres. Este grupo, continuando la tradición establecida durante las polémicas del *affaire* Charnay, 30 años antes, se quejaba de una injerencia excesiva de arqueólogos extranjeros en las ruinas prehispánicas situadas en territorio mexicano. En ese contexto, ese mismo ebullente mes de marzo de 1923 Batres encaminó a Obregón un artículo que reproducía una nota de la agencia AP, diciendo:

El profesor Marshall Saville, miembro del Museo del Indio Americano y de la Universidad de Columbia, quien acaba de regresar de Yucatán, dio una conferencia que tituló "Las ruinas de las ciudades yucatecas". / Declaró que estas ruinas serán investigadas pronto debido en parte al interés despertado entre el público de la capital del estado de Yucatán, Mérida, apoyado por el Gobierno, en momentos en que el presidente Obregón y el inspector de monumentos [*sic*], doctor Manuel Gamio, están tratando de alentar a las instituciones extranjeras para que tomen parte en la tarea. / Manifestó que el Gobierno de Yucatán está ayudando los trabajos de los científicos por medio de la construcción de caminos de automóviles hasta los gran-

⁷⁴ "Great Maya Find of Relics Revealed", *The New York Times*, 3 de marzo de 1923.

des grupos de ruinas. / El profesor Saville está tratando de organizar una expedición científica a las ruinas de Yucatán, con el apoyo de las principales sociedades norteamericanas.⁷⁵

Todos los eventos posteriores a esta fecha estuvieron envueltos en el clima de aproximaciones foráneas y rupturas internas que caracterizaron al año 1923. Lo más significativo fue sin duda las conversaciones celebradas durante el periodo del 14 de mayo al 23 de agosto en la Ciudad de México entre representantes de los gobiernos de México y de Estados Unidos, también conocidas como las “Conferencias de Bucareli” o “Conferencias Internacionales México-Americanas de 1923”, por su nombre oficial, que concluyeron el 23 de agosto de ese año, con el reconocimiento del gobierno de Obregón por Washington y el establecimiento de la Comisión Mixta de Reclamaciones. El centro neurálgico de las conferencias se situó en las consecuencias de la aplicación del Art. 27 constitucional en lo relativo al subsuelo de México. Sin embargo, nada indica que, al lado de la cuestión preeminente de los “depósitos petroleros” se haya tocado el asunto —casi anecdótico, en comparación, para los altos designios de la política— de los “depósitos prehispánicos”. No obstante, las discusiones de las conferencias constituyen una especie de subtexto del “caso” Thompson-Cenote, pues “Para Washington, el punto central, como lo resumió atinadamente un diario estadounidense, era ‘la protección de los derechos de los extranjeros’ [*Gazette*, 23 de mayo de 1923]. Para México, en cambio, el punto central era el reconocimiento de su soberanía”.⁷⁶ También por otras razones 1923 resultó ser un

⁷⁵ “Exploraciones arqueológicas en Yucatán”, Associated Press., Washington, D.C., *El Universal*, 19 de marzo de 1923. Anexo a Batres a Torre Blanca. México, 21 de marzo de 1923. AGN, Fondo Presidentes Obregón, Calles, exp. 307-B-5. Desde luego, Batres continuaba su pendencia con Gamio, a quien acusaba de ser cómplice de Saville (“[...] el mismo que se llevó fraudulentamente, de México, las preciosas máscaras de mosaico de incrustaciones de piedras finas [...]”), “en el escandaloso lío especulativo del saqueo y destrucción de nuestras portentosas ruinas mayas”. En febrero de 1923, Batres había felicitado a Obregón por un “acuerdo que el Ejecutivo federal dictó protegiendo la Arqueología nacional”, que no fue localizado. Batres a Obregón. México, 24 de febrero de 1923; Obregón a Batres. México, 14 de marzo de 1923. AGN, Fondo Presidentes, Obregón, Calles, exp. 307/

⁷⁶ Herrera y Santa Cruz, *América del Norte*, p. 257.

año extremadamente complejo. Además de las idas y venidas de las Conferencias de Bucareli, Pancho Villa fue asesinado en julio y Adolfo de la Huerta, inconformado con la imposición de Calles como futuro presidente de la Revolución, se levantó en armas en diciembre contra el gobierno de Obregón. Un movimiento cuyas repercusiones regionales y oportunistas llevarían al aplastamiento del movimiento socialista encabezado en Yucatán por el gobernador Carrillo Puerto y a su fusilamiento en enero de 1924, junto con otros líderes del Partido Socialista del Sureste.⁷⁷ De cualquier manera, la campaña de relaciones públicas del gobierno mexicano tuvo que ser prácticamente suspendida a partir de 1925, cuando estalló el conflicto entre el gobierno de Calles y la alta jerarquía de la Iglesia católica en México. Si bien los trabajos de la Carnegie no se interrumpieron durante este periodo, sí hubo una notable disminución de los contactos con universidades y fundaciones extranjeras en torno a exploraciones arqueológicas. Ese mismo año de 1925, con la salida de Gamio del gobierno callista y con la conversión de la Dirección de Antropología en una simple Dirección de Arqueología, "el estudio de la antropología en México [habría] quedado reducido a investigación arqueológica en pequeña escala y la conservación de monumentos".⁷⁸

EL FRACASO DE LA COMPRA DE LA HACIENDA CHICHÉN

En diciembre de 1923, Morley le escribió una larga misiva a Thompson, acompañada de una carta-poder para que un agente suyo en Washington firmara el contrato de renta "de la planta de los 100 acres que la rodean y que estamos a punto de asumir". Morley sugería que Thompson indicara al viejo Holmes como su apo-

⁷⁷ Aboites y Loyo, "La construcción del nuevo Estado", p. 603.

⁷⁸ El inicio de la malograda campaña de Obregón para un segundo mandato, en 1928, semejó dar vuelos a nuevas aproximaciones académicas con Estados Unidos, pues el candidato habría aceptado invitar a México a "destacados especialistas", entre los que se encontrarían miembros del Social Science Research Council, con Boas a la cabeza, y de algunas universidades, "siendo en primer término la Universidad de Columbia". Gamio a Boas. [Nueva York?], 27 de julio de 1928. AH/INAH/Archivo Incorporado Manuel Gamio (AIMG), Correspondencia, c. 1, exp. 145.

derado, quien ya había sido sondeado y estaba de acuerdo en asumir el papel. El contrato original se firmaría por un periodo de 13 años y podía ser interrumpido por la Carnegie, previo aviso con seis meses de anticipación; todo, claro, dependiendo de que se obtuviera el acuerdo del gobierno mexicano.⁷⁹ A mediados de diciembre, en plena rebelión delahuertista, ya estaba listo un primer borrador del contrato que sería firmado por Thompson y por el representante de la CIW para el arrendamiento de 2448 hectáreas de la hacienda Chichén, por 1200 dólares anuales, con opción de compra por parte de la Carnegie, por un monto de 10000 dólares oro. Volvía el delirio de Stephens. El acuerdo era entre particulares, pero se realizaba en el marco del permiso otorgado por el gobierno mexicano a la CIW, bajo los decretos de fin de siglo, para hacer exploraciones arqueológicas de media duración. El contrato sería firmado por el excónsul y por Morley —como apoderado de la CIW— y el arrendamiento comenzaría el 1° de enero de 1924.⁸⁰ El juego del gato y el ratón siguió durante un tiempo. Era evidente que Thompson, acostumbrado a la facilidad con la que había obtenido recursos de los *Bostonians*, sin necesidad de programaciones presupuestarias ni nada por el estilo, se exasperaba con la rigidez administrativa de la Carnegie, que, por su parte, rápidamente perdía la paciencia. Thompson quería negociar algunos puntos antes de firmar. El primero era obtener recursos de la Carnegie para pagarle a los Manzanilla y liberar su propiedad de hipotecas, y reiniciar su antiguo proyecto de construir un hotel, una “casa”, decía Morley, “en la que pueda alojar a los turistas que visitan Chichén Itzá”. (La carretera Mérida-Dzitén había sido inaugurada en junio de 1923).⁸¹ El contrato fue firmado finalmente el 24 de abril de 1924⁸² y todo indica que la noticia dio lugar a otra denuncia de Batres contra la entrada de la CIW en Yucatán, que

⁷⁹ Morley a Thompson. Washington, 5 de diciembre de 1923. CIW, “Morley Correspondence 1912-1936”.

⁸⁰ “Instrument number Thirty-Six”, anexo a Howe, Swayze y Bradley a Merriam. [Washington], 13 de diciembre de 1923. CIWA, AF, “E. H. Thompson Correspondence, 1923-1944”; Ewing, *A History*, pp. 84-85.

⁸¹ Morley a Merriam. Mérida, 23 de mayo de 1924; Merriam a James. Washington, D.C., 17 de noviembre de 1923. CIWA, AF, “E. H. Thompson Correspondence, 1923-1944”.

⁸² “Instrument Number Thirty-Six. – In the city of Mérida, capital of the State of Yucatan, United States of Mexico, on the twenty-fourth day of the month of

encontró respuesta del secretario de Educación en turno, Puig Casauranc, quien afirmó "que el Gobierno del General Obregón no le dio ninguna concesión a dicho Instituto [CIW] para hacer exploraciones en las ruinas". Puig jugaba con la terminología, pues lo que contestaba era el uso del término "concesión", ya que, según él, lo que se le había dado a la Carnegie era un "permiso", cuyas cláusulas eran todas "favorables para México". La concesión significaba beneficios para el concesionario y "la Institución norteamericana, que está dedicada a estudios científicos y altruistas, sólo está haciendo exploraciones en la región arqueológica para contribuir al conocimiento de la historia universal". Indudablemente sabedor de lo publicado por *The New York Times*, y en un guiño crítico a Batres, exfuncionario porfirista, Puig contrastaba el comportamiento del gobierno de Obregón con el de don Porfirio, diciendo que "hace quince o veinte años se hicieron prolongadas exploraciones en Yucatán, y que los objetos extraídos pueden verse actualmente en varios museos norteamericanos, mientras a México no se le entregó un sólo [sic] ejemplar, cosa que queda perfectamente comprobada, con el hecho de que en el Museo Nacional no existe colección de origen maya".⁸³ La declaración del secretario de Educación del gobierno de México, con su explícito reconocimiento de las "extracciones" y envíos a "museos norteamericanos" de valiosas piezas arqueológicas retiradas de territorio nacional durante el Porfiriato, y la falta completa de acción penal para corregir esas irregularidades, refuerza la tesis de la vigencia de la diplomacia arqueológica —o de la vista gorda— durante el periodo obregonista.

El 13 de mayo de 1924 el inspector de monumentos de Yucatán, Eduardo Martínez Cantón —hijo de su antecesor, Juan Martínez Hernández— había recibido de la Dirección de Antropología de Gamio el aviso de que la CIW estaba autorizada a comenzar sus trabajos en Chichén Itzá en cualquier momento después de esa

May, the year one thousand twenty-four [...]. CIWA, CAF, "Thompson Correspondence 1923-1944".

⁸³ "Responde el Sr. de Educación al Sr. Batres / El Gobierno del General Obregón no autorizó al Instituto Carnegie para hacer exploraciones. La obra del Instituto Carnegie", *La Revista de Yucatán*, México, 16 de abril [de 1924]. "Exclusivo para *La Revista*."

fecha.⁸⁴ Morley había llegado a Progreso por esos días, en compañía de otro de los fundadores del programa, el también arqueólogo Earl Morris, y había sido recibido con todas las facilidades necesarias, tanto en la aduana, donde todos los materiales de la expedición pasaron sin problema, como en Mérida y durante el viaje a Chichén. El 17 de mayo el flamante director del Proyecto Chichén tuvo el primer contacto con quien sería una pieza llave de la aventura de la Carnegie en Yucatán, el abogado Julián Aznar, un prominente y conocido litigante de Mérida, graduado en el Wesleyan College. Aznar había sido apoderado de Salisbury, tenía gran proximidad tanto con los James como con Thompson y era un perfecto conocedor de las incursiones bostonianas en Yucatán. Con esos antecedentes, fue contratado por la CIW como su principal asesor jurídico. La primera tarea del abogado fue revisar los documentos preparatorios de la renta de la hacienda y de la opción de compra y orientar a la CIW sobre los trámites administrativos que era necesario hacer en Washington, advirtiéndole que el proceso de compra tenía que ser autorizado por la Secretaría de Relaciones Exteriores, “siendo ésta una de las disposiciones de la famosa Constitución de 1917. Sin embargo, no debe haber impedimento legal alguno que impida que la Institución tenga propiedades en México, con tal de que ese trámite se lleve a cabo”. Gamio había sido invitado por la CIW a visitar la capital estadounidense durante el primer trimestre de 1924 para dictar conferencias sobre arqueología en México, pero en realidad se trataba de ultimar los detalles para el establecimiento de la Institución en Yucatán. Como resultado de las conversaciones con el director de Antropología, la Carnegie anunció que tomaría los pasos necesarios para iniciar, ese mismo verano, sus trabajos en Chichén Itzá bajo la dirección de Morley.⁸⁵ En agosto de 1924, la CIW, a lo que todo indica cansada de las interminables exigencias de Thompson, manifestó su interés en pasar directamente a la opción de compra. Aznar recomendó entonces que se iniciaran consultas junto al gobierno federal respecto de los permisos que se hacían necesarios para que una corporación

⁸⁴ Morley a Merriam. Mérida, 23 de mayo de 1924. (Papel timbrado) “Carnegie Institution of Washington / The Chichén Itza Project / Middle American Archaeological Research”. CIWA, CAF, MAA, “Morley Correspondence 1925-1936”.

⁸⁵ *American Anthropologist*, nueva serie, vol. 26, núm. 2 (abril-junio de 1924), p. 304.

extranjera pudiera poseer tierras en México —en pleno furor agrarista posrevolucionario—. ⁸⁶ Como vimos, el contrato de arrendamiento de Chichén preveía la opción de compra por parte de la Carnegie a partir del 31 de mayo de 1925, con 30 días de aviso previo al propietario. Un mes antes de esa fecha, en su reunión del 7 de abril, la *crw*, por medio de su Comité Ejecutivo, formalizó su decisión de ejercer la opción e iniciar los trámites para convertirse en propietaria de la hacienda Chichén. ⁸⁷ La Carnegie esperaba tomar posesión del predio a partir del 1° de junio de 1925, o antes si el excónsul conseguía liberar sus propiedades de los interminables adeudos que las ataban. Todo eso, claro, una vez que el gobierno de México hubiera autorizado la transacción. ⁸⁸ Morley fue informado de que la *crw* había autorizado la adquisición y reservado 8800 dólares para ese fin, que se completaban con los adelantos que se le habían ya dado al propietario por concepto de rentas. ⁸⁹ Finalmente, el 24 de abril de 1925, Merriam hizo el pedido formal de compra de Chichén al secretario de Relaciones Exteriores, invocando la fracción I del Art. 27, con la siguiente aclaración:

Y para tal fin, de acuerdo con la fracción I del Art. 27 de la Constitución, el suscrito, en nombre y representación de dicha Institución, conviene en que aquella se considere como nacional mexicana respecto de dicha propiedad y en que la Institución, sus miembros o representantes no invocarán, por lo mismo, la protección del Gobierno de los Estados Unidos, ni la de otro alguno, por lo que a aquella propiedad se refiere, en la inteligencia de que, en caso de faltar al

⁸⁶ Aznar a Gilbert. Mérida, 21 de agosto de 1924. *CIWA*, *CAF*, "E. H. Thompson Correspondence, 1923-1944".

⁸⁷ "Memorandum". 8 de abril de 1925. *CIWA*, "Morley Correspondence 1923-1936".

⁸⁸ "Form of Notice to Thompson". Firmada: John Merriam. 10 de abril de 1925. *CIWA*, *CAF*, *MAA*, "Morley Correspondence 1923-1936".

⁸⁹ "Memorandum of conversation with Mr. Howe over the Telephone", 8 de abril de 1925. [Parsons?] a Morley. [Washington], 15 de abril de 1925. Copia. *CIWA*, *CAF*, *MAA*, "Morley Correspondence 1925-1937". Por esos días Aznar recibió la misma información de Merriam. Merriam a Aznar. Washington, 10 de abril de 1925. *CIWA*, *CAF*, *MAA*, "Morley Correspondence 1925-1937".

convenio perderá, en beneficio de la Nación Mexicana, los bienes a que esta solicitud de permiso se refiere.⁹⁰

Tan seguros estaban los directores de la Institución del otorgamiento del permiso que Merriam le pidió a Relaciones Exteriores, por cable, que enviara la autorización directamente a Julián Aznar, en Mérida.⁹¹ Sin embargo, en nota del 8 de mayo, la Consultoría Jurídica de la Secretaría de Relaciones Exteriores advirtió que el amparo legal citado, incluido en la fracción I del Art. 27 constitucional, indicaba que se podía conceder “a los extranjeros, individualmente considerados, el derecho para adquirir el dominio de tierras; pero no a las personas morales extranjeras [...]; y por lo mismo no es posible conceder a la Institución el permiso que solicita”.⁹² Cuatro días después, el 12 de mayo, el sustituto de Gamio en la Subsecretaría de Educación Pública, Moisés Sáenz (hermano de Aarón, secretario de Relaciones Exteriores de Calles), envió un escueto comunicado a Merriam negando el permiso de compra “en virtud de prohibir la Constitución vigente, que sociedades extranjeras tengan en propiedad bienes raíces en el país”.⁹³ Luego, Aznar recibió una carta de la Cancillería, escrita en inglés, dirigida a Merriam y enviada a sus cuidados. Pensando que se trataba de la autorización para la compra de Chichén, Aznar la abrió para encontrarse, en cambio, con la fría negativa: “En respuesta a su carta del 2 de abril último le informo que no es posible autorizar la adquisición por la Carnegie Institution de ciertos bienes raíces en

⁹⁰ Merriam a secretario de Relaciones Exteriores. Washington, D.C., 24 de abril de 1925. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

⁹¹ Merriam a Relaciones Exteriores. Washington, D.C., 4 de mayo de 1925. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

⁹² Julio García, abogado consultor, a secretario de Relaciones Exteriores. México, 8 de mayo de 1925. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

⁹³ Subsecretario de Educación Pública a Merriam. México, 12 de mayo de 1925. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”. No hay que olvidar los complicados nexos personales que unieron —y separaron— a Sáenz y a Gamio, y que pueden haber tenido inicio en estos momentos. Sáenz ocupó el puesto dejado vacante por Gamio en la Secretaría de Educación Pública, y ambos tuvieron una relación equilibrada entre la rivalidad y la admiración mutua durante toda la década de 1930, protagonizando una especie de vidas paralelas, que culminaron con el nombramiento de Gamio para ocupar el lugar del fallecido Sáenz al frente del Instituto Indigenista Interamericano en 1940. Véase Aguirre Beltrán, “El indio y la reinterpretación de la cultura”.

el municipio de Valladolid, Yucatán, toda vez que la Constitución en vigor prohíbe que corporaciones extranjeras tengan derechos de propiedad sobre inmuebles en el país".⁹⁴ La Carnegie, alarmada, entró inmediatamente en contacto con la Embajada de México y con Gamio para saber cuál había sido el problema, pues estaban seguros de que el proceso era un trámite meramente formal:

Es posible que la respuesta adversa se deba al hecho de que no hicimos ningún esfuerzo especial para presentar la solicitud de la Institución. Yo estaba en el entendido de que se trataba únicamente de una cuestión de forma. Por eso no hubo ninguna mención al uso que se le daría al predio. Nuestra solicitud de compra no está desde luego basada en un simple deseo de ser propietarios, sino en facilitar el uso de esta propiedad para trabajos científicos y educativos.⁹⁵

¿Habían sido jurídicamente mal aconsejados? ¿Confirieron en que sus relaciones con Gamio, fugaz subsecretario de Educación de Calles entre 1° de diciembre de 1924 y los primeros meses de 1925 —y ya en desgracia— garantizarían la autorización? Aznar había asegurado en abril de 1925 que "En todo caso, la compra de la tierra podrá realizarse en cualquier momento sin peligro de que aparezcan complicaciones [...]".⁹⁶ Tan sólo dos meses antes, en febrero de 1925, sin ningún conflicto aparente en el horizonte, el propio secretario de Educación, Puig Casauranc, le avisaba a Merriam de su posible viaje a Washington D.C. en mayo de ese año, y el presidente de la CIWA le preparaba una visita de honor a la sede de la Institución y una cena con sus patronos y altos funcionarios.⁹⁷ El 22 de mayo de 1925, Merriam le escribió una larga carta al embajador de México en Washington, Manuel Téllez, para confirmar los términos de una entrevista sostenida por ambos el día anterior.

⁹⁴ Aznar a Merriam. Mérida, 19 de mayo de 1925. CIWA, AF, "Morley Correspondence, 1925-1937".

⁹⁵ Merriam (?) a Aznar. [Washington], 1° de junio de 1925. CIWA, AF, "Morley Correspondence, 1925-1937".

⁹⁶ Aznar a Merriam. Mérida, 20 de abril de 1925. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence, 1923-1944".

⁹⁷ Gamio a Merriam. México, 31 de enero de 1925; Merriam a Puig Casauranc. Washington D.C., 10 de febrero de 1925; Puig Casauranc a Merriam. México, 24 de febrero de 1925; Merriam a Puig Casauranc. Washington, D.C., CIWA, CAF, MAA, "Morley Correspondence 1934-1939".

De acuerdo con el presidente de la CIW, el viaje realizado por él a Yucatán en febrero y marzo de ese año había mostrado claramente lo complicado que eran las relaciones con Thompson y lo habían convencido de que lo mejor era comprar la hacienda de una vez por todas. El pedido de compra había sido dirigido al gobierno de México, decía Merriam, “asumiendo que según las condiciones de la solicitud hecha por la Institución no hay posibilidad de que resulte objeción alguna [...]. Al discutir el asunto con el doctor Gamio durante mis visitas a México no he sabido que haya obstáculo alguno para efectuar la compra”. Habiéndole enviado todos los antecedentes del negocio, Merriam confiaba que el asunto se podría resolver durante la estancia de Morley en Chichén Itzá, por esos días.⁹⁸ Téllez envió la carta de Merriam al canciller Aarón Sáenz, informando que la Carnegie había pedido que la Embajada en Washington tratara de influir para que

la Secretaría de Relaciones reconsiderara el acuerdo negativo que dictó con relación con la solicitud formulada por la misma institución para que se le otorgara el permiso de ley para poder adquirir en propiedad la hacienda de Chichén-Itzá, que colinda con el campo arqueológico maya del mismo nombre, donde la institución Carnegie, por contrato celebrado por nuestro Gobierno, y con la eficaz cooperación de éste, está haciendo estudios y exploraciones de grande importancia, no sólo para México sino [para la cultura] universal.

Téllez abundaba aún más sobre los problemas representados por Thompson, y decía que la decisión de comprar la hacienda se debía al

deseo de eliminar a su actual poseedor, un ciudadano americano, Thompson, quien se me dice tiene en Yucatán reputación poco satisfactoria, de quien se tiene noticia oficial de ser el expoliador de muchos de los tesoros que existían en el “Zenote” [*sic*] de Chichén y quien, como propietario de la hacienda que la Carnegie tiene en arrendamiento, por sus manejos y obstinaciones resulta ser un obstáculo para el progreso de los trabajos emprendidos en las ruinas.

⁹⁸ Merriam a Téllez. Washington, D.C., 22 de mayo de 1925. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

Enseguida exponía la nueva estrategia de la Carnegie en caso de que la compra fuera permitida: se prometía ceder la hacienda y todas sus propiedades anexas al gobierno federal (o al de Yucatán) al final de sus trabajos para que fuera convertida en un centro educacional, "como anexa a los campos arqueológicos y para utilidad y beneficio de las personas que vayan a visitar o estudiar éstas [*sic*]".⁹⁹ Sáenz consultó con Calles, quien lo autorizó a orientar a Merriam en el sentido de que fuera un individuo (extranjero) y no una corporación, quien solicitara el pedido de compra, y que en su momento se estableciera un plan para que constara que dicho comprador donaría posteriormente la propiedad adquirida al gobierno federal mexicano: "[...] esta obligación sería un motivo especial y bastante justificado para dar el permiso [...] que esta Secretaría está dispuesta a concederlo en tales términos".¹⁰⁰ Las negociaciones pronto se filtraron a la prensa. En mayo de 1925, *La Revista de Mérida* publicó un artículo que decía:

Se asegura que cuando estuvo aquí el director del Instituto Carnegie, bajo cuyos auspicios se han estado haciendo exploraciones en Chichén-Itzá, gestionó la compra de la hacienda "Chichén", que en la actualidad es propiedad del norteamericano Mr. Thompson. La Embajada norteamericana ha tomado cartas en el asunto, pero el Gobierno está dispuesto a no autorizar la operación, considerando que en Chichén, se están reuniendo las maravillas arqueológicas más grandes del mundo. [...] / El Instituto Carnegie ha tratado el negocio por conducto de la Embajada de Estados Unidos, pero la Secretaría de Relaciones Exteriores, resolverá que no puede autorizar esa operación de compra-venta, porque es contraria a los preceptos constitucionales.¹⁰¹

Confrontada con el cambio de dirección gubernamental, la CIW no aceptó la sugerencia de Calles y el impasse se prolongó.

⁹⁹ Téllez a Sáenz. Washington, D.C., [9 de junio de 1925]. CIWA, CAF, MAA, "Chichén Lease: 1923, 1926".

¹⁰⁰ Sáenz a Téllez. México, 26 de junio de 1925. CIWA, CAF, MAA, "Chichén Lease: 1923, 1926".

¹⁰¹ "Se intentó comprar la Hda. Chichén", *La Revista de Mérida*, 26 de mayo de 1925.

Todavía en marzo del año siguiente, 1926, el tema de la compra-venta de Chichén continuaba siendo un asunto constante en la correspondencia intercambiada entre la Carnegie y la Embajada de México y entre ésta y la Secretaría de Relaciones Exteriores. Una de las condiciones que evidentemente había cambiado era la abrupta salida de Gamio del gobierno en mayo de 1925, por desentendimientos con Puig Casauranc. Sin embargo, indiferente a los conflictos internos del régimen, la Carnegie siguió insistiendo en la operación y Merriam lo discutió personalmente con el canciller Sáenz en los primeros meses de 1926, pero modificando la propuesta original en grados significativos:

Si tal compra fuera posible, la Institución propondría ceder el derecho al Gobierno Mexicano, en consideración de lo cual se esperaba que el Gobierno Mexicano concediera a la Institución Carnegie un contrato de arrendamiento por un periodo aproximado de cincuenta años. Se supondría que dicho arrendamiento por el Gobierno a la Institución significaría únicamente el dedicar la propiedad a estudios científicos y educativos, y nada tendría que ver con cuestiones ya incluidas en el presente contrato entre el Gobierno Mexicano y la Institución relativas a investigaciones arqueológicas en Chichén Itzá.¹⁰²

En ese contexto, y sin esperar el resultado de las negociaciones, el 21 de mayo de 1926 el Comité Ejecutivo de la Carnegie reiteró la autorización para que se procediera a la compra de la hacienda Chichén, con las variables introducidas, esto es, “en la inteligencia de que el título sobre la propiedad sea traspasado al Gobierno Mexicano con la estipulación de que sea otorgado permiso a la Carnegie Institution de Washington para usar esta propiedad por un plazo máximo de cincuenta años [...]”.¹⁰³ Sin embargo, al exterior de los gabinetes gubernamentales y de las salas de la CIW, filtraciones y rumores en torno a las negociaciones agudizaban la reacción nacionalista contra los “cosmopolitas” que, con Obregón, le habían abierto la puerta al extranjero para que se instalara en

¹⁰² Téllez a Sáenz. Washington, D.C., 9 de marzo de 1926. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

¹⁰³ Resolución tomada en Junta del Comité Ejecutivo de la Carnegie Institution de Washington, el 21 de mayo de 1926. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

los sagrados templos arqueológicos de la nación, "levantando sospechas por el misterio que han hecho de sus trabajos y por otros procedimientos empleados, que no son sino la repetición de lo que siempre ha ocurrido en este país, en materia de exploraciones [...] ya aparecerán dentro de poco los objetos encontrados, de alto valor, en los museos de Estados Unidos, mientras en Yucatán quedará lo que no puedan llevarse [...]"¹⁰⁴

Las opiniones contrarias a las actividades de la Carnegie seguían acumulándose años después de la publicación del artículo de Alma Reed, con una mezcla de denuncia y de narrativas maravilladas de historias misteriosas de jóvenes doncellas, cubiertas de joyas, lanzadas a un oscuro abismo por un sacerdote ataviado con todos los horrores habidos y por haber, entre aullidos de una multitud sedienta de sacrificios humanos y de sangre.¹⁰⁵ A finales de 1925, por lo menos un artículo sobre el asunto ya había circulado en un periódico de razonable audiencia:

Afuera pueden, en un momento dado, ilustrar mejor que nosotros cualquier capítulo de la historia política o de la arqueología nacionales. Mr. Thompson, antiguo cónsul de los Estados Unidos en Mérida, ha trasladado palacios enteros, piedra por piedra, a los museos de la dependencia Carnegie [*sic*] y al de Toulane [*sic*]. Mr. Thompson dragó por su cuenta, durante cinco años seguidos, el cenote de los grandes sacrificios que se hacían por motivo de la fiesta del fuego en la ciudad muerta de Chichén Itzá, maravilla de las centurias. Ya se puede suponer qué acervos de riqueza documental fueron extraídos de ese cenote que por estos tiempos se tiñe con un tono rojizo color de sangre. Nosotros no vimos una sola placa de jade de la que se ataba a las doncellas al cuello, antes de precipitarlas en el

¹⁰⁴ "Por las Ruinas Yucatecas (Sección Editorial)", *El Informador de Jalisco*, 17 de abril de 1925. UNAM/Hemeroteca Nacional.

¹⁰⁵ Por ejemplo, Willey, *Artifacts from the Cenote*, p. xiii. Mediz Bolio habla, con acierto, de la creación de un segundo mito en torno al Cenote Sagrado, el mito de Thompson, "audaz aventurero rubio, que, como en un cuento de Salgarí, descendiendo, intrépido y rapaz, a los espantables abismos del cenote y se roba los milenarios y resplandecientes tesoros de los sacerdotes mayas. A la versión no menos imaginativa y sensacional de la extraordinaria aventura, siguen generalmente los comentarios patrióticos [...]. Así, poco a poco, el milenario cenote ha llegado a tener otra leyenda. Una leyenda del siglo veinte, internacional y romántica". Mediz Bolio, "La otra leyenda del Cenote", p. 184.

abismo, placas donde estaba inscrito el mensaje que enviaban al Sol los supremos sacerdotes. En cambio, en los museos yanquis abundan”.¹⁰⁶

LA BOMBA WILLARD: CHICHÉN CONFISCADA

La compra de la hacienda Chichén y sus edificios fue aprobada por las partes en junio de 1926 y los preparativos para la firma de los documentos estaban prácticamente concluidos. Un mes después, en julio, “los pecados de los antecesores” hicieron explosión, detonados por la noticia de la aparición de un libro sobre Thompson y sus aventuras en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá. Ante el escándalo que se anunciaba, los arreglos se interrumpieron de golpe y la propiedad fue rápidamente confiscada por el gobierno federal:

En el momento en que las negociaciones relativas a este asunto habían llegado al punto en que la consumación de la transacción parecía inminente, sucedió que algunas medidas habían sido emprendidas por el Gobierno Mexicano contra el señor Edward H. Thompson, el propietario de la hacienda, de quien pensábamos hacer la compra. Las complicaciones resultantes de la actuación del Gobierno de México en contra del señor Thompson no permitían la compra de la propiedad en ese tiempo, aunque se dedicara a estudios arqueológicos como un obsequio a la República de México.¹⁰⁷

El violento cambio de rumbo se había debido a noticias que daban cuenta de la publicación de *The City of the Sacred Well*, de W. T. Willard, gran amigo y admirador de Thompson, una obra dirigida a lectores “de libros de viajes y aventuras”, centrada en las peripecias yucatecas de Thompson, con clara atención sobre Chichén Itzá y llena de detalles —verdaderos y/o fantasiosos— sobre las extracciones realizadas por el excónsul en el Cenote Sagrado y su posterior envío a Harvard y a Chicago. Los repor-

¹⁰⁶ José Luis Velasco, “Crónicas mexicanas”, *El Demócrata*, 15 de noviembre de 1925.

¹⁰⁷ Merriam a Téllez. Washington, D.C., 18 de abril de 1930. En traducción. CIWA, CAF, MAA, “Chichén Lease: 1923, 1926”.

tajes estaban basados en una extensa reseña del libro, publicada —a lo que todo indica, inocentemente— por el anterior inspector de monumentos arqueológicos de Yucatán, Juan Martínez Hernández, en *La Semana Ilustrada*, suplemento dominical del *Diario de Yucatán*, el 13 de junio de 1926. En ella el reseñista informaba que el autor era un “distinguido fabricante de acumuladores eléctricos, inteligente y circunspecto, quien dedica sus ratos de esparcimiento al estudio de los problemas que presentan la arqueología y etnografía mayas”. El antiguo funcionario federal refería la reproducción de dos artículos de Thompson en el libro de Willard —uno de ellos el que cerraba la obra, intitulado *Thirty Years of Digging*— y con todo candor informaba que “minuciosamente describen sus trabajos de dragado [de Thompson] del fondo del cenote y de lo que allí extrajo y llevó al museo de la Universidad de Harvard [sic] y al Museo Field Columbian de Chicago”, de lo cual hacía un selectivo resumen.¹⁰⁸ El libro estaba profusamente ilustrado con fotografías de las ruinas y dibujos de objetos de oro, cobre y jade, que el texto daba a entender habían sido extraídos del fondo del Cenote Sagrado. Como un anexo a “Thirty Years of Digging” aparecía una “Lista de los más importantes objetos de oro y jade encontrados en el Cenote Sagrado”.¹⁰⁹ Willard

¹⁰⁸ Juan Martínez Hernández, “Los tesoros del pozo de Chichén Itzá”, *La Semana Ilustrada*, Mérida, Yuc., 13 de junio de 1926. Meses después, sorprendido por el tamaño del escándalo a que su texto había dado lugar, Martínez arguyó que el problema había sido inicialmente una disputa en la esfera local: “El alboroto sobre el ‘Cenote’ fue iniciado por un hombre malvado, que envió mi reseña del libro de Mr. Willard a los periódicos y miembros destacados del gabinete de Calles, con la idea de responsabilizar a mi hijo Edward y a mí mismo por permitirle a Mr. Thompson exportar las reliquias y traer con eso nuestra caída [...]”. J. Martínez a Tozzer. Mérida, 7 de noviembre de 1926; Spinden a Tozzer. Cambridge, Mass., 26 de julio de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”. El hijo de Martínez, Eduardo, virulento acusador de Thompson, fue nombrado “interventor” de la hacienda confiscada.

¹⁰⁹ Willard, *The City*. Años más tarde, como resultado de las diligencias para resolver la demanda del gobierno mexicano contra Thompson, quedó claro que Willard nunca tuvo acceso a los fondos del Museo Peabody ni a la colección de Thompson, aparentemente destruida y/o robada durante el incendio de la hacienda. De hecho, las ilustraciones eran fotografías de piezas de la colección de —¡oh ironía!— Teoberto Maler: “[...] de los objetos valiosos mencionados [en su libro]..., la mayoría provenían de una colección perteneciente a Teoberto Maler que la obtuvo de los nativos deshonestos que trabajaban para Edward Thompson.

retomaba la narrativa sobre el “americanismo” —en el sentido monroiano— de las ruinas prehispánicas en México, particularmente las de Yucatán y su equivalencia con los centros arqueológicos de Egipto y del Medio Oriente, que había sido una y otra vez esgrimida como justificativa legitimadora fundamental de las aventuras exploratorias estadounidenses desde Stephens y Le Plongeon. La diferencia era la llegada de la Carnegie:

Felizmente, creo que el público y los anticuarios estadounidenses se están dando cuenta de la oportunidad perdida. La expedición enviada por la Carnegie Institution levanta grandes expectativas [...]. // Don Eduardo [Thompson] es merecedor de crédito por haber dado a conocer durante los últimos treinta años elementos que dan un impulso definitivo a esta particular fase de la arqueología americana. Muchos de sus hallazgos, guardados en el Museo Peabody, aún no están disponibles para el gran público, pues se encuentran depositados en la reserva técnica de esa institución, seguramente por razones sólidas que yo desconozco.¹¹⁰

Las noticias sobre *The City of the Sacred Well* corrieron como un reguero de pólvora en la primera quincena de junio de 1926, coincidiendo, significativamente, con los momentos finales de las negociaciones para la compra de la hacienda por la Carnegie. El noticiario desató oleadas de indignación nacionalista y antiyanqui en la prensa nacional. El contenido del libro daba la razón a todos los opositores de las incursiones estadounidenses e hizo que las ondas sísmicas que se habían mantenido hasta ese momento bajo la superficie, en el magma de los especialistas, se convirtieran en un terremoto que sacudió los círculos arqueológicos, museísticos y políticos mexicanos. Como si fuera poco, eran momentos de renovadas tensiones en las relaciones con Estados Unidos por las medidas del gobierno de Calles en torno al petróleo, concretamente el desconocimiento de los Tratados de Bucareli y la promulgación de la nueva ley del petróleo de 1926. Al

[...] y que nunca tuve en mi poder ninguno de estos artículos, pero que Mr. Maler trabajó conmigo en la reconstrucción en dibujos de los artículos nombrados [y que habían sido quebrados]”. Willard a Tozzer. Beverly Hills, 20 de octubre de 1931. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”. Véase Coggins, “Dredging the Cenote”, p. 26.

¹¹⁰ Willard, *The City*, pp. 279, 281.

mismo tiempo, en tono menor, existía en los registros de las Comisiones Mixtas de Reclamaciones una demanda de Thompson por 150 000 pesos, como compensación por las pérdidas sufridas en sus propiedades durante los ataques de 1921, y, al parecer, la cuestión del cenote también jugaba su propio (mínimo) papel en esta disputa: "[...] Naturalmente, el asunto del 'cenote' fue una excelente oportunidad para virarle el juego [...]".¹¹¹ Thompson intuyó rápidamente que una de las consecuencias —y no la más grave— de las revelaciones de Willard sería el naufragio de la operación de compra de su hacienda y así se lo hizo saber a Morley.¹¹² La reacción del excónsul a las primeras noticias sobre el impacto del libro —enviadas por Tozzer, y aparentemente sin saber aún de la demanda judicial— fue de incredulidad: "Como una *recreación*, ¡Dios mío! Lo que me hace decir y hacer. Que los cielos me ayuden...", y de molestia porque Willard había convertido su afirmación de que el tesoro extraído era "invaluable" en revelaciones que llevaron el gobierno de México a estimar el monto en centenas de millares de dólares.¹¹³ Así que supo del proceso que el gobierno mexicano había abierto en su contra, al parecer por la lectura de un ejemplar del *Sunday Times Magazine*, Thompson invocó la galería de sus antiguos cómplices y colaboradores y reclamó de su soledad en el patíbulo: "Los incidentes mencionados tuvieron lugar en generaciones pasadas [...] entre las administraciones de Díaz y Carranza. Todos los involucrados, excepto yo, han muerto. Fueron personas ilustres y de mucha autoridad en ambos países. / Soy, por lo tanto, la única persona a ser responsabilizada en ese asunto".¹¹⁴ Ese mismo mes de junio de 1926, el secretario Puig Casauranc

¹¹¹ J. Martínez a Tozzer. Mérida, 7 de noviembre de 1926. PMA, "Tozzer Papers 1900-1980". El convenio entre México y Estados Unidos que permitía el funcionamiento de las Comisiones de Reclamaciones expiraría el 1º de octubre de 1931, sin que la queja de Thompson se hubiera resuelto hasta esa fecha. Hinrich a Tozzer. Washington, D.C., 3 de noviembre de 1931. PMA, "Tozzer Correspondence". Stanley Hinrich era el abogado que acompañaba la reclamación de Thompson por el incendio de su hacienda.

¹¹² Morley a Merriam. México, 24 de junio de 1926. CIWA, CAF, MAA, "Morley Correspondence 1937-1940".

¹¹³ Thompson a Tozzer. Richmond, Va., 26 de junio de 1926. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence 1911-1960".

¹¹⁴ Thompson a secretario asistente de Estado. Vandergrift, Pa., 22 de julio de 1926. PMA, "E.H. Thompson Correspondence 1911-1960".

consignó a Thompson ante la Procuraduría General de la República por hechos delictuosos que habría cometido durante los años de 1904 y 1906, periodo que correspondía al meollo temporal de las extracciones del cenote. De acuerdo con Spinden, a la época curador del Museo Peabody, el documento contenía citas de una nota “escrita por Maler en la que éste afirmaba que Bowditch y Putman estaban dragando desesperadamente el cenote”.¹¹⁵ (Thompson comentaría más tarde: “Maler [muerto en 1917] sigue mordiéndome desde la tumba”).¹¹⁶ Un mes después, el 26 de julio, el procurador Romeo Ortega ordenó al agente del Ministerio Público en Mérida que formulara una acusación contra el excónsul, acusándolo de robo de objetos arqueológicos por valor de un poco más de un millón de dólares.¹¹⁷ En un largo oficio dirigido al Juez I de Distrito de Mérida, Ortega desglosó los antecedentes del caso y formuló la principal acusación: la apropiación de bienes pertenecientes a la nación para enviarlos al extranjero. Acto seguido, solicitó la inmediata intervención del Ministerio Público (MP) para formalizar la demanda y, ante las noticas de las negociaciones con la Carnegie, determinó confiscar la hacienda Chichén: “Como [...] el Sr. Thompson pretende enajenar la finca que posee en el Estado de Yucatán y en la que se encuentra ubicado el Cenote Sagrado, creo conveniente que el Ministerio Público promueva un embargo precautorio sobre esta finca [...]”.¹¹⁸ Siguiendo las instrucciones del procurador general de la República, el MP ofreció una denuncia que prometía probar

que Edward Herbert Thompson, quien se ausentó del Estado el año de 1923 [...], estuvo extrayendo desde el año de 1894 [...] del Cenote Sagrado, enclavado en la ciudad arqueológica maya, denominada

¹¹⁵ Spinden a Tozzer. Cambridge, Mass., 15 de julio de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹¹⁶ Thompson a Tozzer. Punxsutawney, Pa. 26 de agosto de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹¹⁷ Aznar G. Gutiérrez 1942: 4. Poder Judicial de la Federación. Juzgado I de Distrito. Mérida, Yuc. Ramo Penal. exp. 11/926. Expediente instruido en la averiguación del delito de robo de objetos arqueológicos pertenecientes a la Nación imputado a Edward Herbert Thompson.

¹¹⁸ Romeo Ortega a [Juez I de Distrito]. México, 26 de julio de 1926. CCJ/SCJ/exp. 11/926, hoja, 4v.

"Chichén Itzá" y de la que es parte integrante, objetos arqueológicos cuyo valor asciende a más de \$1036410.00 [...], los que exportó para los Estados Unidos con pleno conocimiento de que pertenecían a la Nación y vendiéndolos a instituciones americanas entre las que se cuentan al "MUSEO PEABODY OF AMERICAN ARCHEOLOGY HARDWARD UNIVERSITY" [sic] domiciliada en Cambridge, Mass. USA y la [sic] "FIELD MUSEUM OF AMERICAN ARCHEOLOGY" [sic] de Chicago, Ill., USA, cometiendo de esta manera el delito continuo de robo definido y penado por los artículos 368 [...] y 376 [...] fracción IV [...] y 28 [...] fracción I [...] (segunda parte) del Código Penal Federal.¹¹⁹

Para fundamentar la denuncia, el MP solicitó el 4 de septiembre de 1926 las siguientes diligencias: interrogar a T. Willard y a los directores del Museo Peabody y del Museo Field Columbian, además de realizar una inspección ocular en esas instituciones. También se solicitaba tomar las declaraciones de una serie de personas que habían estado cerca de los eventos, entre ellos el propio Juan Martínez Hernández, Manuel López, exconserje de Chichén Itzá, antiguos trabajadores de Thompson, como Juan Olalde y Juan Leal, y a William James y su esposa. El expediente también incluía un avalúo basado en la lista publicada por Willard, realizado por un empleado federal, Ramón Mena, conservador del Museo Nacional, y que estaba firmado por su jefe, Luis Castillo Ledón, director de la misma institución, ambos viejos desafectos de Gamio y de sus amigos estadounidenses. El valor consignado procedía de la estimación realizada por Mena.¹²⁰ La noticia de la denuncia fue rápidamente realizada tanto en la prensa nacional como en la estatal, por medio de una pauta elaborada en la Ciudad de México, que dio inicio a una campaña dirigida contra Thompson, el "excónsul yanqui". Así, en julio de 1926 *La Revista de Yucatán* [LRY], heredera de *La Revista de Mérida* y principal repetidora local de la campaña, estampó en sus titulares: "El Yanqui M. [sic] Thompson Consignado por lo de las Ruinas de Chichén". El artículo hablaba de sustracciones "de objetos de oro y reliquias

¹¹⁹ CCJ/SCJ/exp. 11/926, hoja 82v. Mayúsculas en el original.

¹²⁰ CCJ/SCJ/exp. 11/926, hojas 77v-79v. En la carta enviada con fecha de 20 de julio a Castillo Ledón pidiendo el avalúo se dice que los objetos extraídos del Cenote Sagrado estaban siendo "descaradamente" exhibidos en diversos museos de Estados Unidos, hoja 80v.

históricas valuadas en cientos de millares de dólares [*sic*], razón por la cual la Secretaría de Educación Pública había “consignado al excónsul Thompson, quien conscientemente violó las leyes mexicanas sobre la conservación de monumentos arqueológicos”.¹²¹ Mientras la Secretaría de Educación iniciaba los procedimientos legales contra Thompson, la prensa preparaba a sus lectores para lo irreparable: “Se afirma que el valor de las joyas sustraídas es incalculable y que nunca el país podrá recuperar la enorme pérdida”. Como consuelo, se prometía perseguir al responsable hasta donde fuera posible para “dejar a salvo el decoro nacional”.¹²²

Ya desde el 14 de julio de 1926, esto es, entre la intervención de la Secretaría de Educación y la entrada de la Procuraduría General de la República (PGR) en la historia, *La Revista de Yucatán*, en una coincidencia más, había comenzado a publicar por entregas el folleto que, bajo el seudónimo de “Adonais Angel Rebelde” Teoberto Maler había dado a conocer tres lustros atrás, en 1910 —precisamente un año después de haber terminado su relación con el Museo Peabody—. La primera fracción que vio la luz arrancaba de la raíz y se intitulaba “¿Es Legítimo Propietario de Chichén Mister E. Thompson?”, mientras avisaba en el subtítulo que se trataba de “los primeros capítulos de una tenebrosa maquinación”.¹²³ Intercaladas entre las fracciones del folleto aparecieron

¹²¹ Exclusivo para *La Revista de Yucatán*, México, 8 de julio de 1926. Un día después, el mismo diario ofrecía una versión del saqueo: “Hechas las averiguaciones del caso, se ha venido al conocimiento que entre los valiosos objetos que fueron substraídos del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, se cuentan los siguientes: una vasija de oro puro de 12 pulgadas de diámetro, con peso de una libra, cuatro vasijas, copas y tazas, siete discos de 10 pulgadas de diámetro; ocho discos realzados de seis pulgadas de diámetro; otros 16 discos de oro de seis pulgadas y todos de oro; un hermoso penacho de serpientes enlazadas, tocados de plumas, etc, etc., todo ello perteneciente a la mejor civilización maya; candeleros, argollas, cascabeles, platillos, bandejas, placas, cuentas grandes de jade, esferas, un cuchillo del sacrificio, dardos y otras muchas cosas y centenares de figuras de oro. Todos esos objetos se llevó el americano Thompson”. “Lo sustraído por el exconsul Thompson”, *El Informador* [Mérida], 9 julio 1926.

¹²² “Escandalosa Sustracción de Joyas Arqueológicas en las Ruinas de Chichén-Itzá”, *La Revista de Yucatán*, 9 de julio de 1926.

¹²³ “¿Es Legítimo Propietario de Chichén Mister E. Thompson?”. Mérida, *La Revista de Yucatán*, julio de 1926. Las siguientes entregas se agrupan bajo “Chichén” y llevan por título “El Primer Inspector de Ruinas. / Cómo Cayó Entre las

durante el mes de julio algunas otras noticias. Así, el 23 de ese mes *LRY* publicó en primera plana un texto que informaba sobre la consignación de Thompson pedida a la PGR por el secretario de Educación, refería sucintamente la causa y terminaba diciendo: "Se cree que los objetos arqueológicos sustraídos en Yucatán han alcanzado hoy, un valor tres veces mayor que el del referido avalúo [un millón treinta y seis mil pesos], pues los millonarios yanquis dedicados a la arqueología pagan a precios fabulosos dichos objetos".¹²⁴

¿De quién habría sido la iniciativa de circular nuevamente, 15 años después —y teniendo ya como telón de fondo la divulgación del libro de Willard—, una reiteración de ultratumba de la denuncia de Teoberto Maler contra el excónsul de Estados Unidos en Mérida? ¿Quién podría haber puesto esa rueda demoledora nuevamente en movimiento? ¿A quién le interesaba ayudar a hundir definitivamente a Thompson y poner en entredicho su trabajo arqueológico, y al mismo tiempo colocar obstáculos de alto grado de dificultad para las actividades de la Carnegie? ¿Quién agregó los párrafos que no existían en la versión de 1911? Desde luego,

Garras de Mr. Edward Thompson"; "Los Primeros Saqueos de las Ruinas Yucatecas / El Arco de Labná. Los Modernos Habitantes del Palacio del Gobernador de Uxmal" [A partir de esta entrega "Theoberto Maller" *[sic]* figura como autor]; "Enérgicas protestas contra Thompson y sus lacayos / Intervención del coronel Carlos Tapia – Los abastecedores de Chicago reciben los primeros envíos de "ruinas"; "Chichén. El Templo de la Figura Recostada / El mazo férreo destructor – A través de las ruinas con Leopoldo Batres"; "Los destrozos de Thompson en el Gran Templo / La mano de Bondich *[sic]* y Putnam – Sigue la visita de Batres"; "Pruebas documentales contra Mr. Edward Thompson / Fotografías que hablan – La historia de los Cocomes destruida"; "Excavaciones en el Templo Mayor / Las vigas de Zapote – Un Cónsul en descenso"; "Los sacrificios humanos de los mayas / Perlas, esmeraldas, oro, cráneos y demás cosas que sacaba la draga de Thompson"; "Dos años de incesante "trabajo" / Cómo se quiso "comprar" al ministro Sierra – Se venden en Mérida las esmeraldas de Tlaloc" / "Cómo murió Santiago Bolio / La maldición de los dioses / ¿Para qué gastar tanto dinero?"; "El Sucesor de Bolio, peor / Cómo pagó su hospitalidad el ministro Sierra. La destrucción de Mayapán"; "Los Primeros Buzos que Llegaron a Yucatán / Las grandes pérdidas de la ciencia arqueológica".

¹²⁴ "Los millonarios yanquis pagan precios fabulosos por los tesoros de Chichén. El juez de distrito de Mérida turna las diligencias al procurador general de la nación. El avalúo de los valiosos objetos sustraídos de la legendario *[sic]* Ciudad Maya". Mérida, *La Revista de Yucatán*, 23 de julio de 1926. La materia tiene como lugar original de elaboración "México" *[sic]*.

aqueellos compatriotas de Thompson que habían intimado con el fallecido arqueólogo y fotógrafo austroalemán, Tozzer, los James, Adela Breton, etc., no habrían tenido ningún motivo real para hundirle la lanza; mucho menos Morley, que tenía vivo interés en evitar escándalos que amenazaran el trabajo de la *crw* en Chichén. Menos aún los amigos meridianos, los Casares, los Aznar, los Peón en sus diferentes encarnaciones. Nos sobra Leopoldo Batres, feroz enemigo de los aventureros, exploradores y arqueólogos extranjeros desde los tiempos de Charnay, muy ligado al Museo Nacional de Arqueología y muy al tanto de los trabajos de la Carnegie en la hacienda Chichén. Es una posibilidad, levemente reforzada por el hecho de ser un periódico de la capital del país, *La Prensa*, el que inició la circulación en entregas del panfleto.¹²⁵ Evidentemente, era un asunto que vendía periódicos y es probable que los editores de los diarios involucrados hayan buscado (y recibido) el beneplácito de las autoridades callistas por las denuncias contra el “excónsul yanqui”.¹²⁶

La línea principal de defensa de Thompson, dirigida por el imprescindible Julián Aznar, se estableció sobre el argumento de que los objetos del cenote por ventura sustraídos y enviados a Cambridge y a Chicago por el excónsul lo habían sido con pleno conocimiento de las autoridades mexicanas de la época, lo que retiraba cualquier fundamento a las acusaciones del gobierno del general Calles y, de hecho, invertía la dirección del dedo acusador.¹²⁷ Sin embargo, en la amplia publicidad dada al caso por la

¹²⁵ Como se indicó con anterioridad, las entregas publicadas por *La Prensa* y *La Revista de Yucatán*, en 1926, fueron posteriormente convertidas en la nueva versión del folleto, que apareció en Mérida en 1928.

¹²⁶ Seis años después, desde su refugio en Nueva Inglaterra, con el juicio del gobierno mexicano en trámite, Thompson desmintió una vez más las “estimaciones” de Willard y los exagerados cálculos sobre la riqueza extraída del Cenote Sagrado a que habían dado lugar: “Han circulado informes extravagantes sobre el valor de los objetos que tomé del Cenote Sagrado de Chichén Itzá. Algunos amigos demasiado entusiastas habían estimado que el valor de los hallazgos de oro era de \$ 500 000, y estas declaraciones, que llegaron a oídos de los funcionarios del gobierno, los puso en alerta [...]”. Thompson, *People of the Serpent*, p. 299.

¹²⁷ Arthus Bliss Lane a Vogenitz. México, DD., 27 de julio de 1926. NARA, “RG 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935”.

prensa mexicana de la época, en su gran mayoría repetidora de los dictados gubernamentales, que con una clara y malintencionada intencionalidad mostraba a sus lectores que el saqueo del Cenote Sagrado había sido practicado por un "excónsul de Estados Unidos", los oficiales consulares y diplomáticos estadounidenses en México detectaban el fin de la diplomacia arqueológica de Obregón:

También hay que advertir que la relación previa de Mr. Thompson con el Servicio Consular Estadounidense se subraya en todos los boletines publicados sobre el tema, algunos de los cuales han sido // redactados de tal manera que pueden hacer que un lector desavisado concluya que Mr. Thompson le robó a México inmensos tesoros mientras se desempeñaba como cónsul de Estados Unidos en Yucatán. Ningún reportaje ha especificado las fechas exactas o aproximadas en que se supone que Mr. Thompson exportó ilegalmente de México los objetos relacionados.¹²⁸

El libro de Willard y su contenido, particularmente los capítulos dedicados a las operaciones en el Cenote Sagrado, continuaron por años siendo objeto de controversias y correcciones en sus términos por el lado de los acusados, incluyendo el propio Willard, controversias y correcciones que nunca fueron publicadas por la prensa mexicana, ni la yucateca ni la de la capital federal. Thompson siguió manifestando hasta la fecha de su muerte su extrañeza con el contenido de los capítulos de Willard sobre el cenote y, en particular, sobre las estimaciones hechas a partir de la lista de objetos que cerraba el volumen, y declaró en varias ocasiones no tener idea de la procedencia de los diseños que ilustraban el libro.¹²⁹ Tozzer, por su parte, afirmó:

¹²⁸ Vogenitz a secretario de Estado. "Accusation of vulgar theft against American ex-consul Edward Thompson". Progreso, 4 de septiembre de 1926. En la página introductoria Vogenitz cambia notablemente el argumento de Aznar que ahora habría afirmado que Thompson no había tenido culpa en la exportación de piezas arqueológicas "porque en ese tiempo no había ninguna ley que lo prohibiera" [sic]. NARA, "RG 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935".

¹²⁹ Por ejemplo, "Mr. Willard me pidió fotos de los dibujos de los hallazgos del Cenote Sagrado, pero me rehusé porque nadie los podía tener [...]”, hasta que el Peabody lo autorizara. Thompson a Tozzer. Princeton, Va., 10 de julio de 1926. CIWA, CAF, "E. H. Thompson Correspondence 1911-1960".

A pesar de que “la sangre del cenote sigue goteando de mis manos” [...] en septiembre pasado, cuando lo visité en Los Ángeles, Willard admitió que su libro estaba lleno de mentiras e inexactitudes, y que los objetos que lo ilustraban eran falsos o que no le pertenecían al Museo Peabody [...] el “valor” atribuido por México a la colección es muy exagerado.¹³⁰

El avalúo hecho por Mena y firmado por Castillo Ledón fue sistemáticamente desmentido y calificado de “absurdo”, “ridículo” y otros adjetivos por el estilo. Pero, sobre todo, sobrevolaba la conjetura —apoyada en lo dicho por el procurador general de la República en su escrito al juez de distrito— de que la instrumentalización del libro de Willard para fundamentar el escándalo era una maniobra del gobierno mexicano que tenía un objetivo mayor: “Aparentemente, el movimiento repentino del Departamento de Educación contra Mr. Thompson es para evitar la venta de la hacienda que el estadounidense tiene en Yucatán”.¹³¹

El 5 de septiembre de 1926 el procurador general de la República, Romeo Ortega, denunció formalmente al excónsul de Estados Unidos en Mérida y Progreso, Edward H. Thompson, por haber removido ilegalmente tesoros arqueológicos de “valor incalculable” encontrados en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá. La denuncia, ya ahora en el nivel federal, incluía a la Universidad de Harvard, su Museo Peabody de Arqueología y Etnología y el Museo Field Columbian de Chicago, acusados de ser receptores del contrabando.¹³² Los interrogatorios solicitados por el Ministerio Pú-

¹³⁰ Tozzer a J. Aznar. 17 de agosto de 1942 (copia sin lugar de expedición); Tozzer a Eric Thompson. 14 de noviembre de 1935. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹³¹ Varios diarios de Estados Unidos endosaron esa versión, por ejemplo: “México acusa a excónsul de EEUU: ‘ladrón de tesoros’, e intenta frenar la venta de la antigua y maravillosa ciudad maya”. John Cornyn, *Chicago Tribune*, 11 de julio de 1926. Spinden también orientó sus sospechas por ese camino, insinuando una cierta responsabilidad de la CIW por el estallido del escándalo: “[...] Quizá un motivo detrás del movimiento actual se encuentra en el deseo de la Carnegie Institution de comprar la tierra propiedad de Thompson y creo que // es muy probable que se produzca la confiscación [...]”. Spinden a Tozzer. Cambridge, Mass., 15 de julio de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹³² Godoy indica que el nombre de Tozzer había dejado de ser confiable: “Tozzer era visto con desconfianza en México. Sus ‘manos’ han sido ‘manchadas con la Colección Cenote’ de Chichén Itzá, que el Peabody había aceptado des-

blico comenzaron el 6 de septiembre de 1926 y el primero a comparecer fue Juan Martínez Hernández, quien fuera inspector de monumentos de Yucatán entre mediados de 1913 y agosto de 1915. En su declaración reveló que el excónsul usaba el "ferrocarril express" de los Ferrocarriles Unidos de Yucatán para hacer pasar los objetos extraídos del cenote por la aduana de Progreso, acondicionados en cajas de madera que aparentaban contener sólo frutas.¹³³ Martínez Hernández, quien *había oído* lo anterior de un trabajador de Thompson que se *lo había oído decir* a otro, etc., habría obtenido mayores informaciones sobre las extracciones del cenote a través de una Gertrude Fiske, quien lo visitara en Nueva York en agosto de 1923. Fiske, identificada por el declarante como "profesora prominente de la Technical High School de Cleveland, Ohio" habría obtenido una carta de recomendación del propio Willard, habitante de la misma ciudad, que le abrió las puertas del Museo Peabody, "en donde vió los numerosos objetos extraídos del Pozo de "Chichén Itzá" por el señor Thompson".¹³⁴

El *Diario de Yucatán* dio a conocer por esos días una primicia con grandes titulares que, en mayúsculas, decía: "Será acusado de robo de antigüedades el excónsul de E.U. Mr. Edward Thompson. / La Nación procederá a embargarle su hacienda "Chichén" ubicada en las inmediaciones de las ruinas". La nota, inmediatamente en-

púés de haber sido sacada de contrabando de Yucatán [...]". La frase entre comillas sencillas sería del propio Tozzer. Véase Godoy, "Franz Boas", p. 238.

¹³³ Los Ferrocarriles Centrales Unidos de Yucatán (FCUY) se fundaron en 1902 mediante la fusión de varias otras pequeñas compañías locales, y contaban con un Consejo de Administración que era un verdadero *who's who* de la casta divina meridana-henequenera, entre ellos miembros de las varias ramas de las familias Peón y Escalante. Su primer presidente juntaba a las dos dinastías: Nicolás Escalante Peón. Los FCUY fueron uno de los alfiles de la lucha por el control del comercio henequenero regional entre los Escalante y la familia del exgobernador Olegario Molina hasta 1915, cuando la compañía, ya en poder del clan Molina, fue estatizada por el general Salvador Alvarado, gobernador provisional de Yucatán. Véase nota 83 del capítulo 3, *supra*; Wells y Joseph, *Summer of Discontent*, p. 107.

¹³⁴ CCJ/SCJ/exp. 11/926, hojas 88av-90v. Subrayados en el original. Además de la "profesora prominente", hay otra (?) Gertrude Fiske (1878-1961), bien establecida retratista emparentada con el impresionismo, que pertenecía a la más alta sociedad bostoniana y que, en esa medida, también podría haber tenido acceso a museos y galerías del eje Cambridge-Boston. Sobre ella, véase: <<http://www.mmefineart.com/artist/bio/index.php?aid=113>>, consultado el 15 de febrero de 2017.

viada a Washington por el cónsul Vonegitz, titular de la oficina de Progreso, resumía los términos de “una grave acusación criminal contra el excónsul de los Estados Unidos de América en Yucatán, Mr. Edward Thompson, por el delito de robo de varios objetos arqueológicos de oro, jade, plata, etc., etc.,” y concluía: “En la acusación quizá resulten aludidas la Universidad de Harvard y otras instituciones similares y museos norteamericanos, por complicidad en las extracciones dichas”.¹³⁵ El artículo —como todos los que tocaban el tema Thompson-cenote— jugaba su parte en el clima enrarecido de las relaciones entre los gobiernos de México y Estados Unidos que se tornaban más densas por esos meses. Un informe de Vonegitz, fechado en noviembre de 1926 y marcado “Estrictamente confidencial”, se extendía sobre la coyuntura política en la que se desarrollaba la disputa por el dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, y comenzaba advirtiendo que:

Muchos de los yucatecos pertenecientes a lo mejor de las clases conservadoras, según me han dicho, desean una intervención estadounidense en la Península, y lo han deseado desde hace muchos años. Al contrario, los socialistas radicales, bolchevistas [*sic*] y comunistas se oponen radicalmente a las políticas del gobierno de Estados Unidos [...]. / Los pimeros son religiosos, pacíficos y, por lo general, bien comportados mientras que los segundos buscan el conflicto y son agresivos [...].

Estos últimos, continuaba el cónsul, constituían una “clase” que podría representar una seria amenaza a los intereses estadounidenses en la región, mientras que los conservadores no ofrecerían mayor resistencia. En consecuencia, si Washington decidía tomar “medidas coercitivas” contra México, era necesario avisar con tiempo para que la colonia angloamericana en Yucatán pudiera ponerse a salvo de la violencia que seguramente sobrevendría. Si bien era posible evitarla, de una manera extrema pero clásica: “desembarcando un cuerpo suficiente de *marines* para ocupar Progreso y Mérida simultáneamente con otras acciones que se hagan necesarias”. Sin embargo, “demoras en el desembarque de *marines* o

¹³⁵ *Diario de Yucatán*, 4 de septiembre de 1926. Se anunciaba, una vez más, el inminente embargo de la Hacienda Chichén.

indecisiones sobre lo que deberán hacer una vez en tierra dejarán a los estadounidenses en Mérida en una difícil situación".¹³⁶

Durante el mes de octubre de 1926 continuaron las diligencias judiciales para fundamentar las acusaciones contra Thompson. El día 11 de ese mes compareció José I. Clabé, vecino de Mérida, hijo de un joyero local de quien era ayudante. Él declaró que el excónsul llevaba en varias ocasiones "diversos objetos de oro como tazas, vasos, cascabeles, cornetas, etc., con el fin de que fueran fundidos y transformados en barras de oro, lo cual hacía el declarante por instrucciones de su padre; una vez convertidos los objetos mencionados en barras de oro se le entregaban a Mr. Thompson", quien posteriormente los vendía. Clabé aseguró que los objetos fundidos por su padre a pedido del excónsul habían sido extraídos del Cenote Sagrado. La afirmación se basaba en que, de acuerdo al testimonio, el propio Thompson "lo decía así [...] porque el declarante tuvo oportunidad de conversar con personas que trabajaban en la draga con la cual se hacía la extracción".¹³⁷ Seguramente conocedor de esas declaraciones, Martínez Hernández las confirmaría y extendería a las instituciones receptoras:

Del testimonio de diferentes testigos y el exámen de libros, documentos, etc., resulta evidente que Mr. Thompson se apropió de objetos del Cenote Sagrado, con la complicidad de los directores del Museo Peabody, que los recibieron en secreto y los escondieron. Él vendió otros objetos a individuos; muchos fueron derretidos y convertidos en barras de oro para su propio peculio, y con frecuencia se comportó como si fuera un comerciante y no un hombre de ciencia de miras elevadas [...].¹³⁸

¹³⁶ Vogenitz a secretario de Estado. [Progreso], s.f. [noviembre de 1926]. NARA, "RG 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935".

¹³⁷ CCJ/SCJ/exp. 11/926, hojas 110v y anv. Subrayados en el original.

¹³⁸ J. Martínez a Tozzer. Mérida, 7 de noviembre de 1926. PMA, "Tozzer Papers 1900-1980". En los días siguientes (17/09) el personal del Juzgado Numerario de Distrito se trasladó a la zona arqueológica donde interrogó a varios antiguos trabajadores de Thompson, que no aportaron informaciones importantes. CCJ/SCJ/exp. 11/926, hojas 91an-99v. Por su parte, William M. James, entonces con 75 años de edad, negó haber presenciado —como afirmaba Willard en su

Los argumentos para contrarrestar la demanda que vinculaba a Thompson y sus incursiones en el Cenote Sagrado con la Universidad de Harvard e instituciones coludidas (el Museo Peabody, menos conocido y llamativo, desapareció como institución intermediaria) fueron de lo más variado y comenzaron a ser formulados desde el momento en que se conoció la denuncia motivada por la reseña que Juan Martínez había hecho del libro de Willard. El primero, propuesto por Spinden, se basaba en el hecho de que Thompson nunca había sido parte efectiva de la planilla laboral del Museo Peabody. Esa línea argumentativa fue, sin embargo, rápidamente descartada, pues desde mediados de la década de 1880 varios de los informes del entonces cónsul Thompson habían sido publicados por los boletines del Museo Peabody como expediciones del museo y, al menos en un caso, aparecía una lista de patrocinadores de algunas de sus expediciones. El mismo Spinden sugirió explorar la línea que mostraba que las aventuras de Thompson habían sido financiadas por particulares (lease Salisbury y Bowditch): “la mejor defensa, es decir, que el trabajo de Thompson en el cenote fue financiado por terceros y que los especímenes se entregaron después al museo [...]”. En ese escenario, el Peabody sólo aparecía como receptor. Spinden también advertía que, en los intervalos de esos acontecimientos, Morley se dedicaba a destacar de manera implícita las diferentes actitudes del Museo Peabody, obsesionado con el coleccionismo a como diera lugar, y de la Carnegie Institution de Washington, dedicada a labores científicas y totalmente desinteresada en la acumulación de objetos arqueológicos, los cuales, si encontrados, serían todos donados al gobierno de México: “Él le ha puesto esa idea en la cabeza a mucha gente y, aunque sin duda correcta, le ha caído como anillo al dedo a la propaganda de la Carnegie Institution de que, en caso de obtener una concesión, todos los especímenes serán entregados a México”.¹³⁹ Durante los intercambios que envolvían a

libro— la extracción de objetos del Cenote Sagrado con la draga. Ya su esposa, June, confirmó escuetamente lo dicho por Willard y afirmó que, en efecto, había visto funcionar la draga y presenciado, en compañía de Tozzer, la extracción de “un disco de cobre, muy delgado, y que tenía figuras, cuyo significado ignora la exponente”, CCJ/SCJ/exp. 11/926, hojas 108v, 118anv.

¹³⁹ Spinden a Tozzer. Cambridge, Mass., 15 de julio de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980.

Tozzer, al frente del Museo Peabody, al curador Spinden y a Willard, el responsable directo por el escándalo, hubo varias y diversas sugerencias en torno a la posibilidad de devolver a México, en todo o en parte, lo que podía ser identificado como procedente del Cenote Sagrado y que se exhibía en las vitrinas del Museo Peabody o reposaba en las gavetas de su área técnica.

Thompson, por su parte, ante la evidencia de que las circunstancias "parecen estar humeando de tan calientes",¹⁴⁰ dedicó buena parte de sus tiempos libres en esos meses, durante una de sus giras por el este de Estados Unidos pronunciando conferencias sobre sus experiencias en Yucatán, a elaborar sus propios argumentos en torno al escándalo, y optó por asumir el papel del héroe solitario que tantas veces había explorado en los años precedentes. Así, se declaró listo para adjudicarse toda la responsabilidad de lo que pudiera sobrevenir de la demanda del gobierno mexicano, incluyendo en eso la posible pérdida de su hacienda, y liberando a todos los otros involucrados en los asuntos del Cenote Sagrado. Informado de las elucubraciones harvardianas sobre la posibilidad de retornar partes del "tesoro del cenote" a México, Thompson se opuso enérgicamente en aras de la "seguridad" de las piezas. De allí saltó a declarar que, de hecho, él había salvado para la ciencia un acervo arqueológico que estaba en peligro de ser destruido por ... la Revolución mexicana. Y que, en último caso, esas piezas no le pertenecían a México ni eran parte de su historia, y sí de la historia universal:

No me hace nada feliz saber que estas manifestaciones de una Antigua civilización del Nuevo Mundo, obtenidas con sacrificio de mi salud y de mi energía (ahora estoy casi incapacitado) y con riesgo de vida pueden terminar todas o en parte custodiadas en una institución que es naturalmente, el primer objetivo de una revolución irresponsable [*sic*], hordas lanzadas al saqueo y al pillaje. [...] / [...] El museo no debe entregar una única pieza de esas evidencias hasta que México demuestre ser capaz de mantener los especímenes que se pondrán bajo su cuidado en completa seguridad ahora y siempre. Estas manifestaciones obtenidas —por mí sacadas— de gran

¹⁴⁰ Thompson a Tozzer. Scotsdale, 31 de julio de 1926. PMA, "Tozzer Papers 1900-1980".

profundidad, debajo de profundidades [*sic*] de aguas oscuras y lodo negro, no le pertenecen a México. Pertenecen a la historia del Nuevo Mundo.¹⁴¹

Se declaraba perfectamente dispuesto a dejar a la Universidad de Harvard “fuera de todo eso”, haciéndola aparecer tan sólo como “receptora” de piezas que él habría donado, sin que Harvard hubiera nunca demostrado ningún interés por ellas. Sería necesario negociar con las autoridades mexicanas, pero todo tendría que entrar en un compás de espera “hasta que se restaure la paz y la seguridad garantice la preservación de los especímenes. ¿Qué le parece comenzar así?”.¹⁴² Por un momento —un mal momento—, el viejo Thompson recuperaba el papel central que había tenido para la Universidad de Harvard y su Museo Peabody durante la década de 1900, y que había perdido con la llegada de la Carnegie. En ese contexto, decía: “Deseo fervientemente comparecer y establecer los hechos tal como fueron y como son tan pronto como el museo considere aconsejable ese camino”.¹⁴³ Una promesa de exposición pública que coincidía, inadvertidamente, con las primeras ideas del Peabody sobre el comportamiento a seguir ante el escándalo: “Thompson debe entender definitivamente que en lo respecta al museo los hechos no deben ser y no serán ocultados para su beneficio o el nuestro y que debe comportarse consecuentemente o le pesará más”.¹⁴⁴

El 24 de octubre, Thompson había sido objeto de un extenso reportaje en las páginas del *The Boston Globe*, en el que se había

¹⁴¹ Thompson a Tozzer. Blairsville, Pa., 3 de agosto de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”. Subrayado a lapiz. Un mes después, el excónsul había relativizado el argumento: sus exploraciones y exportaciones no sólo habían sido en beneficio de la ciencia, “pero en el mejor interés de México, ya que las cosas como están ahora no hay condiciones para garantizar la seguridad de un solo objeto valioso de la ciencia”. Thompson a Tozzer. Filadelfia, 8 de septiembre de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹⁴² Thompson a Tozzer. Confidential. Pittsburgh, s/d, julio de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹⁴³ Thompson a Tozzer. Blairsville, Pa., 3 de agosto de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

¹⁴⁴ Willoughby a Tozzer. Cambridge, Mass., 29 de julio de 1926. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

presentado con los colores de un contrabandista travestido en héroe de la ciencia:

Yo habría faltado a mi deber de arqueólogo si, intuyendo que en el fondo del cenote sagrado había tesoros científicos, hubiera dejado de aprovechar la oportunidad y tratar de sacarlos a la luz y así hacerlos disponibles para estudios científicos en vez de dejarlos enterrados en el lodo y sin utilidad para el mundo. Habría faltado igualmente a mi deber como científico si, después de traerlos a la superficie, hubiera dejado de tomar todas las providencias posibles para su seguridad y salvaguarda.

El excónsul encubría a sus socios en la aventura de Chichén: afirmaba que nunca había recibido un centavo por lo que había encontrado y que los trabajos realizados, incluyendo, según el reportaje, largas sesiones de buceo en "aguas fangosas", habían sido posibles gracias a la ayuda de "amigos". Los objetos extraídos se encontraban en esos momentos siendo estudiados por expertos del Museo Peabody, y con eso, decía Thompson, estaba "protegiendo a México de sí mismo". Una vez más, la agitación revolucionaria era la otra clave de las acciones del excónsul: "México vive un proceso de renacimiento y durante este periodo todo puede acontecer sin que nadie lo espere. / Por lo tanto, yo afirmo y seguiré afirmando que, venga lo que venga, hasta que México pueda dar garantías de seguridad permanente estaré contra la entrega de todo y cualquier objeto [...]".¹⁴⁵

Entre octubre de 1926 y julio de 1927 fueron enviados los "exhortos" solicitados por el agente del MP a los juzgados de Cambridge, Mass., y Chicago, Ill., para que se recogieran las declaraciones de los directores del Museo Peabody y del Museo Field Columbian, y a las autoridades de Cleveland, Ohio., donde residía Willard.¹⁴⁶ De ninguno se obtuvo respuesta, como tampoco dio

¹⁴⁵ "Accused Archaeologist Firm in Resolve to Protect Objects", *Boston Globe*, 24 de octubre de 1926. NARA, "RG 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935".

¹⁴⁶ CCJ/SCJ/exp. 11/926, hojas 110anv-117v. En diciembre de 1926, un documento del Consulado de los Estados Unidos en Progreso, dirigido al cónsul general de Estados Unidos en México para ser agregado a los expedientes de las

en nada el pedido enviado a Cleveland para interrogar a Willard. Finalmente, el 25 de mayo de 1928, el comisionado federal del gobierno de Estados Unidos en el Distrito Norte de Illinois, informó al cónsul de México en Chicago que los abogados del Field Museum habían decidido que “la ley no los obliga a testificar sobre ese asunto”.¹⁴⁷ Willard apareció en el Hotel Itzá de Mérida en marzo de 1932, y fue inmediatamente citado para comparecer al juzgado el 17 de ese mismo mes. El vendedor de acumuladores y entusiasta seguidor de las proezas arqueológicas de su amigo, Edward H. Thompson, declaró al día siguiente, ayudado por un traductor, pues su español, según el informe, era precario. Durante la entrevista se le leyeron los capítulos VII y VIII del libro de su autoría (respectivamente los titulados “The Sacred Well” y “Sixty Feet Under Water”) y se le preguntó dónde había obtenido los datos que consignaba, si había estado al borde del cenote donde funcionaba la draga y si los objetos que describía y que aparecían reproducidos en la obra habían pasado por sus manos. Las respuestas de Willard apuntaban fuertemente a la naturaleza ficcional de su libro:

que los datos que aparecen en los capítulos (VII) séptimo y (VIII) octavo de su expresado libro “El Cenote Sagrado”, los obtuvo por informaciones tanto verbales y en correspondencia, de Edward Her-

Comisiones de Reclamaciones, estimaba la Hacienda Chichén —que aparecía como habiendo sido “tomada (*seized*) en ese mismo año— en 125 000 dólares. Vogenitz a A. W. Wendell, cónsul general de los Estados Unidos. Progreso, 14 de diciembre de 1926. NARA, “RG - 84 Records of the Foreign Service Posts of the Department of State. Merida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935”. Según algunas fuentes secundarias, el gobierno de México habría tratado de usar el saqueo del Cenote Sagrado de Chichén Itzá como moneda de cambio a la hora de negociar las indemnizaciones por los daños causados por la revolución en propiedades estadounidenses. Mediz Bolio, *A la sombra*, p. 186

¹⁴⁷ El comisionado había solicitado la presencia de “Mr. Simpson, un empleado del Field Museum, para comparecer antes de ser interrogado en relación a un caso pendiente en México contra Mr. Thompson”. Decían los abogados: “Le hemos informado a Mr. Simpson que no está obligado por la ley a someterse a un interrogatorio acerca de este asunto”. CCJ/SCJ/exp. 11/926, hoja 138v. Es muy probable que el tal “Mr. Simpson” fuera Eyley N. Simpson, quien en junio de 1926 era profesor en el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago y, que, en esa calidad, es posible que haya tenido vínculos —quizá laborales— con el Field Museum. “Dr. Eyley Simpson, 37, of Princeton Dead”, *The New York Times*, 2 de julio de 1938.

bert Thompson, quien también le proporcionó apuntes hechos por un ingeniero apellidado Case, quien posteriormente escribió también un libro sobre las ruinas; que el compareciente hizo su primer viaje a las ruinas de "Chichén Itzá" hace como veinticinco años poco más o menos, época en que conoció el "Cenote Sagrado" y en que comenzó a recopilar los datos que le sirvieron para escribir el libro de que se trata; y que los objetos que relaciona en dicha obra, nunca los tuvo a la vista y menos en las manos, pues, como antes afirmó, la relación de ellos pudo hacerla debido solamente a los informes proporcionados por el nombrado señor Thompson.¹⁴⁸

LAS ESQUIRLAS DE LA BOMBA: DE LA PÉRDIDA DE CHICHÉN A LA INTERDICCIÓN DEL GRAN CENOTE

Como temía con razón Thompson, el proyecto de compra de la hacienda Chichén por la Carnegie y su posterior transferencia al gobierno federal se vino abajo y se llevó consigo otros programas, en virtud del escándalo a que dio lugar la circulación del libro de Willard. En abril de 1927 Calles negó el permiso que la Carnegie había solicitado el mes anterior para explorar otros dos cenotes, entre ellos el llamado Gran Cenote, con el argumento de que ése era un trabajo que sería desarrollado por el propio gobierno de México. La comunicación de Morley a Merriam recomendaba que, por lo menos por el momento, no se hicieran más gestiones al respecto.¹⁴⁹ En efecto, informado por Morley en una visita a Chichén sobre el pedido de autorización, el ingeniero José Reygadas, director de Monumentos Arqueológicos, había reforzado la necesidad de cautela: "Respondió que le parecía que no era el momento oportuno de levantar cualquier cuestión relativa a los cenotes por causa del libro de Willard". Reygadas mantuvo a Morley informado del trámite de su solicitud de licencia para el trabajo en los cenotes, advirtiéndole que él creía que la respuesta sería negativa, y Morley estuvo de acuerdo con la previsión: "Creo que esto se debe

¹⁴⁸ CCJ/SCJ/exp. 11/926, hoja 147 anverso. Subrayados en el original.

¹⁴⁹ Puig a Morley. México, 27 de abril de 1927; Morley a Merriam. Chichén Itzá, 3 de mayo de 1927. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

a una situación diplomática aún difícil y a la infortunada publicación del libro de Willard”.¹⁵⁰

No obstante lo anterior, la Carnegie produjo un documento que fundamentaba su derecho a obtener el permiso solicitado, con base en el artículo 8 de su contrato con el gobierno de México y en entendimientos habidos entre Merriam y Gamio, básicamente en la afirmación de éste último de que era imprescindible, para los objetivos finales de la CIWA en Chichén Itzá, que la excavación de los cenotes se realizara en la época prevista, esto es, entre tres y cinco años después del inicio del proyecto.¹⁵¹ También se había convenido que el Cenote Sagrado debería ser reinvestigado, pero no como un objetivo prioritario, pues su estudio “era menos importante para la historia cultural que el Gran Cenote”. Sin embargo, en la opinión del autor del documento que analizaba el proceso, la solicitud de Morley no había sido lo suficientemente clara y explícita como para evitar que el gobierno mexicano pudiera malinterpretarla. Las sensibilidades estaban a flor de piel dado el ruido causado por las exportaciones de Thompson, recién expuestas a todas las miradas: “También se asumió que la puesta a disposición del Museo Nacional del material de este cenote ayudaría a aliviar la tensión debida a la pérdida de material del Cenote Sagrado”, algo que estuvo lejos de acontecer.

La actitud presidencial posaba una sombra de duda sobre la honorabilidad de la Carnegie (“pecados de los antecesores”), que debía ser desvanecida con las evidencias del trabajo absolutamente correcto realizado en colaboración con arqueólogos mexicanos y sin ninguna orientación hacia la formación de colecciones o enri-

¹⁵⁰ Morley a Merriam. Chichén Itzá, 28 de abril de 1927. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itzá/Correspondence 1934-1936”.

¹⁵¹ Por esos meses Gamio ya estaba prácticamente exiliado en Chicago, con fama de ser *persona non grata* en la Secretaría de Educación Pública. No es imposible, dadas las características de la política mexicana, que su proximidad con la Carnegie haya sido otra piedra en el camino de las relaciones de la institución con el gobierno de Calles, y más particularmente con Puig Casauranc y otras autoridades de la Secretaría de Educación. Un indicio de la “quema”, sería el consejo dado a Eyer N. Simpson por el agregado comercial de Estados Unidos en México en julio de 1927 para no mencionar el nombre del antropólogo mexicano en sus conversaciones con funcionarios de la SEP. “Interview” - Lythe George, Commercial Attaché, Mexico City. 7/1/1927”. CIWA, “Eyer N. Simpson Newsletters”.

quecimiento de un museo propio de esa institución. Por lo demás, "parecería que hay la posibilidad de sugerir que el gobierno mexicano desea iniciar trabajos en uno de los cenotes así que termine el estudio del Cenote Sagrado, fuente de tantas dificultades y sentimientos negativos, dejando el Gran Cenote como un problema puramente cultural para la Carnegie Institution de Washington".¹⁵² Los expertos de la CIW pensaban que el Gran Cenote, carente de la espectacularidad del Cenote Sagrado, era esencial para estudiar la vida cotidiana y los hábitos culturales de los antiguos mayas: "Me parece que el Gran Cenote sirve más a estos propósitos que el Cenote Sagrado".¹⁵³ Su exploración apuntaba efectivamente en direcciones muy diferentes a las del Cenote Sagrado, direcciones más científicas y menos mediáticas. Pero precisamente por esta última cualidad, por esa falta de espectacularidad, sonaba un tanto ingenua la idea de que las tensiones derivadas del saqueo del Cenote Sagrado se aliviarían con el ofrecimiento de objetos del Gran Cenote al Museo Nacional de México.¹⁵⁴ El gobierno mexicano no parecía nada interesado en disminuir esas tensiones. Por esos días, Alfred Kidder fue contratado por la Carnegie para reforzar el equipo de Chichén, y, con el pretexto de presentar al nuevo colaborador, Merriam visitó al embajador de México en Washington y aprovechó para exponer el problema creado por la negativa del presidente Calles a autorizar algo que estaba perfectamente establecido en el convenio con la institución, afirmando al mismo tiempo que la Carnegie

estaba por ahora tan sólo interesada en segundo lugar en el Cenote Sagrado y que en sus propias comunicaciones con el doctor Morley la referencia había sido solamente el Gran Cenote. Mr. Merriam dijo que estaba conciente de que las condiciones políticas ponían al go-

¹⁵² [Ms. Mead?] Memorandum relative to the refusal of Mexican Government to grant request of Dr. Morley for such studies as might be needed concerning methods which could be used in excavation of the Grand Cenote. [Washington, DC]. 25 de mayo de 1927. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

¹⁵³ Merriam a general Parsons. Washington, D.C., 7 de febrero de 1927. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

¹⁵⁴ Memorandum relative to the refusal [...]. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

bierno mexicano en una situación difícil en lo relativo a estos asuntos después de la salida de los materiales del Cenote Sagrado, pero que esperaba que el asunto pudiera ser examinado a la luz de la historia de este caso particular.¹⁵⁵

En abril de 1928 el asunto de la exploración de los cenotes (una palabra que comenzaba a oler a azufre) continuaba sin resolverse, a pesar de las presiones ejercidas por los altos funcionarios de la Carnegie y por el equipo de científicos bajo el mando de Morley en Chichén Itzá. En los primeros días de ese mes hubo una ronda de conversaciones entre los directores de la CIWA, por un lado, y los de la Universidad de Harvard, por el otro, para buscar salidas al problema creado por el libro de Willard. En documentos referentes a esas conversaciones se hablaba de la necesidad de que Harvard hiciera “ajustes” sobre el “asunto del cenote”, como forma de evitar que el problema se agrandara y cerrara espacios de trabajo para los estudiosos estadounidenses en México, en momentos en que ella y el gobierno de México ya se enzarzaban en discusiones en las que se acusaban mutuamente.¹⁵⁶ Era evidente que el asunto del Cenote Sagrado creaba una situación delicada entre la universidad —en principio la fuente original del problema— y la Carnegie —la principal víctima de las consecuencias—, algo que tenía que ser tratado con guantes de terciopelo. Por un natural espíritu de cuerpo y de “paisanidad”, la Carnegie, desde luego, reiteró su

¹⁵⁵ [Ms. Mead?] Memorandum of conference with the Mexican Ambassador. 27 de mayo de 1927. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itza, Correspondence 1934-1936”. Tres años después, Robert Redfield, de paso por Chichén, especularía que “todo este proyecto comenzó cuando John Merriam se hizo cargo de la Carnegie y se sorprendió al descubrir cuánto costaba Chichén. Estoy seguro de que llamó a Kidder y le dijo: Ve a Yucatán y, por el amor de Dios, haz que esa planta pague los dividendos científicos correspondientes a la gran inversión que representa”. Sin embargo, en su opinión, las funciones administrativas de Kidder no se equiparaban con sus habilidades en la dirección del proyecto: “De hecho, Kidder es algo ingenuo – y espera que al permitir que muchos científicos trabajen juntos, en el mismo campo, se ayuden unos a otros. En realidad, aquí no hay ni jefe ni plan”. Redfield a Greta. Letter n. 15, Chichén Itzá, 2 de febrero de 1930. “Robert Redfield Papers”, c. 1, fólder 5, 1930. Redfield to Greta, Letter n. 35, Chichén Itzá, 24 de febrero de 1930. “Robert Redfield Papers”, c. 1, fólder 5, 1930.

¹⁵⁶ Memorandum of conversation with Mr. Forbes in New York. S/1, 13 de abril de 1928. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itzá/Correspondence 1934-1936”.

convicción del valor de las acciones del Museo Peabody y de la Universidad de Harvard:

Lejos de mi considerar que haya habido en las discusiones entabladas cualquier intención de retirar algo de sus posesiones o disminuir lo que ustedes consiguieron. He abrigado la esperanza de que por medio de nuestros estudios podamos contribuir para el avance de sus trabajos, abriendo caminos para la conquista de nuevos conocimientos y construyendo estructuras que mostrarán claramente que sus grandes realizaciones en el estudio y conservación de materiales son una garantía de la relevancia de continuar tanto con sus importantes investigaciones como con sus funciones de agencia conservadora de materiales y colecciones de interés excepcional.¹⁵⁷

De esa manera, el problema de la bomba Willard-Thompson amenazaba con dar al traste con el trabajo —y la inversión— de la Carnegie en Chichén, sobre todo con lo que sería la coronación y perpetuación del proyecto, la instalación de una estación científica en la hacienda, “una especie de instituto internacional de investigaciones arqueológicas”. Desde luego, ponía en alto riesgo también el plan de explorar el Gran Cenote —que se había convertido en uno de los objetivos más importantes del Proyecto Chichén— y montar y estudiar las colecciones de objetos que se esperaba extraer del fondo. A esas alturas ya se habían establecido conversaciones entre la Universidad de Harvard y el gobierno de México, con la intermediación del Departamento de Estado —Subsecretaría Adjunta para América Latina— para estudiar la cuestión. Por su parte, Kidder había discutido el problema con Tozzer, quien había manifestado “su disposición de retornar las colecciones del cenote depositadas en el Museo Peabody, a condición de que puedan quedar debidamente resguardadas”. Al lado de esto, “Mr. Merriam dijo confiar en que la devolución de la colección del cenote al gobierno de México dejaría a la Universidad de Harvard en condiciones de recibir duplicados [...]”. El subsecretario para América Latina del Departamento de Estado, Mr. Olds, pensaba

¹⁵⁷ Merriam a Tozzer. Washington, D.C., 17 de febrero de 1928. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itzá/Correspondence 1934-1936”.

que era importante que la Carnegie se involucrara a fondo en el problema, pues era la principal afectada en el campo. Debía conseguir un “ajuste satisfactorio” por parte de la Universidad de Harvard, a través de negociaciones con su presidente, Abbot Lawrence Lowell, en las que debía participar William Cameron Forbes, exgobernador-general de las Filipinas y uno de los directores de la CIW. La cuestión del Cenote Sagrado y del Museo Peabody se había convertido en un problema internacional que no sólo estaba interfiriendo en los proyectos de la Carnegie como que ponía en riesgo la continuidad de los trabajos de Harvard (y de todas las universidades estadounidenses) en México. Forbes subrayó la importancia de llegar a un acuerdo extrajudicial, a la vista de que “[...] el gobierno mexicano ha iniciado un proceso contra la Universidad de Harvard y de que es importante alcanzar un acuerdo sin esperar a que el asunto llegue a los juzgados. Se podría llegar a un arreglo con el retorno de la colección, lo que le permitiría a la Universidad de Harvard cooperar con México y recibir en el futuro materiales de diversa naturaleza”.¹⁵⁸

Para esas fechas, la cuestión del Cenote Sagrado se hallaba ya circunscrita en la documentación existente al fetiche del “oro del cenote” que habría sido retirado y contrabandeado a Harvard por Thompson. Se especulaba cuál sería la posición del gobierno de Estados Unidos en caso de que se reabriera la discusión sobre la extracción y remesa al exterior de esos y otros materiales por un ciudadano que había sido su representante oficial en Yucatán. En ese contexto surgió un nuevo complicador: los *Harvard men* se rehusaban a devolver las piezas mientras Castillo Ledón, el autor del controvertido avalúo de las piezas que ilustraban el libro de Willard, continuara en la dirección del Museo Nacional.¹⁵⁹ Na-

¹⁵⁸ “Memorandum of conversation with W. Cameron Forbes regarding critical situation developed through Thompson’s removal of cenote collection to Harvard University”. [Washington D.C.], 4 de febrero de 1928. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936”.

¹⁵⁹ “Memorandum of conversation with Mr. Phenix of Mr. Olds office, relative to the question whether attempts to reopen the matter of the removal of the cenote gold for discussion would in any way embarrass the Government of the United States by reason of the fact that Thompson had been United States consul in Yucatan”. [Washington, D.C.] 19 de enero de 1928. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936”. Castillo Ledón dejó la dirección del Museo Nacional en 1929, cuando se eligió gobernador de Yucatán.

vegando en aguas tan agitadas, tanto con el gobierno de México como con otras instituciones estadounidenses involucradas en las aventuras yucatecas, en particular con la Universidad de Harvard, la Carnegie decidió en abril de 1928 enterrar el tema del Gran Cenote: "Mr. Merriam consideró que, independientemente de otros factores, era mejor abandonar las discusiones sobre el cenote y no volver a mencionar el asunto".¹⁶⁰

Abandonado el proyecto del Gran Cenote, la CIW retomó en 1930 las gestiones para comprar la hacienda Chichén bajo el mismo esquema empleado en 1926, esta vez incluyendo entre los participantes en la negociación a la embajada de México en Washington. La idea era que con su intervención los trámites podrían ser encaminados, ya no a través de Relaciones Exteriores, sino por la Secretaría de Educación, que ahora estaba a cargo del excanciller y viejo conocido de la Carnegie, Aarón Sáenz.¹⁶¹ Desde 1927 Merriam había mantenido informado al nuevo embajador de Estados Unidos en México, Dwight W. Monrrow, de los avances en las exploraciones del Templo de los Guerreros y de la inminente entrega del monumento al gobierno de México. Era, evidentemente, un gesto de buena voluntad destinado a aminorar, por lo menos en parte, los estragos causados por la bomba Willard-Thompson. Sin embargo, el presidente Calles declinó la invitación para estar presente en la "inauguración" del templo, que tendría lugar el 10 de marzo de 1928 y tampoco nombró a ningún representante oficial para asistir a la ceremonia.¹⁶² El último documento relacionado

¹⁶⁰ "Memorandum of conversation with Mr. Forbes in New York", 13 de abril de 1928; "Notes on question concerning possibility of study of the Grand Cenote at Chichén Itzá". [Washington, D.C.], 29 de diciembre de 1928. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

¹⁶¹ Arthur B. Lane a Manuel J. Sierra, jefe del Departamento Diplomático, SRE. México, 9 de agosto de 1930; Sierra a Lane. México, 8 de octubre de 1930; Oficial mayor de la SRE a secretario de Educación Pública. México, 8 de octubre de 1930. CIWA, CAF, MAA, "Chichén Lease: 1923, 1926". Sáenz fuera nombrado en febrero de 1930 secretario de Educación Pública por el presidente Pascual Ortiz Rubio, su excontendiente por la candidatura presidencial. Curiosamente, ambos habían sido embajadores de México en Brasil.

¹⁶² Tellez a Relaciones Exteriores. Telegrama. Washington, 18.02.1928; Estrada a Mexican Embassy Washington. Telegrama. México, 19.02.1928; Tellez a Merriam. Washington, 21 de febrero de 1928. El embajador Tellez, invitado, también se disculpó por no poder estar presente. AHGE/SRE, Chichén Itzá 54-PB-22, 1926.

con la —nunca lograda— compra de la hacienda Chichén es del 8 de octubre de 1930.

PÉRDIDA Y DISOLUCIÓN: LA MODERNIDAD LLEGA A CHICHÉN
PARA EL FUNERAL DE THOMPSON

En los últimos meses de 1929 la fama de Chichén Itzá alcanzó uno de sus puntos altos con la publicación en *The New York Times* de un artículo de Spinden, antiguo espía y para entonces curador de etnología del Instituto Brooklyn, dando cuenta de la primera exploración aérea de las ruinas y de otros sitios arqueológicos de Mesoamérica, a cargo del futuramente notorio coronel Charles Lindbergh.¹⁶³ Poco después llegaría a Mérida Robert Redfield, antropólogo de la Universidad de Chicago, quien se preparaba para iniciar investigaciones en pueblos mayas que darían posteriormente base para sus teorías del cambio sociocultural como un continuum entre la aldea y la ciudad.¹⁶⁴ Redfield, gran amigo de Gamio, había ya defendido su tesis de doctorado sobre Tepeztlán, que, convertida en libro, inauguraría el campo de la antropología rural,¹⁶⁵ y había solicitado apoyo financiero del Proyecto Chichén para sus investigaciones de campo en Yucatán. Sin embargo, una reunión realizada en Chicago en la tercera semana de enero de 1930 había decidido que la CIW “no emprendería en esos momentos un estudio general de las condiciones de vida

¹⁶³ Spinden, “Report that Lindbergh Recently Saw a Long-Lost Maya Structure from the Air Suggests the Use of Planes in Central American Exploration”, *The New York Times*, 18 de agosto de 1929. Un pico de alturas incomparablemente mayores podría haber sido alcanzado en 1931 cuando un equipo de la Fox Corporation rodó un filme en Chichén Itzá para ser exhibido en noticieros cinematográficos proyectados en centenas de salas de los Estados Unidos. Sin embargo, los editores decidieron no incluirlo en la programación pues las ruinas, estáticas, no ofrecían lo esencial: “el material del noticiero debe tener bastante acción para complacer a la audiencia”. Edmund Reek, News Editor, Fox Movietone Corporation, a Gilbert. Nueva York, 12 de mayo de 1931. Gilbert a Reek [Washington, D.C.], 14 de mayo de 1931. CIWA, CAF, “Thompson Correspondence 1923-1944”.

¹⁶⁴ *Folk Cultures of the Yucatán*, University of Chicago Press, Chicago, 1942; y *A Village that Chose Progress; Chan Kom revisited by Robert Redfield*, University of Chicago Press, Chicago, 1950.

¹⁶⁵ Robert Redfield, *Tepeztlan. A Mexican Village. A Study in Folk Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1930.

en Yucatán". El contenido de los proyectos había dejado a los responsables por la Carnegie, y a Kidder en particular, aprehensivos y temerosos de que los enfoques excesivamente contemporáneos y orientados a cuestiones delicadas, como pobreza, relaciones raciales y aculturación (un concepto aplicado tempranamente por Redfield),¹⁶⁶ pudiesen comprometer las buenas relaciones entre la CIW y el gobierno de Yucatán, ya afectadas por la cuestión de los cenotes. Mayores sobresaltos provocaría el colega de Redfield, Eyer N. Simpson, de la Universidad de Chicago, radical y provocador (quien rápidamente consiguió enemistarse con Morley), con sus propuestas de investigar la cuestión agraria y ejidal en el estado.¹⁶⁷ En Chichén, ambos habían presentado a Kidder y Morley un elenco de estudios socioeconómicos para ser desarrollados en los años siguientes, pero, a la luz de los resultados de la conferencia de Chicago, se juzgó más prudente aplazar *sine die* esos trabajos, mientras, Kidder, ya más tranquilo ("sus mayores preocupaciones desaparecieron") aprobaba con elegancia y amabilidad la investigación que Redfield planeaba hacer en Chan Kom.¹⁶⁸

Como vimos, a finales de 1926 el gobierno de México había embargado las propiedades del excónsul, excluyendo de esa acción las rentas de la Hacienda Chichén, que continuaron siendo depositadas por la Carnegie en las cuentas de Thompson. Pero en 1934, diez años después del inicio del arrendamiento, el Juez Primero de Distrito ordenó que la renta de la hacienda no se le entregara más al propietario original, sino que se dirigiera al Depositario Judicial de sus bienes en Yucatán, José Erosa Peniche.¹⁶⁹ El

¹⁶⁶ Véase Robert Redfield, Ralph Linton y Melville J. Herskovits, (1936). "Memorandum for the Study of Acculturation", *American Anthropologist*, vol. 38, núm. 1, pp. 149-152.

¹⁶⁷ Como se recordará, Simpson es el autor del seminal *The Ejido: Mexico's Way Out*, University of North Carolina Press, Chapel Hill., 1937.

¹⁶⁸ Redfield to Greta (carta sin número), Chichén Itzá (?), 23 de enero de 1930. "Redfield Papers", c. 1, fólger 5, 1930; Redfield to Greta. Letter n. 15, Chichén Itzá, 2 de febrero de 1930. "Redfield Papers", c. 1, fólger 5, 1930.

¹⁶⁹ Gilbert, Administrative Secretary, a Thompson. Washington, D.C., 27 de noviembre de 1934. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936". Todo indica que la decisión estaba ligada a un litigio entre dos empresarios del novísimo ramo del turismo, ya instalados en Chichén: Fernando Barbachano y su agencia "Mayaland Tours", y Rafael Regil, dueño del "Hotel Itzá", localizado en Mérida. Al parecer, Regil se asoció con capitalistas de la región y

cese del pago de la renta anual (600 dólares) era algo próximo a una sentencia de muerte para el excónsul, que contaba ya con 75 años de edad y vivía exclusivamente de lo que la Carnegie le depositaba. La decisión judicial lanzó a la *ciw* en un mar de dudas sobre las consecuencias de cumplir o no cumplir la orden del juez, tío del empresario Fernando Barbachano —una naciente potencia en el ramo del turismo regional—, pues por un lado surgía la posibilidad de que Thompson exigiera la cancelación del contrato por incumplimiento de la principal cláusula monetaria, mientras por otro asustaba el fantasma del desacato a una orden de la justicia federal en momentos tan conflictivos como aquellos. Pero más peligrosa era la posibilidad de que el litigio se extendiera sin solución, lo que podría llamar la atención de capitales-tiburones ligados a las florecientes promociones turísticas —sobre todo estadounidenses— que tendrían entonces en sus manos la suerte del Proyecto Chichén:

Pudiera ser que alguna entidad, en Yucatán o en Estados Unidos, se interesara en la hacienda, que es un lugar ideal para un desarrollo hotelero, y al ofrecerle a Thompson más de lo que nosotros le pagamos consiguiéramos despojarnos de la propiedad. Yo dudo, desde luego, que el gobierno mexicano apruebe nuestro desalojo, pero uno nunca sabe el tipo de presión que puede ser aplicada en círculos influyentes de México. [...] // Sería lamentable perder la hacienda, si bien eso no tendría consecuencias fatales para nuestro programa. Pero si cae en manos de aprovechadores será entonces un gran desastre para Chichén [...]. Como usted ha venido insistiendo ya hace un tiempo, hay que hacer algo, sin duda, para impedir que el área sea invadida por concesionarios.¹⁷⁰

financió a una protegida de Thompson, “doña Victoria Marrufo, la hija de su ex amante con otro hombre”, para que construyera dos bungalos en las tierras que ya ocupaba, de forma a competir con el hotel de Barbachano – sin autorización de Thompson. Barbachano consiguió entonces que el juzgado de distrito, comandado por un tío suyo, suspendiera los pagos directos a Thompson, para forzarlo a prohibir cualquier nueva construcción en sus tierras.

¹⁷⁰ Kidder a Merriam. [Washington, D.C.], 24 de noviembre de 1934. *ciwa*, CAF, “Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936”. Chichén se había convertido, de hecho, en un lugar de veraneo, aunque menos para turistas que para arqueólogos: “Probablemente tú y yo somos los únicos ‘mayalogistas’

El 3 de diciembre de 1934, con la nueva carretera Mérida-Chichén Itzá a punto de ser inaugurada y con una agencia de correos con la estampa del sitio arqueológico ya en proyecto,¹⁷¹ Thompson le escribió al secretario técnico de la Carnegie en respuesta a una nota que refería los problemas causados por la pugna entre Barbachano y Regil. El viejo excónsul confesaba que la falta del cheque de diciembre había sido, en efecto, "un duro golpe para mí ya que no hay fechas para mis conferencias en la próxima temporada y dependo de ese ingreso para sobrevivir hasta que llegue la primavera con su clima ameno".¹⁷² Pero el cheque no llegó y Thompson sólo lo hizo hasta la mitad de la primavera: murió el 11 de mayo de 1935, precisamente cincuenta años después de su primer nombramiento como cónsul de los Estados Unidos en Mérida y encargado del frente arqueológico de los *Bostonians* en Yucatán. "Su muerte llegó precisamente cuando estábamos consiguiendo que el procurador general nos escuchara. Es una lástima que el anciano muriera sin recuperar todos sus derechos, como era nuestra esperanza".¹⁷³ En su testamento, Thompson dejó estipulado que la Carnegie continuara a cargo de los asuntos de su legado. No se ha encontrado ningún obituario ni noticia de su muerte en los diarios estadounidenses que tanto se beneficiaron con la publicación de sus hazañas en Yucatán durante los primeros años de la década de 1920. Sólo la *American Antiquarian Society* publicó una nota necrológica formal, escrita, como todas, por el director del Consejo de la institución, mientras Tozzer incluyó un brevísimo escrito en el *American Anthropologist* del último trimestre de 1935.¹⁷⁴

En enero de 1934 la CIWA había firmado un nuevo contrato por cinco años con el gobierno mexicano para continuar sus explo-

que no vamos al centro invernal de Chichén". Tozzer a E. Thompson. Harvard, Mass., 16 de enero de 1932. PMA, "Tozzer Papers 1900-1980".

¹⁷¹ Morley a Merriam. Chichén Itzá/Dzitás, 4 de diciembre de 1934. CIWA, CAF, "Morley Correspondence, 1934-1960".

¹⁷² Thompson a Gilbert. Henryetta, Oklahoma, 3 de diciembre de 1934. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itzá/Correspondence 1934-1936".

¹⁷³ Aznar a Merriam. Mérida, 27 de mayo de 1935; Merriam a Aznar. Washington, D.C., 23 de mayo de 1935; Aznar a Merriam. Mérida, 31 de mayo de 1935. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

¹⁷⁴ [Brigham], "Edward Herbert Thompson"; [Tozzer], "News and Notes".

raciones en Chichén. Tres años después, en 1937, la institución comenzó a negociar un nuevo término de arrendamiento con los herederos de Thompson, ya que el original expiraría en junio de ese año.¹⁷⁵ El mes de diciembre de 1934 había sido un momento de *suspense* para el Proyecto Chichén. Con el cambio de gobierno y la entrada de los cardenistas, Reygadas dejó el cargo de director de Monumentos Arqueológicos y Alfonso Caso fue sustituido en la dirección del Museo Nacional por el sempiterno Castillo Ledón que, como sabemos, ya había ocupado esa posición durante los gobiernos de Obregón, Portes Gil y Ortiz Rubio. Tan sólo Ignacio Marquinas, viejo amigo de Morley, se mantuvo como director de Monumentos Prehispánicos, un puesto de crucial importancia para los proyectos de la CIW. En el nivel local las aguas también se agitaron, y el inspector de monumentos de Yucatán, Eduardo Martínez Cantón fue sustituido por Manuel Ciderol, un antiguo seguidor incondicional de Carrillo Puerto y uno de sus mejores amigos.¹⁷⁶ Un año después de la muerte de Thompson, en abril de 1936, el embajador de Estados Unidos en México, Josephus Daniels (1933-1941) escribió un pormenorizado informe de una visita a Chichén Itzá, en compañía de su esposa y de varios otros jefes de misiones diplomáticas, en lo que debe haber sido uno de los viajes patrocinados por el gobierno de Cárdenas, encabezado por el subsecretario de Relaciones Exteriores del gobierno federal mexicano, José Ángel Ceniceros, para mostrar el México lindo y querido, pacificado, seguro y pintoresco.¹⁷⁷ Daniels y su comitiva fueron recibidos por Morley, su esposa y otros arqueólogos, algu-

¹⁷⁵ Gilbert a Edward J. Thompson. Washington, D.C., 21 de enero de 1937; Gilbert a Charles A. Bradley. Washington, D.C., 22 de enero de 1937. CIWA, CAF, "Thompson Property Chichén Itza/Correspondence 1934-1936".

¹⁷⁶ Morley a Merriam. Chichén Itzá/Dzitzás, 8 de diciembre de 1934; Morley a Merriam, 7 de enero de 1934 [*sic*, por 1935]. CIWA, CAF, "Morley Correspondence 1934-1960".

¹⁷⁷ Morley se enteró por la prensa de la inminente visita a Mérida de un grupo de aproximadamente 37 miembros del cuerpo diplomático acompañados por sus familias, capitaneado por Ceniceros. Los escoltaban 15 funcionarios del gobierno mexicano; 50 de los viajeros fueron recibidos en la Hacienda Chichén para degustar un té. Morley a Merriam. Chichén Itzá, 12 de marzo de 1936. CIWA, CAF, "Morley Correspondence 1934-1960". Sobre los viajes del cuerpo diplomático patrocinados por el gobierno de Cárdenas, véase Palacios, *América del Sur*, pp. 239-240.

nos de ellos mexicanos. Al atardecer, en el Juego de Pelota (*Ball Court*), Morley ofreció un "concierto" en un fonógrafo colocado dentro de un pequeño altar situado en el extremo sur de la cuadra. La acústica del lugar, "que superaba toda expectativa", era tan espectacular que nadie menos que el célebre Leopoldo Stokowski, en una visita a las ruinas, había expresado su deseo de llevar allí a la Filarmónica de Filadelfia para explorar las condiciones sonoras de la cuadra —un proyecto más realizable que llevar Chichén o Uxmal a Nueva York—. ¹⁷⁸ En un viaje a Estados Unidos, el embajador Daniels, refiriéndose al ruidoso caso del Cenote Sagrado, ofreció lo que parece haber sido la primera declaración pública de un alto funcionario estadounidense sobre el litigio: "Es mi opinión que un funcionario diplomático o consular en misión en un país extranjero no debe participar en negocios buscando aumentar su riqueza personal; ni debe enviar fuera del país en el que está comisionado objetos encontrados allí sin antes obtener de funcionarios del país el permiso para hacerlo". ¹⁷⁹ Pocos meses después, en octubre de 1936, Morley envió a la Presidencia de la CIW el proyecto de actividades para el año siguiente, ¹⁸⁰ mientras Julián Aznar se mostraba absolutamente confiado en las posibilidades de renovar la renta de la Hacienda Chichén. ¹⁸¹ Ninguno de esos movimientos encontró cualquier obstáculo. Sin embargo, en septiembre de 1939, terminado el contrato quinquenal firmado en 1934, con los nubarrones de guerra tomando por asalto los cielos de Europa y un nuevo presidente al mando de la CIW, la institución optó por dar por terminado el Proyecto Chichén, 15 años después de su inicio:

Se ha llegado recientemente a una decisión que nos permite prever que los estudios arqueológicos llevados a cabo por la Institu-

¹⁷⁸ Excerpt from Ambassador Daniels' account of the visit to Chichén Itzá, Yucatán. México, 1º de abril de 1936. CIWA, CAF, "Mexican Ambassador, 1928-1946", folder 17.

¹⁷⁹ "Daniels Discusses Chichen Itza Case", *Mexico Weekly News*, 21 de marzo de 1936.

¹⁸⁰ Morley a Merriam. Santa Fe, N.M., 10 de octubre de 1936. CIWA, CAF, "Morley Correspondence 1934-1960".

¹⁸¹ Morley a Merriam. Chichén Itza, 10 de marzo de 1937. CIWA, CAF, "Morley Correspondence 1934-1960".

ción a lo largo de varios años en nuestras instalaciones de Chichén Itzá, Yucatán, concluirán al término de la presente temporada. Eso significa que hacia finales de junio de 1940 habremos finiquitado el arrendamiento de la hacienda de Thompson que hemos estado usando como sede en Chichén.¹⁸²

Un mes después el presidente de la Carnegie, Vannevar Bush, confirmó que el Proyecto Chichén terminaría el 1° de junio de 1940, y que el arrendamiento de la hacienda de Thompson llegaría a su fin el 1° de enero de ese mismo año.¹⁸³ Bush, que había tomado el control de la CIW en mayo de 1938, era un ingeniero electricista, exdecano de la Escuela de Ingeniería del Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), prominente miembro del complejo industrial-militar de Estado Unidos y futuro director, en los años 1940, de los experimentos en fusión nuclear del Proyecto Manhattan, cuna de la bomba atómica estadounidense. No era de extrañar que desdeñara las ciencias sociales y las humanidades, así como a sus practicantes y el conocimiento producido por ellos. Los proyectos arqueológicos y etnológicos de la CIW fueron sus primeras víctimas.

El cierre del Proyecto Chichén por la CIW no fue un incidente aislado de efectos delimitados, sino que resultó ser un movimiento precursor que sería seguido en otras regiones del “Área Maya” un año y medio después. En efecto, como había sucedido durante la Primera Guerra Mundial, la entrada de Estados Unidos en el conflicto europeo en diciembre de 1941 llevó al cierre de todos los programas de investigación arqueológica que se realizaban en

¹⁸² Presidente de la CIW a Bradley. Washington, D.C., 23 de octubre de 1939. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itzá, Correspondence 1934-1936”.

¹⁸³ “Como explicación de este aviso de terminación, puedo declarar que el trabajo arqueológico de la ‘Institución’ según el acuerdo con el gobierno de México, fechado el 5 de diciembre de 1933, terminará al concluir este contrato el 1° de enero de 1940, y aunque nuevos estudios podrán ser realizados bajo un nuevo acuerdo con el gobierno mexicano, nuestras actividades en Chichén Itzá llegarán a una conclusión definitiva el 1° de junio de 1940”. Bush a Henrietta T. Thompson. Washington, D.C., 23 de octubre de 1939. CIWA, CAF, “Thompson Property Chichén Itza, Correspondence 1934-1936”. Sobre Bush, principal asesor científico del presidente Hoover durante la Segunda Guerra Mundial, y su papel en el cierre del Proyecto Chichén, véase Weeks, *The Carnegie Maya*, pp. 16-17.

tierras yucatecas (y en todos los otros sitios prehispánicos situados en territorio mexicano), dejando a sus participantes disponibles para el reclutamiento militar.¹⁸⁴ Indecisa desde su creación en 1902 sobre cuáles deberían ser sus objetivos como fundación científica, la Carnegie Institution de Washington se había transformado paulatinamente durante los años treinta en una entidad cada vez más vinculada a las áreas científico-militares del gobierno de Estados Unidos. En consecuencia —y la elección de Bush para dirigirla no había sido un acontecimiento fortuito—, se había visto crecientemente involucrada en la investigación en ciencias duras y tecnologías, especialmente aquellas que pudieran ser aplicadas en la construcción de materiales bélicos de última generación. Al interior de ese panorama, la naturaleza histórica y museográfica de la arqueología parecía un claro contrasentido, una pérdida de tiempo y de recursos, y sus proyectos llegaron a ser considerados en algunos círculos de la propia Carnegie como una exótica actividad de una élite adinerada: “Un colega de Kidder, Richard Woodbury, [...] piensa que si el programa arqueológico no consiguió consolidar un espacio permanente en la CIW fue debido a un concepto equivocado que ve a la arqueología principalmente como ‘una diversión de jóvenes aventureros de buenas familias y con apoyo financiero privado’”.¹⁸⁵ Algunos asociados del Proyecto Chichén, continuaron por un tiempo, aunque sin muchas esperanzas, “enarbolando la bandera maya y luchando hasta morir”, pero el ambiente ya era terminal: “[...] parecería que estamos viviendo los últimos días del imperio maya de la Carnegie”.¹⁸⁶ En 1958 la Carnegie Institution de Washington cerró definitivamente su División de Investigación Histórica. Ella había sido fundada en 1913 sobre la base de los seminarios que resultaron en la selección del proyecto de Sylvanus G. Morley para orientar el potencial científico de la CIW al relevo del Museo Peabody (y de los *Bostonians*) en la investigación del origen de la llamada “civilización

¹⁸⁴ Weeks, *The Carnegie Maya*, p. 14.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 17. La cita de Woodbury fue extraída de su libro-memoria, *Alfred V. Kidder*, Columbia University Press, Nueva York, 1973, p. 71.

¹⁸⁶ (E.) Thompson a Tozzer. Harvard, 20 de junio de 1947. PMA, “Tozzer Papers 1900-1980”.

maya”, tomando como estudio de caso la ciudad sagrada de Chichén Itzá.¹⁸⁷

En los años 1960, la Universidad de Harvard devolvió a México las principales piezas de oro extraídas por Thompson del Cenote Sagrado, bien como una “muestra representativa” de la colección de jade obtenida en el mismo depósito, que fue enviada al Museo de Mérida. En 2007, a pesar de largas negociaciones sobre la compra o donación, por o al gobierno federal, las tierras en las que se asientan las ruinas de Chichén Itzá continuaban en manos de la familia Barbachano —como también el Hotel Mayaland, de cinco estrellas—, que las había adquirido de los herederos de Thompson en la década de 1940. En junio de ese año, cuando Chichén Itzá fue incluida entre las ganadoras del concurso “Nuevas siete maravillas del mundo moderno [*sic*]”, una promoción comercial de la empresa New Open World Corporation del millonario suizo Bernard Weber, la prensa anunció que las más de 4000 personas que visitaban el sitio saludaron la noticia con gritos de “¡México!”, “¡México!” —que deben haber resonado silenciosamente en los oídos de los mayas—.¹⁸⁸

¹⁸⁷ En lo que se refiere a los procesos judiciales instruidos contra Thompson, el que circulaba en los tribunales penales fue extinto con su muerte y el de responsabilidad civil fue archivado por la Suprema Corte de la Nación en enero de 1944 al concluirse que el Cenote Sagrado de Chichén Itzá no era un “monumento arqueológico” sino una obra de la naturaleza. Por esa razón, las leyes de 1896-1897 no eran aplicables al caso. A eso siguió naturalmente la constatación de que los objetos rescatados por Thompson del fondo del cenote eran legítimamente de su propiedad, pues se encontraban dentro del perímetro de sus posesiones. El amparo final y la sentencia, con el número 4764/1942, se encuentran en el Departamento de Archivo, Segunda Oficialía Mayor, de la Suprema Corte de la Nación. Véase Castro, *El fabuloso saqueo*, pp. 175-185.

¹⁸⁸ Yazmin Rodríguez y Miguel Ángel Ceballos, “Chichén Itzá refrenda su título”, *El Universal*, 8 de julio de 2007. En 2010 la prensa informó que los Barbachano había vendido al gobierno del estado 84 ha en las que se asentaban algunos de los edificios más importantes de la zona arqueológica, como El Castillo, el Templo de los Guerreros y El Caracol. Mónica Mateos-Vega, Mónica Rodríguez y Luis A. Boffil, “Califican de *ganga* compra-venta de Chichén. / El gobierno yucateco pagará \$220 millones por 83 ha; expropiarlas habría costado \$9 millones”, *La Jornada*, 31 de marzo de 2010. Al parecer, en octubre de 2012 el INAH adquirió por 232 millones de pesos otras 99 ha de los Barbachano. Mónica Mateos-Vega, “Ocultó De María y Campos compra de terrenos en Chichén Itzá”, *La Jornada*, 15 de julio de 2013.

ARCHIVOS Y BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS CONSULTADOS

American Antiquarian Society (AAS), Worcester, Mass.

- Salisbury Family Papers
- Stephen Salisbury III Papers

American Art Portrait Gallery Library (Washington)

American Museum of Natural History (AMNH)

- Research Library / Marshall H. Saville Correspondence

Archivo del Centro Carso de Estudios de Historia de México

Archivo General de la Nación/México (AGN)

- Fondo Presidentes
- Fondo Secretaría de Fomento e Industria (SFI)
- Fondo Secretaría de Justicia e Instrucción Pública (SJIP)

Archivo General del Estado de Yucatán (AEY)

- Fondo Justicia 1891-1901
- Fondo Poder Ejecutivo

Archivo Histórico del INAH (AHINAH)

- 1ª Serie/Papeles sueltos

Archivo Histórico Genaro Estrada – Secretaría de Relaciones Exteriores

Archivo Incorporado Manuel Gamio

Biblioteca del Museo Nacional de Antropología (México)

- Subdirección de Documentación – Archivo Leopoldo Batres.

Biblioteca Lerdo de Tejada, Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Carnegie Institution of Washington (CIW) / Carnegie Administrative Files (CAF) / Middle American Archaeology (MAA)

- Chichen Lease: 1923, 1926.
- Edward H. Thompson / Correspondence 1911-1934
- Mexican Ambassador, 1928-1946
- Morley Correspondence, 1912-1923, 1912-1936, 1919-1931, 1925-1936, 1925-1937, 1934-1939.
- The Chichén Itzá Project
- Thompson Correspondence, 1923-1944, 1911-1960.

- Thompson Property Chichén Itzá/Correspondence 1926-1931, 1934-1936.

Centro de Cultura Jurídica, Suprema Corte de Justicia de la Nación, Mérida, Yuc. (CCJ/SPJ)

Eyler N. Simpson Newsletters. Miscellaneous correspondence through 7/24/1927, en: <<http://www.icwa.org/eyler-n-simpson-newsletters>>.

Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles – Fernando Torre Blanca (AFPEC-FT)

- Fondo Álvaro Obregón

Museo Peabody Archives (PMA)/Harvard University

- Alfred M. Tozzer Papers 1900-1980
- C. P. Bowditch Correspondence 1904-1909
- C. P. Bowditch Papers
- Letters EHT to CPB 1891, 1900-1903
- Museo Peabody Directors Records / Frederick W. Putnam Director's Records

National Archives and Record Administration (NARA)

- Dispatches from U. S. Consuls in Merida and Progreso. 1º de octubre de 1897-6
- Mexico Consular Post/Vol. 18: Correspondence 1900-1907
- Numerical and minor files of the Department of State/M862D/Rollo 699
- Record Group 84, Records of the Foreign Service Posts of the Department of State, Mérida & Progreso, México. Correspondence 1912-1935
- Records of the Foreign Service Posts of the Department of State, State Department (SD), Consular Post Records (CPR), Dispatches to the State Department, Nov. 9, 1897 to Dec. 19, 1904

POE. Diario Oficial (Yucatán), agosto-octubre de 1910

Princeton University Library, Manuscript Division. Princeton, N. J.

Smithsonian Institute Archives (SMI) (Washington)

- William H. Holmes Papers

Tozzer Library, Harvard University

- A. M. Tozzer, Letters from the Field. 2v.
- Alfred M. Tozzer Diary, 1903-1905

University of Chicago Library, Special Collections Research Center, Robert Redfield Papers 1917-1958.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboites, Luis y Engracia Loyo, "La construcción del nuevo Estado, 1920-1945", en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010.
- Adamson, David G., *The Ruins of Time. Four and a Half Centuries of Conquest and Discovery Among the Maya*, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1975.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, "El indio y la reinterpretación de la cultura", en Aguirre Beltrán, *Antología de Moisés Sáenz*, México, Oasis, 1970.
- American Museum of Natural History, *Thirtieth Annual Report*, Nueva York. Printed for the Museum, 1898.
- Archaeological Institute of America, *Twenty-Third Annual Report of the Council of the American Journal of Archaeology*, vol. 6, Supplement: Annual Reports 1901-1902, 1902.
- Arnold, Channing, y Frederick J. Tabor Frost, *The American Egypt: A Record of Travel in Yucatan*. Londres, Hutchinson & Co., 1909.
- Askin, Warren, "The Allison V. Armour/William Henry Holmes 1895 Expedition to Mexico", *Bulletin on the History of Archaeology*, La Trobe University, vol. 11, núm. 2, 2001.
- Bancroft, Huber Howe, *The Book of the Fair*, Chicago y San Francisco, Bancroft Co., 1894.
- Bermúdez, Jorge R., "Chac Mol en Martí", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 99, núm. 1-2 (enero-junio de 2008), pp. 12-25.
- Boas, Franz, "Summary of the Work of the International School of American Archaeology and Ethnology in Mexico, 1910-1914", *American Anthropologist*, New Series, vol. 17, núm. 2 (abril-junio de 1915), pp. 384-395.
- Boban, Eugène, *Catalogue of the Eugène Boban Collection of Antiquities [...]*, parte II, Nueva York, Frossard, 1887.
- Boone, Elizabeth Hill (ed.), *Collecting the Pre-Columbian Past: A Symposium at Dumbarton Oaks*, 6 y 7 de octubre de 1990.
- [Brigham, Clarence Saunders], "Edward Herbert Thompson", *Proceedings of the American Antiquarian Society*, vol. 45, parte 2, octubre de 1935, pp. 153-155.

- Browman, David, "The Peabody Museum, Frederic W. Putnam, and the Rise of U.S. Anthropology, 1866-1903", *American Anthropologist*, New Series, vol. 104, núm. 2 (junio de 2002), pp. 508-519.
- , "Spying by American Archaeologists", *Bulletin of the History of Archaeology*, vol. 21, núm. 2, Melbourne, La Trobe University, 2011.
- Browman, David L., y Stephen Williams, *Anthropology at Harvard. A Biographical History, 1790-1940*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2013.
- Brunhouse, Robert Levere, *Sylvanus G. Morley and the world of the ancient Mayas*, Norman, University of Oklahoma Press, 1971.
- , *In Search of the Maya. The first archaeologists*, Albuquerque, New Mexico University Press, 1973.
- Buckmaster, Henrietta *Let My People Go: The Story of the Underground Railroad and the Growth of the Abolition Movement*, Columbia, S.C., University of South Carolina Press, 1992.
- Bueno, Cristina, *The Pursuit of Ruins. Archaeology, History, and the Making of Modern Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2016. (Edición Kindle.)
- Canudas Sandoval, Enrique, *Las venas de plata en la historia de México. Síntesis de historia económica, siglo XIX*, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco / Utopía, 2005.
- Castañeda, Quetzil E., *In the Museum of Maya Culture*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1996.
- , "The Carnegie Mission and Vision of Science: Institutional Contexts of Maya Archaeology and Espionage", en Regna Darnell y Frederic W. Gleach (eds.), *Histories of Anthropology Annual*, vol. I, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 2005.
- Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Espacios diversos, historias en común. México, Guatemala y Belice: la construcción de una frontera*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, AHD, 2006.
- Charnay, Désiré, *The Ancient Cities of the New World. Being Voyages and Explorations in Mexico and Central America from 1857-1882*, Nueva York, Harper, 1887.
- Chauvenet, Beatrice, *Hewett and Friends: A Biography of Santa Fe's Vibrant Era*, Albuquerque, Museum of New Mexico Press, 1982.

- Coggins, Clemency Chase (ed.), *Artifacts from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatán*. Cambridge, Mass., Peabody Museum / Harvard University Press, 1992
- , “Dredging the Cenote”, en Coggins (ed.), *Artifacts from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatán*, 1992, pp. 9-31.
- Cole, L. J., “The Caverns and People of Northern Yucatan”, *Bulletin of the American Geographical Society*, vol. XLII, núm. 5, 1910, pp. 321-336.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. El Porfiriato: Vida política interior*, parte primera, México, Hermes, 1970.
- D’Alton, Martina, “The New York Obelisk or How Cleopatra’s Needle Came to New York and What Happened When it Got There”, *The Metropolitan Museum Art Bulletin*, vol. 50, núm. 4 (primavera de 1993), pp. 3-72.
- Danien, Elin C., “Robert James Burkitt and George Byron Gordon. An End and a Beginning”, en Kehoe y Emmerichs (eds.), *Assembling the Past*, University of Nuevo Mexico Press, Albuquerque, 1999, pp. 25-35.
- Desmond, Lawrence, “Augustus Le Plongeon: A Fall from Archaeological Grace”, en Kehoe y Emmerichs (eds.), *Assembling the Past*, pp. 81-90.
- Desmond, Lawrence Gustave, y Phyllis Mauch Messenger, *A Dream of Maya. Augustus and Alice Le Plongeon in Nineteenth-Century Yucatan*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988.
- Díaz-Andreu, Margarita, *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford, Oxford University Press, 2007.
- Díaz y de Ovando, Clementina, *Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*, México, UNAM, 1990.
- Dorsey, George A., “The Department of Anthropology of the Field Columbian Museum. A Review of Six Years”, *American Anthropologist*, New Series 2 (abril-junio 1990), pp. 247-265.
- Dublán, Manuel, *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas [...]*, vol. XXVI, México, Tipografía del Partido Liberal, 1898.
- , *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas [...]*, vol. XXVII, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1898.

- Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, 2ª ed., vol. II, México, UNAM, 1992.
- Edison, Paul, "Conquest Unrequited: French Expeditionary Science in Mexico, 1864-1867", en *French Historical Studies* 26, núm. 3, 2003, pp. 450-95.
- Editor (The), "Ruined Cities of Central America", *The North American Review*, núm. CCLXXXV (agosto de 1880), pp. 89-108.
- Evans, Tripp R., *Romancing the Maya. Mexican Antiquity in the American Imagination, 1830-1915*, Austin, University of Texas Press, 2004.
- Ewing, M. Robert, *A History of the Archaeological Activity at Chichen Itza, Yucatán, Mexico*, Kent, Ohio, Kent State University Press, 1972.
- Fagan, Brian, *Precursores de la arqueología en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Fane, Diana, "Reproducing the Pre-Columbian Past. Casts and Models in Exhibitions of Ancient America", en Boone (ed.), *Collecting the Pre-Columbian Past*, pp. 141-176.
- Florescano, Enrique, *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- (comp.), *El patrimonio cultural de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , "La creación del Museo Nacional de Antropología y sus fines científicos, educativos y políticos", en Florescano (comp.), *El patrimonio cultural de México*, 1993, pp. 145-163.
- Givens, Douglas R., "Sylvanus G. Morley and the Carnegie Institution's Program of Mayan Research", en Reyman (ed.), *Rediscovering Our Past*, pp. 137-144.
- Godoy, Ricardo, "Franz Boas and his Plan for an International School of American Archaeology and Ethnology in Mexico", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 13, 1977, pp. 228-242.
- Graham, Ian, "Exposing the Maya", *Archaeology Magazine*, septiembre-octubre de 1990, vol. 43, núm. 5, pp. 36-43.
- , *Alfred Maudslay and the Maya. A Biography*, Norman, University of Oklahoma Press, 2002.
- Gutiérrez Ruvalcaba, Ignacio, *Teoberto Maler. Historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, México, Testimonios del Archivo, 2008.
- Harris, Charles H., y Louis R. Sadler, *The Archaeologist Was a Spy. Sylvanus Morley and the Office of Naval Intelligence*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

- Harris, Neil, "The Gilded Age Revisited: Boston and the Museum Movement", *American Quarterly*, vol. 14, núm. 4 (invierno de 1962), pp. 546-566.
- Harvard College, *Annual Reports of the President and the Treasurer, 1897-1898*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1899.
- Herrera, Fabián, *México en la Sociedad de las Naciones, 1931-1940*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2014.
- Herrera, Octavio, y Arturo Santa Cruz, *América del Norte*, vol. I: Mercedes de Vega (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México*, México, SRE/Dirección General del Acervo Histórico, 2011.
- Hinsley, Curtis M., "From Shell-Heaps to Stelae. Early Anthropology at the Peabody Museum", en George W. Stocking Jr. (ed.), *Objects and Others. Essays on Museums and Material Culture*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1985
- , "In Search of the New World Classical", en Elizabeth Hill Boone (ed.), *Collecting the Pre-Columbian Past: A Symposium at Dumbarton Oaks, 6th and 7th October 1990*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1993, pp. 105-121.
- Holmes, William H., *Archaeological Studies Among the Ancient Cities of Mexico*, Chicago, Field Columbian Museum, 1895-1897.
- , *Random Records of a Lifetime, 1846-1933*. vol. VII: *The Chicago Venture, University Exposition, Field Museum, Yucatan, Return to Washington, 1892-1897*, Washington, American Art Portrait Gallery Library.
- Hoogenboom, Ari Arthur, *The Gilded Age*, Englewood Cliffs, N. J., A Spectrum Book, 1961.
- , *Outlawing the Spoils. A History of the Civil Service Reform Movement, 1865-1883*, Urbana, University of Illinois Press, [1961] 1968.
- Jacknis, Ira, "Franz Boas and Exhibits. On the Limitations of the Museum Method of Anthropology", en Stocking Jr. (ed.), *Objects and Others*, pp. 75-111.
- James, T. G. H., *Howard Carter – The Path to Tutankhamun*, Londres, Tauris Parke, 2001.
- Joseph, Gilbert M., *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010 [1982].

- Katz, Friedrich, "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian Mexico: Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review* 54(1), 1974, pp. 1-47.
- Kehoe, Alice B. y Mary Beth Emmerichs (ed.), *Assembling the Past: Studies in the Professionalization of Archaeology*, Albuquerque, University of New Mexico, 1999.
- Kuntz Ficker, Sandra, *Las exportaciones mexicanas durante la primera globalización, 1870-1929*, México, El Colegio de México, 2010.
- Lagemann, Ellen Condliffe, *The Politics of Knowledge. The Carnegie Corporation, Philanthropy, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.
- Lombardo de Ruiz, Sonia (ed.), *El pasado prehispánico en la cultura nacional (Memoria hemerográfica, 1877-1911)*, vol. II, México, INAH, 1994.
- Lurie, Edward, *Louis Agassiz: A Life in Science*, Chicago, University of Chicago Press, 1960.
- MacLaren Walsh, Jane, "What is Real? A New Look at Pre-Columbian Mesoamerican Collections", *Anthnotes. Museum of Natural History Publication for Educators*, vol. 26, núm. 1, primavera de 2005.
- Marchand, Suzanne, "Orientalism as *Kulturpolitik*. German Archaeology and Cultural Imperialism in Asia Minor", en Stocking Jr. (ed.), *Volkgeist as Method and Ethic*, 1985, pp. 298-336.
- , *Down from Olympus: Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1996.
- , *German Orientalism in the Age of Empire: Religion, Race, and Scholarship*. Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Mark, Joan T., *Four Anthropologists: an American Science in its Early Years*, Nueva York, Science History Publications, 1980.
- McVicker, Donald, "Buying a Curator: Establishing Anthropology at Field Columbian Museum", en Kehoe y Emmerichs (eds.), *Assembling the Past*, pp. 37-52.
- , "A Tale of Two Thompsons: The Contributions of Edward H. Thompson and J. Eric S. Thompson to Anthropology in the Field Museum", en Stephen E. Nash y Gary M. Feinam (eds.), *Curators, Collections, and Contexts: Anthropology at the Field Museum, 1893-2002*, Chicago, Fieldiana Anthropology / Field Museum of Natural History, 2003, pp. 139-152.

- , *Adela Breton. A Victorian Artist Amid Mexico's Ruins*, Albuquerque, New Mexico University Press, 2005.
- Mediz Bolio, Antonio, "La otra leyenda del Cenote", en *A la sombra de mi ceiba*, Mérida, Producción Editorial Dante, 1987.
- Menand, Louis, *The Metaphysical Club. A Story of Ideas in America*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2001.
- Palacios, Guillermo, *América del Sur*, vol. IV: Mercedes de Vega (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México*, México, SRE/Dirección General del Acervo Histórico, 2011.
- , *Maquinaciones neoyorquinas y querellas porfirianas. Marshall M. Saville, el American Museum of Natural History y las primeras leyes de protección del patrimonio arqueológico nacional*, México, El Colegio de México, 2014.
- Paoli Bolio, José Francisco, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano: gobierno de Salvador Alvarado, 1915-1918*, México, Era, 1984.
- Parker, Franklin, *George Peabody, a Biography*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1995.
- Pasztory, Esther, *Thinking with Things. Toward a New Vision of Art*, Austin, The University of Texas Press, 2005.
- , *Jean-Frédéric Waldeck: Artist of Exotic Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2010.
- Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, *Annual Report of the Trustees [...] 1889-1890*, Cambridge, Mass., Harvard University, 1891.
- , "Thirty-second Report of the Curator of the Peabody Museum. From the Report of the President of Harvard University, 1897-98", en *Annual Reports of the President and the Treasurer of Harvard College, 1897-98*, Cambridge, Mass., Harvard University, 1899.
- , "Thirty-third Report of the Curator of the Peabody Museum. From the Report of the President of Harvard University, 1897-98", en *Annual Reports of the President and the Treasurer of Harvard College, 1898-99*, Cambridge. Mass., Harvard University, 1900.
- , *Thirty-fourth Report of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. Harvard University. 1899-1900*, Cambridge, Mass., Harvard University, 1901.
- , *Thirty-Fifth Report of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. Harvard University, 1900-01*, Cambridge, Mass., Harvard University, 1902.

- Peniche Rivero, Piedad, *La historia secreta de la hacienda benequerana de Yucatán. Deudas, migración y resistencia Maya (1879-1915)*, Mérida, Instituto Cultural de Yucatán, 2010.
- Penny, H. Glenn, y Matti Bunzl (eds.), *Wordly Provincialism. German Anthropology in the Age of Empire*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2003.
- Persons, Stow, *The Decline of American Gentility*, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1973.
- Pillsbury, Joanne, y Miriam Doutriaux, "Incidents of Travel. Robert Woods Bliss and the Creation of the Maya Collection at Dumbarton Oaks", en Joanne Pillsbury, Miriam Doutriaux, Reiko Ishihara-Brito, y Akexandre Tokovinine (eds.), *Ancient Maya Arts at Dumbarton Oaks* (Pre-Columbian Art at Dumbarton Oaks, núm. 4), Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2012.
- Pinsky, Valeria, "Archaeology, Politics, and Boundary-Formation: The Boas Censure (1919) and the Development of American Archaeology during the Inter-war Years", en Jonathan E. Reyman (ed). *Rediscovering Our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Aldershot (GB), Avebury, 1992.
- Poniatowska, Elena, "Foreword", en Alma Reed, *Peregrina*, Austin, University of Texas Press, 2007, pp. ix-xii.
- Price, David, "Anthropologists as Spies", *The Nation*, 20 de noviembre de 2000.
- Raina, Uta, *Intellectual Imperialism in the Andes: German Anthropologists and Archaeologists in Peru, 1870-1930*, tesis de doctorado, Temple University, 2007.
- Ramírez Losada, Dení, "La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? de México", *Revista de Indias*, vol. LXIX, núm. 246, 2009, pp. 273-306.
- Rau, Ch., "El Tablero del Palenque en el Museo Nacional de los Estados Unidos", *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, t. II, 1882, pp. 131-203.
- Reed, Alma, "The Well of the Maya's Human Sacrifices", *The New York Times*, 8 de abril, 1923.
- , *Peregrina: Love and Destiny in Mexico*, edición e introducción de Michael K. Schuessler, prólogo de Elena Poniatowska, Austin, University of Texas Press, 2007.
- Reed, Nelson, *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, Era, 1985 [1964].

- Reingold, Nathan, "National Science Policy in a Private Foundation: The Carnegie Institution of Washington", en Alexandra Oleson y John Voss (eds.), *The Organization of Knowledge in Modern America, 1860-1920*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, pp. 313-341.
- Reyman, Jonathan E. (ed.), *Rediscovering Our Past: Essays on the History of Archaeology*. Hampshire, GB, Avebury, 1992.
- Rivers, W. H. R., A. E. Jenks, y Sylvanus G. Morley, *Reports upon the Present Condition and Future Needs of the Science of Anthropology, presented by ... at the Request of the Carnegie Institution of Washington*, Washington D. C., crw, november 1913.
- Riviale, Pascal, "La science en marche au pas cadencé: Les recherches archéologiques et anthropologiques durant l'intervention française au Mexique (1862-1867)", *Journal de la Société des Americanistes*, núm. 85, 1999, pp. 307-341.
- , *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, IFEA / Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Roazen-Parrillo, Diane, *US Business Interests and the Sisal Industry of Yucatan, Mexico, 1876.1924*, tesis de doctorado, University of Chicago, 1984.
- Rosenbloom, Joshua L., "The Challenges of Economic Maturity: New England, 1880-1940", en Temin (ed.), *Engines of Enterprise*, pp. 153-199.
- Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México, INAH / UNAM (IIA), 2007.
- Rydell, Robert W., *All the World's Fair: Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1984.
- , *World Fairs: The Century-of-Progress Expositions*, Chicago, University of Chicago Press, 1993.
- Salisbury, Stephen "Dr. Le Plongeon in Yucatán", en *American Antiquarian Society Proceedings*, p. 69, 1877.
- , *The Mayas, the Sources of Their History. Dr. Le Plongeon in Yucatan, his Accounts of Discoveries*, Memphis, Tenn., General Books, 2010.
- Saltzman, Cynthia, *Old Masters, New World. America's Raid on Europe's Great Pictures*, Nueva York, Penguin Books, 2008.

- Schávelzon, Daniel, "The History of Mesoamerican Archaeology at the Crossroads: Changing Views of the Past", en Andrew L. Christenson (ed.), *Tracing Archaeology's Past: The Historiography of Archaeology*, Carbondale, Ill., Southern Illinois University Press, 1989, pp. 107-112.
- Schuessler, Michael K., "Introduction", en Alma M. Reed, *Peregrina. Love and Death in México*, Austin, University of Texas Press, 2007, pp. 1-53.
- Sellen, Adam, "El último viaje de Santiago Bolio", en Carolina Depetris (ed.), *Viajeros por el mundo maya*, Mérida, UNAM, 2010, pp. 59-77.
- Sellen, Adam T., y Lynne S. Lowe, "Las antiguas colecciones arqueológicas de Yucatán en el Museo Americano de Historia Natural", *Estudios de Cultura Maya XXXIII*, México, Centro de Estudios Mayas, 2009, pp. 53-71.
- Shils, Edward, "The Order of Learning in the United States: The Ascendancy of the University", en Alexandra Oleson y John Voss (eds.), *The Organization of Knowledge in Modern America, 1869-1920*, pp. 19-47.
- Snead, James E., "Science, Commerce, and Control: Patronage and the Development of Anthropological Archaeology in the Americas", *American Anthropologist*, vol. 101, núm. 2, junio 1999, pp. 256-271.
- Spinden, Herbert Joseph, *Alfred Marson Tozzer, 1877-1854. A Biographical Memoir*, Washington, National Academy of Sciences, 1957.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan*, Nueva York, Harper and Brothers, 1841.
- , *Incidents of Travel in Yucatan*, Nueva York, Harper & Brothers, 1843.
- Stiebing Jr., William H., *Uncovering the Past. A History of Archaeology*, Buffalo, Prometheus Books, 1993.
- Stocking Jr., George W. (ed.), *Objects and Others. Essays on Museums and Material Culture*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1985.
- (ed.), *Volkgeist as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1996.
- Storr, Richard J., *Harper's University: The Beginnings: A History of the University of Chicago*. Chicago, University of Chicago Press, 1966.

- Temin, Peter (ed.), *Engines of Enterprise: An Economic History of New England*, Cambridge, Mass. y Londres, Harvard University Press, 2000.
- , “The Industrialization of New England”, en Temin (ed.), *Engines of Enterprise*, 2000, pp. 109-152.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880–1930*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Thompson, Edward Herbert, *Children of the Cave*, Boston, Mass., Marshall Jones Co., 1929.
- , *People of the Serpent. Life and Adventures among the Mayas*, Nueva York, Capricornio Books, 1932.
- Thompson, John Eric Sidney, “1914: La *Carnegie Institution of Washington* ingresa al campo maya”, *Estudios de Cultura Maya*, 1964, pp. 167-175.
- , “Thomas Gann in the Maya Ruins”, en *British Medical Journal*, 1975, 2, pp. 741-743.
- Tozzer, Alfred M., “Report of the Fellow in American Archaeology”, *American Journal of Archaeology*, vol. 7, Supplement: Annual Reports 1902-1903, 1903.
- , “Charles Pickering Bowditch”, *American Anthropologist*, nueva serie, vol. 23, núm. 3, julio-septiembre 1921, pp. 353-359.
- , *Biographical memoir of Frederic Ward Putnam, 1939-1915*. Washington, D.C., National Academy of Sciences of the United States of America, 1933.
- , “News and Notes”, *American Anthropologist*, nueva serie, vol. 37, núm. 4, parte I, octubre-diciembre 1935, pp. 711-12.
- Trefil, James, y Margaret Hindle Hazen, *Good Seeing. A Century of Science at the Carnegie Institution of Washington. 1902-2002*, Washington, D. C., Joseph Henry Press, s.f.
- Turner, John Kenneth, *Barbarous Mexico*, Austin, The University of Texas Press, 1969.
- Vázquez Pasos, Luis A., “Élites e identidades. Una visión de la sociedad meridana de la segunda mitad del siglo XIX”, *Historia Mexicana*, vol. LI, 4, 2002, pp. 829-865.
- Vega Alfaro, Eduardo de la, “La eternidad y el presente: Eisenstein en Yucatán”, en: <http://www.correcamara.com.mx/inicio/int.php?mod=noticias_detalle&id_noticia=3317>, consultado en 18 de enero de 2017.

- Waldeck, Frédéric de, *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834-1836*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Walsh, Jane MacLaren, "What is Real? A New Look at PreColumbian Mesoamerican Collections". (PDF, publicación en línea.) *Anthnotes. Museum of Natural History Publication for Educators*, vol. 26, núm. 1, Washington, DC., Smithsonian Institution / National Museum of Natural History (Anthropology Outreach Office), 2005, pp. 1-7, 17-19.
- Weeks, John M. y Jane Hill (comp.), *The Carnegie Maya: The Carnegie Institution of Washington Research Program, 1913-1957*, Boulder, University Press of Colorado, 1992.
- Wells, Allen, *Yucatan's Gilded Age*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985.
- Wells, Allen y Gilbert Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval. Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatan, 1876-1915*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- White, Richard, *Railroaded. The Transcontinentals and the Making of Modern America*, Nueva York, W. W. Norton, 2011.
- Willard, T. A., *The City of the Sacred Well: Being a Narrative of the Discoveries and Excavations of Edward Herbert Thompson in the Ancient City of Chi-Chen Itza with Some Discourse on the Culture and Development of the Mayan Civilization as Revealed by Their Art and Architecture*, Nueva York y Londres, The Century Co., 1926.
- Willey, Gordon L., *Artifacts from the Cenote of Sacrifice, Chichen Itza, Yucatan*, Cambridge, Mass., Peabody Museum, Harvard University Press, 1992.
- Williams, Elizabeth A., "Art and Artcraft at the Trocadero", en Stocking Jr. (ed.), *Objects and Others*, pp. 146-166.

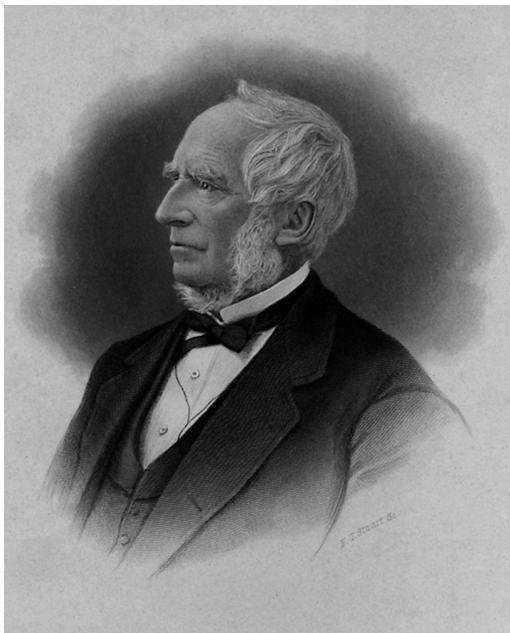
GALERÍA FOTOGRÁFICA



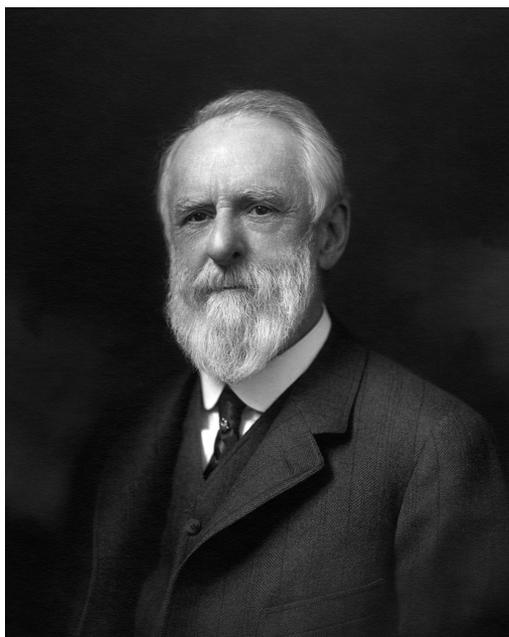
Thompson explorador, con guía nativo – ca. 1888.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.24.31154.1



Museo Peabody. Finales del siglo XIX, inicios del XX.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.1.326.5



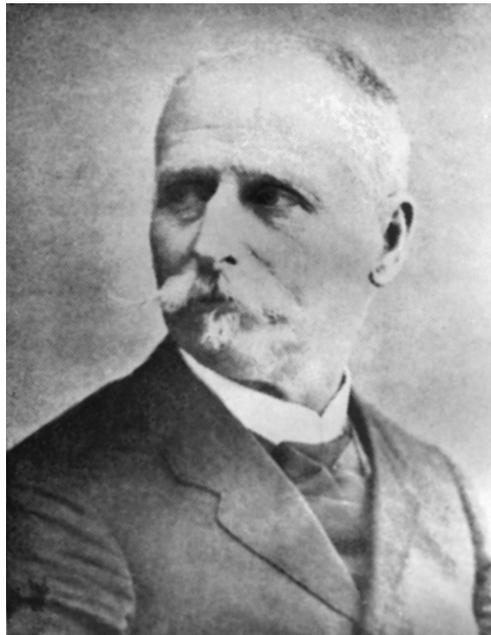
Stephen Salisbury III.
Cortesía del Museo Peabody
de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard,
PM 2004.1.324.12



Frederic W. Putnam.
Cortesía del Museo Peabody
de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard,
PM 2004.1.324.66



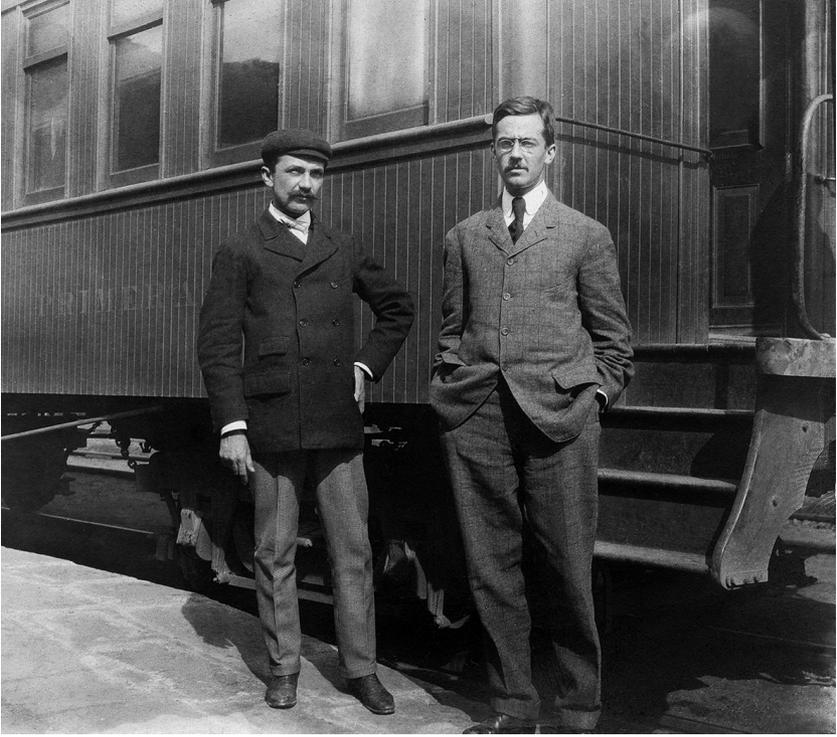
Charles P. Bowditch.
Cortesía del Museo Peabody
de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard,
PM 2004.1.324.49



Teoberto Maler.
Donación de Ian Graham,
2004. Cortesía del Museo
Peabody de Arqueología y
Etnología, Universidad de
Harvard, PM 2004.15.19.467



Miss Adela Breton y su ayudante Pablo – ca. 1900.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.1.324.21



Alfred M. Tozzer en Dzitas – ca. 1902.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 41-10-00 / 1.3.3.2



Alfred M. Tozzer con una joven lacandona – ca. 1902.

© Presidente y miembros de la Universidad de Harvard,
Museo Peabody de Arqueología y Etnología, PM 2004.24.6987B



La hacienda Chichén – ca. 1903.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 41-10-00 / 1.3.3.1



*Adela Breton copiando pinturas murales en el Templo de los Tigres,
Chichén Itzá – ca. 1904?*

Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.29.6998



Cenote Sagrado de Chichén Itzá. Thompson dirigiendo a un grupo de hombres que prepara el equipo de trabajo.
Cortesía de la Fototeca Pedro Guerra (FPG).

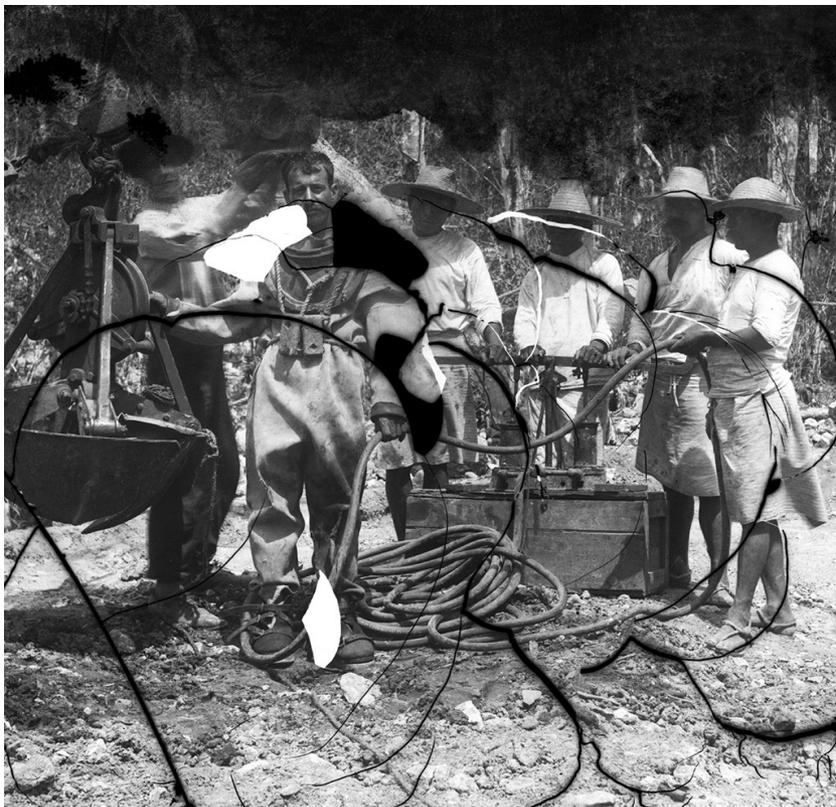


Trabajadores manejando la draga – ca. 1905.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.24.3354.1



Thompson a la orilla del cenote con su draga – ca. 1905.

Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 58-34-20/29798



*Thompson con traje de buzo y equipo;
con ayudantes durante el dragado del cenote.*
Cortesía de la Fototeca Pedro Guerra (FPG).



*Parte del anexo de la Iglesia en el Templo de las Monjas;
Chichén Viejo. Santiago Bolio (recargado).
Cortesía de la Fototeca Pedro Guerra (FPG).*



Sylvanus G. Morley en Copán – ca. 1908.

Donación de Ian Graham, 2004. Cortesía del Museo Peabody
de Arqueología y Etnología, Universidad de Harvard, PM 2004.15.4.5379



Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SNAFO F.N.-MEX.

*Leopoldo Batres (segundo a la derecha)
con Justo Sierra en Teotihuacán, 1910.*
Cortesía de la Fototeca Nacional (Mediateca del INAH).
MID 77_20140827-134500:35822



*Sylvanus G. Morley en un campamento con trabajadores
en algún lugar de la península de Yucatán, 1915.*
Donación de Ian Graham, 2004. Cortesía del Museo Peabody
de Arqueología y Etnología, Universidad de Harvard, PM 2004.15.4.5380

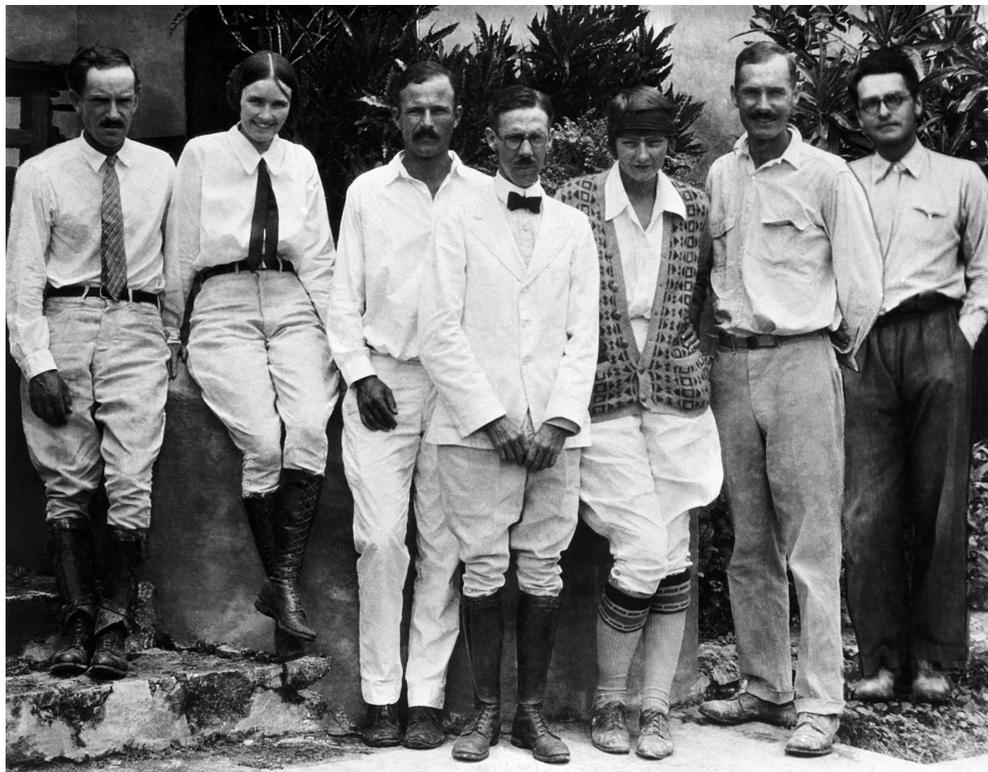


Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO F.N.-MEX.

Manuel Gamio – ca. 1918.
Cortesía de la Fototeca Nacional (Mediateca del INAH).
MID 77_20140827-134500:467376



Alma Reed, 1925.
Getty Images



Sylvanus G. Morley (al centro) y su equipo en Chichén Itzá – ca. 1925.

Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.24.31352



La 'pandilla Carnegie' en Chichén Itzá. Sentados, de izquierda a derecha, Oliver G. Ricketson, Edith Bayles Ricketson, Karl Ruppert, Earl H. Morris, Sylvanus G. Morley, Ann A. Morris y John Merriam, 1925.

Donación de la Carnegie Institution de Washington, 1958.

© Presidente y miembros de la Universidad de Harvard,
Museo Peabody de Arqueología y Etnología, PM 58-34-00/2.609



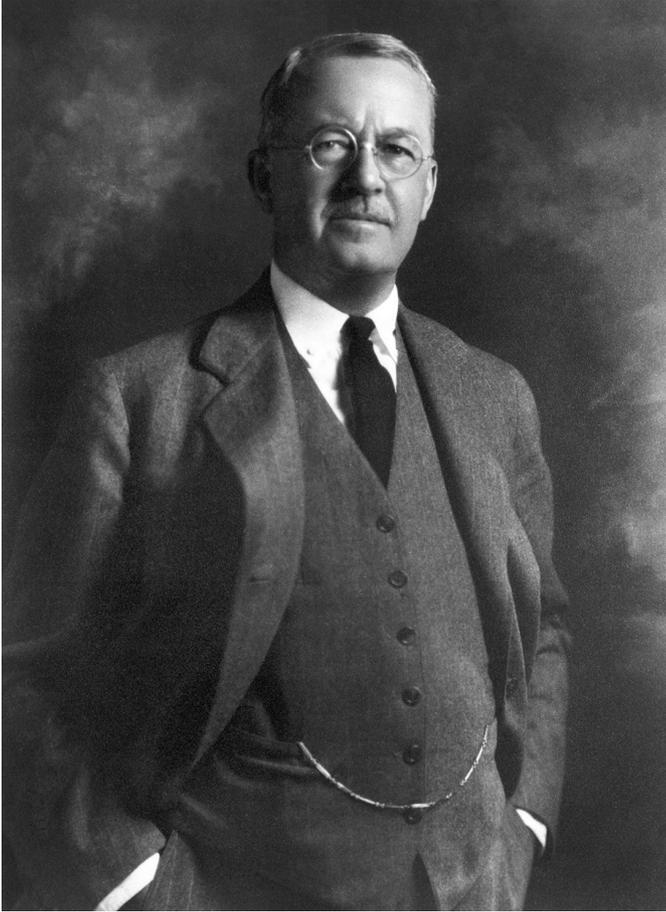
Sylvanus G. Morley y Alfred Kidder en Chichén Itzá, 1928.

Donación de la Carnegie Institution de Washington, 1958.

© Presidente y miembros de la Universidad de Harvard,
Museo Peabody de Arqueología y Etnología, PM 58-34-20/49807



"Thompson de Yucatán". Tarjeta postal – ca. 1934.
Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.24.31341



Alfred M. Tozzer, 1943.

Cortesía del Museo Peabody de Arqueología y Etnología,
Universidad de Harvard, PM 2004.24.16971

*Conquista y pérdida de Yucatán:
la arqueología estadounidense en el "Área maya"
y el Estado nacional mexicano, 1875-1940*
se terminó de imprimir en agosto de 2021,
en los talleres de Druko International,
Calzada Chabacano 65, local F, col. Asturias,
Cauhtémoc, 06850, Ciudad de México.
Portada: Rosalba Alvarado.
La edición consta de 500 ejemplares.
Cuidado de la edición: Agustín Herrera Reyes
bajo la supervisión de la
Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Este libro trata de las expediciones arqueológicas a la península de Yucatán, que fueron financiadas por fondos estadounidenses a partir de los años ochenta del siglo XIX, en particular aquellas oriundas del área Cambridge-Boston, luego continuadas, entre 1923 y 1940, por la Carnegie Institution de Washington, bajo el paraguas de la “arqueología científica”. El argumento base que postula esta investigación es que la construcción geográfica y conceptual del “Área Maya”, iniciada por un grupo de anticuarios-coleccionistas y empresarios académicos del área de Boston-Cambridge, fue fundamental para el desarrollo de la arqueología (y de la antropología) en Estados Unidos. Para eso, el “Área Maya” fue convertida en un coto exclusivo de dos museos clave: el Peabody de la Universidad de Harvard y, en menor grado, el Field Columbian, de Chicago, ambos apoyados en el Consulado estadounidense en Mérida-Progreso, que fue “capturado” por los *bostonians* en la década de 1880. Pasada la convulsión revolucionaria mexicana, el Museo Peabody fue sustituido por la Carnegie Institution of Washington, la cual obtuvo autorización del gobierno de Obregón para desarrollar el ambicioso Proyecto Chichén, que debería extenderse hasta mediados de la década de 1940. Sin embargo, la publicación de un libro que narraba las exportaciones a Harvard de especímenes arqueológicos retirados del fondo del Cenote Sagrado de Chichén Itzá por el excónsul estadounidense Edward H. Thompson, en plena pugna del gobierno del general Calles con el de Estados Unidos, provocó un terremoto político que cerró los espacios para la arqueología estadounidense en México, al tiempo en que la Segunda Guerra Mundial alteraba radicalmente las prioridades científicas de Washington.

